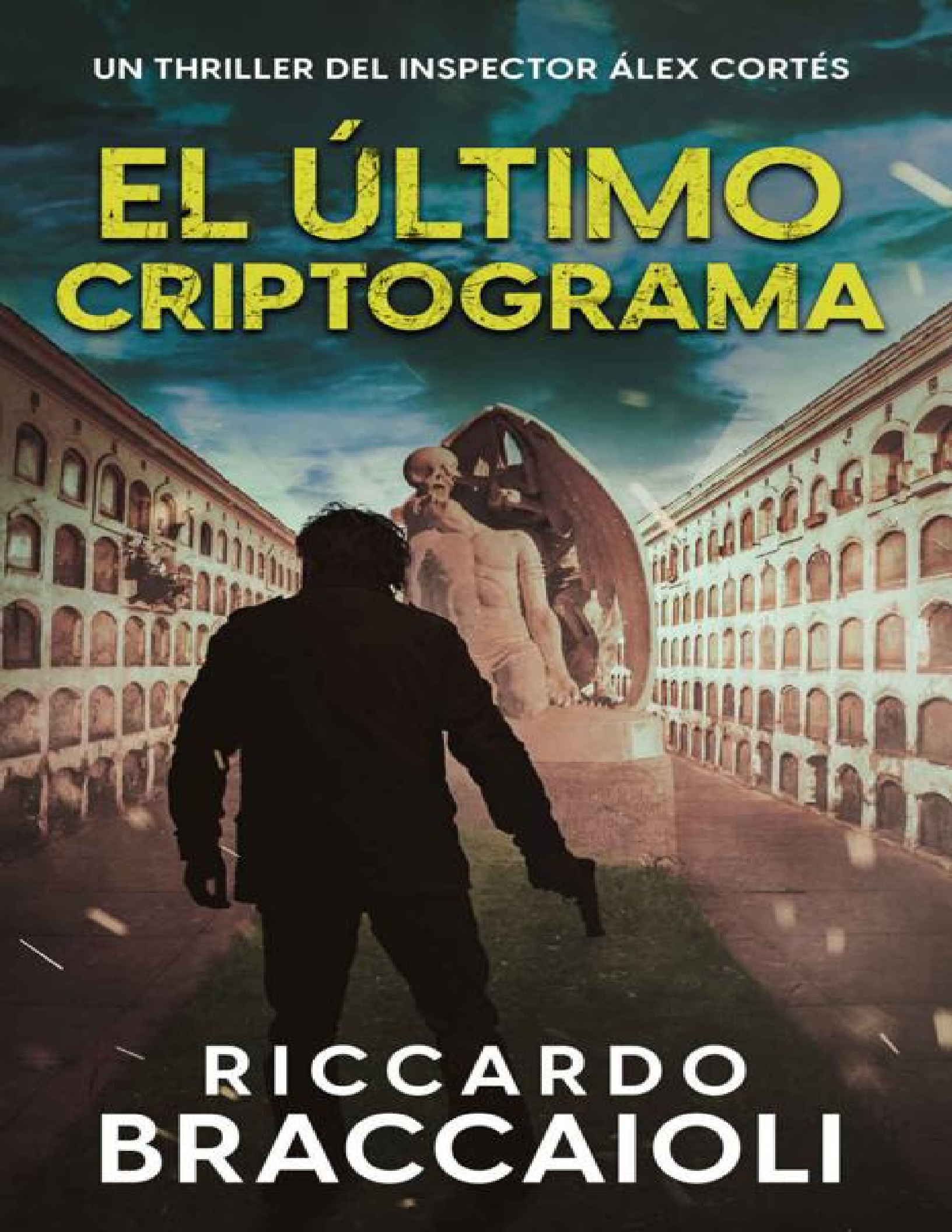


UN THRILLER DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA

The background of the cover is a surrealist illustration. It depicts a man in a dark suit, seen from behind, walking down a long, empty street. The street is flanked by two-story buildings with many arched windows. In the center of the street, there is a large, translucent, muscular figure that appears to be a statue or a giant, with a human face. The sky is a deep blue with some white clouds. The overall mood is mysterious and intriguing.

RICCARDO
BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

El Último Criptograma

Un thriller del inspector Álex Cortés

First published by ESCRITOR TOKENIZADO 2024

Copyright © 2024 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2402116897198

First edition

Proofreading by Marta Pérez Braña

Editing by EVA ALTON

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com



...*a Eva*

Siempre hay algo de locura en el amor.

Friedrich Nietzsche

Antes de **EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA**, hubo



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación** del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

[¡ÚNETE AQUÍ!](#)

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\)](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

[Última Salida](#)

Serie Álex Cortés

[El Sastre del Diablo](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALO EXCLUSIVO:

Al final de esta novela te regalaré dos capítulos de mi nueva saga, ***Muerte en Roma***, El primer thriller culinario de Gildo Falcone, ambientado en la capital italiana.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

PRÓLOGO

Salieron del edificio penitenciario con la berlina del juez. En el vehículo iban Karla, el chófer, el juez y Ana. Desde que el juez había entrado en el vehículo, no había pronunciado ni una palabra.

La tensión era enorme. Ninguna de las dos mujeres sabía cómo reaccionar, así que las dos habían optado por callar.

El juez había dejado claro a Matilde que en el informe del preso Néstor Luna tenía que constar que las heridas que había sufrido esa tarde habían sido provocadas durante una pelea en las duchas.

La berlina entró por la Ronda de Dalt. Llevaban casi veinte minutos de recorrido y aún nadie había hablado. Ana recibió una llamada. Sin mirar quién era, la rechazó. Pero al poco rato volvieron a llamar.

Entonces miró: era la escuela de su hijo.

La incertidumbre de contestar o no era tremenda. Le costó decidir. Pidió permiso al juez y este le hizo un gesto con la mano, asintiendo.

—¿Sí, dígame?

—Buenas tardes. ¿Ana Cortés? —dijo una voz femenina.

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

—Soy Blanca Hernández, la tutora de su hijo.

—Sí, me pillas en medio de una reunión. ¿Podría decirme rápido qué pasa?

—Claro, disculpe, pero tenemos aquí a su hijo, ¿recuerda?

Ana se quedó helada. Esa llamada acababa de devolverla a su vida, a sus responsabilidades como madre.

Necesitó un momento para ordenar su mente.

—Señora Cortés, ¿sigue ahí?

—Eh, sí, pero tenía que ir a por él mi marido, Alberto. ¿No ha ido? —preguntó y se dio cuenta al momento de que era una pregunta inútil. Si no, no la habrían llamado.

—Tenemos aquí a su hijo desde hace varias horas y no sabemos qué hacer, porque tenemos que cerrar la escuela y no ha venido nadie a recogerlo. Hemos estado llamándola a este número sin éxito, desde hace horas. ¿Qué hacemos?

Ella se quedó en silencio, pensando. Alberto siempre iba a buscar al niño. ¿Se habría olvidado? ¿Se habría ido con otra? ¿Se habría pasado con el alcohol?

—Déjeme que hable con la mamá de un amigo de mi hijo y la vuelvo a llamar... —dijo y colgó.

Se quedó en silencio, mirando su móvil y buscando algún contacto.

En ese momento, Karla recibió una llamada de la comisaría.

—Es Alan. Perdona —dijo al juez, y contestó—. Sí, sí, perfecto. Ahora se lo digo. Gracias. Manténme informada.

—Buenas noticias, señor juez. Alan ha descifrado el criptograma, creemos saber dónde está su mujer. Ahora irá Álex a verlo —dijo y el rostro del juez se iluminó—. Pero hay más. Han detenido al Vampiro de Barcelona, lo están llevando al hospital.

1

A Álex no le dio tiempo de saborear la captura del Vampiro, porque otro caso lo esperaba. Pero no era un caso cualquiera: era la mujer del juez. Llevaba demasiados días secuestrada y se dijo que ojalá la encontraran pronto para que pudiese volver a casa.

El Seat Altea bajó a toda velocidad por la Ronda Litoral. Álex conducía, haciendo ráfagas de luz para que los otros coches le dejaran pasar. A su lado, el inspector Bustamante seguía aferrado a la maneta del techo. De vez en cuando, Álex se giraba y sonreía al verlo allí con él. Pensó que no pudo ser fácil tirar la pistola y no disparar al psicópata que había matado a su hermana. Pensó que, si le hubiese pasado a él, no habría tenido dudas: habría matado de un balazo a Néstor Luna. Además, con retrospectiva, al hacerlo habría evitado una estela de muertes de inocentes.

Javier estuvo a punto de disparar al vampiro, pero desvió la pistola en el último momento. Con ella su venganza se había cumplido, pero sana y justamente, entregándolo a las autoridades.

—Tu hermana, allá donde esté, estará orgullosa de ti —dijo Álex mirándolo de reojo.

—No me mires, tú estate atento al tráfico. No quiero morir justo ahora.

Álex rio.

Salieron de la Ronda Litoral por la salida veintitrés y giraron hacia la izquierda, por el pasaje de la Llacuna, y luego por Carmen Amaya. Luego Álex aparcó el coche en la puerta del cementerio de Poblenou.

Alan había descifrado que “*Osculum mortis*” era la estatua mortuoria más famosa de Barcelona, que se encontraba en el cementerio de Poblenou.

Corrieron dentro y siguieron las indicaciones de GPS que les había enviado Alan. Tuvieron que cruzar todo el cementerio, casi hasta el final, y luego girar a la derecha. Allí la encontraron: una estatua de estilo gótico. Representaba a un hombre arrodillado, sujeto por un esqueleto con alas. Era una de las representaciones esculpidas de la muerte más inquietantes.

Álex miró a su alrededor, y luego se volvió hacia Javier.

—¿Dónde esconderías a una mujer aquí?

—¿Crees que la tienen aquí secuestrada? —dijo Javier, escéptico—. Lo tendrían bastante difícil, aquí no hay espacio.

Entonces Álex dio la vuelta alrededor de la escultura. Justo detrás de la estatua encontró una compuerta que daba paso al interior del mausoleo. La puerta era un bloque de mármol blanco con ganchos.

—Mira, los han movido hace poco —dijo Álex.

—No me digas, ¿piensas que la tienen dentro de un mausoleo? ¿Qué narices es esto? ¿Un juego macabro?

—¿Señora Del Pozo? ¿Me oye? —gritó Álex—. No conoces a Néstor, esto no sería nada.

Álex volvió a gritar más alto, tratando de hacer que su voz llegase al interior de la estructura. Después puso la oreja sobre la piedra para escuchar.

—¿Oyes algo? —preguntó Javier.

—Nada —dijo Álex y se separó de la placa—. Venga, échame una mano, a lo mejor entre los dos lo podemos mover.

Entre los dos apartaron la compuerta. Fue más fácil de lo que pensaban.

La desplazaron un poco, pero la luz del atardecer era demasiado tenue para iluminar el interior del mausoleo hasta el fondo.

Encendieron la luz del móvil y encontraron un cuerpo. No se le veía la cara, pero llevaba un traje de hombre.

—Señora Del Pozo... —dijo Álex y se fue acercando, con miedo a lo que se pudiera encontrar.

Javier miró el resto del mausoleo. Había espacio para colocar las tumbas de los dueños del monumento.

Álex se acercó y tocó el cuerpo. Estaba frío.

Lo giró y, de repente, reconoció quién era. Se había peleado con él hacía pocos días. Le puso los dedos en la yugular: el cuerpo carecía de pulso. Estaba muerto.

El alcaide de Quatre Camins estaba delante de él. Sin vida y con un objeto que le sobresalía de la boca.

No era la mujer del juez. Álex no supo si alegrarse o entristecerse. Al menos, aún tenían posibilidades de encontrar a la señora Del Pozo con vida.

Álex cogió un pañuelo y, con cuidado, recogió el objeto de la boca del cadáver.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué narices es eso? —preguntó Javier.

Cuando lo sacaron, entendieron qué era: una vela puesta del revés.

—Es un maldito símbolo, un mensaje de Néstor o de quien narices trabaje ahora para él.

—¿Y qué es eso? —dijo Javier indicando en el bolsillo de la americana.

Álex lo sacó.

En el papel había una fase:

“Con la vara que tengo en la mano voy a golpear el agua del río, y esta se convertirá en sangre. Los peces que hay en el río morirán, y el río apestará, y los egipcios tendrán asco de beber el agua del río. (Éxodo 7:17-18)”.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Javier.

Álex chasqueó la lengua.

—Un criptograma, Javier, un maldito criptograma de Néstor Luna —dijo con rabia apretando los dientes—. Ha vuelto con su maldito juego.

2

1975, Astillero.

Cuando el padre de Néstor regresaba a casa del bar, la familia entera se estremecía.

La llave tardó en encontrar la cerradura. Los intentos fallidos de encontrar el orificio eran la consecuencia de demasiadas horas pasadas en el bar. El ruido metálico del roce, acompañado de exabruptos y blasfemias del padre, anticipaba la entrada del diablo en casa.

El joven Néstor levantó la mirada, sabiendo que ese ruido preludiaba el infierno. Una voz de alarma retumbaba en su cabeza como un grito de auxilio.

Enseguida miró a la madre: ella le dijo que callara, que no pasaba nada. Pero él ya sabía que eso no era verdad. Estaba a punto de entrar su padre, otra vez. Otra noche igual.

Néstor era introvertido, pero no tonto. Había encontrado un patrón claro en su padre: cuanto más alcohol tenía en la sangre, más tiempo tardaba en meter esa maldita llave en la cerradura.

No fallaba.

Néstor era el tercero de los cuatro hermanos, dos hermanos adolescentes y una hermana más pequeña: la última, la esperada, la mimada.

La llave finalmente entró. Esa noche tardó tanto que hasta Néstor se sintió impaciente y deseó que apareciera de una vez, a pesar de no querer ver en qué condiciones se encontraba su progenitor.

El señor Luna entró tambaleándose y cantando una canción imposible de entender; un canto a la violencia, una alarma anunciando el tsunami que acababa de entrar en la casa.

—¿Quieres cerrar esa maldita puerta? —gritó la madre—. Esto no es un bar, y aquí hace frío.

—¡Cállate, maldita bruja!

La madre de Néstor se levantó para cerrar la puerta y recibió un puñetazo tan fuerte que la volvió a sentar en el mismo lugar.

La reacción del señor Luna creó el silencio en la casa. Uno de los hermanos mayores se levantó y fue a ver cómo se encontraba su madre, que yacía en el suelo dolorida.

Néstor estaba acostumbrado a insultos, vejaciones y violencia por parte del padre. El bar del pueblo era el mismísimo germen del mal: allí, el alcohol transformaba a sencillos obreros en violentos padres de familia, tan malvados como discípulos de Satanás.

—Tráeme una cerveza —ordenó el padre al mismo hijo que había ido a ayudar a la madre—. ¿Me has oído? ¡Vete! Haz algo útil, y no tanto leer, que no sirve para nada.

El hijo obedeció. Tampoco podía hacer mucho más, pensó Néstor.

—Andrea, ven aquí —dijo el padre a la hija con el tono más dulce que podía pronunciar ese monstruo—. Ven a darme un besito.

Néstor giró la vista hacia su hermana. El padre tenía una clara preferencia por ella; la guapa, la rubia, la última. Los ojos de Néstor, los de un tímido niño asustado, se llenaron de celos y rabia.

Andrea se levantó, acostumbrada a esas situaciones, casi disfrutando de ver cómo eran tratados los demás. La expresión era de altivez: una niña por encima de la situación, inmune a la intimidación del padre.

Se acercó y mientras su padre le alisaba el rubio pelo con la mano, ella miró de reojo a Néstor, recordándole que eso solo se lo hacía a ella.

Ese día Néstor comenzó a sentir mariposas en el estómago, pero no de amor, sino de odio y venganza hacia la princesa de la casa.

—¡Dame un beso! —le dijo el padre a su hermana.

Ella besó a su padre en los labios, mientras él le palpaba el trasero.

Luego le dijo que se fuera al lavabo y se encerrara allí dentro.

Su hermano le entregó la cerveza y cerró los ojos, imaginando lo que se avecinaba.

El padre abrió la cerveza y se la tragó de golpe. Se secó la barba con la manga y tiró la lata vacía al suelo.

—Hoy vamos a hacer un juego —dijo el padre mientras se levantaba.

Luego se sacó algo del bolsillo y profirió un sonoro eructo.

—Venga, un juego —repitió mientras miraba lo que tenía en la mano—. Levantaos, todos. ¡Ahora! —gritó, borracho, a los miembros de la familia que habían quedado en la estancia principal.

La casa de Néstor tenía solo tres ambientes: un lavabo, donde se había encerrado la hermana, un dormitorio minúsculo con varias camas y una habitación central con una pequeña cocina, una mesa y el resto de muebles de la casa: todos ellos recogidos de las basuras o abandonados por gente que ya no los quería.

—Poneos en fila ahí —dijo el padre indicando una pared—. Ahora os explico el juego que vamos a hacer esta noche. Os gustará, es muy divertido.

El padre se volvió a sentar porque casi no se aguantaba en pie por la borrachera.

—Voy a tirar esto —dijo enseñando finalmente lo que tenía en la mano: un dado de apuestas—. Voy a tirar esto y en base al número que salga, esa persona vendrá conmigo. —Se sentó y señaló la estancia de al lado.

Néstor no acababa de entender. Era la primera vez y las reglas de ese oscuro juego no podían augurar nada bueno, teniendo en cuenta que venían de un hombre malvado que ademásapestaba a licor.

Dio un par de vueltas al dado en la mano. Luego lo soltó contra la pared y este rebotó hacia un lado. Se levantó y fue a ver el número que el azar había elegido.

—El tres —dijo casi ilusionado.

Miró a los que formaban la fila, como prisioneros enfrentados a un pelotón de ejecución.

—¿Derecha o izquierda? —gritó a la madre.

Ella se quedó pensando, sin responder. El padre repitió la pregunta gritando.

—Derecha —respondió la madre apretando los dientes y cerrando los ojos por el grito.

—Muy bien, empieza el juego —dijo él y mientras lo decía le apuntó con el dedo—. Uno —le dijo a ella—. Dos —dijo al primogénito—. Y... tres —concluyó con el segundo hermano—. Lo siento, te ha tocado.

Luego le agarró de un brazo y se lo llevó.

La madre, entre lágrimas, lo sujetó intentando impedir que se lo llevase, pero el diablo se deshizo del brazo de la mujer.

Entró en la habitación y cerró.

La madre se sentó y cogió a sus otros hijos, abrazándolos en el suelo y tapándoles las orejas con las manos.

Néstor, de rodillas en el centro de la estancia de casa, no entendía nada hasta que escuchó el tintineo de la hebilla del cinturón del padre. Primero pensó que esa noche le había tocado a su hermano recibir una sonora paliza; ser el saco de descargas de aquel mezquino borracho.

Luego hubo silencio. No se oía nada. Los gritos habituales de las palizas no comenzaron. Al cabo de unos minutos su hermano gritó, pero no era el típico grito pidiendo auxilio por los golpes. Era diferente. Su voz era un gemido cíclico, constante, como si el padre lo estuviese azotando con una cadencia repetitiva.

Néstor no entendió nada hasta que se dio cuenta de que su madre gritaba igual cuando su padre la obligaba a quedarse a solas con él. Entonces comprendió que el dado de la mala suerte esa noche le había traído buena suerte. Pero no sabía cuánto duraría la racha. Si ese terrible juego continuaba, pronto sería su turno.

La imagen de su madre con los ojos llenos de lágrimas y rabia, mientras escuchaba los ruidos y vejaciones que venían de la otra habitación, plantó la primera semilla del mal en la mente de Néstor. A partir de la furia descontrolada de un padre abusivo comenzó a fermentar en su interior algo que iría descubriendo con el paso del tiempo, y cuyos resultados no aparecerían hasta muchos años después.

3

El Priorat, Tarragona.

¿Por qué no había ido Alberto a recoger a su hijo?

Ana Cortés no dejaba de repetirse esa pregunta mientras iba en el coche patrulla que la llevaba de vuelta al pueblo donde residía. Pasaron junto a inmensas extensiones de viñedos que se apreciaban desde la autopista y se perdían más allá de donde la vista alcanzaba.

Alberto había cambiado, eso estaba claro. Todo empezó cuando Néstor Luna la secuestró y le seccionó la mano. Sus vidas habían cambiado por completo a partir de entonces. Primero, siendo testigo protegida, se vieron obligados a retirarse a una casa perdida en el Alt Empordà, dejando atrás todo para mudarse a esa tierra de vinos. Pero a Néstor no pudieron dejarlo atrás. No, los siguió, como si de una perpetua maldición se tratara.

A Ana le ofrecieron escribir un libro sobre Néstor, pero entonces Alberto perdió su trabajo y cayó en la trampa del alcohol.

Ana sospechaba que al llegar a casa lo encontraría borracho, dormido, en un estado tan lamentable que le habría hecho perder el conocimiento y el sentido del tiempo.

Por desgracia, no era el mejor momento para investigar qué había hecho que Alberto se olvidase de recoger a su hijo: justo en ese momento la acompañaba Javier Bustamante. El inspector estaba a su lado, conduciendo el coche patrulla.

Ana miró al hombretón sentado a su lado: camisa blanca remangada, tatuajes en los brazos y cara de tipo duro.

—Gracias por acompañarme —dijo por enésima vez Ana Cortés.

—Me venía de paso, Ana —contestó él, mirándola por un segundo de reojo, concentrado en la conducción—. Además, me siento en deuda con tu hermano. Gracias a él he podido coger al individuo que mató a mi hermana, Gina. Aquello me marcó de por vida. Haría cualquier cosa por Álex.

—No creo que sea para tanto...

Javier volvió a mirarla.

—Yo creo que sí. No sabes qué es eso y espero que ojalá nunca lo sepas —contestó.

Ella bajó la mirada.

—Lo siento mucho por Gina, y sí, espero que nunca llegue a saberlo. Tiene que haber sido muy duro...

—No te puedes imaginar, pero eso ya es agua pasada. ¿Sabes? Lo tenía delante, Ana, no sé qué me pasó. Estuve a punto de dispararle. Ese malnacido, que tantas vidas ha destrozado, estuvo a punto de matarme a mí. Lo habría freído a balas. Le habría hecho pagar todo lo que en ese momento creí que se merecía. ¡Morir! Que pagara por todo mi sufrimiento, pero no lo hice. Álex

me detuvo y me hizo razonar —dijo Javier, al principio con un tono de rencor, pero después más relajado—. Cuando le puso las esposas y la ambulancia se lo llevó, en ese momento sentí un gran alivio. Como una mochila que sueltas y te libera, y vuelves a vivir. A Gina nadie me la devolverá, pero por lo menos he atrapado a su asesino, y eso para un policía es la mejor recompensa.

Ana no dijo nada; solo apoyó su mano en la de él, que estaba sobre el cambio de marchas, y le sonrió.

—Te entiendo —contestó y luego le señaló por la ventanilla, apartando la mano—. Tienes que tomar esa salida.

—Perdona, me pongo demasiado sentimental —contestó Javier.

—Tranquilo, es normal.

El policía dio un suspiro de liberación mientras se colocaba en el carril de salida para abandonar la autopista.

—Vamos a ver cómo está tu marido. Seguro que se ha quedado dormido en el sofá.

A ella le incomodó la frase del inspector.

Cruzaron el pueblo y tomaron la calle que iba hacia su casa. La carretera subía por la colina. A su derecha, se abría el valle donde se encontraba su domicilio.

—El otro día llegamos de noche. No me acordaba de lo bonito que es este lugar.

La respiración de la mujer comenzó a alterarse, dándose cuenta de la tensión que sentía por llegar.

Después de varios kilómetros, comenzó una carretera de gravilla que llevaba finalmente hasta la casa de la criminóloga.

Su corazón comenzó a latir cada vez más fuerte, y un miedo irracional comenzó a difundirse por su cuerpo.

Llegaron hasta la residencia y aparcaron. El BMW de su marido no estaba. Ana bajó del coche patrulla. Dio unos pasos hacia la casa. Oyó a su perro, que ladraba en el interior. No entendía nada. Javier cogió su gabardina y se la puso. El frío era agudo en esas tierras, debido a la altura y al viento sutil del norte.

Ana se giró hacia el inspector.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—No está el coche.

Entonces el inspector se giró y miró por los dos lados de la fachada de la vieja masía.

—Entiendo que, si no está el coche, tu marido tampoco.

—Eso creo.

—¿Puede que le hayan robado el coche y haya bajado caminando? ¿O que se le haya estropeado el coche?

—Sí, pero habría contestado al móvil y no lo ha hecho. Y ahora el móvil está apagado —dijo ella, sintiéndose desubicada.

—Ana, ¿y si entramos a ver si está todo bien en la casa? —preguntó Javier, y viendo que ella dudaba insistió—: Ven, a lo mejor está dentro.

El inspector de la benemérita se acercó a la puerta. Mientras Ana lo seguía miró por la ventana para ver si había algún indicio de la presencia de Alberto.

Ana se acercó a la puerta y comenzó a abrirla.

—Si estuviera en casa, la puerta no estaría cerrada con llave —comentó Ana.

Javier no la perdía de vista. Quitó el seguro a la pistola y la sacó de la funda.

—Permíteme —dijo Javier, empujándola suavemente para entrar primero en la casa—. ¿Muerde? —preguntó refiriéndose al perro.

—¡Qué va! Es un vago —contestó ella, dándole paso.

Javier abrió la puerta y el perro, efectivamente, fue directamente a saludar a su dueña, ignorando por completo al policía.

—¿Alberto? —gritó Javier con la pistola en la mano—. ¿Está usted ahí?

El policía fue avanzando por la sala de estar. La casa olía a chimenea apagada, con un aroma a vainilla que sobresalía con timidez.

—¡Alberto! —gritó ella mientras entraba en la cocina—. ¿Dónde estás?

Las pulsaciones de la mujer seguían subiendo.

Mientras, el inspector subió por las escaleras y entró en el dormitorio. Luego comprobó todas las estancias.

—¡Despejado! —gritó desde arriba.

El inspector bajó las escaleras.

—Ana, ¿todo bien? —dijo entrando en la cocina.

Ella no pudo contestar. Sujetaba un papel, con el rostro empalidecido: era una nota escrita a ordenador y mal recortada.

Javier fue cogerla para leerla, pero se detuvo. Fue antes a por un pañuelo y después la tomó de la mano de Ana.

Se la acercó a los ojos y la leyó.

«Tenemos a tu mujer. Ven al río.»

Cementerio de Poblenou

El cementerio estaba cercado por la policía. Ese día, los fallecidos no podían ser visitados por sus seres queridos. Los portones de entrada, precintados, estaban presididos por guardias que impedían el paso.

El reposo de los difuntos había sido alterado por la policía científica, que había invadido el camposanto como un ejército.

Álex y Karla seguían delante del mausoleo donde se había encontrado el cuerpo sin vida del alcaide de la prisión *Cuatro Camins*. Presenciaban el trajín de los compañeros, que iban de aquí para allá, con cámaras fotográficas y buscando pruebas que pudiera haber dejado el asesino.

—¿No te parecería tétrico ser enterrado debajo de esto? —preguntó Karla.

Álex no dijo nada; solo se quedó mirando la estatua modernista que Karla le señalaba. Era la más famosa de Barcelona: un esqueleto con alas junto a una figura humana arrodillada, dándole el beso de la muerte.

—A mí lo único que me parece tétrico aquí es la mente retorcida de ese hijo de perra —espetó Álex.

—¿Te refieres al asesino? —preguntó Karla.

—Néstor —contestó él mientras miraba a su alrededor—. Seguimos un paso por detrás. Aunque esté encerrado sigue con su juego y se ha sacado de la manga un maldito discípulo —dijo y se pasó la mano por la cara—. Deberían matarlo. Incluso deberíamos hacerlo nosotros.

—Sí, puede ser un conspirador, pero necesita de un brazo ejecutor. Si no lo tuviera, todo esto no estaría pasando.

—Lo que me pregunto, Karla, es: si está en la cárcel y está incomunicado, ¿cómo puede ser que tenga contacto con el discípulo, con el asesino?

—¿Y si fuera su abogado? —preguntó ella.

—¿Su abogado el asesino? Podría ser —contestó Álex—. Nunca se sabe. Es una posibilidad, podríamos investigar a ese individuo.

—O, a lo mejor, no es él, pero lo usa de emisario —dijo Karla.

Álex se giró hacia su compañera.

—Buena idea, podría ser la persona que pasa la orden al asesino...

—Y quizá lo haga sin saberlo, porque está encriptada y el letrado no lo sabe —añadió Karla.

—Hombre, si lo pasa, sabe que es algo. No está hablando con un ladrón de meriendas, es el maldito Asesino del Criptograma, sabe lo que hace... —contestó él.

Karla se quedó pensando un momento.

—Incluso podría estar coaccionado —dijo.

—¿Coaccionado?

—Sí. Imagínate que Néstor le ha dicho... *si no haces esto y esto, mataremos a tu mujer y a tus hijos* —dijo Karla.

Álex lo pensó: la teoría estaba cobrando cada vez más sentido.

—Ven —dijo.

Salieron del cementerio y pasaron la cinta policial, colocándose frente a la entrada.

—Llama a Carlos y dile que investigue al abogado. Quiero saber quién demonios es, qué hace... Precedentes, cómo ha sido elegido, si es de oficio, cualquier cosa. Y que le ponga un equipo de agentes pegados como lapas. Además, quiero el registro de visitas.

Álex miró a Karla.

—¿Qué esperas? ¡Venga! —insistió Álex.

Karla obedeció: llamó a Carlos y le explicó la nueva línea investigativa. Mientras, Álex daba vueltas delante de la entrada. Era una construcción de cuatro columnas y un frontón triangular que emulaba un templo grecorromano. En el centro de este, se leía el nombre del cementerio en letras metálicas. Encima, había una escultura que a Álex le pareció un ángel de la justicia y una frase en latín: "*Resurrectionis horam mortuorum expecto*".

Álex, mientras esperaba a que Karla acabase con la llamada, buscó la frase en su móvil. El traductor de latín le sacó de dudas: "*Espero la hora de la resurrección de los muertos*".

Una frase en latín. ¿Sería otro juego de Néstor? ¿Aquel cementerio, aquella frase, podrían tener algún significado? Era él, Néstor, quien desde la cárcel necesitaba desesperadamente una resurrección.

«Maldito chiflado, solo faltaba esto ahora», pensó Álex.

Se acordó de cómo en la escuela lo habían obligado a estudiar latín. En el bachillerato de letras tuvo que aprenderlo a la fuerza para pasar de curso.

«Rosa, Rosae, Rosàm, Rosàs»: era lo único que recordaba. Vomitó la asignatura para pasar de curso y su cerebro la borró por completo. Solo recordaba la cara de la profesora, una señora se avanzada edad con el rostro gastado por el paso de los años y arrugado como una pasa, pero siempre con falda y feliz. Recordó su nombre: la señorita Llovet, la llamaban. Entrañable, una Miss Marple de las letras antiguas.

Cuando Álex regresó al cementerio, Karla había acabado de hablar por teléfono.

—Listo —dijo Karla guardando el móvil—. ¿Qué miras?

—Nada, solo me estoy preguntando por qué eligió este lugar y no otro.

—Porque es el más famoso de la ciudad. Es el más visitado de Barcelona justo por esa estatua.

—El más visitado y nadie ha visto nada —replicó Álex, indicando la entrada.

—¿Qué? —preguntó ella sin entender.

—Nada de cámaras.

—¿Crees que debería haber cámaras de grabación también en los cementerios? ¿En serio? —dijo Karla con un tono entre sorprendido y molesto.

—Mira el resultado... —confirmó Álex.

Karla se quedó boquiabierta, casi indignada.

—Oye... estaba pensando —continuó Karla—. Crees que... a ver... Espera. —Se detuvo y esperó a que Álex se girara a mirarla—. Cuando has dicho *coaccionado* se me ha encendido una

bombilla.

—Dispara —dijo Álex.

—Pero no te enfades, no te lo tomes a mal... quiero que lo veas como el Sargento Cortés, no como ciudadano. ¿Sí? —preguntó ella.

Álex asintió.

—¿Y si Néstor hubiera coaccionado a Ana? —soltó Karla y, en cuanto lo dijo, Álex arrugó el ceño—. Lo sé, es maquiavélico, pero... ¿Y si fuera cierto? No te lo podría decir, porque estaría en peligro su hijo o su marido.

—¿Qué te has fumado, Karla?

Ella se quedó callada.

—Si mi hermana estuviese en esa situación, estoy segurísimo de que me lo diría. ¡Seguro! —contestó Álex tajante—. ¡Tema zanjado! ¿Ok?

Karla levantó las manos.

Al otro lado de la zanja asomó la cabeza de Mario, que les hacía una señal para que se acercasen.

Álex buscó la mirada de Karla y fueron juntos hacia allí.

Mientras volvían al lugar donde se había hallado el cadáver del alcaide, Karla caminaba pensativa. Álex se había quedado callado. En realidad, los temores de Karla tampoco eran tan descabellados. Le había contestado con rabia, como hermano, precisamente lo que ella le había pedido que no hiciera. Pero la duda se quedó enquistada en su mente.

—Álex, está bien. Imaginemos que Néstor está incomunicado y que nadie le pasa ninguna información —dijo Karla—. ¿Y si todo esto fuera un plan estudiado meticulosamente antes de que lo encerraran? Podría haberle dicho a alguien: si me cogen, ejecuta este plan.

Álex se detuvo, pensando en sus palabras. Miró a Karla y, justo cuando iba a responderle, Mario los volvió a llamar.

—¡Venid, chicos! —gritó el policía científico—. ¡Hemos descubierto algo, venid a verlo!

En los ojos de Ana se mezclaban el pavor y la confusión. Javier conocía muy bien ese tipo de mirada: a lo largo de su carrera, la había visto cientos de veces, y su experiencia le permitía distinguir si era sincera o no. Además, Ana era muy fácil de leer: era una mujer transparente, como un libro abierto, que no escondía su esencia.

Ana se sentó y se pasó la mano por la barriga, que a esas alturas era ya enorme.

—Pero yo estoy aquí, no puede ser... no sé qué significa esto, nadie me ha... —balbuceó incrédula.

Javier miró alrededor sin soltar la pistola. Encima de la mesa había una botella de whisky por la mitad. El tapón se encontraba junto a un vaso vacío. Cogió el pañuelo y lo levantó.

—¿Tu marido suele beber? —preguntó con delicadeza.

Ella no contestó; solo asintió.

—¿Qué río podría ser?

Ana no dijo nada. Javier se giró y se agachó para estar a la misma altura.

—Ana, la nota habla de un río, ¿se te ocurre cuál podría ser? —insistió buscando su mirada.

Ella tardó unos segundos en reaccionar.

—Creo que se refiere a un río a los pies de la ladera. A veces llevamos allí a nuestro hijo. Juega con Panettone.

—¿Panettone? ¿Eso no es un postre?

Ella señaló al animal.

—El perro —dijo indicándolo con la cabeza.

—Ana, tenemos que ir enseguida, puede aún esté allí.

Ella asintió y se levantó. Dejaron al perro en la casa, cerraron la puerta y entraron en el vehículo.

Javier arrancó el coche que le había prestado Álex y fueron ladera abajo, por la misma carretera que acababa de recorrer, pero en dirección contraria.

A los pocos metros, Javier dijo:

—Llama tu hermano, dile que rastree el móvil de tu marido y que averigüe la última triangulación.

Ella llamó a su hermano y se lo explicó.

El coche siguió bajando.

—Aquí, gira a la derecha —indicó Ana, poco antes de entrar en la carretera comarcal asfaltada.

El coche viró y entró en otra carretera que seguía bajando. Las condiciones del camino empeoraron: baches y piedras cada vez más grandes ponían a prueba un coche que no estaba

preparado para esas circunstancias.

Finalmente, el camino se volvió más llano y giró a la derecha en una larga curva.

La vegetación del río comenzó a aparecer: cañas, arbustos y helechos.

—El río debe de estar ahí, ¿no? —dijo Javier señalando el paisaje—. ¿Ahora por dónde?

—Sigue por este camino un poco más y encontrarás una explanada.

Empezaba a atardecer. Fuera lo que fuese lo que los esperaba, sería mucho más fácil de investigarlo a la luz del día. A Ana le preocupó ver que el sol ya estaba menguando detrás de las montañas.

Al paso del coche se levantó una niebla de polvo blanco.

Ana tenía un tic en la pierna, y la movía sin darse cuenta, cada vez más rápido.

Después de varios minutos costearlo el río, levantó la mano.

—Miremos por esa zona, ahí hay un merendero —dijo.

Efectivamente, a los pocos metros, se abrió un espacio detrás de una curva. Apareció un parking y una batería de mesas de madera con bancos.

El coche siguió avanzando a velocidad reducida. El BMW de Alberto no estaba aparcado allí. Tampoco había trazas del hombre.

Continuaron hasta llegar al centro de la zona de picnic. En ese momento, las luces rojas de un coche emergieron de la vegetación: era el todoterreno negro del marido de la criminóloga.

Javier frenó y bajaron.

El coche de Alberto tenía las luces encendidas y una puerta abierta. El motor estaba apagado.

Javier se adelantó a la mujer, de nuevo empuñando la pistola. Le hizo una señal para que se mantuviera a un lado, por si había alguien.

El inspector fue el primero en mirar dentro del habitáculo. No había nada. Estaba vacío, sin rastro de Alberto.

Se giró hacia Ana y negó con la cabeza. Entonces ella se acercó corriendo y miró también dentro del BMW.

—¿Es su móvil? —dijo Javier, indicando el aparato que seguía apoyado en la consola central, junto al cambio de marchas.

Ella asintió y fue a cogerlo, pero Javier se lo impidió.

—Espera, nunca se sabe, hay que tener cuidado con las huellas —dijo, dándose cuenta de que Ana tenía la mirada perdida.

Luego el policía apretó el botón del maletero, que se abrió automáticamente, y dieron la vuelta para inspeccionarlo.

—Nada —dijo ella—. ¿Dónde estará Alberto?

—No puede estar muy lejos. Tiene aquí el coche con las llaves puestas y el móvil.

Javier regresó a la parte frontal y tocó el capó.

—El motor está frío; este coche lleva aquí un buen rato —dijo Javier—. ¿A qué hora tenía que recoger al niño?

Ella miró el reloj.

—Pues hace unas cuatro horas...

Javier miró a su alrededor en busca de pistas.

—Tiene que estar por aquí... O eso, o lo han secuestrado.

—Voy a llamar a Álex —contestó ella.

—Espera un minuto —replicó Javier.

Ella negó con la cabeza.

—No puede ser, es solo un director de empresa, no ha hecho nada a nadie...

—Ya, pero a veces te ven con un coche así... y piensan que uno está forrado —dijo indicando el todoterreno de lujo—. ¿No has visto a nadie que os siguiera u os mirara con demasiada atención?

Ella miró al horizonte intentando recordar.

—No... no sé. La verdad es que hace poco que vivimos aquí.

—Es alguien que tiene las llaves de tu casa y ha dejado una nota dentro.

—Bueno, puede que se la dejaran en el retrovisor y se fueran. Y luego él la dejó en la cocina antes de marcharse.

Javier pensó un momento.

—Si la encontró fuera de casa, no es muy normal que volviera a entrar y se echara un trago. Yo en su lugar habría corrido hacia aquí con la nota, no hubiera entrado en casa otra vez.

—Tenía que estar dentro, claro.

Javier echó un vistazo al perímetro del merendero. El sol cada vez bajaba más tras las montañas.

—Nada, aquí nada —dijo.

Luego regresó al coche, mientras trataba de recrear la escena en su mente.

Señaló el lugar donde había aparcado el coche y comenzó a simular las posibles escenas. Buscó huellas frescas de neumáticos, pero las únicas que encontró iban en la misma dirección por donde habían venido, hacia la carretera regional.

Luego se giró hacia el coche y caminó hasta situarse delante de él.

—Entonces, ¿el río está ahí detrás? —preguntó y Ana asintió—. ¿Se puede acceder?

—Hay una pequeña balsa, creo que en verano la gente acude a bañarse.

Javier arrugó el ceño y comenzó a caminar hacia allí. Los matorrales se fueron despejando hasta dejar entrever el cauce del río. Siguió acercándose y, de repente, una figura se fue volviendo nítida en la distancia.

Se giró y le pidió a Ana que esperase tras él.

Fue acercándose, apuntando con la pistola, controlando los ángulos ciegos por si había alguien más por la zona.

El individuo llevaba unos vaqueros y una cazadora de color beige, tal y como había descrito Ana. Podía ser Alberto.

El inspector se fue acercando y notó que el hombre estaba tumbado en la orilla. Cuando estuvo a un par de metros, Javier lo pudo ver con claridad: la mitad del cuerpo estaba sumergida en el agua, y tenía el cráneo aplastado por una piedra, con sangre derramándose y tiñendo el agua del río de rojo. La estela de su muerte seguía el cauce, oscureciéndolo.

Alberto estaba muerto y no parecía ser un suicidio.

Javier, tras controlar que la zona era segura, se giró para avisar a Ana; pero se la encontró justo detrás de sí, pálida y con los ojos casi fuera de las órbitas a causa del macabro espectáculo.

Trató de ahorrarle la visión del cadáver de su marido, pero ya era demasiado tarde: Alberto había sido asesinado y Javier no pudo evitar que Ana contemplara aquella dantesca imagen.

6

Mario los llevó frente al mausoleo y bajaron a la tumba familiar vigilada por el esqueleto alado.

Dentro, entre polvo y números de la científica, seguía tumbado el cuerpo del alcaide. Los focos auxiliares de la policía permitían ver el interior con claridad.

—Hemos hecho todas las fotos pertinentes y ya tenemos el visto bueno de la policía judicial para el levantamiento —dijo Mario.

—Bien. ¿Qué has encontrado?

—Mirad aquí —dijo señalando a un lado del diminuto espacio—. Hemos visto estos cristales, que creo que no estaban antes. Pueden ser de la víctima o del asesino.

—¿De qué pueden ser? —preguntó Karla mientras se agachaba.

—No lo sé, el forense y el laboratorio lo analizarán y nos informaran de qué son —respondió Mario.

—¿Qué más? —preguntó Álex.

—Bueno, tenemos un cadáver con clara estrangulación mediante cuerda u otro elemento que le obstruyó las vías respiratorias —dijo indicando una línea roja profunda que presentaba el alcaide en la garganta—. Por el surco que ha provocado, tiene que haber sido una persona con mucha fuerza. También tiene un par de uñas rotas y quizá con un poco de suerte podéis encontrar algo de materia orgánica o inorgánica interesante. Pero eso es la forense. Y poco más.

—¿Qué es esto? —preguntó Karla indicando las manos de la víctima.

—Esto son unas escoriaciones que tendrá que confirmar el forense —contestó Mario.

—De acuerdo, y de la vela, ¿qué me puedes decir? —preguntó Álex.

—Pues la verdad es que parece una vela normal. Blanca, de las que puedes comprar en las misas o en un bazar —contestó Mario, levantando la bolsa transparente que la contenía.

Álex se la cogió.

—Seguro que esto es más importante de lo que parece —afirmó—. Si Néstor hizo que se lo metieran en la boca, fue por algo. Y ese *algo* es muy importante.

—Me lo imagino. Pero... ¿Néstor no está en la cárcel? —preguntó Mario.

—Es una larga historia, Mario, ya te la contaré un día de estos, con un café largo —dijo Álex. El de la científica asintió con la curiosidad pintada en su rostro.

—Aparte de eso, hay un detalle que seguramente nos aclare la forense, pero antes quiero preguntártelo a ti. ¿Crees que introdujeron la vela en la boca del cadáver encendida o apagada?

Mario levantó las cejas. La pregunta pareció pillarlo por sorpresa. Karla hizo lo mismo; se giró, algo desplazada, y luego se volvió a mirar al compañero de la científica.

Mario se rascó la cabeza por debajo de la capucha blanca de la bata. Acto seguido se agachó hacia el muerto.

—Pues... lo miramos —contestó poco convencido.

Cogió una linterna y con los guantes y un instrumento le abrió la boca. En ella se observaban unas sombras.

—No se acaba de apreciar con claridad, pero podría ser que estuviera encendida. No lo descarto. Incluso puede que haya restos de cera, sí —contestó Mario—. La forense lo podrá ver mejor. ¿Qué diferencia hay si está encendida o apagada?

—¡Mucha! Néstor no deja nada al azar. Todo coincide en el podrido puzzle de su cabeza. Siempre igual: al final, todo se entiende, y la clave no es solo entenderlo, sino hacerlo lo antes posible, para avanzar a la próxima víctima —explicó Álex.

Los otros dos se quedaron callados. Luego Álex se levantó y los otros dos lo imitaron.

—No nos queda más que llevar el cuerpo a la morgue y esperar a que nos den datos más fiables. Ojalá debajo de las uñas encontremos restos de ADN del asesino —dijo Álex.

—No estés tan confiado, Álex, los milagros no existen —replicó Karla.

—Es curioso que digas eso, y precisamente en un camposanto —contestó Álex y se giró hacia Mario—. Gracias amigo, nos vemos pronto.

Mario se quitó un guante y le dio una palmada al sargento.

—Os acompaño fuera, aquí hemos terminado.

Los demás compañeros de la científica estaban guardando todos los utensilios que habían usado para la inspección ocular.

—¿Habéis encontrado algo fuera del mausoleo? —preguntó Karla.

—No, nada.

—Aquí no hay cámaras, nadie ha visto nada. Vaya, que el cuerpo ha sido introducido por obra de la Divina Providencia.

—¿Por el Espíritu Santo...? —preguntó Mario.

—No es para nada gracioso —espetó Álex.

—De todas formas, tenemos a dos agentes que están comprobando todas las cámaras de la zona —confirmó Karla—. Autobuses, gasolineras, estancos, etc.

En ese momento, el móvil de Álex sonó. En la pantalla apareció el número de Javier. Se apartó de los dos compañeros y fue a contestar. No se esperaba que le llamara.

Desbloqueó el móvil y contestó.

—¿Javier? —preguntó preocupado.

Javier abrazó fuerte a Ana.

La apartó del río para que, en su recuerdo, solo perdurara un descolorido fotograma furtivo. La sangre que fluía por el río sería un recuerdo difícil de olvidar. Ana sintió en su pecho la angustia de una esposa, pero también de una madre: acaba de perder al padre de la criatura que iba cobrando vida en su interior.

La tristeza y la desesperación empañaban sus ojos y sus facciones.

Javier la acompañó hasta el coche de la policía y le pidió que esperase allí. Luego volvió a la escena del delito, sacó el móvil y llamó a Álex.

El sol ya estaba dejando de iluminar el valle, lo que iba a hacer el rescate más complicado.

—¿Javier? —preguntó Álex al otro lado del aparato.

—Sí.

Hubo silencio.

Javier no sabía cómo seguir. Al otro lado, Álex tampoco. El tono de su breve respuesta decía muchas cosas.

—Lo has encontrado —afirmó Álex.

—Sí —repitió, esta vez con un tono desconsolado.

—¡Maldita sea! —espetó Álex—. ¿Pero cómo? ¿Qué ha pasado? —preguntó con incredulidad en la voz.

Javier le explicó la escena que tenía delante.

—No entiendo nada. No tiene sentido, Javier.

—Pues dímelo a mí...

—¿Una nota y el tío acude a una cita con alguien que no conoce y le revientan la cabeza? —dijo Álex—. No lo entiendo.

—Quizá es precisamente eso, Álex: no te lo tienes que preguntar. Solo es así, y punto —contestó—. ¿Y ahora qué hacemos?

Álex pensó un momento. Al otro lado del teléfono se oían voces, sirenas y bullicio.

—A ver. ¿Dónde está mi hermana? ¿Lo ha visto?

—Sí, solo por un momento. Ahora está en el Altea.

—Bien. Bueno, obviamente, que nadie toque el BMW ni el cuerpo. Encárgate tú. Yo llamo a los Mossos de Tarragona.

—De acuerdo. ¿Y tu hermana?

—Espérame, cojo un coche y estaré ahí en seguida.

En cuanto colgó, Javier fue hasta donde Ana lo esperaba. Allí ya no podía hacer nada más.

* * *

Álex y Karla se dirigieron hacia Tarragona en un coche patrulla. Las fuerzas del orden abandonaban el cementerio de Poblenou, después de realizar una inspección ocular y precintar el mausoleo.

Álex llamó a un contacto de la comisaría central de Tarragona. Explicó el caso y dónde había ocurrido. Pidió que enviaran un equipo de la científica y unas patrullas para sellar la zona, y les dijo que él también estaba de camino.

Karla consiguió reducir las dos horas de camino a poco más de una. Llegaron al lugar del suceso cuando la noche ya había caído en el valle. Los faros del coche iluminaban la niebla del ir y venir de los vehículos de emergencia.

El coche entró en el merendero, ahora acordonado. Álex enseñó la placa por la ventanilla del coche y el agente levantó la mano para dejarle paso.

Vio el coche que le había prestado a Javier, junto a uno de los bomberos y otro de la funeraria.

Aparte de esos, había tres de los Mossos y una furgoneta de atestados, que bloqueaban la entrada e impedían la visión del BMW.

Álex y Karla bajaron del coche. Se acercaron al sargento de la comisaría de Tarragona, que estaba junto a Javier Bustamante y Ana. Su hermana estaba sentada en la furgoneta de atestados, envuelta en una manta con una taza de té caliente en la mano.

En cuanto la vio se fue hacia ella. Los dos hermanos Cortés se abrazaron y los demás les dejaron un momento de intimidad, que duró poco.

Álex quiso saber qué había pasado, y mientras tanto le pidió a Karla que se quedara con su hermana.

Álex, Javier y el otro sargento se fueron hacia el todoterreno de Alberto.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó Álex mientras se estremecía del frío.

—El coche está limpio. No hay nada. Ni una huella, ni un solo pelo. Nada —dijo el sargento de Tarragona—. La científica lo ha revisado de arriba abajo. Ahora están con el cadáver.

Álex miró el coche. Al fondo estaban los generadores diésel, que alimentaban los focos que iluminaban las dos escenas: el coche aún abierto y, entre la maleza, la zona donde estaba el cadáver.

—Gracias —dijo Álex mirando al inspector de Cuenca—. Solo le faltaba esto a Ana.

—Me lo imagino. Pero la vida no te pregunta, solo reparte cartas...

—¿Dónde está él? —preguntó Álex.

—Sígueme —dijo el sargento de Tarragona—. La científica está en ello, pero han encontrado algo que deberías ver.

Lo guio hasta el otro lugar, también iluminado con focos. Habían cubierto el cuerpo con un telón plateado. Los compañeros de la científica estaban haciendo las fotos de la zona y buscando pistas por los alrededores.

Cuando llegaron, los de la científica apartaron la roca, dejando al descubierto el cráneo aplastado de Alberto: era como si le hubiese pasado por encima una apisonadora. Álex lo observó y se puso las manos entre los rizos negros.

—¡Por todos los demonios! ¿Quién puede haber hecho algo así? —gritó.

El cadáver, bocabajo, tenía los brazos paralelos al cuerpo.

—¿Alguien lo ha movido? —preguntó Álex.

—No. Está tal y como lo encontramos, solo apartamos la piedra —dijo el sargento de Tarragona.

—¿Cuánto lleva aquí? ¿Lo sabemos? —preguntó Álex.

—Parece que lleva aquí unas siete horas —confirmó el sargento—. Por la temperatura del cuerpo y la rigidez del cadáver, es lo que estima la científica.

—Sí, puede ser. Cuando llegamos, el motor estaba frío. Probé a moverle el brazo y aún se podía. Ahora ya no, el *rigor mortis* ya ha empezado y está más tieso que un roble —dijo Javier agachándose hacia el cuerpo.

—Así que tenemos un cuerpo que lleva aquí desde mediodía, casi desde la hora a la que tenía que ir a buscar a mi sobrino a la salida del colegio —afirmó Álex.

—Hemos enviado a casa de Ana un equipo de la científica para ver qué encuentran en el mensaje escrito —dijo el de Tarragona.

—Te lo agradezco.

—Para eso estamos pero, según dice el inspector Bustamante, poco encontraremos. Está escrito a ordenador.

—Ya, pero nunca se sabe. ¡Dios, qué frío hace en este pueblo! —dijo Álex, mirando a Javier que iba solo con una camisa y un anorak, sin siquiera subirse la cremallera—. ¿Qué pasa, que tú no tienes frío? —preguntó Álex frotándose las manos.

—Esto no es nada con el frío que tenemos en Cuenca.

—¡Menudo marrón te ha tocado ver fuera de casa! Como si no tuviéramos bastante con lo nuestro, nos apuntamos a otros, ¿verdad? —dijo Álex mirando a Javier y luego se agachó junto al cuerpo sin vida de su cuñado.

—¿En qué lío te habías metido? —le susurró al cadáver.

Luego se quedó mirándole unos instantes.

—¿Álex? —preguntó el inspector.

Este se giró.

—Sí, perdón.

—Lamento que fuera familiar tuyo.

—No te preocupes. ¿Qué me ibas a decir?

—Estamos buscando por las cámaras de la zona, hay un par de gasolineras y vamos a ver si tenemos suerte. Además, están las cámaras de la autovía y del centro del pueblo. A ver si encontramos algo.

—Perfecto —contestó Álex y después, mirando el cadáver, preguntó—: ¿Qué estamos esperando?

—La policía judicial está de camino. Su Señoría les ha delegado el levantamiento del cadáver.

Los policías que estaban haciendo fotos se acercaron y pidieron permiso para fotografiar el cuerpo.

Mientras tanto, Álex y sus dos acompañantes se fueron a ver a Ana.

—Siento que vayas a tardar tanto en llegar a tu casa, Javier —dijo Álex al inspector.

—No te preocupes, he llamado a mis superiores y les he dicho que me tomo vacaciones y que estaré fuera unos días —contestó Bustamante—. Así que da igual si me quedo unos días más por Barcelona.

—¿Estás seguro? —preguntó Álex.

Ambos se detuvieron.

—Puedo quedarme por lo menos un día más. Si no te molesta.

Álex le miró de reojo.

—Claro, quédate, pero ten cuidado porque Barcelona es más peligrosa de lo que crees —dijo y reanudó el paso.

Llegaron a la furgoneta de los atestados. Ana seguía allí, envuelta en la manta.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es que te quedes en mi casa unas noches más —le dijo Álex a su hermana—. Al menos hasta que entendamos de qué va todo esto.

Se veía claramente que Ana estaba en estado de shock.

—Pasaré a buscar a mi sobrino y lo dejaré en casa de nuestros padres —continuó Álex sin dejar de mirarla.

Ana dio un sorbo a la infusión y asintió.

—Por unos días, será mejor que te quedes fuera de todo esto —dijo Álex.

—Sí, buena idea —puntualizó Karla metiéndose en la conversación—. Incluso puedes dormir en mi casa, si quieres.

—Bueno, ya lo veremos —respondió Álex—. Lo que está totalmente descartado es que te quedes en casa sola.

—¡Sargento Cortés! —un compañero de la científica, vestido con una bata blanca con capucha, lo llamó desde lejos—. Siento molestarle, pero creo que esto es importante —dijo mientras levantaba una bolsa transparente. Contenía una nota escrita a mano que decía:

Álex: Si insistes en no dejarlo ir, mañana mismo traeré langostas sobre tu territorio, y estas cubrirán la superficie de la Tierra, de tal modo que no podrá verse el suelo. Se comerán todo lo que el granizo no haya dañado, lo mismo que todos los árboles frutales del campo. (Éxodo 10:4-5)

Álex la leyó en silencio. Cuanto más leía, más se le abrían los ojos. Al terminar miró a Karla. Ella entendió enseguida lo que quería decir esa mirada; lo conocía demasiado bien.

—¡No! —contestó ella.

—¡Sí! Ese maldito hijo de perra —espetó Álex y se alejó con la nota.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Javier.

Hubo un silencio que duró un par de minutos, hasta que Javier repitió la pregunta.

Karla lo miró y le dijo solo una palabra.

—Néstor.

Entonces el inspector miró a Ana.

—Me temo que van a ser más que un par de días de vacaciones.

Esa mañana el Café Sirena estaba lleno.

Los planetas se habían alineado para que todo el mundo quisiera desayunar allí ese día. El bar era un bullicio de personas que iban a trabajar y se querían llevarse un café caliente a la oficina para compensar el frío de finales de febrero. Vecinos y compañeros de los Mossos habían llenado todas las mesas. Solo quedaba una redonda, al final de la cafetería, reservada para ellos.

Álex y Karla se sentaron en un lado; Javier y Ana en el otro. La noche anterior habían llevado al hijo de Ana a casa de los abuelos; los cuatro se quedaron a cenar allí. Los abuelos Cortés, jubilados, vivían esperando las visitas de sus hijos pero, desde luego, no cuando traían noticias tan duras como la muerte de su yerno. El niño todavía no sabía nada, así que la noche fue un teatrillo para disimular el luto y que el pequeño no se enterase.

A la vuelta, Ana durmió en casa de Karla, y Javier en el sofá de Álex.

Quedaron a las ocho en el Café Sirena para organizarse y desayunar juntos.

Podía parecer un desayuno de amigos, pero no lo era: a pesar del delicioso café, las caras eran de cansancio y de tristeza.

—¿Te ha dejado dormir Rocky? —preguntó Álex a su hermana, dando un trago al café.

—Claro —contestó Ana mirando a Karla—. Creo que es el sofá más cómodo que he probado, y Rocky es un amor —respondió con un velo de tristeza.

—¿Esa cosa, un amor? —replicó Álex.

—¿Quién es Rocky? —preguntó Javier, después de haber tragado rápidamente un trozo de bocadillo de jamón para no perder el hilo de la conversación.

—Es un maldito gato pelirrojo —dijo irónicamente Álex.

Karla le soltó una palmada en la espalda.

—¿Cómo que *maldito gato*? Es un amor, como dice Ana. Ella sí que entiende de animales.

—Es una bola de pelo y encima se tira pedos.

—Mi gato no se tira pedos.

—Parecéis un matrimonio... —dijo Javier—. Pero de los que llevan casados veinte años.

Álex y Karla se miraron extrañados, como si no estuvieran de acuerdo.

Álex levantó la mirada y se detuvo a mirar a su hermana. Esta se había bloqueado, mirando la cuchara que removía el azúcar en la taza.

—¿Estás bien? —preguntó Álex.

Ella salió de su bucle de pensamientos y levantó la mirada por un segundo, bajándola enseguida.

—Sí, sí. Gracias —contestó.

Álex pensó que no era justo, ni para nada fácil, aquello por lo que Ana estaba pasando.

Después de que Néstor le cortara la mano derecha y tuviese que dejar su vida, ahora había matado también a su marido. Sin considerar que en su vientre llevaba a la segunda criatura de Alberto, que ya no podría ejercer como padre. En ese momento también se dio cuenta de que quizá tampoco era una gran pérdida para ella. Tener un marido así no era un gran apoyo, excepto por la parte económica.

A Álex le sonó el móvil. Era un mensaje de Emily, de la periodista, preguntando si la tierra se lo había tragado. Que si había pensado mejor su propuesta de ir a vivir a Londres. Y por último un emoticono con un beso en forma de corazón seguido de una frase: “Te echo de menos”.

Levantó la mirada y vio que Karla le estaba observando el móvil de reojo. Cuando la pilló fisgoneando, giró rápidamente la vista.

Álex se dio cuenta de todo.

Volvió a mirar su móvil; hacía varios minutos que había recibido un mensaje de Alba Guevara, la forense. Decía que fueran allí, que ya tenía resultados.

Guardó el teléfono y siguieron desayunando.

—¿Tienes noticias del juez? —preguntó Ana.

—¿A qué te refieres? —respondió Álex.

—Si te ha informado del intercambio. Si al final se va a realizar, cuándo, dónde... —especificó Ana.

—De momento no tengo noticias, supongo que estará moviendo todos los hilos posibles. Además, sin el alcaide, se le complicará el dejar salir a un preso de máxima vigilancia.

—¿Estáis seguros de querer hacer eso? —preguntó Javier sorprendido—. Yo creo que es un auténtico suicidio. Ese Néstor es un trintero y os va a hacer algo que no os esperáis... seguro.

—¿Desde cuándo eres experto en Néstor Luna? —preguntó Karla con arrogancia, defendiendo a Álex y la decisión del juez—. ¿Se puede saber, señor inspector de la policía nacional? —concluyó con retintín.

Álex le tocó la pierna por debajo de la mesa, rogándole que no comenzara con su afinado cinismo.

Javier la miró fijamente, sin bajar la mirada en ningún momento.

—He estudiado vuestro informe, he seguido la noticia en todos los informativos y me he leído todos los libros de Ana —contestó—. A ese hombre lo habéis cogido una vez, pero no volverá a cometer el mismo error. Si se os escapa, podéis decir adiós a volverle a pillar —concluyó Javier.

—Tiene razón —contestó Ana—. Néstor no volverá a dejarse atrapar.

Álex bufó.

—¿Y qué hacemos? ¿Dejamos que mate a la mujer del juez? —contestó a la defensiva—. ¿Mejor eso? ¿Si fuera tu mujer no lo harías?

Javier no contestó. Luego miró un segundo a Ana, que le devolvió la mirada.

—Daría mi vida antes de que matasen la persona a la que amo —contestó Javier mirando Álex.

Hubo un par de minutos de silencio entre los cuatro.

—¿Y qué tienen que ver los otros asesinatos? ¿Por qué el alcaide? ¿Por qué Alberto?

—El alcaide le pegaba... —dijo Ana—. Quiero decir, fue él quien ordenó que le pegaran a Néstor.

—Ya pero... ¿y Alberto? —preguntó Javier—. ¿Qué tenía que ver él?

—Alberto había cambiado, se había dejado vencer por el victimismo, revolcándose en su

propia mierda. Demostró no tener los cojones bien puestos —concluyó Álex.

—¿Y se merecía morir? —preguntó Javier, siendo el único que defendía al difunto.

—Sí, bueno...

—¿Sí? —exclamó Javier—. ¿Álex? ¿Álex Cortés, eres tú? No me lo esperaba.

—Espera Javier. No. La respuesta es no, maldita sea. Nadie merece morir. Me refiero a que había cambiado. No se merecía estar con mi hermana, es más, nunca se lo mereció —dijo mirando a Ana—. Cuando Néstor te raptó, ni siquiera llamó a la policía diciendo que habías desaparecido. Me llamó a mí, al día después. Era un lerdo, solo servía para lamer culos en multinacionales.

Se desahogó y sintió una mano de Karla encima de la suya.

—Tranquilo, Álex, respira —dijo ella dulcemente.

Álex jadeaba de los nervios.

—Lo siento, no quise dar a entender que quería que muriera. En absoluto. Solo quiero decir que nunca me gustó.

—¿Y si Néstor lo hubiese planeado antes? —preguntó Javier, cambiando la dirección de la conversación.

—¿A qué te refieres? —preguntó Karla.

—Que Néstor y su discípulo podían tener preparado este caso desde tiempo atrás, en el caso que le encarcelaran, tener una posibilidad de intercambiar su libertad con la de la mujer del juez.

—Creo que no —contestó tajante Álex.

—¿Por qué no? —contestó Javier—. ¿Por qué estás tan seguro?

—Porque yo redacté el informe y el juez tomó la decisión de trasladar a la madre de Néstor a otro centro cuando él ya estaba en la cárcel —dijo Álex negando con la cabeza.

—¿Y si no fuese una coincidencia? —insistió—. Imagínate que alguien sabía que su señoría es un paladino de la justicia, y le hizo llegar el informe porque intuía su reacción —dijo y esperó—. ¿Y si ya lo hubiera hecho antes de Néstor con otro recluso o delincuente? Quizá era una jugada esperada por Néstor.

—Nos lo habría dicho el juez. ¿No? —apuntó Karla.

Javier se giró hacia la chica.

—¿Crees que el juez se acordaría de que un tal Pepito de los Palotes dejó encima de su mesa un archivo y te lo diría? —dijo Javier y cambió de tono—. Sabes Karla, me han dejado esto. ¡Qué coincidencia...! ¡No!

—¡Maldita sea! Javier, puede que tengas razón. Deberíamos preguntárselo —contestó Álex—. Cuanto más lo pienso y le doy vueltas, más sentido tiene. Sobre todo, por una cuestión —siguió Álex—. Recordad cómo, en el caso de los cadáveres de la furgoneta, Néstor siempre iba un paso por delante de nosotros. Siempre hizo igual. Siempre por delante. Fuimos a remolque durante todo el caso hasta que él quiso. Puede que esté pasando lo mismo ahora y hayamos pensado que lo del juez fue un hecho al azar.

—Nada de azar con Néstor, en eso estoy de acuerdo con Javier —contestó Ana.

—Si encontrásemos a la persona que supuestamente dejó el informe encima de la mesa o se lo entregó, es decir, a quien se lo hizo llegar... podríamos encontrar al cómplice de Néstor y a su mujer...

—Hay que ir a hablar con el juez —afirmó Karla.

—Un momento —dijo Ana—. ¿Néstor está esperando a que demos este paso?

Álex levantó la mirada y miró al inspector.

—Algo me dice que no, Javier viene de fuera, no está contaminado por el día a día de la investigación y esto no se lo imagina —confirmó Álex.

Los cuatro habían acabado el desayuno. En cuanto Álex programó los próximos pasos, recordó en lo que había pensado antes de sentarse.

—¿Nos vamos a ver al juez? —preguntó Karla.

—No, Alba nos ha llamado. Tiene el informe de la autopsia del alcaide y tenemos que ir a verlo —dijo Álex y sacó un folleto de su bolsillo y se lo pasó al inspector—. Javier, hazme un favor: empieza con esta lista, llama al primer hotel y mira si podéis alojaros en él. Dejad las maletas y os instaláis. No podéis dormir en los sofás, necesitáis descansar y tener tranquilidad.

—¿Yo y quién más? —preguntó Javier.

—Tú y mi hermana. Coged dos habitaciones, son hoteles concertados por la policía para emergencias.

—Ok, cuenta con ello.

—Te dejaré un Altea camuflado. Luego, tenéis que ir a hablar con el juez. Yo le llamaré para informarle de que iréis a verle. Tenéis que averiguar cómo demonios se le ocurrió leer mi informe y si alguna persona, directa o indirectamente, afectó en su decisión.

—Cuenta con ello.

Álex se levantó.

—Karla, vamos a ver a la Dama de la Muerte, esperemos que nos responda alguna pregunta.

Álex y Karla entraron en la morgue. Alba estaba en su mesa, repasando informes, y sentada un poco más allá había una chica rubia. Detrás de ella se encontraba el cuerpo desnudo del alcaide, sobre una mesa de inox en el centro de la estancia. Una luz fría la iluminaba, deshumanizando el cadáver. A distancia se percibía la típica cicatriz que le recorría el pecho.

Álex llamó a la puerta y sin esperar respuesta, entró.

—¿Se puede? —preguntó Álex.

—Me da la impresión de que este caso no te interesa tanto, ¿verdad Álex? —preguntó la forense.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Antes, en cuanto tenía las analíticas venías escopeteado. Esta vez has tardado varias horas —dijo. Levantó la vista de sus papeles y le miró—. Y no me digas que es una cuestión del tráfico porque no me lo trago.

Álex se quedó mirándola: ella le sonreía con ese gesto suyo tan característico, entre pícaro y malicioso. La mujer, debajo de la bata, llevaba botas de cowboy, tejanos y un jersey rojo de cuello alto. Ese color le recordó a Álex el día en que se acostaron: su ropa interior era del mismo tono, rojo pasión.

—Estaba reunido —contestó.

La médico asintió.

—Claro.

—¿Cuándo aprenderás a usar el ordenador y dejarás de rellenar las fichas a mano? —preguntó Álex, señalando el monitor.

Era una pantalla de tubo catódico que ocupaba la mitad de su escritorio, con aspecto de estar en el mismo sitio en que lo dejaron el primer día.

—Es verdad —dijo Alba mirando el aparato—, siempre pienso en decir a mantenimiento que se lo lleven, pero al final me olvido.

Se levantó y pasó muy cerca del policía. Al ver el ímpetu con el que se movía, Álex se temió por un segundo que ella tratara de darle un beso. Tragó saliva cuando al fin la vio cambiar de dirección.

—Te presento a Manuela. Por fin me han concedido una ayudante. Cada día tenemos más trabajo, esto no para nunca.

—Nos conocemos —dijo Álex viendo a la chica—. Hace unos años, cuando estaba aquí de becario.

La chica tenía un precioso pelo rubio recogido con una coleta, y una nariz fina, tan puntiaguda que casi parecía que se la hubiesen metido en un sacapuntas de niña. Tenía los ojos

muy juntos; un rostro con personalidad, diferente de la tradicional belleza nórdica y, desde luego, difícil de olvidar.

—Y tanto que me acuerdo... —continuó Álex, alzando un poco la barbilla para imponer su autoridad—. El primer día no me trataste muy amigablemente, que digamos.

—Llegó usted muy tarde, sargento. Fue culpa suya —la chica pestañeó, como tirándole los tejos.

Se quedaron mirándose hasta que Karla dio un golpe de tos.

—Sí —dijo Álex girándose—. También te acuerdas de Karla, ¿verdad?

—¡Cómo no! La cabo Ramírez.

—En fin, ahora que tenemos las presentaciones hechas, podemos empezar, ¿verdad? —les espetó la forense—. Antes quiero darte el pésame por tu cuñado, lo siento mucho.

—¿Cuándo te llegó el cuerpo?

—Anoche. En cuanto acabemos con el alcaide, comenzaremos con la otra autopsia.

—Gracias —dijo Álex—. ¿Qué tenemos aquí?

—Varón, blanco, cincuenta y siete años, en sobrepeso. Lleva muerto unas cuarenta y ocho horas. Está acabando el *rigor mortis*, por lo que pienso que fue arrastrado al mausoleo casi un día después de morir.

—Ok, ¿qué más? —dijo Álex—. Me interesa mucho saber si has encontrado algo en las uñas.

Alba le lanzó una mirada que decía claramente: «No me gusta que me interrumpas».

—Ya. Presenta tres uñas rotas en la mano derecha, en las cuales hay trozos de piel y sangre. Además de tierra y otros materiales que estamos analizando. De momento, esto es lo que hay.

—¿Has mirado si coincide el ADN con la base de datos?

—Estamos en ello, si está en nuestro banco de datos, seguramente tendremos respuesta durante el transcurso de hoy.

—Karla, que no se me pase, comunica a nuestros compañeros que este caso es de máxima prioridad —ordenó Álex—. Bien, ¿qué más, Alba?

—Manuela, explícale lo de la cuerda —dijo Alba.

La chica carraspeó.

—Como podéis ver, la yugular ha sido estrangulada impidiendo que entrara el aire. Se ha realizado con una fuerza tremenda. Casi le parte el cuello. Estiró desde la nuca, obviamente, y creemos que se ha empleado un cable de acero.

—¿De acero? —preguntó Karla.

—Han quedado pequeños filamentos de acero en el cuello.

El alcaide estaba tumbado en la mesa delante de los policías, frío e inmóvil. Por el matiz azulado de su piel, se podía intuir que llevaba un tiempo muerto. Karla era la primera vez que lo veía; en cambio, para Álex era diferente. La visión de alguien en ese estado siempre le resultaba chocante; aunque fuera una persona de moralidad dudosa y prácticas discutibles de gestión de la cárcel. Al final, era un hombre que había perdido la vida. Daba igual quién fuera; nadie se merecía un final así. Ni Patricia, la chica asesinada por Néstor que vino del sur para trabajar en un bar de noche; ni aquel inmigrante que se ganaba la vida en un supermercado; ni aquella madre que simplemente quería vender trastos viejos en una aplicación... ni tampoco Mary. Nadie se merecía terminar en posición horizontal en la morgue por asesinato. Nadie. Néstor había matado demasiado. Álex, delante de ese enésimo cadáver, sintió un dolor en el costado. El mismo que habría sentido si allí hubiera estado su propia hermana. Se imaginó a Ana en esa posición, desnuda, con su mano amputada. Era una visión terrible. Imaginó lo que sintió Javier al ver a

Gina en la morgue de Cuenca: impotencia, venganza, ira.

Sin embargo, delante tenía a Joan Cusí. Muerto estrangulado. La piel del cuello tenía un profundo surco que la había seccionado como un cuchillo. En su cuello se apreciaba la piel en carne viva. Álex reconoció la marca que había dejado el instrumento de tortura; era perfectamente compatible con la descripción de la forense. El agresor debió de sentir rabia mientras sujetaba ese cable metálico que partió, además de su vida, casi su cuello. Eso no era obra de alguien que quería que muriese: esa persona quería que sufriera, que pagara por sus pecados, que no volviese a hacer daño a nadie. En concreto, a uno de los presos de su cárcel. A Néstor.

Álex sintió furia e impotencia. Aquello estaba alargándose demasiado. Un escalofrío le cruzó la columna. Levantó la mano y estuvo a punto de dar un puñetazo encima de la mesa de autopsias, pero se controló.

Karla se dio cuenta. Conocía tan bien el temperamento del compañero, pero en parte lo entendía; esa vez no se lo podía reprochar.

—Muy bien explicado, Manuela —confirmó Alba como si fuera su profesora.

La rubia miró al guapo policía, satisfecha de su intervención. En ese momento debió de notar la rigidez y seriedad en el rostro de Álex, y su sonrisa desapareció.

—¿Y estas laceraciones? —preguntó Karla.

—Esto son rozaduras, creemos que por el arrastre —explicó la forense.

—¿Arrastre?

—Después de matarlo, el asesino lo arrastró por una zona de tierra o gravilla. Entre las heridas hay polvo y piedrecillas.

—El cementerio de Poblenou tiene tierra batida. Puede que venga de allí —aclaró Karla.

—Sí, pero este hombre pesa casi noventa kilos y se le tiene que haber transportado con alguna herramienta —dijo Alba.

—¿Entonces qué? ¿Quieres decir que solo alguna parte del cuerpo arrastraba por el suelo? —preguntó Karla

—Exacto. Es probable que fuera un medio de transporte en que los brazos le colgaran y se arañaron.

—Ya —asintió Álex—. ¿Como qué?

—Lo pudo llevar con una carretilla, por ejemplo, de jardinería —dijo Alba—. Y los brazos irían arrastrando. Pero piensa que el cementerio tiene un muro perimetral de dos metros y pico de altura. ¿Cómo ha pasado un cadáver de noventa kilos por encima y lo ha transportado? Descubrir eso es tarea vuestra, chicos.

Karla miró el móvil y se apartó un momento. Álex la siguió con la mirada por un momento.

—¿Crees que sufrió? —preguntó Álex.

La forense levantó las cejas.

—¿Por qué me preguntas eso ahora? —matizó Alba.

—Es un hombre. Podría haber sido yo, tú, mi hermana. Simplemente quiero saber si ha sufrido —puntualizó Álex.

Alba calló. A Álex le dio la impresión de que dudaba si decirle la verdad.

—Dímelo sinceramente, Alba —insistió Álex.

Ella se pasó la lengua por los labios, que llevaban carmín de color burdeos.

—Sí, mucho —dijo tajante la forense—. Era consciente de lo que le estaba pasando y ha

sufrido.

—Gracias —contestó Álex.

Entretanto volvió Karla. Álex la miró y ella le hizo un gesto con la cabeza que él entendió.

—¿Algo más, Alba? —preguntó el policía.

Ella miró a su rubia asistente y luego cogió la carpeta del informe.

—No, de momento esto es todo. En cuanto tengamos el ADN que tenía debajo de las uñas os lo comunicamos.

Casi sin despedirse, los dos policías salieron de la morgue. En cuanto llegaron al aparcamiento, fuera del alcance de los oídos de las dos forenses, Álex le preguntó qué pasaba.

—Tenemos al abogado de Néstor en la comisaría. Está esperando para ser interrogado —le explicó Karla.

—Entonces tendremos que apresurarnos, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Álex guiñándole un ojo.

—Eso está hecho —confirmó Karla mientras entraban en el coche.

Javier la ayudó a entrar en el coche camuflado. Ana no estaba acostumbrada a que le abrieran la puerta. Muchas veces había justificado a Alberto, diciéndose que eso era normal después de tantos años juntos, ahora que la pasión había pasado y con ella las buenas maneras. La rutina era la muerte lenta de la pasión y del romanticismo, si es que en algún momento los hubo.

Javier salió del parking de la central de los Mossos. Álex le había dejado un coche de servicio contra toda norma: un policía nacional, en principio, no podía conducir un coche de su cuerpo. Pero a él, ese tipo de normas no le interesaban. La prioridad era hablar con el juez y averiguar de dónde había salido su idea de trasladar a la madre de Néstor de un geriátrico a una penitenciaría.

Javier conducía en silencio, y Ana estaba absorta en sus pensamientos. De vez en cuando miraba de reojo al policía y sus tatuajes en los brazos, que sobresalían de la manga de la camisa.

Alberto ya no estaba. El padre de sus hijos había desaparecido de la noche a la mañana.

En parte, Ana se sentía culpable de haberlo arrastrado a esa espiral de locura. Pero algo le decía que su vida tampoco había perdido gran cosa. Las dificultades que se presentan en el camino de la vida definen a una persona, y en el caso de Alberto, habían desvelado su verdadera valía.

A las pocas calles, el coche se detuvo. Ana regresó con la mente al habitáculo. Miró a Javier y este le señaló fuera de la ventanilla. El edificio de enfrente era un hotel de barrio. Bajaron y él cogió las maletas de los dos.

Al entrar, Javier entregó el papel que le había dado Álex, explicando quién era y por qué estaban allí.

—Segundo piso a la derecha. Doscientos tres y doscientos cinco —dijo el conserje, tras asignarles sus habitaciones.

El inspector Bustamante subió las maletas de Ana hasta su habitación.

—¿Te dejo descansar un rato? —preguntó.

Ella asintió, mientras miraba la estancia. Era la típica habitación de hotel de tres estrellas. Mobiliario moderno, una cama grande con las sábanas impolutas y una fragancia oriental en el aire. Se acercó a la ventana, que daba a la carretera. Los cristales dobles aislaban los ruidos del tráfico.

El inspector se estaba retirando cuando Ana lo detuvo.

—Espera —dijo.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que salieron del Café Sirena. Pillaron

desprevenido al inspector, que se detuvo, cohibido.

—Javier, espera —replicó ella mientras miraba por la ventana. Desde ella se veía el coche con el que habían llegado—. Hay algo que me atormenta.

Javier dejó sus maletas también y cerró la puerta.

—Dime —contestó con tono suave.

—Creo que me estoy equivocando —continuó ella.

Esa respuesta le resultó extraña al policía.

—¿A qué te refieres, Ana?

—A que el juez no es importante.

—¿Cómo que no es importante? —preguntó sorprendido Javier—. Si es lo que ha desencadenado todo, ¿no?

—Hablo de mí.

Javier se sintió aún más perdido.

—¿De ti?

—Necesito que me ayudes.

Javier arrugó el ceño.

—Lo siento, no te entiendo.

—Necesito hablar con Néstor, a solas, entender... —dijo mientras se sentaba en la silla del escritorio—. Entender por qué tenía que ser Alberto.

Javier se pasó la mano por el pelo.

—Ana, tenemos que ir a hablar con el juez —contestó extrañado.

—Sí, es verdad, pero yo antes necesito hablar con Néstor. Como mujer, necesito entender. Alberto no era una persona aleatoria, no era alguien de la calle. ¿Por qué él? —dijo y le miró a los ojos—. ¿Por qué yo?

Javier se quedó mirándola en silencio. Entendía a la mujer, pero esa propuesta era difícil de llevar a cabo y lo ponía en una encrucijada.

—Hay que avisar a Álex para decirle que no vamos a hablar con el juez —dijo mientras negaba con la cabeza—. Esto no le gustará.

—No. No le vamos a decir nada. Se lo diremos cuando salgamos de hablar con Néstor.

—¡Uff! —contestó Javier—. Esto no es un buen plan, Ana.

—Lo sé, por eso te pido que me ayudes —contestó ella con tono negociador.

—Ana, creo que estás demasiado implicada en todo esto. Pienso, incluso, que deberías ser apartada de este caso. Si te dejas llevar por las emociones podemos cometer un error.

Aquello sorprendió a la criminóloga.

—¿Perdona? ¿Implicada? ¿Estás de broma? ¿Me lo dices tú, que tu hermana murió de la mano del pirado del Vampiro? —contestó molesta.

El inspector bufó. Miró a su alrededor: las paredes de la habitación eran sobrias. Dio dos pasos y se sentó en la punta de la cama. La mirada de la mujer no le dejó.

—Javier. Me conoces poco, pero Néstor no puede haberme hecho esto a mí, después de haber destruido a mi familia y después de esto —dijo a regañadientes, levantando su brazo manco.

Javier vio en el rostro de la mujer la sombra de la venganza. La necesidad de saber. La misma que había sentido él miles de noches. La rabia de no poderlo hacer lo habría corroído por dentro y fue una mala compañera de vida. La sed de saber y de mirar a los ojos al asesino de su hermana era lo único que lo había hecho sentir satisfecho.

—Esto nos traerá problemas —dijo él, ya resignado y empatizando con la mujer.

—Será rápido. Se lo explicaré a Álex, me hago responsable totalmente.

—¿Y el juez?

—Y el juez, buena pregunta... —dijo ella—. Iremos después. Será rápido, una visita a Néstor y después iremos a ver juez.

—¿Qué piensas que va a decirte ese malnacido? —preguntó Javier.

Ella se lo pensó un momento antes de contestar. El Asesino del Criptograma se había convertido en un remolino capaz de tragarse a media ciudad e hincarla de rodillas. La ley no era capaz de detenerle, ni el juez, ni la policía.

«Alguien tiene que hacerlo», pensó Ana.

Llamaron a la puerta. Álex y Karla entraron sin esperar respuesta en la sala de interrogatorios. Delante tenían al letrado que defendía al prisionero de Quatre Camins, Néstor Luna.

A los dos policías les gustaba interrogar en persona a ese tipo de sujetos: estrujarles y jugar al gato y al ratón. En el fondo, les encantaba. Saboreaban el momento; el placer de tener el peso de la ley en sus hombros y arrojárselo encima.

El único problema era el factor tiempo. No tenían todo el día; necesitaban ir al grano, desabrochar su coraza y atacar a la yugular directamente.

Sin embargo, en cuanto dieron los primeros pasos en la sala, se encontraron a una fiera bien conocedora del proverbio: “la mejor defensa es un buen ataque”.

—¿Sabéis que me estáis reteniendo ilegalmente? —les espetó el abogado—. Voy a enviar un informe a vuestro superior, el mayor Aragonés, y os vais a cagar de pie —amenazó apuntando con el dedo a Álex—. ¿Quién te piensas que eres, Álex Cortés?

Álex lo siguió con la vista mientras se acercaba. Justo cuando estaba al otro lado de la mesa, dio un manotazo tan fuerte que la hizo temblar. El vaso de agua que había encima se volcó.

—¡Cállese! —gritó el sargento.

Los dos policías se sentaron, cada uno con un café.

—Lo siento por el agua, ¿quiere más? —preguntó Álex con fingida calma—. ¿Cómo dice? ¿Que no? De acuerdo —simuló que el hombre decía una frase y se giró hacia el cristal—. El interrogado dice que no quiere más agua.

El abogado se rio con cinismo de la escena y se sacó del pantalón un pañuelo para secarse. El letrado llevaba un traje azul a rayas blancas, camisa y corbata azul oscuro con puntos blancos y un pañuelo blanco en el bolsillo. Álex, al apoyar su carpeta, fingió que se le había caído un bolígrafo solo para verle los zapatos: bien lustrados y las suelas nuevas. Aquel era un abogado que cobraba bien sus honorarios.

Se volvió a incorporar y lo miró. Lo recordó en el juicio, sentado al lado del asesino, y declarando en las noticias a la salida de los tribunales. La prensa lo había apodado *el Abogado del Asesino del Criptograma*.

—Vaya, vaya —dijo Álex mientras el letrado guardaba silencio con expresión burlesca—. Mira a quién tenemos aquí, Karla. Al mismísimo abogado de Néstor —dijo y dio una pequeña palmada en la mesa—. Sabe, es usted más guapo en la televisión.

El hombre tenía una nariz aquilina, pelo corto y un pequeño lunar en la mejilla. Llevaba gafas de montura al aire y aparentaba unos cuarenta y pocos años.

—Agente, está usted jugando con fuego, ¿sabe? —dijo el abogado.

Álex río.

—Anselmo Vilamitjana —dijo Álex—. Llamado también el Don Juan del Foro...

El hombre se sintió halagado con ese mote y se ajustó la corbata.

—Sí, ese soy yo. ¿Cuánto durará este paripé? Este teatrillo barato, ¿se puede saber? —insistió el abogado con arrogancia.

—Tranquilícese y cállese. Si prefiere llamar al juez Del Pozo, le doy mi móvil y habla directamente con él —dijo Álex con tranquilidad—. Ahora no creo que esté muy contento con su defendido...

El abogado miró a Álex y luego repasó a Karla de arriba a abajo.

—¿Qué quieren? —respondió.

—Sabes, Karla, de pequeño pensaba que los asesinos no tenían que ser defendidos. Mirando las películas me preguntaba, ¿por qué defenderle si es culpable?

El abogado soltó una risa forzada, falsa, y se recolocó en la silla.

—Yo también —contestó Karla.

—Me pregunto, letrado, ¿cómo puede ser que un abogado como usted defendiera al Asesino del Criptograma? —dijo Álex.

—Bueno, de hecho, ya lo sabemos... —aclaró Karla.

—Pero nos gustaría que nos lo dijera usted —replicó Álex.

Se quedaron en silencio.

—Silencio profesional —espetó el abogado—. No les voy a decir nada... y lo saben.

—Karla, cuéntale qué tal está el juez —dijo Álex.

—Pues la verdad que algo cabreado —contestó mirando al letrado—. ¿Usted no lo estaría si supiera quién ha raptado a su mujer?

El abogado no contestó enseguida.

—No sé a qué os referís —contestó encogiéndose de hombros—. No tengo ni idea.

Álex se cruzó de brazos.

—Mira, Anselmo, te seré sincero. Crees que al otro lado del cristal te ampara la ley, y que estamos grabando, ¿verdad? —dijo sin perderse ni un matiz del lenguaje no verbal del letrado—. Pues no, no estamos grabando. ¿Y sabes qué quiere decir eso? Que lo que pase aquí dentro se quedará aquí dentro. ¿Me entiendes, letrado?

—Esto es ilegal —contestó el abogado.

—Me lo paso por donde no le da el sol, ¿me comprendes? —insistió Álex.

El abogado miró a Karla, que se había callado.

—A ella no la mires, que es feminista y le cabrea mucho cualquier cosa que le pase a una mujer: imagínate cómo se pone con los secuestros.

—Mucho no, muchísimo —aclaró Karla.

—Muchísimo —confirmó Álex—. Así que, o bien me haces caso o te vas a acordar durante toda tu vida de lo que suceda aquí. ¿Me has entendido, letrado? —replicó Álex.

La expresión del abogado era similar a la de un perro rabioso. Los ojeó cabizbajo, impotente y atado con una mordaza ilegal que ya no podía controlar.

—Quiero saber cómo se comunica Néstor con su discípulo —le espetó Álex.

El abogado se cruzó de brazos.

Los policías esperaron un par de minutos y luego Karla dio un manotazo a la mesa que la hizo temblar, empleando la misma fuerza que había usado Álex. El abogado se sobresaltó, al no esperar esa respuesta de la mujer.

—¿Quieres contestar, maldito cerdo? —gritó Karla—. ¿Crees que porque tienes un maldito título y zapatos limpios puedes infringir la ley y pasártela por el culo? ¿Eh?

Álex la miraba por el rabillo de ojo, sorprendido pero sin demostrarlo, como si eso formara parte de un plan preparado minuciosamente.

—¿Quieres contestarle a mi compañera, por favor? —añadió Álex.

El hombre descruzó los brazos.

—Esperad, pero... ¿qué queréis de mí? —dijo sorprendido—. Es que no entiendo nada.

Álex y Karla intercambiaron una mirada.

—Te hacía más inteligente, letrado —espetó Karla—. Maldita sea, ¿quién es el cómplice de Néstor, se puede saber?

El abogado la miró mientras negaba. Se ajustó las gafas y se acercó a la mesa.

—¿Cómplice? No os entiendo.

—Néstor tiene un discípulo fuera —dijo Álex con el mismo tono que se lo explicaría a un niño de tres años—. El preso está incomunicado y tú eres el único lazo con el mundo exterior. ¿Quieres decirnos a quién pasas la información? —dijo Álex. Se acercó a la mesa y adoptó un tono de negociador—. Si me lo dices, hablaré con el juez y le diré que has colaborado. Él seguro que te abrirá muchas puertas, ¿lo pillas? —concluyó guiñándole el ojo.

El letrado lo miró sin decir nada. Álex comprendió que esa era la primera vez que el investigado los estaba tomando en serio.

El silencio duró tanto que se convirtió en incómodo. El abogado miró a Karla intensamente, hasta que se decidió.

—Soy consciente de la enormidad del problema. Considero que tengo que defender a mi cliente. Pero...

—¿Pero? —preguntó Álex incrédulo.

—Pero puedo hacer una excepción a cambio de algo...

Los dos policías se miraron.

—¿Perdona?

—Sí. Solo voy a decir lo que sé a cambio de algo que me podéis dar vosotros —confirmó el abogado.

—Eso habrá que verlo, y en todo caso hablarlo con el juez —dijo Álex—. Si nos ayuda con la investigación seguro que podemos llegar a un acuerdo.

—Bien —dijo el abogado levantando las palmas de las manos—. Os digo mi propuesta —siguió ajustándose el nudo de la corbata—. Os digo lo que sé a cambio de una cena con la cabo Ramírez.

Los dos policías se quedaron helados delante de la petición del abogado.

—¿Cómo dices? —preguntó Álex sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Sí, muy fácil. Os digo lo que queréis saber a cambio de una cena... y lo que surja, claro —dijo mirando a Karla con una sonrisa maliciosa.

Los dos policías se quedaron mirándole, pero la expresión del letrado daba a entender que se lo estaba proponiendo en serio.

—¿Está usted bromeando? —dijo Álex.

Mientras tanto, Karla cogió el vaso de café, que ni siquiera había tocado, y se lo arrojó al letrado a la cara. Este, que no se lo esperaba, abrió la boca y se apartó de la mesa. Su expresión fue primero sorprendida, y luego enfadada al ver el estado de su traje.

—¡Maldito cerdo de mierda! —gritó Karla, y se levantó de la silla mostrándole el dedo corazón—. Eres un cerdo pervertido.

En la sala de interrogatorios, la situación se giró tan rápidamente que Álex se sintió abrumado. No se habría imaginado nunca que aquello fuese a terminar así. Sorprendido, se levantó cogiendo a Karla y agarrándola para que no diese ningún paso en falso.

—Maldito cerdo. Maldito pervertido. ¡Deberían cortarte ese dátil que tienes entre las piernas! —gritó Karla mientras Álex la sacaba a rastras de la estancia.

—Maldita hija de perra, ¿eres consciente de lo que acabas de hacer? ¿Sabes cuánto vale este traje? —gritó el abogado.

La puerta se cerró detrás de Álex.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Álex ya fuera de la sala.

En el pasillo estaban solos. Karla miró a su alrededor y se agarró la cabeza.

—¿Por qué le has tirado ese vaso de café?

—¿Es que no lo has visto? ¡Es un maldito cerdo! ¡Quería ligar conmigo!

—Ya lo sé, lo he visto. ¿Crees que soy ciego o qué? —contestó cabreado—. Pero habría sido mejor que no hubieras dicho nada —respondió Álex.

—¿Pero tú lo has visto? —dijo asqueada—. Solo me imagino sus manos...

—Karla, escúchame, has estropeado la investigación. Si sabía algo, podíamos sacárselo. Pero no, tenías que poner tu ego por delante. Siempre te quejas de mis manotazos, pero esto es un marrón más grande aún, ¿te das cuenta? —dijo, enfadado, a un palmo de la cara de ella.

Se miraron fijamente, y la intensidad de sus miradas fue aumentando. Ninguno de los dos decía nada. Álex no se lo supo explicar, pero se encontró a dos dedos de los labios de Karla. Las manos de ella le estaban sujetando las solapas de su chaqueta de cuero.

Karla jadeaba, mientras se acercaba cada vez más hacia sus labios, como un imán. Alternaba, fijando la vista en la expresión de sus ojos y los labios que ya estaban a punto de tocarse. Solo unos pocos milímetros y sus labios se volverían a juntar, por fin, después de tantos meses. Álex no se oponía; su respiración se iba acelerando. Álex cerró los ojos y cedió para sentir los labios de Karla, otra vez.

Por el pasillo apareció Iván, justo en ese momento, el peor de todos.

—Uy lo... —dijo avergonzado mientras los policías se separaron—. Lo siento. Vengo más tarde. Disculpad.

—No Iván, ni se te ocurra irte, ven. ¿Qué pasa? —preguntó Álex.

Karla se giró hacia el lado opuesto, roja como un tomate.

—Eh. Bueno, quería deciros que hemos confrontado el ADN y ha resultado ser de un tío que está en nuestro archivo delictivo.

—¿Me estás diciendo que sabemos quién es el tío que ha estrangulado al alcaide? —preguntó

Álex incrédulo y volviendo a aterrizar otra vez en el caso.

—Así es —confirmó Iván.

Álex y Karla intercambiaron una mirada.

—Vas tú, preparas tú, yo voy... —dijo Álex indicando la puerta de la sala de interrogatorios que estaba detrás de él.

Ella asintió y se fue con Iván. Mientras tanto, Álex volvió a entrar en la sala.

Cerró la puerta. El abogado se estaba intentando limpiar el traje con un pañuelo.

—Esto os va a salir muy caro, Cortés —dijo apuntándolo con el dedo.

Álex lo miró y se arrojó contra él. Le cogió de las solapas de la americana y lo empotró contra la pared.

—Como digas una palabra de esto estás acabado, ¿me has entendido, letrado? —ladró Álex.

—Entiendo que es una amenaza —dijo el otro, esforzándose al hablar.

—Más te vale que lo tomes así —replicó Álex—. El juez no se anda con chiquitas... y si le digo que Julio Iglesias ha demostrado una vez más sus dotes de guaperas y mujeriego...

El abogado no dijo nada; solo se quedó mirándolo.

—Dime qué sabes —dijo Álex. Lo soltó con la derecha la solapa y le puso el antebrazo en la yugular—. Dime qué sabes y a quién pasas la información de Néstor ahí fuera —dijo y esperó a que hablase.

—No tengo ninguna información.

—No me lo creo —dijo Álex, rabioso, apretando aún más.

—Te lo juro.

Álex lo miraba fijamente, manteniéndolo sujeto contra la pared.

—¿A quién pasas la información? ¡Maldita sea! —gritó de nuevo Álex.

—No puedo respirar —dijo el abogado, cuyo rostro se estaba tornando amoratado—. No hay nadie. ¡Te lo juro por Dios!

Álex lo soltó. Observó al letrado mientras tosía para recuperar el aliento.

—Si muere la mujer del juez, puedes estar seguro de que voy a venir a buscarte personalmente y te vas a enterar.

El hombre se fue recuperando, entre golpes de tos.

—Te lo juro, Cortés. No sé de qué me hablas. No le paso nada a nadie, si no te lo diría —dijo, apoyado en las rodillas.

Álex sintió que decía la verdad. Era un mujeriego, pero no un mentiroso.

Luego se giró y le dejó un billete de cincuenta euros sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó el abogado.

—El coste de la tintorería —dijo mientras abría la puerta—. Más te vale que digas la verdad y, por cierto —dijo antes de cerrar la puerta—... olvídate de lo del café.

Matilde ya conocía a Ana Cortés. La secretaria del exalcaide había visto a la criminóloga en numerosas ocasiones, cuando iba a visitar al preso estrella de la prisión Quatre Camins.

El complejo penitenciario era un hervidero desde la muerte del alcaide, que fue celebrada como una fiesta por los reclusos. La antipatía que despertaba en los presos era tal que se había montado una auténtica verbena.

—¿Ana? —preguntó la secretaria—. ¿Qué haces aquí?

La criminóloga avanzó por el despacho hasta colocarse delante de su escritorio. Unos pasos detrás, estaba Javier.

—Matilde. Lo siento, pero tengo que verle —contestó Ana.

—¿A Néstor? —preguntó ella—. Imposible. Tenemos un alboroto tremendo, lo siento.

El teléfono de la secretaria estaba sonando desde tantas líneas que las luces de su centralita parecían un árbol de navidad.

Del otro lado de la puerta del alcaide se oían voces. A Ana le extrañó y la secretaria se dio cuenta. Levantó el auricular sin dejar de mirar a Ana.

—Secretaria del alcaide, un momento por favor —dijo un par de veces pulsando un botón del teléfono.

—Es el segundo —dijo Matilde mientras Ana escuchaba los ruidos tras la puerta.

—¿El segundo? —preguntó ella.

—Después de enterarnos de lo que le pasó a Joan Cusí, tuvimos que implementar un protocolo interno de crisis y desde ese momento ha tomado el mando el segundo del alcaide.

—Solo serán diez minutos, Matilde —insistió Ana.

—¿Estás loca? ¿Has visto el caos que tenemos?

Ana se la quedó mirando. Luego se giró un momento hasta que su mirada se cruzó con la de Javier.

—Ha matado a mi marido.

Al escuchar esas palabras, Matilde se detuvo y la miró con mayor atención.

—¿Cómo? —preguntó la secretaria.

—Lo has entendido bien, Néstor ha hecho que maten a mi marido. Es una larga historia, no quiero tampoco hacerte perder tiempo, pero tengo que... necesito verle.

La mirada de Matilde cambió. Sus ojos demostraron una mezcla de compasión e impotencia.

—Lo siento Ana, pero el Alcaide interino tiene que saberlo... —dijo indicando con la cabeza al ocupante provisional del despacho que había tras ella.

—Diez minutos —contestó Ana apuntándola con el índice—. Ni un minuto más.

Matilde se mordió el labio.

—¿Lo sabe el juez Del Pozo?

Ana negó.

—Diez minutos y que nadie se entere.

Matilde miró la puerta y cogió el auricular.

—Pásame al agente Arrollo —dijo Matilde y esperó unos segundos—. Víctor, ¿dónde estás? ¿Puedes llevar a Néstor a la sala de visitas? —dijo mientras miraba a Ana con complicidad.

Javier era el ángel de la guarda de la criminóloga. Esperó un paso por detrás de la silla donde estaba sentada. Llevaban más de media hora esperando dentro y, cada pocos minutos, Ana se giraba a mirar al policía.

La pierna de la criminóloga se movía, nerviosa, con un movimiento basculante. Cuando oyó unas voces procedentes del pasillo, su pierna se detuvo. Vio entrar a Víctor con una expresión molesta, y Ana se sintió culpable por haberle hecho cambiar sus planes para llevar hasta allí al detenido. Tras él apareció la figura del Asesino del Criptograma en el umbral.

—Pasa —le espetó Víctor al detenido.

Este dio un paso al frente empujado por el guardia.

Néstor miró a Ana de reojo y continuó hasta sentarse al otro lado de la mesa.

Víctor sujetó las esposas a un mosquetón de seguridad y luego se retiró, cerrando la puerta, sin cambiar ni una sola mirada ni con la criminóloga ni con el policía, como si no estuvieran.

—Tanta prisa, tanta prisa... —dijo Néstor.

—No tenías bastante con mi mano, con mi vida, que has tenido que arrebatarme a mi marido —gritó la mujer, con tono indignado.

—Me alegro por ti... —contestó el preso con absoluta tranquilidad.

Ana se quedó sorprendida.

—¿Perdona?

—Sí. Alberto, *psss* —insistió Néstor—. Menudo gilipollas. Deberías estar contenta de que alguien te haya quitado de encima ese lastre, ¿no crees?

—¿Por qué lo has matado? —gritó ella, con la voz entrecortada.

—No sé a qué te refieres —respondió Néstor desconcertado—. Yo en tu lugar me alegraría de que me hubieran quitado a ese muermo de encima.

—¡Eres una bestia! Eres un saco de mierda. ¡Eres una escoria humana...! —gritó Ana, cada vez más enfurecida.

—No, no, Ana. Te equivocas, yo no lo he matado. Estás tergiversando la realidad.

—¿Cómo? Eres un psicópata y un mentiroso compulsivo —insistió Ana—. Encontramos uno de tus malditos criptogramas ¿y ahora me dices que no has sido tú?

Javier, en ese momento, dio un paso al frente y apoyó una mano en su hombro. Ella se giró, y las miradas de ambos hombres se cruzaron.

—¿Quién es este? —preguntó Néstor.

—Nadie que te importe...

—Vaya, vaya, Ana, veo que eres una mujer muy rápida. A rey muerto, rey puesto —insistió Néstor, tratando de sonsacarle quién era su acompañante.

—Es un policía.

—Me suena tu cara —le susurró Néstor a Javier, sin quitarle ojo de encima.

—Alberto tenía un maldito criptograma. Uno de tus estúpidos juegos... —espetó Ana—.

¿Por qué sientes tanta rabia hacia mí...? —insistió, apuntando a Néstor y manteniendo la barriga alejada de la mesa—. ¿Qué te he hecho?

Ana se echó a llorar, y Néstor se quedó callado. Se replegó en el respaldo de la incómoda silla, observando a la criminóloga. Su mirada se había vuelto perpleja, con matices de incredulidad.

Un terrible silencio se coló en la habitación.

Ana, entre lágrimas, no entendía cómo aquello podía haber llegado tan lejos.

Néstor, por otra parte, parecía tenerlo todo bajo control. Desde el caso de la furgoneta, había movido a la policía de la ciudad como una marioneta. Siempre iba un paso por delante de todos.

Néstor siempre había sido infranqueable y distante. Una escultura de hielo, sin emociones y mirada fría. Hasta ese momento.

La pregunta de Ana lo dejó desplazado. Era como si, de pronto, su fachada de hielo se hubiera derretido un poco. Se apartó hasta el respaldo de la silla sin responder, y permaneció ahí quieto, mirando a aquella mujer lastimada por una cadena de sucesos que él mismo había provocado.

Comenzó a llover en Barcelona.

La ciudad se convirtió en un charco enloquecido, recorrido por coches y paraguas. El aire de la ciudad se purificaba cada vez que llovía; el agua era una bendición contra la contaminación. La temperatura invernal se volvía más suave, aunque el tráfico, en cambio, se incrementaba cuando los motoristas abandonaban su medio preferido de transporte y optaban por usar un automóvil o el transporte público.

En cualquier caso, la lluvia siempre volvía a los ciudadanos todavía más frenéticos.

Tres patrullas de los Mossos se abrían paso entre el tráfico. Las sirenas eran un salvoconducto, una prioridad de paso, pero no les permitían volar por aquellas calles empapadas y lentas.

—Solo nos faltaba esto, maldita sea —dijo Karla mientras daba un volantazo y se volvía a detener.

Hizo sonar la bocina e indicó a un conductor que se apartara.

—Tranquila. Llegaremos —la apaciguó Álex desde el asiento del copiloto.

—Por si fuera poco, encima se pone a llover —contestó Karla y dio otro golpe de bocina.

—Faltan pocos kilómetros, llegamos en diez minutos según el navegador —contestó Álex, con un aire zen que ni siquiera sabía de dónde salía.

—Ya lo sé, pero necesitaríamos un helicóptero —dijo Karla.

—No me fastidies. ¡Muy buena idea, Karla! Se lo vamos a proponer al subinspector, a ver qué le parece —contestó Álex con tono burlesco.

—¿Me tomas el pelo o es en serio? —preguntó Karla y se giró hacia el compañero con lentitud, sabiendo que iban a estar un buen rato parados a causa del tráfico.

—¿Tú qué crees? ¿Te imaginas la respuesta de Reixach? —dijo Álex mirándola—. Seguramente nos preguntaría si nos hemos fumado algo ilegal.

Karla lo miró circunspecta.

—Pues para ir a los Pirineos, cuando descubrimos a Néstor, sí que nos lo dejó.

Álex dejó de mirar a su compañera y miró por la ventanilla.

—Sí, y nos fuimos sin esperarle —contestó él.

Karla arrancó de nuevo. Encontró un agujero en el tráfico y se escurrió en él con el coche.

—Tú me dijiste que nos fuéramos sin él... —replicó Karla.

—No podíamos esperar veinte minutos a que llegara —dijo Álex, de nuevo agarrado a la maneta—. Cada día me gusta menos que conduzcas tú.

El coche se coló entre el tráfico y fue avanzando. La ronda se abrió de repente y el grupo de las tres patrullas consiguió al fin tomar velocidad.

—Pedro Glock. Camionero. La info de la Seguridad Social dice que vive en Badalona y paga

sus impuestos. Está en nuestra base de datos por robo, tráfico de estupefacientes y otros delitos. Un multireincidente empedernido. Hace unos años tuvo un juicio por secuestro, pero fue absuelto —dijo Álex cuando ya el coche había reanudado la carrera.

—Entendido —dijo Karla—. En breve estaremos allí.

Álex cerró la carpeta. Se había mareado.

Álex miró a Karla, mientras esta se encontraba concentrada en la conducción. Llevaba el pelo moreno recogido y miraba al frente.

—¿Por qué me miras así? —dijo ella, sintiéndose observada.

Álex no quiso decir lo que pensaba, así que tuvo que mentir.

—Lo del café... —dijo.

—Álex, no me digas que ese cerdo no se lo merecía.

—Sabes perfectamente que no podemos hacer esas cosas. Tenemos que cortar las grabaciones o asuntos internos nos flagelará.

—Ya, pero si lo ha hecho con un agente de la autoridad, vete a saber con quién lo hará también —replicó la mujer—. Habría que castrar a ese abogado.

Karla giró a la derecha y los otros dos coches la siguieron.

Tomaron una calle principal de la zona de polígonos industriales de Badalona. Luego se desviaron por una secundaria y al final se abrió un parking enorme con filas de tráileres aparcados. Los tres coches de los Mossos se detuvieron delante de las oficinas, y de ellos bajaron seis policías con chaleco antibalas y pistola en mano. Entraron en las oficinas como si se tratara de una redada; además, mojándose, porque los paraguas no eran opción.

—¡Quietos, policía! —gritó Karla—. Buscamos a Pedro Glock.

Todos los trabajadores de la oficina, que era un espacio abierto con muchas personas, levantaron las manos y se quedaron petrificados. Nadie se atrevió a decir nada.

—Estamos buscando a Pedro Glock —insistió Karla.

Entonces la recepcionista de la oficina de transportes, sin pronunciar palabra, señaló a una persona.

Todos los policías se giraron al unísono hacia el hombre, que se vio apuntado por sus pistolas y soltó los cuatro papeles que sujetaba para levantar las manos también.

Los agentes cruzaron la oficina corriendo y sin dejar de apuntarle.

—¡Quietos! —gritó Karla mientras se acercaba.

—¿Es usted Pedro Glock? —preguntó Álex.

El hombre negó con la cabeza, temblando como una hoja.

—No, no soy Pedro —balbuceó el hombre.

Entonces Álex sacó la foto que había obtenido en la base de datos donde habían contrastado el ADN: no coincidía con el hombre que tenía delante.

—No es él —dijo Álex—. ¿Dónde está Glock? —le preguntó—. ¿Quién es usted?

—Soy el responsable de tráfico —contestó el hombre, atemorizado.

—Baje las manos —dijo Álex—. ¿Cómo se llama?

—Julio.

—Julio, buscamos a esta persona, ¿le conoce? Según nuestra información trabaja aquí.

El hombre miró la foto y asintió.

—Sí, es uno de nuestros chóferes.

Álex miró a Karla y de nuevo al responsable de tráfico.

—¿Dónde está? —espetó Álex.

El hombre miró a su alrededor y se dio cuenta de que los ojos de todos los compañeros lo miraban. Además, un policía aún le apuntaba. En su mesa de trabajo había varias pantallas con imágenes en directo del aparcamiento.

Julio se fijó en un monitor y luego miró su reloj. Se giró hacia las ventanas de la oficina que dejaban ver lo que sucedía en el aparcamiento.

En ese momento apareció por un lado un camión. Julio lo señaló.

—Es él —dijo el hombre señalando el tráiler verde.

El silencio aún reinaba en la sala de visitas.

A un lado de la mesa, Néstor acababa de ser golpeado por una verdad que no acababa de comprender ni de aceptar.

Al otro lado estaba Ana Cortés, acompañada por el inspector de Cuenca.

Las lágrimas seguían bajando por sus mejillas. La mano de Javier, posada sobre su hombro, no conseguía darle consuelo. La desesperación y el cansancio eran malos compañeros de viaje, y la habían llevado hasta ese punto de no retorno.

Ana tenía el puño cerrado sobre la mesa, con los nudillos blancos. En sus ojos había tanta ira que parecía dispuesta a matar a Néstor ella sola, si le hubieran dado la oportunidad.

—Alberto no te merecía —soltó Néstor. Sabía que no le grababan y que cualquier cosa que dijese no saldría de allí.

La frase del Asesino del Criptograma fue una bomba para la mujer. Era la peor respuesta posible, pero también la verdad.

—¿Cómo has dicho? —dijo Ana.

—Quiero decir que ya sé que no es fácil, pero pronto estaremos juntos... —respondió Néstor, acercándose a la criminóloga y tratando de tocar su mano—. Cuando todo esto termine podremos vivir juntos por fin.

Ella se echó hacia atrás, sin entender lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo? —preguntó incrédula.

—Sí —replicó Néstor bajando la cabeza y mirando de reojo al inspector—. ¿Es que no lo has entendido? Todo esto lo he hecho para que podamos tener una vida juntos. En el juicio no quise declarar, solo quería verte a ti. Quería estar contigo, que solo tú pudieras venir a verme. De esta forma hemos podido estar juntos varias veces. ¿Es que no lo ves? —dijo y añadió en un susurro —: Ahora ya no hace falta que escondas lo que sientes por mí, porque yo también lo siento: yo te quiero, Ana.

Javier, de pie detrás de la mujer, no podía creer lo que estaba escuchando. No era habitual encontrarse cara a cara con un asesino en serie, pero desde que había conocido a Ana y Álex Cortés, se estaba convirtiendo en una costumbre inquietante y macabra.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Estás completamente loco! —respondió Ana con los ojos desorbitados—. ¡Maldita sea, Néstor, has matado al padre de mis hijos!

—No. He matado a un bastardo.

—Vámonos, Ana —dijo Javier.

—Creo que es lo mejor —contestó ella, esforzándose por calmarse un poco.

—Tú misma, Ana, pero ¿seguro que quieres irte antes de saber por qué tu marido no te merecía? ¿Por qué he hecho todo esto por ti? ¿Por nosotros? —le preguntó Néstor, con el mismo

tono embaucador que habría usado el diablo para comprarle su alma.

Ana se levantó.

—Sí, es mejor que nos vayamos, no pienso hablar más con este psicópata —le dijo a Javier, dando un paso atrás—. Tenías razón, no debimos venir.

Se sacó un pañuelo del bolsillo de los tejanos y se secó con él las lágrimas.

—¡Qué lástima! Pero entonces no sabrás por qué tuve que hacerlo. Ana Cortés, una mujer tan inteligente como tú, ¿cómo puede ser que no te hayas planteado de verdad por qué despidieron a tu marido?

Dicho esto, Néstor se calló.

Ana se detuvo, justo a punto de salir por la puerta, y se giró de nuevo hacia él.

—Maldita serpiente, ¿por qué no desapareces de mi vida? —preguntó con furia.

—Alberto era un hijo de puta, Ana. Lo peor es que tú también lo sabías, pero fingías que todo estaba bien. Seguías con tu vida, como si nada —dijo y se volvió a acomodar en la silla—. Él no te quería, Ana; es más: a pesar de haberte dejado embarazada, te traicionó: se cepillaba a la mujer de un pez gordo de la oficina. El día que te secuestré, mi plan era matarte, pero cuando te vi dormida entre mis brazos sentí algo que nunca antes había sentido. Sí, es lo que piensas. Me hiciste mella en el corazón.

—No me lo puedo creer —musitó ella, perpleja.

—Vámonos, Ana —dijo Javier.

—No, espera —contestó ella y volvió a fijar su atención en el recluso—. Sigue.

—El día que te llevé conmigo a los Pirineos, Alberto estaba con su amante en un baretto de mala muerte. Luego se acostaron en ese BMW que tienes, en un aparcamiento subterráneo de Barcelona. Si no te lo crees te puedo pasar las imágenes, tengo videos de ese cerdo. Por eso sé que no te merecía, el muy asqueroso. Lo echaron porque alguien de su despacho lo desveló todo, seguramente el marido se enteró y aprovechó para deshacerse de Alberto.

Ana se quedó mirando, impotente. No se le ocurrió ninguna defensa, ni nada que replicarle. Recordó todas las veces que Alberto le dijo que tenía que quedarse en el despacho hasta altas horas de la noche por asuntos de trabajo.

Ella se tragó todas esas mentiras azucaradas, convencida de que Alberto era un hombre comprometido con su trabajo: una multinacional en la que escaló hasta lograr un cargo importante. Pero solo eran eso: mentiras y cuernos. Entonces Ana rescató un viejo presentimiento, que había acallado hasta olvidarlo: él la dejó embarazada para sentirse menos vil, más hombre y más responsable. Para hacerla sentir más querida y más importante.

No se lo podía creer. Todo lo que estaba sucediendo era demasiado para ella.

—¿Lo entiendes, Ana? —replicó Néstor—. Lo he hecho todo por nosotros, para que podamos estar juntos. Para que tú estés libre de amarme sin limitaciones ni ataduras —replicó Néstor con la voz más dulce que le había oído nunca.

Ana tragó saliva. Se sentía incapaz de controlar sus movimientos, como si su cuerpo le fallara. Miró a Javier en busca de ayuda.

—Creo que me estoy... —susurró, pero no pudo acabar la frase, porque perdió las fuerzas y cayó en sus brazos.

Su vista se oscureció. El último sablazo que le había dado la vida la dejó inconsciente.

Su último pensamiento fue para el bebé que tenía en su vientre. Sin duda, todo aquello no debía de estar haciéndole ningún bien.

Los policías se desplegaron por el aparcamiento. La lluvia seguía azotando el asfalto, y en pocos minutos, los agentes quedaron empapados. Aparecieron por detrás del camión, sin que el chofer se diera cuenta. Cuando todos estuvieron en sus puestos, Karla gritó:

—¡Policía! ¡Baje del camión! ¡Es una orden!

El único sonido que se oía en aparcamiento era la fuerte lluvia. El motor estaba apagado y las ventanillas del vehículo bajadas.

—¡Policía! ¡Salga con las manos arriba! No voy a esperar más —gritó Karla, ignorando el aguacero.

No obtuvo respuesta. Karla comprendió que el efecto sorpresa se había esfumado. En ese momento, el camionero podía estar destruyendo todas las pruebas que no quería que encontraran. Entendió que tenía que actuar de inmediato.

Mientras tanto, en la oficina, Álex miraba la pantalla.

—Señor Julio, rebobine las cintas. ¿Puede haber bajado del camión y haberse escapado? —preguntó.

El responsable de la compañía de transporte hizo retroceder las grabaciones y Álex vio que eso no era posible. El hombre seguía en el vehículo. Entendió que podían estar en serio peligro: el chofer se había encerrado en la cabina, y podía ir armado.

—¿Por qué lo buscan? —preguntó atemorizado el empleado.

—Sospecha de asesinato —respondió Álex.

Los demás lo oyeron y suspiraron aterrorizados.

Álex se quedó mirando las imágenes. La situación no había cambiado, y Karla seguía apuntando hacia el camión. Desde las pantallas se veía que gritaba. La imagen era captada por cámaras situadas en los postes del aparcamiento.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó el responsable de tráfico.

—Hace dos días —contestó Álex.

—Eso es imposible —respondió Julio.

Álex se giró con el ceño fruncido.

—¿Qué me quiere decir?

En ese mismo momento, Karla volvió a gritar que saliera con las manos en alto.

Estaba empapada. Pensó que la lluvia, añadida al frío del invierno, era la peor combinación posible.

De repente la puerta del conductor se desbloqueó con un sonido sordo que se escuchó a pesar de la lluvia. La puerta se abrió un poco, y luego se detuvo. Karla permaneció expectante, esperando a que saliera el hombre. Todos los agentes se quedaron en silencio. Se miraron, esperando una orden de la cabo o el siguiente movimiento del presunto homicida.

—¡Sal con las manos arriba! —gritó Karla de nuevo.

Ante la falta de respuesta, Karla hizo un gesto a un compañero para que apuntase también hacia la cabina con su arma. Karla dio una orden e Iván se acercó a abrir la puerta. Desde donde estaba Karla solo se veían los pies del conductor. El resto de su cuerpo y del espacio estaban ocultos tras una cortina negra, la misma que usaba seguramente para dormir.

—Señor Pedro Glock, baje con las manos arriba —gritó Iván al hombre, pero este no reaccionó.

Karla le ordenó a un agente que retirase la cortina mientras los demás apuntaban a la cabina.

Cuando el agente se dispuso a subir el primer escalón de la cabina, se oyó un disparo. La deflagración se difundió por todo el aparcamiento y cogió desprevenidos a los agentes.

Sus peores presagios acababan de cumplirse: el hombre estaba armado.

Álex se quedó sorprendido: Julio afirmaba con total seguridad que Pedro Glock no podía ser el culpable. Pero, ¿era posible que supiera con tal certeza todo lo que hacían sus trabajadores?

Lo miró extrañado.

—¿Puede decirme por qué está tan seguro de ello? —preguntó Álex.

El hombre se ajustó las gafas.

—Pedro no es un santo, pero tampoco un homicida —respondió el hombre mientras movía el ratón del ordenador—. Mire.

Álex se acercó a la pantalla.

Pedro abrió el navegador y entró en una pestaña de las muchas abiertas. Luego seleccionó un programa, lleno de números y líneas de colores encima de un mapa.

—¿Qué narices es eso? —dijo Álex apuntando con el dedo.

—Este es el programa que traza las posiciones de nuestros camiones en toda Europa. Cada color es un camión. ¿Ve? —explicó Julio.

Álex lo miró y se giró un momento a mirar las imágenes de las cámaras; en ellas, sus compañeros seguían apuntando al camión recién llegado.

—Cuénteme algo que no sepa.

—Mire esta línea amarilla. Es el camión de Pedro Glock —dijo Julio—. Lleva casi una semana dando vueltas por Alemania y justo ahora acaba de regresar a casa.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Álex.

Julio arrugó el ceño.

—Porque cada tráiler está monitorizado y trazado. ¿Cómo se lo puedo explicar de otra forma? —dijo Julio.

—Sí, pero, ¿cómo sabe que era él quien conducía ese maldito camión y no otra persona? —le espetó Álex.

En ese momento se giró y vio por la cámara que la puerta del vehículo se había abierto. Seguramente, Karla había conseguido que el hombre se entregara. Se preguntó por qué tardaba tanto.

—Estoy seguro de que era él porque tenemos las firmas y las grabaciones de los clientes. Cuando pasa por ciertos lugares tiene que identificarse, y era él. No falla. Es imposible —confirmó convencido Julio.

—¿Entonces por qué está tardando tanto su trabajador en entregarse, si no tiene nada que esconder? —preguntó Álex.

En el aparcamiento se oyó un disparo: un ruido ensordecedor que atravesó decenas de metros hasta llegar a la oficina. Los primeros segundos fueron pura incertidumbre. Después se entendió

qué era y todos los trabajadores comenzaron a gritar descontrolados.

—¡Quietos, agachaos debajo de vuestros escritorios! —gritó el policía.

Algunos lo hicieron, pero otros entraron en pánico y comenzaron a correr como pollos sin cabeza.

Álex miró por la ventana, tratando de comprender lo que estaba pasando ahí fuera. El agente que estaba subiendo a la cabina se encogió. Luego retrocedió el escalón subido, y se esforzó por dar un paso más. Cuando lo hizo, desde la cabina cayó sobre él un cuerpo. Atravesó la cortina negra y cayó de cabeza. La cortina frenó el movimiento, haciendo que descendiera a cámara lenta. Era el chofer, que podía pesar más de cien kilos. Iván se apartó justo a tiempo. El cuerpo sin vida tocó el suelo con un hombro, hasta tumbarse.

El hombre se había suicidado.

Los compañeros seguían apuntando. Karla se acercó, le puso los dedos en la yugular y solo pudo comprobar que, en efecto, estaba muerto. Se giró hacia la oficina, asolada por la desesperación de no haberlo podido atrapar con vida.

Entretanto, Álex se giró hacia Julio, que estaba bajo la mesa. Se acercó a él, lo cogió del jersey y lo acercó a la ventana.

—Mira. ¿Sigues convencido de que es imposible? —dijo Álex—. ¿Crees que es él? ¿Crees saber todo de todos?

Julio se tapó la boca con la mano y no supo qué decir ante la dantesca escena: por la ventana pudo ver un empleado muerto, tirado en el aparcamiento de la agencia de transporte.

—Agente, estoy seguro de que él ha estado de viaje hasta ahora —contestó balbuceando.

—Entonces, ¿por qué se ha suicidado? ¿Crees que es trigo limpio? ¿Qué es imposible? Si hubieras visto lo que he visto yo, sabrías que nada es imposible —le gritó antes de soltarlo.

Álex permaneció un segundo quieto, jadeando, mientras decidía qué hacer a continuación.

Karla lo llamó por teléfono desde el aparcamiento.

—¿Qué narices ha pasado? —gritó Álex al descolgar.

—Se ha pegado un tiro.

—¡Maldita sea! —contestó Álex.

—¿Cómo puede ser? Llegamos y el sospechoso se suicida —dijo Álex—. El responsable del camión está convencido de que llevaba fuera muchos días. ¿Por qué se pega un tiro alguien que no tiene nada que esconder?

—No lo sé, cuando inspeccionemos la cabina encontraremos más información —dijo Karla.

Mientras Karla hablaba, a Álex le entró otra llamada.

—Te dejo, me está llamando Javier. Que venga Mario a arreglar este desastre —dijo y colgó sin dar opción a que Karla respondiera—. Javier, ¿qué tal ha ido con el juez?

Al otro lado no hubo respuesta.

—¿Javier? —insistió Álex.

—No, no fuimos a ver al juez. Fuimos a ver a Néstor, y tu hermana... —dijo y se calló.

—¿Cómo dices? ¡No te entiendo! ¿Qué ha pasado? —replicó Álex.

—En fin, ven al Hospital del Mar, tu hermana se ha desmayado. Te lo explicaré todo.

Karla escoltaba a Álex, dos pasos por detrás de él. El pasillo del Hospital del Mar se les hizo larguísimo. Corrían, pero la puerta nunca llegaba.

Veintitrés.

Veinticinco.

Veintisiete.

Esa era la puerta correcta.

En el pasillo no había nadie. Solo algún enfermero que pasaba, y una mujer ingresada, paseando en camisón. El característico olor a lejía dominaba el aire. Sus pisadas resonaron en las paredes, de un color verde manzana descolorido.

Álex no tocó la puerta; la abrió sin preguntar.

En la cama estaba Ana, incorporada. Llevaba una bata blanca de hospital. Sonreía, pero al verlo su expresión cambió. A su lado, sentado en la silla para acompañantes, estaba Javier Bustamante. Detrás de él había un ventanal desde el que se veía el tormentoso mar invernal.

Javier se levantó al ver entrar a su compañero, que en dos zancadas estuvo junto a Ana.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien, bien, gracias —contestó ella, sonando como un perro apaleado.

—He venido en cuanto he podido. ¿Un desmayo? —preguntó.

—Sí, me he desmayado y me han traído en ambulancia, pero no era nada. Solo un bajón de azúcar. Nada más.

—¿Y el bebé? —dijo Álex apoyando la mano encima de su amplia barriga.

—Nada, tranquilo. Está bien. Solo ha sido un susto —contestó la hermana, tratando de restarle importancia al suceso.

—¡Tranquilo! —dijo Álex subiendo el volumen—. ¿Tranquilo? ¿Cómo puedo estar tranquilo, si os digo que vayáis a hablar con el juez y hacéis lo que os da la bendita gana? ¿Se puede saber qué hacíais en Quatre Camins?

Ana tragó saliva y miró de reojo a Javier.

—Álex, ha sido un error, esto es lo último que hubiera querido que ocurriera —contestó el inspector de Cuenca.

Entretanto, Karla había entrado y se había acercado para tranquilizar a Álex. Ya lo conocía, y sabía que era un hombre de chispa; de mecha corta. Un hombre que prendía fuego con la misma facilidad que luego se apagaba.

—No te puedes imaginar qué susto me has metido en el cuerpo, maldita sea —espetó nuevamente Álex—. ¿Qué ha pasado?

Ana se giró hacia Javier y luego bajó la mirada. Álex notó la complicidad entre ambos.

—¿Alguien me va a explicar qué pasa? —insistió Álex.
—¡Claro! —confirmó Javier—. Ana ha descubierto que Alberto la engañaba con otra mujer.
—¿Perdona? ¿Y a qué viene esto ahora? —dijo Álex a Javier—. ¿Cómo te has enterado? —preguntó después a su hermana.

Ella tragó saliva.

—Nos lo ha dicho Néstor, afirma que...

—¿Néstor? ¡Néstor! ¿Cómo se os ha ocurrido volver allí? —gritó Álex—. Teníais que ir a ver al juez, por el amor de Dios.

Karla lo agarró de un brazo y estiró.

—¿Quieres tranquilizarte? No es una niña. ¿Qué te pasa, se puede saber?

Álex se soltó de mala manera. La miró y se adueñó otra vez de su respiración. Hubiera dado un puñetazo a la pared, pero hubiese sido un mal remedio. Sintió que la situación se le escapaba de las manos. Odiaba que le cambiasen los planes y más aún si lo hacían las personas que trabajan con él. Sintió que había pasado demasiado tiempo sin salir a correr. También hacía mucho que no pasaba una noche con Emily, cada vez más alejada.

—¿Se puede saber por qué fuiste allí? —volvió a preguntar Álex.

—Necesitaba saber. ¡Por todos los demonios, Álex! Ha muerto mi marido, el padre del niño que llevo en mi vientre. ¿Qué quieres? ¿Que me quede sin hacer nada? —gritó ella.

—Cálmate. No es bueno para el niño que te alteres tanto —dijo Javier.

La conversación de los hermanos Cortés se había convertido en un choque de trenes.

—Tenías que ir a hablar con el juez, no con ese psicópata. Néstor no era importante.

—No lo era para ti, pero lo era para mí —espetó Ana—. ¿Lo comprendes o qué?

Álex se calló, mirándola durante varios segundos. Luego se giró hacia Javier.

—¿Y bien? ¿Qué os ha dicho? —dijo resignado.

—Pues que fue él quien mató a Alberto. Que está enamorado de tu hermana y que Alberto no se merecía de estar con ella —dijo Javier.

—Me vienen arcadas al pensar en las manos de ese hombre sobre mi hermana —dijo asqueado.

—Dice que Alberto tenía una amante, la mujer de un alto cargo de la multinacional en la que trabajaba —añadió Ana y acabó de explicar todos los detalles que le había contado Néstor.

—La clave es saber quién demonios es el cómplice, el maldito discípulo que ha matado a Alberto y que tiene secuestrada a la mujer del juez Del Pozo —dijo Álex.

—Creíamos que lo teníamos, pero era una falsa alarma —dijo Karla por detrás.

Álex se apartó para dejarla pasar.

—¿Qué quieres decir con que era una falsa alarma? —preguntó Ana.

—El ADN encontrado en las uñas del alcaide era de un chofer que se ha suicidado. No era él.

—¿Y cómo lo sabéis? —preguntó Javier.

—La empresa tiene el recorrido y más datos. Pero algo tiene que haber, si no, ese tío no se habría pegado un tiro —concluyó Karla.

Álex se acercó a la ventana.

—Cuanto más pienso en el trato que el juez ha aceptado, más creo que es una locura. Un salto al vacío. Un paso hacia la trampa de Néstor que nos tiene preparada y vete a saber qué más tiene en mente ese chiflado.

—Tienes que quitarle de la cabeza ese trato... —dijo Ana.

—¿Y cómo? Si está cegado —contestó Álex.

—Con razón. Quien ama, hace lo que sea por la persona que ama —contestó Karla mirando a Álex y cuando él la miró bajó la vista.

—No tiene sentido todo esto. Tenemos que cogerle sí o sí antes del intercambio —dijo Álex.

—¿Sabes cuándo será? —preguntó Ana.

Álex dejó de mirar por la ventana.

—Teníais que ocuparos vosotros de esto, ¿os acordáis? —les espetó Álex.

Cuando pronunció esas palabras se hizo un silencio sepulcral. Volvió a girarse hacia la ventana. El mar rompía en la playa como un muro de espuma. Oleaba en bucle mientras el cielo, de un azul negruzco, se reflejaba en el agua creando un cuadro de oscuras acuarelas.

—Voy a hablar yo con el juez. Necesitamos saber qué y quién demonios le dio la idea de trasladar a la madre del Asesino del Criptograma a una penitenciaría. Es la peor idea que he visto desde hace mucho tiempo —dijo Álex como si hablara para sí mismo—. Tengo que quitarle la idea del intercambio como sea. Vete a saber qué tiene pensado Néstor —dijo apretando los puños y apoyándolos en la ventana—. Vete a saber si su mujer aún está viva.

—No digas eso, seguro que está viva —contestó Karla—. Tenemos que ser positivos.

—Ya, pero no ilusos —contestó Álex—. ¿Puedes salir? —preguntó a su hermana.

—No. tengo que estar una noche en observación, por el bebé, para que se aseguren de que todo esté bien —explicó Ana.

Él asintió.

—Está bien. Me voy a hablar con el juez.

—Voy contigo —dijo Karla.

—No. Necesito que descifremos qué demonios significan los últimos criptogramas. Así podremos tener una oportunidad más —respondió él—. Iré solo. Necesito pensar y hablar con el juez con tranquilidad —dijo y se quedó unos segundos en silencio—. Karla, llama a la central, que manden a un agente y que vigile esta puerta. Que mi hermana esté protegida.

—Estoy yo... —dijo Javier.

—Lo sé, pero tú no conoces a Néstor. Toda precaución es poca —afirmó Álex.

—Creo que exageras —dijo Ana.

—Lo más sorprendente es que lo digas tú —contestó apuntando a su hermana con el dedo—. Si pudiera me quedaría yo, pero tengo que hacer otras cosas urgentes.

Se acercó y le dio un beso en la frente a Ana.

—Ojos abiertos —le pidió al inspector.

—Cuenta con ello. Suerte —replicó Javier.

—La necesitamos —dijo Álex saliendo de la estancia.

Karla se acercó a darle un abrazo a su excuñada.

—¿Qué haces con el pelo mojado? —le preguntó Ana—. Vas a coger un catarro.

—El camionero no eligió que su último día fuese un día de lluvia.

Bajaron en el ascensor y salieron por la planta de urgencias.

En cuanto dejaron atrás el aroma de lejía, este fue sustituido por el salitre.

Barcelona seguía azotada por una tormenta que no pretendía amainar.

—Prométeme algo... —dijo Karla.

La lluvia repiqueteaba sobre la marquesina de urgencias. Un relámpago, seguido por un rayo que descargó en el mar, los sobresaltó.

Karla dio un paso adelante, asustada, y se encontró sin saber cómo en los brazos de Álex.

Él no dijo nada; solo se quedó mirándola a los ojos.

—Prométeme que irás con cuidado... —dijo ella observando sus labios.

Él también se los miraba a ella. Como dos imanes, se fueron acercando. Cuando faltaban pocos centímetros, una bocina los hizo dar un salto. Álex se giró para ver qué ocurría; una ambulancia pedía paso. Estaban ocupando la entrada de urgencias.

Se miraron avergonzados, y ella se sonrojó.

—Bueno, me voy —dijo Álex.

—¿Cómo que te vas? —dijo ella—. Yo te acompaño.

—No, es en dirección contraria. Cogeré un taxi —dijo mirando hacia la parada de taxis—. Te llamo luego.

A Karla no le dio tiempo a responder. Álex se fue corriendo, cubriéndose la cabeza con la chaqueta.

Corrió para mojarse lo menos posible y entró en el primer taxi que estaba disponible. Se bajó la chaqueta y se la volvió a poner para protegerse del frío.

—Juzgado número 2 de Barcelona, por favor —dijo Álex al conductor.

Este lo miró sin decir nada, apretó el botón del taxímetro y arrancó.

Al salir del conjunto del hospital, el taxista iba lanzando miradas disimuladas a Álex.

Mientras tanto, el policía miraba por la ventanilla y consultaba su móvil.

—¿Todo bien? —preguntó Álex sin girarse.

—Usted... es usted. Sí, el de la tele, ¿verdad? —preguntó el taxista con tono divertido.

Álex lo miró en el retrovisor. Eso era la parte que peor llevaba de todo lo que le había pasado últimamente en su vida: perder el anonimato. Que la gente reconociera su rostro y se acordara de él le resultaba sumamente incómodo.

Álex sonrió y luego miró otra vez por la ventanilla.

—Enhorabuena por pillar al Asesino del Criptograma. ¿Fue difícil, verdad? —insistió el taxista.

—¿Puede subir la calefacción? —contestó el policía.

—Claro —respondió el taxista, un poco desanimado, e hizo como le pedía.

Atravesaron la ciudad por la ronda Litoral y salieron por la salida hacia El Paralelo. Faltaba poco para llegar cuando el taxista volvió a la carga.

—¿Tenéis algún caso nuevo? —preguntó—. ¿Algo tan emocionante como el Psicópata ese... Luna, se llamaba? —dijo refiriéndose a Néstor.

Álex lo miró con detenimiento.

—Si se encontrara cara a cara con alguien que secciona personas vivas no creo que deseara tanto que en esta ciudad hubiera otro psicópata —le espetó Álex—. Pare por allí, al lado de los pilones.

La lluvia seguía cayendo: llevaba varias horas sin disminuir su intensidad y Álex no llevaba paraguas. Siempre se los olvidaba en alguna parte, ya desde que era un niño y todavía iba al colegio. Aunque tuviera cuidado, los perdía todos. Llegó a perder tantos que desistió de comprar más.

—Déjeme allí mismo, por favor —dijo e indicó un lugar delante del juzgado—.Tenga, quédese la vuelta.

En cuanto se detuvo el coche, Álex saltó fuera del mismo y cruzó rápidamente los charcos hasta la parte frontal del edificio. La puerta principal estaba cerrada; a esa hora el juzgado estaba cerrado al público. Dio la vuelta hasta encontrar el acceso del personal autorizado. Al llegar allí, un compañero le pidió la identificación.

—¿A quién vienes a ver? —le preguntó.

—Al juez Del Pozo, ¿está? —dijo Álex.

—Sí, aún lo encontrarás en su despacho —contestó el agente mientras le devolvía la placa.

Álex se la guardó y se dirigió hacia el ascensor. La planta del despacho del juez estaba desierta. Las luces de los pasillos estaban apagadas de dos en dos, para ahorrar electricidad.

Entró en el lavabo y se secó el pelo con el aire del secamanos. Una vez sus rizos estuvieron un poco más presentables, reanudó su camino.

Llamó a la puerta y no obtuvo respuesta, así que llamó más fuerte.

—¡Adelante! —contestó el juez desde dentro.

Álex abrió la puerta. La secretaria ya no estaba, y en la estancia había un olor extraño. Por la puerta entornada se veía el despacho del juez.

Volvió a llamar, esta vez a la segunda puerta.

—¿Quién es? —preguntó el juez.

—Soy el sargento Cortés —dijo Álex entrando—. ¿Se puede?

Al dar el primer paso entendió por fin qué era ese olor. El hombre se había encendido un puro y sobre la estancia flotaba una fina niebla.

—Adelante, agente —farfulló el juez con el cigarro entre los labios.

—Me imaginaba que aún lo encontraría en su despacho...

El juez miró el reloj.

—¿Qué hace usted aquí a estas horas? —preguntó.

—Podría hacerle la misma pregunta —replicó el policía.

—Siéntese, Cortés —dijo indicando una butaca.

El despacho tenía un sofá y dos butacas. El juez se había sentado en una de ellas, mirando a la puerta y con la vidriera a la espalda.

—¿Quiere uno? —preguntó señalando la caja que contenía los puros—. Son artesanales de La Habana, los hago llegar precisamente de la isla, digamos de forma... paralela —dijo y le

guiñó el ojo—. Ya me entiende.

—No gracias, no fumo, lo dejé —dijo sentándose en la butaca opuesta—. No he venido para quedarme mucho rato.

—Usted se lo pierde —dijo el juez, prácticamente sin vocalizar, y fue directo al grano, refiriéndose al caso que los unía—: ¿Ha venido a darme buenas noticias, sargento?

—¿Es usted creyente? —preguntó Álex, observando la pared que había detrás de su escritorio.

El juez arrugó el ceño y se giró. Al lado de la foto del Rey había una cruz católica.

—¿Lo dice por eso? —dijo mientras daba una calada al puro—. Mis padres lo eran, y mucho, ¿sabe sargento? Es la herencia más importante que me dejaron. La ley es muy importante para mí, pero la religión aún más.

—Pensaba que lo más importante era el cariño que uno recibe de sus padres... —dijo Álex.

—Bobadas —contestó él—. El amor es como las palabras: se lo lleva el viento. Lo único que queda es la firmeza, la integridad, la religión. Esos son los pilares —contestó absolutamente convencido—. Mis padres se fueron al cielo y me dejaron a alguien que me escucha y me ayuda desde arriba.

Álex lo miraba, admirando su fe incondicional.

—¿Usted no es creyente, sargento? —le preguntó el juez.

—Nos estamos desviando, solo saqué el tema para entender qué demonios le hizo tomar una decisión tan arriesgada como meter a la madre de Néstor Luna en un penitenciario —respondió Álex acomodándose en el sillón.

El juez lo miró, dio una calada corta y miró la parte final del cigarro volverse de un color rojo vivo. Luego lo fue girando; a cada rotación daba una calada, para equilibrar la combustión y que esta fuese homogénea.

—Esa es una larga historia, pero no creo que hoy nos concierna...

—Su mujer podría estar muerta. Esa historia es la única importante esta noche —contestó Álex.

Karla dejó el coche en el parking subterráneo de la comisaría. Llevaba varias horas con el pelo mojado y no paraba de estornudar.

Se fue a sacar un café de la máquina y después se plantó delante de la puerta del subinspector. Tocó la puerta y esperó a que le diera permiso para entrar.

—¿Qué quieres, Ramírez? —ladró el jefe.

Ella pasó y se quedó mirándole, todavía de pie, mientras daba un sorbo del brebaje ardiente que sujetaba con las dos manos para calentarse.

—¿Tiene noticias del juez? —preguntó Karla.

—¿Vienes a tocarme lo que no tienes, Ramírez? ¿No tienes nada más que hacer?

—Ana Cortés está en el hospital, le dio un ataque de pánico en una entrevista con Néstor.

—Pues que no hubiese ido.

—Esa no es la cuestión, jefe.

—¿Y cuál sería? —contestó Reixach, balanceándose hacia atrás en la silla.

—Que está en peligro. Tenemos que evitar que el discípulo de Néstor vaya y le haga algo, o incluso la secuestre. Hay que enviar una patrulla que vigile el hospital hasta que salga —contestó ella.

—Ni hablar, con el poco personal que tenemos solo nos falta tener que custodiar a gente de poca importancia.

—Álex me ha ordenado hacerlo, hable con él. Pero si le pasa algo a Ana Cortés pesará en su conciencia.

—Mira, Ramírez, no te equivoques: aquí se hace lo que digo yo, no lo que dice Álex Cortés, por eso soy el jefe aquí dentro —le espetó el superior—. ¿Me has entendido?

—No creo que sea una buena idea, ¿sabe?

—¿Tengo que explicarte qué me limpio yo con tus ideas? —insistió el hombre.

En ese momento, a Reixach le sonó el móvil. Lo sacó del cajón y al ver quién llamaba comenzó a sudar.

—Su señoría, ¡dígame! —contestó con absoluta sumisión.

La conversación duró menos de cinco minutos. La voz del juez se escuchaba, pero no se entendía lo que decía. Karla observaba la cara del jefe y cómo reaccionaba ante lo que le iba diciendo el juez. Mientras tanto, sorbía su café y disfrutaba del espectáculo.

—¿Y bien? —preguntó ella en cuanto colgó.

El jefe guardó otra vez el móvil en el cajón. Su expresión no era muy complacida, pensó Karla.

—En dos días organizará el maldito intercambio con Néstor. Mañana tenemos que hacer una reunión con todo el equipo para coordinar la operación —contestó el jefe.

—Pues yo y Álex no estaremos —dijo Karla.

—Vosotros dos tenéis que estar, sois los que tienen que organizar la operación. ¿Qué me estás diciendo, Ramírez? —le espetó.

—Pues lo siento jefe, pero tenemos algo más importante mañana.

—¿Qué narices dices? ¿Dónde demonios estaréis? —insistió el jefe.

—Pues estaremos en el hospital, de hecho, iré ahora mismo a presidir la puerta de la habitación de Ana Cortés —dijo y dio el último trago al café—. Nos vemos, jefe —concluyó mientras arrugaba el vaso de plástico.

—Ramírez, ¿te has vuelto loca?

—No jefe, ¿por qué?

—Estás en mi equipo porque tienes que investigar, no vigilar puertas. ¿Me comprendes?

—Claro, mi trabajo es mucho más valioso aquí, lo sé, precisamente por eso le dije que colocara a un agente raso en la puerta.

—¡Maldita sea! Busca un agente y envíalo. Ramírez, me vas a volver loco. Cierra la puerta y desaparece de mi vista —espetó el jefe.

Ella rio y sin decir nada más cerró la puerta. Bajó las escaleras y cruzó el patio que dividía los dos edificios. Eran dos bloques gemelos: en uno estaba la comisaría de los Mossos de seguridad ciudadana y en el otro estaban los grupos de investigación y científica.

Buscó al responsable de los agentes del primer edificio y le explicó la situación. Este enseguida mandó a unos agentes para que custodiaran la habitación de Ana, con turnos de ocho horas.

—Estamos sin personal, y lo sabes: no es una novedad. Pero si es para el sargento Cortés, lo que haga falta —contestó el responsable.

Luego Karla volvió al edificio donde estaba su equipo y buscó a Alan. La puerta estaba abierta.

—¿Se puede? —preguntó la cabo.

—¿Qué te trae a mi cueva? —pregunto el informático forense.

—Ya lo sabes y te encanta que te lo diga, ¿verdad? —puntualizó Karla.

—No sé de qué me hablas...

—Vamos, te encanta que te supliquemos —dijo Karla teatralizando un poco—. ¿Has descubierto algo de los criptogramas?

—Estoy en ello. Solo he conseguido entender que el pirado está otra vez usando textos de la Biblia.

—¿De la Biblia? —preguntó ella—. ¿Otra vez?

Alan movió su vista de la pantalla a la mujer mientras se encogía de hombros.

—Hay que avisar a Álex.

—¿Dónde tienes a tu amigo?

—No es mi amigo, solo somos compañeros —contestó ella secamente—. Está en el juzgado, hablando con Del Pozo.

El informático bufó.

—Del Pozo... vaya tío más pesado... Agradezco cada día más trabajar con ordenadores y no tener que interactuar con las personas.

—Pero si te dije que tenías un nombre ilustre y no sé qué... —aseguró Karla.

—Da igual. Los ordenadores no dan tantos problemas como las personas.

Karla enarcó las cejas.

—Me voy, mantenme informada por favor.

—En cuanto haya descubierto algo más, te mandaré un mensaje —le aseguró Alan.

Karla se fue hacia la puerta y cuando estuvo medio cerrada, asomó la cabeza.

—Por cierto, ¿cómo vamos de novias? —preguntó dulcemente.

A Alan se iluminaron los ojos. Su reacción delató que le encantaba que le hubiera preguntado eso.

—Mira mi nuevo amor... —dijo sonriendo.

Karla se extrañó, pero se quedó mirando, divertida.

El informático sacó un ordenador de una mochila.

Lo primero que Karla pensó fue que iba a enseñarle una foto de una chica, a lo mejor de una que había conocido en una aplicación de encuentros o en un club de informáticos anónimos. O incluso en el club de ajedrez.

Entonces el chico volteó el aparato a un lado y a otro, haciéndolo relucir.

—El nuevo Roptus fire B-24. ¿A que es una maravilla? —dijo emocionado.

—Perdona, ¿en serio?

—Claro, me ha costado una fortuna. Es el mejor ordenador que existe, lo he comprado en una tienda de Taiwán —contestó ilusionado.

—Me voy, Alan. Disfruta de tu nuevo PC, tengo un poco de prisa para quedarme a ver tus nuevos *gadgets* —dijo y cerró la puerta.

El juez Del Pozo miró a Álex fijamente.

La insolencia del policía no le gustaba, y menos aún en su propio despacho. Siguió girando el cigarro con las manos, y mientras tanto le apareció un pequeño tic en la ceja que Álex no le había visto antes.

—Sabe, desde que mi mujer no está en casa, me quedo aquí hasta la madrugada —le confesó el juez—. Duermo aquí, en este sillón. Me fumo uno de mis puros y me quedo dormido. Cuando me despierto, me voy a casa, me ducho, me cambio y vuelvo. Esta es mi vida sin mi mujer. Me aterroriza vivir en mi casa sin ella.

—¿Le aterroriza vivir en su casa sin ella o teme que le rapten a usted también? —puntualizó Álex.

—No, a mi mujer la raptaron en una parada del autobús. No en casa. Pero ese psicópata es capaz de cualquier cosa.

—¿Si sabe que las avispas pican, por qué tuvo que remover la colmena? —preguntó Álex.

El juez hizo caso omiso del comentario. Acercó el puro al cenicero e hizo caer la ceniza, en un cilindro compacto de color gris.

—¿Sabe lo más gracioso? —continuó el juez—. Que hacía un par de meses que le había propuesto asignarle un chófer y un coche solo para ella. Para que dejara de moverse con transporte público —dijo, dio otra calada y se lo quedó mirando—. ¿Y sabe qué me dijo? —Álex negó—. Me contestó que prefería caminando, en vez de que la llevase un hombre vestido de pingüino como si fuera una anciana o una niña. —Se quedó en silencio, emocionado—. Ella creía en el sistema. Decía que no era un problema. Que había que confiar en las personas. Pero ella no era consciente de que a veces el pasado vuelve...

Álex se acercó a él.

—¿Qué quiere decir con eso de que el pasado vuelve? —preguntó Álex sorprendido.

—Quiero decir que los psicópatas no son así por naturaleza, la gran mayoría han tenido una infancia complicada, abusiva, dura. Y ese pasado siempre vuelve en su vida de adulto para desestabilizarla. ¿Me comprende?

—No. Señor Juez, solo quiero saber por qué demonios trasladó a la madre de Néstor a un penitenciario —dijo Álex.

—Usted hizo un gran trabajo visitando el geriátrico donde estaba la señora y redactar ese informe. No todo el mundo habría tenido el valor.

—¿Por qué lo hizo? —volvió a insistir.

—No entiendo su pregunta, sargento. La ley es ley y yo la he aplicado.

—Usted la ha interpretado. Nadie le había llamado a hacerlo. Necesito que me diga por qué —replicó Álex.

—No le entiendo...

—Demonios, ¿tan mal me expreso? —dijo Álex y se levantó de la butaca—. Quiero saber si alguien le sugirió que tomase esa decisión. Si alguien le ha coaccionado, si alguien le ha dejado un dossier encima de la mesa, si fue el día tal a la hora cual. ¿Cómo demonios supo de la existencia del dossier y por qué narices se le ocurrió trasladar a la maldita señora Luna? Por el amor de dios, hay que ser imbécil —soltó, explotando.

En el momento que dijo eso se dio cuenta que había dicho lo que pensaba. Lo miró enseguida, esperando una avalancha contra él o incluso su destitución.

El juez lo observaba sin dejar de hacer rotar el puro. Se pasaba la lengua por los dientes, pensando cómo responder.

Luego dio una calada al cigarro y se dio cuenta que se estaba quemando solo de un lado. Dio un par de caladas por ese lado también y le volvió a mirar.

—¿Sabe cuál es su función en esta situación? —preguntó el juez. El policía no se atrevió a contestar—. Buscar a mi mujer. Para juzgar estoy yo. ¿Está claro?

—Me tiene que decir cómo llegó el dossier a su mesa, o no le podré ayudar —respondió Álex.

—Yo lo solicité a su superior, quería ver el dossier completo de la investigación. La prensa hablaba tan y tan bien de usted que quería ver si podía ayudar en esto y tomé una decisión. ¿Me entiende?

Álex se lo quedó mirando fijamente.

—Creo que hay algo que no me quiere decir y hasta que no me lo diga, no podré hacer mucho —dijo Álex.

El policía se fue hacia la puerta, decidido a marcharse. A dos pasos del umbral de la puerta, se detuvo.

—Me gustaría decirle que me parece una auténtica locura hacer un intercambio como el que ha acordado con Néstor Luna. Usted no lo conoce, aunque haya leído el dossier completo. Él va dos pasos por delante, tiene algo tramado y le va a salir el tiro por la culata, juez Del Pozo —dijo Álex sin mirarle.

—He hablado con el presidente de la Generalitat de Catalunya. Está de acuerdo con el intercambio. Habrá un helicóptero, agentes y fuerza policial suficiente para que sea imposible que se nos vaya de las manos —dijo el juez orgulloso.

—Néstor ya lo ha previsto y nos dejará a todos como gilipollas. Vuestra arrogancia y presunción es su mejor baza. Pero... —dijo y levantó los brazos— allá vosotros —dijo y dio un paso más hacia adelante—. Por cierto, ¿conoce a un tal Pedro Glock? —preguntó mirando al juez de reojo.

Este soltó de golpe el humo, atragantándose.

Le costó un par de minutos recuperar la respiración, mientras Álex no dejaba de observarlo.

—¿Y bien? —preguntó Álex.

—¿De qué debería conocerle? —preguntó el juez.

—¿Tampoco piensa decírmelo? —afirmó Álex.

El policía decidió marcharse. Cuando estuvo a punto de desaparecer por la puerta, el juez se levantó.

—Sargento, es pasado mañana.

—¿A qué se refiere? —preguntó el policía.

—Al intercambio —afirmó el juez—. Su subinspector le informará.

Álex cogió la maneta de la puerta y fue a cerrar, pero justo antes de hacerlo añadió:

—Eso no es un intercambio, juez Del Pozo: eso es un suicidio y usted ha repartido las invitaciones.

Karla salió del despacho de Alan y bajó al primer piso.

Buscó a Iván y le pidió que la siguiera a la sala de briefing.

—¿Novedades, jefa? —preguntó Iván, cerrando la puerta.

—Alan dice que el criptograma son frases de la Biblia. Le voy a escribir a Álex para que lo sepa —dijo Karla mirando por la ventana—. ¡Dios, esta lluvia no tiene ganas de cesar! Esto es tremendo.

—Nos viene bien esta agua para el verano —contestó Iván.

—¿Has averiguado algo del camionero? —preguntó Karla.

—No mucho. Tengo un informe en mi mesa, pero parece una persona bastante normal —contestó él—. Pero hemos encontrado el coche del alcaide.

Karla se giró.

—¿Dónde?

—En un descampado detrás de una gasolinera, en un punto en el trayecto hacia la penitenciaría. Normalmente, la gente que va a repostar no se detiene allí. Así que puede que hubiera quedado con la persona que lo mató.

—Seguramente —respondió Karla—. ¿Has controlado las cámaras?

—Sí, ya te puedes imaginar lo que he encontrado. ¿Verdad?

—¿Tenemos foto de él? —preguntó Karla.

—No, pero sí la furgoneta de siempre —contestó Iván—. Solo con un cambio.

—¿Cuál?

—La matrícula volvía a ser diferente. Ha hecho otra, es imposible pillarle. Sabemos el modelo y el color, pero sin la matrícula es un problema.

—Problema o no, tenemos que pasar a todas las patrullas la marca y el modelo. Que la busquen.

—Lo sé, ya lo pasamos hace días.

—Da igual, hay que volver a hacerlo. Reaviva la búsqueda de la furgoneta. ¿Te encargas tú? —preguntó Karla.

Él asintió.

—Hay algo más —añadió Iván—. Luego te lo enseño en mi ordenador.

En ese momento llamaron a la puerta.

Karla dijo que pasaran.

—Os estaba buscando —dijo Mario una vez dentro.

—¿Habéis acabado con el tío del camión? —preguntó Karla.

—Sí, ha dejado la cabina hecha un cristo. Parecía un cuadro de Banksy.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Karla.

—Había materia gris por todo el techo. La sangre estaba por todos sitios. El tío, con esa arma, se aseguró de no quedar vivo.

Karla escuchaba al compañero de la científica apoyada en una mesa.

—¿Qué más has encontrado? —preguntó ella.

—Huellas dactilares, principalmente del tío, preservativos, juguetes eróticos y más cosas relacionadas. De todas formas, hemos llevado el camión a Sabadell; quiero que lo desmonten y saber realmente qué hay dentro. Siempre puede haber más sorpresas, aparte de lo que con la primera inspección ocular pueda aparecer.

—Ok, cuando tengas más datos me cuentas... —aclaró Karla.

—Sí. Hemos enviado a la morgue el cadáver, a ver qué encuentran ellos —dijo Mario y dejó la maleta de inspección en el suelo.

Eso le llamó la atención a Karla. Al parecer, no había acabado.

—Hay más... —añadió ella—. ¿Verdad?

—Sí. He intentado hablar con Álex, pero tiene el teléfono apagado.

—Está con el juez. ¿Qué has encontrado?

Mario abrió la maleta y sacó una bolsa transparente que contenía una nota que a Karla le resultó familiar.

—Creo que tenemos otra víctima de Néstor —dijo mientras se lo entregaba—. Es otro criptograma.

Álex bajó por el ascensor del edificio de justicia.

Cruzó el vestíbulo desierto acompañado por los pensamientos que había generado su conversación con el juez.

«Un intercambio», se repetía sin parar. Devolver a la madre de Néstor al geriátrico a cambio de liberar a la mujer de juez. Un trueque así era totalmente ilegal, y solo un juez con tentáculos en política y ya muy poco que perder podía hacerlo.

«La ley es igual para todos», leyó frente a la entrada del tribunal. A Álex se le escapó una carcajada nerviosa, aunque nadie lo vio. Nadie se podía imaginar lo que tramaban las altas cúpulas de esa misma ley que, en teoría, estaba hecha para proteger al pueblo bajo un paraguas de justicia igual para todos.

Las zapatillas de Álex chirriaban en el mármol del pasillo. Llegó hasta la puerta de salida y se despidió del guardia.

Mientras corría para buscar un taxi bajo el diluvio que seguía por las calles, su teléfono vibró en el bolsillo del pantalón. Siguió corriendo hasta llegar a la marquesina de una parada de bus, en la avenida más cercana. Se resguardó allí debajo hasta que pudo parar un taxi.

Entró y le dio la dirección de la comisaría, sacudiéndose de encima la lluvia.

—Ahí tiene pañuelos si necesita —dijo el taxista con un acento que no era de Barcelona.

—Gracias —contestó Álex mientras sacaba un par de la caja y se secaba la cara y los rizos.

—¿No paraguas? —comentó el taxista.

—Nunca —respondió Álex.

—Ay, ay, ay. Malo, puede usted coger catarro.

Álex sonrió y sacó el móvil del bolsillo. En cuanto leyó el mensaje miró el reloj: era ya muy tarde. Se mordió un labio.

«A la mierda», se dijo en su interior.

Se acercó al conductor y le indicó que cambiase de rumbo. El taxista tecleó la nueva dirección en el GPS y aceleró hacia el nuevo destino.

En menos de media hora estaba allí. Se apresuró a meterse debajo del pequeño porche de madera y evitó mojarse esta vez.

El taxi apagó el motor y las luces. Se quedó aparcado, esperando a que el policía acabase la visita para devolverlo a la ciudad.

Llamó al timbre; las persianas de las ventanas estaban bajadas. No obtuvo respuesta. Por las fisuras de la entrada no se entreveía luz en el pasillo.

Se giró a observar las vistas: había estado allí en otras ocasiones, tanto de noche como de día, pero nunca durante una tormenta. Las vistas desde el Tibidabo eran preciosas; las luces nocturnas se mezclaban con las gotas que bajaban, creando una cortina coloreada.

Apretó nuevamente el timbre. Nada. Le extrañó que Aarón García, el erudito que tantas veces le había ayudado, no estuviese en casa a esa hora.

Al tercer timbrado desistió y volvió a entrar en el taxi.

—¿A la comisaría? —preguntó el conductor.

Álex miró por última vez la casa del erudito y asintió.

Mientras el coche iba bajando por las calles de la montaña, Álex escuchaba los limpiaparabrisas, sumido en un dulce bucle de pensamientos y recuerdos.

El mensaje de Karla lo había hecho regresar atrás en el tiempo, al Néstor del primer caso. La cita bíblica que habían encontrado junto a los cadáveres del alcaide y Alberto era más inquietante de lo que pensaba.

Necesitaba comentarlo con alguien. Buscó el contacto de su abuelo y le llamó. A pesar de la hora tardía, este contestó a la primera.

Se dio cuenta de que había echado mucho de menos las conversaciones con su abuelo, y se disculpó por no llamar más a menudo. Le explicó que había ido a buscar a Aarón y que no estaba en casa, lo cual le pareció raro.

Antonio Cortés, excomisario de la Guardia Civil, le informó de que Aarón no estaba bien: lo habían ingresado en el hospital por unos problemas de salud.

Le preguntó dónde y el abuelo confirmó que era en la Quirón. Comunicó en seguida al taxista la nueva dirección. Acabó estirando la llamada hasta cuando estuvieron delante del centro médico. Se despidió del abuelo, pagó y entró en el edificio iluminado.

En cuanto entró en el hospital privado, notó la calefacción más alta de lo normal. La recepción olía a flores y en el mostrador había una chica joven que lo recibió con una preciosa sonrisa.

Álex se ajustó los rizos y se acercó a la mujer.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo la mujer en un tono casi coqueto.

Álex miró a su alrededor. El vestíbulo de la famosa estructura médica tenía cámaras por varios lados y un espejo en la parte opuesta a la recepción. Lo más seguro era que del otro lado hubiera personal de seguridad.

Álex dio un paso más hacia la chica. Vista la tranquilidad de esa noche, él era lo más interesante que le podía haber aparecido por la puerta y lo aprovechó.

—Hola —contestó él—. ¿Eres nueva?

Ella rio, encogiéndose de hombros y se tapó la boca.

—Llevo solo un par de semanas.

—Claro. Ya decía yo que era la primera vez que te veía. Una mujer tan guapa no se olvida fácilmente.

Al decirle eso, la mujer se sonrojó al instante.

—¿Dónde trabajabas antes? —preguntó él.

—Trabajillos...

La mujer empezó a enroscarse un mechón de pelo con el dedo, dándole forma de rizo.

Álex se acercó más y se apoyó en el mostrador con un codo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Álex.

Ella pestañeó.

—Necesitaría que me ayudaras...

—Claro... —contestó deshaciéndose como un helado en medio de un desierto.

—Soy policía... —dijo mientras abría la cazadora y mostraba la placa enganchada a la cintura.

Ella volvió a pestañear.

—¿Y qué puedo hacer por ti... policía?

—Estoy en misión especial... Necesito averiguar la habitación de un paciente vuestro.

La sonrisa de la muchacha se congeló.

—¿Cómo dices?

—Aarón García es su nombre... —dijo Álex indicando con la vista la pantalla.

—Pensaba otra cosa —dijo ella.

—¿Cómo?

—Digo que pensaba que querías otra cosa.

—¿Como por ejemplo? —insinuó él.

—Pues pensaba en quedar para tomar un café —susurró la mujer acercándose al policía—. Me sentiría más segura en esta ciudad si en mi círculo de amigos hubiera un policía —añadió y le guiñó el ojo.

Él tragó saliva y se giró hacia el puesto del guarda.

—Tranquilo, ese duerme todo el rato —dijo ella volviendo a reclamar su atención.

—¿Y qué propones? —preguntó Álex.

—Un intercambio de números... —dijo coqueta.

—¿Números?

—El número de la habitación de tu misión, por tu número... de teléfono —dijo mordiéndose el labio.

Él subió una ceja.

—Apunta —indicó él y le dictó su número de móvil.

—Segunda planta, la 292. Saliendo del ascensor, a la derecha.

—¿Quién te dice que es el correcto? —preguntó Álex indicando el papel donde la mujer había anotado su número.

Ella rio maliciosa.

—Podría ser, pero tú te lo perderías —contestó levantando la barbilla—. Anda poli, ya puedes subir. Si alguien viene dile que es un código b56 y listo.

Él no lo entendió.

—Es un código interno. Si te ven, te dejarán pasar a pesar de la hora —dijo y le volvió a guiñar el ojo.

Álex la miró de soslayo y se dirigió hacia los ascensores. Apretó el botón de la segunda planta. Al cerrarse las puertas, pensó irónicamente cuán duro era su trabajo, que también lo obligaba a poner a prueba sus dotes de seducción.

Karla se quedó sin palabras.

Se acercó con los ojos abiertos de par en par y cogió el criptograma de la bolsa.

—¿Quién es la víctima?

—El camionero, ¿quién va a ser?

—No te entiendo. Yo he visto llegar el camión, he ido hasta la cabina, he visto con mis propios ojos que el tío se cerraba dentro con la cortina oscura y que se disparaba. No puede ser él —le espetó ella, levantándose de la mesa.

—Pues es lo que oyes —aclaró Mario.

—¿Se suicidó y ya tenía el papel? —preguntó Karla—. Espera, ¿dónde estaba este papel? —volvió a preguntar ella.

—En la guantera del tráiler. Entre los papeles del vehículo; seguros y otros documentos personales. En el mismo lugar tenía la cartera y varias cartas. Considera que eso era como un piso en miniatura. Por eso he querido llevar a Sabadell el camión y seguir desmontándolo.

—Has hecho bien, quién sabe lo que puedes encontrar.

—Vete a saber los secretos de este tío —aclaró Mario.

—¿Quién se suicida así? ¿Por qué? —preguntó Iván.

Los tres se miraron. El viento había cambiado y ahora la lluvia martilleaba la ventana de forma continuada, como en una meditación.

—Los secretos y el pasado de este tío puede que hayan influido en su decisión de suicidarse —dijo Iván.

—Puede ser. Puede que tuviera muchos problemas y no supiera afrontarlos —dijo Karla.

—¿Afrontarlos? Quizá eran problemas que le hubiesen causado más problemas... —apuntó Mario.

—Problemas con la policía, claro —dijo Karla—. Cuando nos vio con las patrullas delante de la caseta de la agencia de transporte ya era demasiado tarde, ya sabía que íbamos a por él.

—Puede ser. Un tráiler no es un coche o una motocicleta. No puedes dar la vuelta así como así —confirmó Mario—. ¿Por qué ibais a buscar a este tío? ¿Qué había hecho?

Karla e Iván se miraron.

—Pedro Glock tenía una lista de antecedentes que no se acababa. Encontramos su ADN debajo de las uñas del alcaide —aclaró Karla.

—¡Madre mía! Lo tenéis muy complicado —dijo Mario—. Es decir, que encontráis ADN del camionero debajo de las uñas del alcaide, lo identificáis y lo vais a buscar, ¿no?

—Sí, pero el problema es otro... —añadió Karla.

—¿Es decir? —preguntó Mario, prestándose voluntario como frontón para que los

compañeros de investigativa lo usasen para hacerse preguntas.

—Que Pedro Glock estaba en Europa con su camión el día del delito. Y llevaba una semana fuera.

—Pues tenéis un buen misterio con todo esto —añadió Mario.

Luego el de la científica cerró la maleta y la cogió.

—Os dejo, que se me hace tarde —dijo Mario—. Tengo que ir a recoger a mi hija de las extraescolares.

—Por favor, mantenme informada del camión —añadió Karla antes de que saliera de la sala de briefing.

—Cuando hayas acabado con eso, déjalo en mi armario, ya sabes dónde —dijo Mario señalando el criptograma.

Ella asintió antes de que cerrara la puerta.

En cuanto Mario se fue, Iván dio la vuelta al papel.

—¿Qué opinas? —preguntó Karla.

—Pienso que Mario tiene razón, esto es un galimatías.

—Todo lo que concierne a Néstor lo es —dijo Karla—. Pero tenemos que averiguarlo, es nuestro trabajo. Y si no lo hacemos nosotros, nadie lo va a hacer.

Se quedaron unos segundos prolongados en silencio, pensando. Karla se acercó a la ventana. Apoyó la mano en el cristal, que estaba frío. Alrededor de sus dedos se creó una marca de vaho por la diferencia de temperatura. De improviso, le vino un recuerdo.

Era pequeña e iba en coche con sus padres. De rodillas en los asientos de atrás, no llevaba puesto el cinturón, que en esa época no era obligatorio. Iban de viaje en vacaciones de Navidad. A ella le encantaba mirar las matrículas por la autopista e inventarse palabras, coincidencias, o interpretar los números. Jugaba con los mensajes que podían salir de eso. Cada vez que veía una matrícula extranjera se lo decía a su padre, que conducía. Pero ese día los padres discutían. La pequeña Karla, envuelta en su abrigo verde aterciopelado, dio un soplo de vaho en el cristal y escribió en la mancha de vaho. Luego el recuerdo se desvanecía, pero antes se escuchaba el sonido de un claxon y un gran estruendo.

Karla se tocó la cabeza. Las yemas de los dedos tocaron una cicatriz escondida por el tiempo y el pelo. El recuerdo se reanudaba en el hospital cuando abrió los ojos.

—¿Karla? —preguntó Iván—. ¿Estás bien?

La cabo bajó la vista y forzó una sonrisa.

—Sí, sí. Disculpa, estaba pensando.

—Creo que la clave es entender por qué el chofer apretó el gatillo y se suicidó —dijo Iván—. Tenemos que descubrir qué pasó entre Néstor y él para que este se suicidara. ¿Sabes?

—Sí, puede ser —dijo Karla y su mente volvió al recuerdo que seguía latente, despertado de su letargo mental.

El perfil de vaho y el cristal frío le habían abierto el cajón de los recuerdos olvidados. El pinchazo del frío enganchó el recuerdo y lo hizo aflorar.

—¡Iván! ¡Esto es la clave! —dijo indicando el vaho en el cristal.

—¿La lluvia? —preguntó él.

—No, el pasado es la clave —afirmó Karla—. Tenemos que encontrar el pasado oscuro de Pedro Glock.

Era noche cerrada.

Por la ventana de la habitación del hospital se veía la lluvia, iluminada por las farolas. El Paseo Marítimo, que solía ser un continuo ir y venir de transeúntes, estaba desierto.

La actividad del Hospital del Mar estaba bajando.

Javier, el inspector, seguía al lado de Ana, velando por su seguridad. Se había sentado en un sillón y comprobaba sus mensajes en el teléfono móvil.

—¿Quién eres en realidad? —preguntó Ana.

El hombre, distraído, levantó la mirada.

—¿Perdona?

Ella repitió la pregunta. Ana estaba sentada en la cama, con la espalda erguida. Al otro lado de la estancia había un televisor colgado de una plataforma metálica. La criminóloga tenía puesto un programa de quiz, con el volumen bajo, solo para que los silencios con el inspector no resultasen incómodos.

Javier, al recibir la pregunta, se incorporó en la silla. Guardó el móvil y bufó.

—Me pillas desprevenido, no te sabría decir... —dijo él.

—¿Sabes que tienes un timbre de voz muy profundo? Podrías haberte dedicado a la radio.

Él se rio.

—Me lo dicen muy a menudo —confirmó—. Es muy probable que hubiese sido mejor que hacer de poli.

—No lo creo, hay pocos que lo hacen por vocación.

—Así dicen —contestó sin estar muy convencido.

—¿No lo crees?

—Por desgracia es cierto. Ser policía o guardia urbano, cada día es una profesión más cómoda.

—¿Sabes? Te admiro mucho —dijo ella.

Javier se sorprendió y no pudo contenerse.

—¿A qué viene esto ahora?

—La verdad es que tiene que haber sido tremendo investigar el asesinato de tu hermana —dijo ella.

—Sí, muy duro, pero nada que ver con la muerte de un marido, en el estado en el que estás... —contestó él indicando la barriga.

Ella miró por la ventana. Se quedaron en silencio un par de minutos. Ella no supo qué contestar. Sentía dolor y soledad.

—¿Sueles ser tan escurridizo? —preguntó Ana.

—¿Cómo?

—Desvías preguntas con arte.

—¡No! —exclamó—. Solo te iba contestando. ¿Irás al velatorio de tu marido? Sería lo normal.

Ana se miró las manos y se acarició su barriga ensanchada.

—Cuando sea el momento iré, si todo va bien. Por ahora, sigue en la morgue. Sigo teniendo la última imagen de Alberto en la retina. No consigo quitarla. La sangre que corre por el río, la piedra encima. Creo que no me liberaré tan fácilmente de eso.

—Lo siento Ana, no pude detenerte antes. Ojalá pudiéramos volver atrás en el tiempo y pudiera impedir que vieras aquello.

—Ojalá pudiera volver atrás e impedir muchas cosas. No me imaginaba para nada que Néstor nos diría algo así.

—Ana, puede que sean pantomimas... —contestó Javier.

—Lo triste es que no lo son; su historia tiene un halo demasiado extraño, y por desgracia todo encaja —replicó Ana.

—Supongo que ya no se puede hacer nada. Ahora tienes que pensar en tu hijo —dijo él.

Se dibujó una sonrisa en los labios de Ana y acarició al niño que estaba a punto de nacer, con el amor de una madre.

—Lo que más me preocupa de toda esta situación son las secuelas que puedan quedarle a mi hijo.

—¿Te refieres a que no tenga padre? —preguntó Javier.

—No. Me refiero a que los fetos absorben todo lo que sucede y asimilan las emociones de la madre. Estos sucesos no creo que sean para nada buenos para él. No sé hasta qué punto podrán haber interferido en su carácter y conducta cuando sea mayor.

Javier le cogió la mano. A ella le extrañó, pero no la apartó; todo lo contrario.

—De momento tienes otros problemas más acuciantes, creo...

—Ya, gracias —contestó ella.

Los dos se miraron de forma diferente, con complicidad. Ella con agradecimiento. En ese momento llamaron a la puerta. Javier, que estaba sentado de espaldas a la ventana, se encontraba enfrente de la puerta. Se puso la mano dentro la chaqueta, cogiendo la empuñadura de la pistola, e hizo saltar el seguro de la hebilla.

Apareció una enfermera, que abrió la puerta con un codo. Entró con una enorme bandeja tapada.

—Es la hora de la cena, señorita. Venga, arriba, hay que comer —dijo y se puso a reír—. Te traigo ración y media. Las futuras mamás se tienen que alimentar muy bien. Además, con este frío no podemos bajar de peso —continuó como una metralleta.

No les dio tiempo ni de pestañear mientras la mujer desplegaba una mesa lateral en la que apoyó la bandeja y se quedó mirándola.

—¿Lista? —preguntó la enfermera—. Aquí lo tienes. Que aproveche y cómetelo todo —dijo y se puso a reír mientras salía de la puerta con la tapa.

En la bandeja había pan, una menestra de verduras humeante, una pechuga de pollo a la plancha con brócoli al vapor y una manzana asada.

—Bueno, que aproveche —dijo él.

—No tengo mucha hambre... —contestó ella.

—Tú a lo mejor no, pero él sí —replicó Javier señalando la barriga.

Ella se quejó con un sonido gutural mientras cogía la cuchara para la sopa. Había aprendido a comer con una sola mano, que para colmo no era su mano dominante.

—¿Quieres? —preguntó ella.

—No, tú come.

Antes de que Ana tomase la primera cucharada volvieron a tocar a la puerta.

El inspector volvió a meterse la mano debajo de la chaqueta. Esta vez nadie entró.

—¿Quién es? —dijo con voz profunda.

Del otro lado de la puerta, contestaron.

—Soy el agente Torrent. Me envía la cabo Karla Ramírez.

La criminóloga se giró a mirar la expresión del inspector.

—¡Adelante! —gritó él sin quitarse la mano de dentro de la chaqueta.

Al abrirse la puerta apareció el agente. Era un chico joven que, por su edad, parecía recién salido de la academia. Iba vestido con uniforme de los Mossos.

—Buenas noches. Me han informado en la recepción de que estaban aquí.

—Gracias, agente —contestó él.

—Si no le importa, me sentaré aquí afuera. Para cualquier cosa solo tienen que llamarme —dijo y cerró la puerta.

Ana y Javier se miraron.

—Bueno, ¿estás más tranquilo? —preguntó ella.

Él no contestó.

—Podrías ir a cenar ahora, ya tengo un ángel de la guarda —dijo ella.

—No, prefiero quedarme —contestó Javier.

—Ya, pero tengo algo que pedirte algo...

Él levantó una ceja.

—Tengo antojo de helado... —dijo ella en un tono casi avergonzado.

Álex encontró enseguida la puerta y llamó dos veces. Por debajo se veía una luz tenue encendida.

—¿Qué quieres? —gruñó el paciente desde dentro.

Álex dudó, pero terminó por abrir la puerta.

En la cama de la habitación estaba el hombre. Lo reconoció de inmediato, a pesar del tubo de oxígeno que llevaba en la nariz.

—¿Aarón? —preguntó al entrar—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Quién eres? —espetó el anciano.

—Soy Álex, el nieto de Cortés.

—Pasa, por el amor de Dios. Pasa —replicó el anciano cambiando de tercio—. ¿Cómo estás? Ven, siéntate aquí.

Álex pasó por la estancia. Se parecía más a una habitación de hotel que a un hospital. En un escritorio había pilas de libros y un ramo de flores. El perfume del anciano se mezclaba con el ambientador.

Álex se sentó en una silla al lado de la cama. Aarón cerró el libro que estaba leyendo, iluminado por una pequeña luz de pared. Lo alzó para que lo viera.

—Los milagros de Santo Tomás de Aquino... el único que me hace compañía en mis últimos días —dijo el erudito.

—¿Qué dices... ¿qué te pasa? —contestó desconcertado Álex.

—Me muero, amigo mío —respondió el hombre convencido—. Me muero. Pero nada de tristeza en tu rostro ni en tu alma. La muerte no es nada más que un nuevo amanecer. Cuando nacemos estamos programados para morir, solo es un hecho que tenemos que asumir, nada más.

—¿De qué? —preguntó Álex entristecido.

—No lo sé, un nombre de esos que solo entienden los médicos. Pero lo más importante es que hayas venido. Gracias, Álex.

—¿Qué dicen los médicos? —preguntó el policía.

El erudito bufó.

—No lo saben ni ellos. ¿Sabes qué te digo? ¿Ves esa pila de libros encima del escritorio? —dijo señalándola—. Cuando haya acabado de leer esos libros, los mejores, los que me han acompañado durante mi vida, entonces podré despedirme de este cuerpo y regresar a la casa del Señor.

—¿Y tu familia no viene a verte?

—¿Mi familia? —preguntó melancólico. Se lo pensó un momento antes de volver a responder—. Mi familia es esa pila de libros. Además, esos libros te los dejaré a ti. Creo que los necesitarás, seguro.

Álex no supo qué decir.

—En fin, ¿para qué venías? ¿Qué necesitas?

Álex se avergonzó. La mayoría de ocasiones en las que acudía a Aarón y a su abuelo era cuando necesitaba algo.

—Se trata de Néstor Luna.

—Pero me explicaste que lo habías metido en la cárcel, ¿qué pasa ahora?

—Es una larga historia. Tengo que enseñarte algo —contestó Álex y sacó una fotocopia de los dos folletos.

Se la pasó al erudito. Este dejó el libro que aún estaba sujetando y se acomodó con la espalda en el reposacabezas.

El rostro del anciano se iluminó al ver el contenido de los folletos, con una luz que Álex había visto en pocas personas; una de ellas era Alan.

—¡Por todos los rayos! —espetó el anciano—. ¿Dónde has encontrado esto?

—Son dos mensajes del Asesino del Criptograma. Los dejó en dos cadáveres nuevos —respondió Álex.

—*“Con la vara que tengo en la mano voy a golpear el agua del río, y esta se convertirá en sangre. Los peces que hay en el río morirán, y el río apestará, y los egipcios tendrán asco de beber el agua del río. (Éxodo 7:17-18)”* —leyó de uno y luego el segundo.

—¿Estás seguro que no estaban en el mismo? —preguntó el erudito.

—No. Dos mensajes y dos cadáveres.

—¡Por todos los demonios!

—¿Qué pasa?

—Si esto es cierto, allí afuera te están esperando ocho cadáveres más...

—¿Cómo dices? ¿De dónde sacas eso? —preguntó Álex.

Esas palabras sonaron a intimidación, a profecía. Pero lo peor era que Álex sabía que todo lo que había predicho el erudito se había cumplido.

Álex se apoyó en el respaldo, estirando los pies. Se pasó las manos por los rizos y resopló. El cansancio se hacía sentir, pero más aún el miedo de que pudiera haber otras víctimas.

—¿Qué narices son esos textos, Aarón? —preguntó nervioso.

—Desde luego que tu asesino está enfermo por la literatura clásica. Esto son fragmentos de las diez plagas de Egipto.

—Néstor está más loco de lo que creíamos, y siempre cometemos el mismo error: lo infravaloramos, y por eso va siempre dos pasos por delante de nosotros.

Javier se extrañó de la petición de la mujer.

«¿Un helado?», se preguntó.

Javier Bustamante nunca había tenido hijos ni mujer. Sin embargo, los antojos de las embarazadas no era un secreto de estado, y hasta él había oído hablar de eso.

El inspector no se habría levantado para ir a buscar su propia cena. Sin embargo, aceptó para complacer a la mujer. Su misión: comprar un helado. Cualquiera, de chocolate o vainilla. Un bombón de caramelo o *cornetto* de stracciatella. La única indicación era que tenía que ser un helado. Nada más.

Se levantó y salió por la puerta. Miró al Mosso d'Esquadra que estaba sentado en una silla del hospital, por el lado del pasillo. En cuanto lo vio, se levantó haciendo el saludo.

—Tranquilo, siéntate —dijo Javier mientras cerraba la puerta de la habitación—. Voy a cenar algo. Ojos abiertos, ¿de acuerdo, chaval?

—Cuenta con ello —confirmó el agente.

Javier le dio una última ojeada al número que ponía en su uniforme y a algunos detalles más y se marchó.

Cogió el ascensor, y salió al entresuelo. Siguió los carteles y aprovechó para ir al servicio. En cuanto salió buscó la cafetería. Al entrar en el *self service* olió un dominante aroma a comida que, por primera vez, desplazaba el olor a lejía.

Se puso en la cola. Cogió una bandeja y recorrió el trayecto del autoservicio. Colocó en ella un bocadillo de jamón y una Coca-Cola. Llegó a la caja para pagar y vio que al lado estaba el arcón de los helados. No lo compró todavía, para que no se descongelase.

Se fue a una mesa, encarada a una pared con una televisión plana que emitía el informativo. Comenzó a comerse el bocadillo y, al segundo bocado, la presentadora comunicó la noticia del asesinato del alcaide, con fotos inéditas. La crónica negra de la ciudad y las sospechas de autoría del hecho se centraban en el famoso preso de Quatre Camins, el Asesino del Criptograma.

Javier siguió comiendo atento a las noticias. No aportaban ningún dato más de lo que ya se sabía, ni tampoco inventaban ninguna conspiración paranoica.

En cuanto se acabó la cena, se estiró en la silla y salió a fumarse un cigarrillo.

La lluvia seguía mojando las calles de la ciudad. El frío de la noche se unía a la humedad y aumentaba su percepción de frío.

Cuando acabó de fumar, revisó las notificaciones del móvil y decidió regresar.

Compró el helado para Ana y se dirigió hacia la habitación. Se detuvo delante del ascensor con las puertas abiertas. Le vinieron a la mente las palabras de su médico, que siempre decía que tenía que hacer más ejercicio y caminar más. Decidió subir por las escaleras.

Al acabar los últimos escalones, el flato era intenso. Recorrió el pasillo y torció a la derecha.

Ahí estaba el pasillo donde el agente de los Mossos d'Esquadra estaba sentado. O por lo menos allí debería haber estado.

Pero no estaba.

Se acercó lentamente. Puso la mano en la chaqueta. La puerta estaba entornada. Por los pocos centímetros que quedaban salía una tenue luz.

Soltó el helado y agarró la pistola.

Cuando estaba a pocos metros de la puerta, reconoció la voz de la mujer.

—¡Socorro! —gritó Ana desde dentro.

Javier se apresuró a entrar en la habitación.

Se sentaron frente al ordenador de Iván. Karla había descubierto un camino posible de investigación en el momento en que Mario le confirmó la oscura relación entre el camionero y Néstor.

¿Por qué se conocían?

¿Qué fue tan tremendo que hizo suicidarse a Pedro Glock?

¿Qué pensó el camionero al encontrar a la policía esperándolo?

Esa era la línea investigativa que tenían que seguir y no podían perder ni un solo minuto.

—Entra en nuestra base de datos —le ordenó Karla a Iván—. Tenemos que empezar con la lista de delitos que hay en el historial de Pedro.

Iván movió el ratón y la pantalla se activó. Abrió el programa e introdujo los datos del individuo.

La lista fue apareciendo; ocupaba una hoja y media.

—Menudo historial —dijo Karla.

Empezaron a leerlo cada uno por separado.

—Agresión, robo a mano armada, tráfico de estupefacientes. Del año noventa al noventa y cinco, proxeneta. ¿Nada más? —preguntó Karla.

—También agresión sexual a una prostituta —dijo Iván señalando una línea en el monitor—. Vaya pieza.

—Ok, pero tenemos que averiguar qué pasó con Néstor. A ver si encontramos líneas en las que coincidan los dos —dijo Karla.

La oficina estaba prácticamente desierta, solo quedaban los últimos compañeros que permanecían de guardia por emergencias. El despacho del subinspector estaba cerrado. El silencio y la tranquilidad ya se habían apoderado del espacio de trabajo.

—Vamos a ver las ubicaciones geográficas de esta perla —dijo Iván.

—Sabemos que Néstor estuvo toda su vida en Astillero, Santander. Y de pronto aparece en Barcelona. No sabemos si realizó algún viaje de por medio. Según sus memorias y lo que ha dicho Ana Cortés, vino aquí directamente —afirmó Karla.

—Vamos a ver. Glock nace en Zamora, luego lo meten en un reformatorio de la provincia y después empieza a delinquir por muchos lugares, pero siempre fuera de la zona de Néstor. Hasta que, desde hace unos años, dejamos de tener información —aclaró Iván—. Por lo que parece, nunca coincide con Néstor.

Karla se quedó en silencio, dándole vueltas a la historia y buscando otros matices que les permitieran entrever la verdad.

—¿Por qué se suicidó, si llevaba ya años sin delinquir? —preguntó ella—. Si parece que ya

era una persona reinsertada. ¿No crees?

—Sí, pero el problema no es ahora, tuvo que ocurrir antes —dijo Iván.

El policía señaló el último delito registrado en su sistema, ubicado en el sur de España.

—Entra en la Seguridad Social. Busquemos el historial de esos años —indicó Karla.

Iván minimizó el programa y abrió el que la compañera había indicado.

Introdujo los datos y se encontró con una ficha proporcionalmente inversa, muy corta: solo dos trabajos constaban en ella.

—Vaya diferencia. Solo dos trabajos, de repartidor de una empresa de envíos urgentes y, los últimos seis meses, conductor de camiones de gran tonelaje.

—Pues sí. Además tuvo que sacarse el carnet de camión pesado. Porque si no, no hubiera podido optar a ese trabajo.

—Qué interesante. Hace seis meses, el tipo se saca un carnet que le tiene que haber costado una pasta; y ahora va y se suicida. Incomprensible, pero interesante —añadió Karla.

—Este es el único punto en el que pueden haberse conocido, en Barcelona —dijo Iván.

—Pues tiene que haber sido antes. Algo anterior, si no, no tiene sentido —dijo ella.

—El ADN, ¿dónde lo consiguió el discípulo de Néstor para meterlo debajo de las uñas?

—Claro. ¿Y dónde obtuvimos ese ADN?

—¿Y cómo sabría Néstor que lo tendríamos en ficha?

—Se lo pudo decir él —dijo Karla.

—¿Pero quién en su sano juicio le habría dicho a Néstor que teníamos su ADN?

—Quizá no se lo dijo, quizá él estaba presente cuando la policía lo obtuvo...

—O cuando la policía lo incriminó por un ADN.

—También —confirmó ella—. Miremos qué delito se le imputó. Ese ADN pudo ser la prueba gracias a la cual lo pillaron.

—Mira —dijo él pasando el dedo por la lista de delitos—. Probemos con este: agresión sexual.

Iván abrió la ventana del expediente y consultó la información.

—Pues mira, es este, sí señor. “Se encuentra una prueba en la víctima agredida sexualmente por el sujeto. El esperma encontrado en la mujer coincide con una muestra de saliva encontrada en el cepillo de dientes y en el peine. Las pruebas se han incautado en el domicilio del sospechoso”. —leyó Iván—. Después de varios seguimientos y el intento de una segunda agresión, la policía pudo convencer a Su Señoría para que emitiese una orden de registro de su domicilio y encontraron la prueba de ADN para confirmar que el tío era culpable.

—Bien, esto nos ayuda a entender qué narices hacía este tío en nuestra base de datos. Pero la pregunta siguiente es, ¿cómo se introdujo el ADN de Pedro Glock debajo de las uñas del alcaide?

Los dos policías se quedaron mirándose. El rompecabezas tomaba cada vez mayor complejidad.

—¿Cómo podemos saber el punto en el que coincidieron esas dos personas: el discípulo y el chofer? —preguntó Iván.

—Pues el discípulo no sabemos quién es, pero el camionero sí —dijo Karla—. Deberíamos conseguir el rastro de los últimos días de vida del chofer. Antes de que se fuera a su último viaje hacia el norte de Europa.

—Deberíamos averiguar las llamadas de su móvil, controlar cámaras de la central y las que haya cerca de su casa. Pero lo más efectivo será rastrear su móvil y crear una ruta de sus

movimientos.

¿Era posible que Néstor se creyera un dios?

¿O un mesías?

Álex empezaba a dudar de su capacidad de comprender la realidad. Se encontraba frente a un psicópata que, a pesar de estar encerrado, lo había programado todo de antemano.

—Explícame más sobre esto, por favor, Aarón —se interesó Álex.

—Mira. Volvamos a la Biblia, en este caso al Libro del Éxodo. La historia de las diez plagas de Egipto la encontrarás en los capítulos siete al doce de este libro. Esta historia, macabra y de libertad a la vez, describe los desastres naturales enviados por el Dios de Israel para convencer al faraón de que permitiera a los esclavos hebreos dejar Egipto. El propósito de esta narración, mediante las plagas, era demostrar que el Dios de Israel era más poderoso que los dioses de la religión egipcia. Una vez que Moisés advierte al faraón de que debía dejarles marchar, este no accede. De esta forma hace que se cumplan por voluntad divina las famosa diez plagas de Egipto —dijo el erudito mientras sus ojos habían dejado de ser los de un anciano enfermo, para ser los ojos entusiastas de un profesor de teología.

—¿Cuáles son estas plagas, Aarón? —preguntó Álex.

El erudito se puso a contar con los dedos.

—Vamos a ver si las recuerdo: plaga de la sangre, de las ranas, de los piojos, de las moscas, del ganado, de las úlceras, del granizo, de las langostas, de la oscuridad y, por último, la plaga sobre los primogénitos.

—Un momento, mira esta... —dijo Álex e indicó el mensaje donde aparecía el texto que habían encontrado junto al cadáver de Alberto—. Este cadáver estaba apoyado en las orillas de un río y con una piedra que le aplastaba la cabeza.

—Y la sangre corría por el agua y la tiñó de rojo, ¿verdad?

Álex asintió.

—Es la primera plaga, la de la sangre —dijo y miró el otro papel—. ¿Y este?

—Este estaba en un mausoleo, en la estatua del Beso de la Muerte...

—La famosa estatua del cementerio de Poblenou —interrumpió el erudito—. He ido a verla innumerables veces. Mis amigos de la universidad venían de Europa para correr detrás de las faldas de las españolas y yo iba a ver las estatuas funerarias y me pasaba días encerrado en bibliotecas polvorientas. ¡Qué tiempos!

—Pues se encontró justo allí —dijo Álex para evitar que sus divagaciones se alargaran demasiado.

—Esa muerte podría representar la plaga de la oscuridad.

—¿Oscuridad?

—Pásame la Biblia, la tienes allí arriba.

Álex obedeció y le pasó el grueso tomo. Su cubierta era roja, como la sangre.

Aarón comenzó a buscar por las finísimas páginas y se detuvo en una. Se ajustó las gafas apoyadas en la nariz y comenzó a leer.

—“Y Moisés extendió su mano hacia el cielo, y durante tres días todo Egipto se cubrió de densas tinieblas. En esos tres días, nadie pudo ver a su vecino, ni nadie se movió de su sitio; en cambio, todos los hijos de Israel tenían luz en sus casas”.

—¡Las plagas de Egipto! Solo una mente retorcida como la de Néstor podría urdir un plan tan macabro.

—¿No te acuerdas cuando las estudiaste en la escuela o en catequesis? —preguntó el erudito.

Álex lo pensó un momento. Se sentó a su lado de nuevo. Miró fuera de la ventana: las luces de la ciudad nocturna quedaban en segundo plano frente a las de la habitación. Le llamó la atención la cruz de madera colgada en la pared, sobre la cama del enfermo.

—Me acuerdo de alguna plegaria que practico muy poco —contestó el policía.

—Deberías rezar más, mi querido amigo.

—Eso no me ayudaría a detener a este asesino.

—Te ayudaría más de lo que crees, por lo menos aliviaría tu corazón. Pero esto no me toca a mí decírtelo.

Álex sonrió, casi forzado. No le gustaba que la gente le dijera lo que tenía que hacer, pero Aarón era diferente. Él era como un abuelo postizo, una persona entrañable que siempre le ayudaba. Pocas veces iba a verlo, excepto cuando necesitaba ayuda con sus investigaciones, pero cuando lo necesitaba siempre estaba disponible.

Se acordó del caso del hijo del sastre, cuando Aarón le regaló una Biblia antigua que se quedó acumulando polvo en una estantería. Entre las páginas de ese libro se encontraba la solución a lo que estaba sucediendo, pero hablar con el erudito era mucho más fácil y rápido.

Álex pensó en lo espeluznante que era la predicción del erudito: diez plagas y diez muertes. Dos ya habían salido a la luz. El resto era solo cuestión de tiempo.

—Aarón, la pregunta es, ¿qué viene ahora? —dijo Álex.

El anciano lo miró afinando la vista y se lo pensó antes de contestar.

—El orden está modificado.

—No te entiendo.

—Las plagas de Egipto tienen un orden, pero las muertes no. Por alguna razón que no sabemos, lo ha variado —aclaró Aarón.

—Perdona, pero, ¿podría tratarse de un mensaje dentro del mensaje?

El hombre meditó un momento.

—No creo, no me convence. ¿Puede que sea por una cuestión de tiempo?

—¿A qué te refieres con tiempo?

—Que, a pesar del plan, tuvo que adelantar ciertas muertes por alguna razón.

—Puede ser. Alberto estaba solo y el alcaide tenía el día libre. El discípulo de Néstor aprovechó la ocasión para actuar y adelantar al plan. ¿Y la mujer del juez? ¿Podría no matarla? ¿Qué plaga podría ser?

—¿No matarla? ¿Quién es?

Álex se lo explicó y el erudito hizo una mueca de poco convencimiento.

—¿Crees que...?

—No lo sé, ya lo verás tú. Esto es más complejo que leer las Sagradas Escrituras.

—¡Ya! Me lo imagino —dijo Álex resignado—. Bueno Aarón, te dejo descansar, creo que me has ayudado bastante.

—Espera, hay algo más —dijo deteniendo al policía—. Nos dejamos lo más importante.

—¿Te parece poco todo lo que me has dicho? —preguntó sorprendido Álex.

—Lo más trascendental es lo siguiente: ¿por qué Néstor usa siempre la Biblia y por qué hace referencia a Moisés?

Álex volvió a reclinarsse en el asiento. Estaba ya muy cansado y tenía ganas de irse a casa. Sin embargo, aquello merecía pasar un rato más escuchando al anciano.

—Sabemos por los diarios del cura de Astillero, el pueblo donde nació Néstor y pasó la mayor parte de su vida, que este asistió a catequesis, que iba a misa con su madre, que iba a retiros para jóvenes cristianos y no sé qué más. Eso explicaría su conocimiento de la Biblia —dijo Álex.

—Bien. Allí tienes que indagar. Seguro que hay algo más. La Biblia es importante en su vida, para bien o para mal. Pero hay algo más. ¿Por qué Moisés? Esa es la clave —dijo el hombre como si fuese un inspector de policía.

Álex encogió los hombros.

—Ni idea —contestó, sintiendo que los ojos se le cerraban.

—Moisés abrió las aguas de mar Rojo para que los hijos de Israel pudieran cruzarlo. Fue la mano ejecutora de Dios con las plagas. Pero yo creo que es otra cuestión, creo que, a su modo de ver, está liberando a la sociedad. A lo mejor, depurándola.

—¿Depurándola? ¿Para qué? ¿De qué?

—De la escoria, de las malas personas que hacen daño al pueblo o a él.

—Tiene sentido. El alcaide le hizo daño físico a Néstor, sé que en la cárcel le había pegado. Alberto le había hecho daño a Ana y parece ser que Néstor está enamorado de ella.

El anciano le miró de reojo.

—¿Estás seguro?

—Es lo que Néstor le dijo a mi hermana.

—Pues ya lo tienes. Se trata de personas que, desde su punto de vista, le han hecho daño en algún momento de su vida.

—De su vida actual... —especificó Álex.

El erudito se bajó las gafas.

—¡Quién sabe Álex, quién sabe!

—La persona más vulnerable del entorno del juez es su mujer. Del Pozo tiene chofer y está muy custodiado, siempre en el tribunal.

—¿Me permites un consejo? —aclaró Aarón.

—Adelante.

—Ten los ojos bien abiertos o mejor, que te pongan escolta.

Álex sonrió y miró al suelo.

—No necesito escolta.

—Nadie necesita una pistola, hasta que la necesita —dijo el hombre, decepcionado—. Ve con cuidado, amigo mío, esto no tiene muy buena pinta. Tienes que ir con cien ojos y vigilar a las personas que amas y a las que en estos meses han interactuado con Néstor.

—Descansa, Aarón. Gracias por tu ayuda, te prometo que vendré a verte pronto.

—No hagas promesas que no puedes mantener. Te recordaré siempre, Álex. Sé bueno y cuida de tu abuelo, que te quiere mucho. Y lee, leer te hará libre, más de lo que crees.

Álex no contestó. Se levantó de la silla y le apretó por última vez las manos. No sabría cuándo volvería a ver a ese hombre, pero sintió una enorme paz al dejarlo.

—Una última pregunta, Álex —preguntó el anciano cuando Álex estaba ya en el umbral de la puerta—. ¿Cuándo te casarás con esa chica?

El policía no lo entendió.

—¿Con Emily? —preguntó extrañado—. ¿La conoces?

El erudito lo miró extrañado.

—No recuerdo su nombre, aunque ese no me suena. Me refiero a esa flor de primavera. A la chica con la que viniste hace unos meses a verme a casa. La que trabaja contigo.

Álex sonrió.

—¿Karla?

—¡Eso! Karla. ¿Cuándo te casarás con ella?

—Lo siento, no creo habértelo explicado bien, no es lo que crees. Eso de casarse ya no está de moda.

—El amor nunca pasa de moda.

—Buenas noches, Aarón, creo que no lo entiendes. Esto lo hablamos el próximo día.

—Creo que quien no lo entiende eres tú. No tomar decisiones, ya es una decisión. Y te lo dice un anciano que está llegando al final del camino. En fin, ¡cuídate, Álex! —dijo.

A Álex ni siquiera le dio tiempo de contestar porque el hombre apagó la luz.

Álex salió de estancia, cerró la puerta y regresó al ascensor. En cuanto llegó a la planta baja, cruzó la recepción. La mujer estaba esperando a que apareciese, tras el mostrador. Álex no quiso detenerse, estaba demasiado cansado para hablar más. Le hizo un gesto y ella se lo devolvió.

Salió del edificio y se quedó en la entrada, que lo protegía de la lluvia. Esta seguía cayendo con fuerza. Sacó el móvil para llamar a un taxi. En ese momento vio un mensaje de Karla que le explicaba de los avances, el enésimo criptograma encontrado en el camión de Pedro Glock y otro asunto aún más importante: tal y como le dijo el juez, el subinspector había organizado una reunión a primera hora de la mañana con todo el equipo para explicarles los detalles del intercambio con Néstor.

Álex pensó que necesitaba dormir por lo menos unas horas: el día siguiente no tendría desperdicio.

Campamento diocesano de verano.

Junio de 1997.

Pamplona.

El sol le calentaba el rostro.

Por la ventanilla del autobús, Néstor miraba la carretera. Los coches adelantaban al vehículo escolar. A su paso, el paisaje se iba llenando de pinos.

Era un verano diferente para él. Ir de campamentos no era algo que la familia Luna se pudiera permitir, pero el cura había insistido.

Unas semanas antes había ido a su casa a hablar con su madre. La señora Luna y sus hijos, que siempre se sentaban al fondo de la iglesia en el último banco, transmitían al cura unión, fe y pocos recursos. La madre conseguía ropa en asociaciones benéficas y los niños se la pasaban de hermano a hermano. Cuando la ropa llegaba al más pequeño, estaba en condiciones precarias.

Al principio, la familia Luna se había creado un rincón en el corazón del cura. Esa unión no era debida a la religiosidad férrea de la madre, sino a la desesperación de tener al diablo en casa, personificado en el señor Luna.

Un día el cura se presentó en casa de Néstor. Quiso hablar con la madre, parecía importante. Néstor hizo como que no escuchaba. El sacerdote estaba preocupado por la familia y por el chaval. Presentaba comportamientos extraños en la catequesis y quería ayudarle.

La madre le dijo que pagar la cuota del campamento era imposible: con esa cantidad comían tres semanas.

El religioso tenía preparado un plan B. La choza donde vivían corroboraba lo que estaba diciendo la señora; claramente, su economía no podía soportarlo. Se ofreció a pagar la cuota; la iglesia de Astillero cubriría el gasto. Quería que fuera. Razonó que podía ser muy beneficioso para el chico que saliera de ese entorno tóxico.

La madre aceptó, pero esa decisión unilateral que tomó le costó muy cara. Una madre siempre está dispuesta a correr riesgos para que su hijo esté mejor, pero no sabía que aquella tendría consecuencias. La señora Luna no podía saber que aquella decisión sería tremenda para la evolución psicológica de su hijo.

La madre llevó a Néstor al bus, que salía esa misma mañana hacia el campamento. Cuando su marido volvió a casa y no vio a Néstor le preguntó qué pasaba. No le hizo nada de gracia que lo hubiese dejado ir de campamentos sin su consentimiento. Ella lo sabía. Si se lo hubiese

preguntado, Néstor se hubiera quedado en casa. Esa noche, el padre volvió más borracho de lo habitual. La paliza que le dio a la mujer casi la mató. Cuando la madre de Néstor recibió el último puñetazo en la cara, mientras su marido la sujetaba por el pelo, tomó una decisión: esa era la última vez. Esa noche se encendió en su interior el plan para matarlo.

Javier regresó de cenar y se encontró con una sorpresa que no se esperaba.

La silla vacía del agente de policía que protegía la habitación de la criminóloga fue la primera alarma. El grito de auxilio de la mujer fue la segunda y definitiva.

Dejó caer el helado y desenfundó la pistola.

—¿Ana? ¿Dónde estás? —gritó Javier mientras abría la puerta.

Con la derecha empujó la puerta y con la otra apuntó a lo desconocido, aún sin saber lo que encontraría en la habitación.

Las pulsaciones comenzaron a subirle vertiginosamente. Sintió miedo y también remordimiento por haberse ido a cenar.

—¡Socorro! —gritó nuevamente la mujer.

—¡Abre, maldita cerda! —gritó una voz masculina.

Del interior salían una serie de ruidos sordos, continuos, lo más parecido a unos puñetazos contra una madera, contra una puerta. Y cada vez más fuertes. Cuando Javier abrió la puerta vio que en el suelo estaba el agente de los Mossos con un orificio en medio de la frente, los ojos en blanco y la boca abierta de par en par.

Levantó la mirada y apuntó la pistola hacia el interior de la habitación. Sus pulsaciones aumentaron aún más. El frío del invierno se le pasó de repente, dando paso al calor y a las primeras gotas de sudor que bajaban por sus sienes.

En cuanto tuvo una visión completa de la habitación, escuchó otra vez el grito de la mujer y una figura negra apareció delante de él.

No consiguió a verla nítidamente ni le dio tiempo de apuntarle, porque una fuerza inaudita le golpeó la cara. El inspector cayó al suelo empujado por la fuerza cinética del golpe. Aterrizó en el suelo, aturdido y preguntándose qué había pasado. Vio que a su lado aterrizaba, también oscilando, la bandeja de la cena de Ana. Por el suelo vio los cubiertos y algún trozo brócoli que la mujer no había comido. Una figura negra con pasamontañas le había arrojado el recipiente metálico, intentando hacerle perder el conocimiento.

El dolor no tardó en llegar, pero necesitaba saber quién había profanado la habitación. Se giró y vio la silueta de un hombre que desaparecía por el umbral de la puerta.

Se puso en pie de un salto. Al dar el primer paso se tambaleó por el dolor del golpe.

—¿Ana? ¿Estás bien? —gritó Javier sujetándose en la pared.

—¿Javier, eres tú? Sí, estoy bien —gritó ella.

—No salgas hasta que vuelva. ¿Has entendido? —espetó el policía.

—¿Dónde vas? —gritó la mujer entre sollozos—. No me dejes sola. ¡No, no te vayas!

—Espérame aquí dentro. No se te ocurra salir —insistió el policía.

Sacó la cabeza por el marco de la puerta. Al fondo del pasillo, en la dirección contraria a la que acababa de venir, la misma silueta negra giraba a la derecha, desapareciendo.

Javier arrancó en una carrera desesperada por cogerle. Se dio cuenta de que era inútil; el hombre le llevaba ventaja y el golpe lo había dejado casi fuera de combate.

Recorrió el pasillo haciendo eses y cuando llegó hasta el final del mismo, el hombre había desaparecido por una puerta de emergencia al fondo. Siguió corriendo hasta llegar a la puerta que daba a unas escaleras metálicas que acababan en un parque colindante. La pista del asaltante se había difuminado en la lluvia y en la noche oscura.

Javier se quedó mojándose en el rellano de la escalera metálica de emergencia. El dolor de cabeza se incrementaba con cada bombeo del corazón.

Cerró la puerta y regresó hacia la habitación.

Entró como una bala hasta la puerta del lavabo de la habitación de Ana.

—¿Ana, estas ahí? —gritó mientras llamaba a la puerta.

—Sí, Javier. ¿Estás bien? —contestó ella.

—Ábreme —ordenó el policía.

Del otro lado se escuchó el pestillo desbloquearse y la maneta abrirse. En cuanto Ana vio al inspector se echó en sus brazos. Temblaba y estaba en plena crisis de llanto. Balbuceaba frases sin sentido y no soltaba a Javier. Él la cogió y la apoyó en la cama.

Ella se sentó; estaba despeinada.

Javier la miró cogiéndola de los brazos.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó.

Ella negó.

—No, no llegó a tocarme —dijo con la mirada perdida—. La fortuna, Javier, la fortuna...

Él no lo entendió en seguida, la miraba con el ceño fruncido.

Luego miró detrás de ella; el agente de policía seguía en el suelo. Por detrás de su cabeza sobresalía un charco de sangre.

Javier apretó el botón SOS y luego sacó el móvil.

—Tenemos que llamar a Álex enseguida, esto se está complicando por momentos.

A Álex Cortés no le dio tiempo de tumbarse en su cama y cerrar los ojos, porque en ese mismo momento le sonó el móvil.

No se lo podía creer, con el sueño y la necesidad de dormir que tenía, otra vez lo estaban llamando.

La sensación de tenerlo todo controlado esa noche se esfumó cuando, después de ver la hora tardía, vio que se trataba de Javier.

Se extrañó en un primer momento, y luego se preocupó.

—¿Javier? —preguntó con temor.

—¡Álex! —dijo Javier y tragó saliva antes de seguir—. Tranquilo, tu hermana está bien.

Esa frase significaba dos cosas: una, que su hermana, en efecto, se encontraba bien, y dos, que había pasado algo grave.

Álex se incorporó: aquel mensaje le hizo el efecto de un café largo doble.

—Javier, ¿qué narices ha pasado? —preguntó sin miramientos.

—Sería mejor que vinieras —contestó Javier sin dar más detalles.

Intercambiaron pocas palabras más y saltó de la cama. Se puso el tejanos del día anterior, una camiseta de manga larga y una sudadera.

Corrió hacia la salida. Agarró la chaqueta y cerró la puerta de su piso detrás de él.

Bajando en el ascensor llamó a Karla y al equipo, pidiendo que acudieran cuanto antes al hospital.

En la calle seguía cayendo una lluvia fina. Corrió hasta la avenida más cercana y cogió un taxi.

En pocos minutos estaba entrando en el recinto del Hospital del Mar. Soltó un billete al taxista y bajó del coche negro y amarillo. Entró por urgencias y subió a la planta de los pacientes en observación. En cuanto entró en el pasillo, le bastó ver a las personas fuera de la habitación para ubicar el problema.

Dos hombres con uniforme de la guardia urbana ya habían acudido.

—¡Quieto, zona restringida! —dijo el agente.

Álex sacó la placa y se la enseñó a los dos agentes.

—Mossos d'Esquadra —dijo.

Los dos agentes levantaron las manos y le dejaron pasar. Se abrió paso entre los médicos y enfermeros. En la habitación había un cuerpo tapado por una sábana blanca. En la cabeza mostraba una mancha roja de sangre que había empapado la tela.

El terror invadió al policía. Javier le había dicho que su hermana estaba bien, pero delante de él había un cadáver. Se agachó con una presión creciente en el estómago. Cogió una punta de la

sábana hospitalaria y la levantó lentamente, con recelo.

Apareció la pierna de un hombre, reconoció el pantalón del uniforme de los Mossos de vigilancia ciudadana.

Continuó subiendo la manta y en el pecho encontró el número del agente. Se la quitó del todo y le descubrió la cara; era solo un chaval. La Equimosis estaba comenzando a aparecer en torno al orificio provocado por el proyectil.

—Era un crío —dijo una voz profunda por detrás del policía.

Álex se giró, era Javier.

—Acababa de salir de la academia —confirmó Álex—. ¿Dónde está Ana? ¿Qué ha pasado?

En ese momento entró por la puerta Karla. Álex aún sujetaba la manta y lo primero que Karla vio al entrar fue la cara del agente.

—¡Oh, dios mío! —dijo Karla y se quedó helada en la puerta, con los ojos abiertos de par en par.

Álex tapó el cadáver y se levantó. Cogió a Karla y la sacó de la estancia, que olía a muerte y a sangre.

—¿Cómo ha podido pasar algo así? —preguntó Karla.

Álex la abrazó en medio del pasillo.

—Es mi culpa. Yo lo envié aquí, ¡fui a buscarle para que viniera a vigilar a Ana y lo envié a su muerte!

—Tranquila, Karla —dijo con tono suave—. Esto es lo que pasa en nuestro trabajo. Tú no has hecho nada mal, ¿me oyes?

—Podría haber venido yo, en vez de enviarlo a él.

—Entonces ahora estarías tú ahí, con una bala entre las cejas —dijo Álex, tratando de tranquilizarla—. Ahora tenemos que seguir, Karla. —Miró a Javier—. ¿Dónde está?

Cogieron el ascensor y bajaron hasta el entresuelo. Javier abrió paso por un pasillo en la penumbra. A los lados y al fondo había cámaras de vigilancia. Se detuvo delante de una puerta metálica, en la que había una placa en la que ponía “Cuarto de seguridad”.

Apretó el timbre y, al cabo de unos segundos, los suficientes para mirarse a las caras los tres policías, se desbloqueó.

Entraron. En el cuarto estaba la centralita de las cámaras de seguridad. Estas se encontraban en una pared, con un responsable que las controlaba, y al lado contrario había una mesa y dos sillas. En una de ellas estaba Ana Cortés, sentada. Estaba envuelta en una manta y con un té caliente en la mano.

Lo dejó y se acercó a su hermano.

—¿Cómo estás? —preguntó Álex.

—Bien, pero ya cansada de todo esto. ¿Por qué yo? —le espetó Ana.

El abrazo duró el tiempo que Ana necesitó para desahogarse y quitarse de encima el miedo que le quedaba.

—Tranquila, ya estamos aquí. Ya no tienes nada que temer —dijo Álex y se separó de ella—. ¿Confías en mí? —Ella lo escuchaba mientras asentía, cabizbaja—. Pronto todo esto será solo un recuerdo —dijo Álex, mirándola fijamente a los ojos—. Como que nos llamamos Cortés que esto se acaba pronto, ¿vale?

Luego se giró de nuevo hacia Javier.

—Gracias, Javier. Perdón por no habértelo dicho antes. Gracias por protegerla.

El inspector suspiró mientras negaba, y Ana se le adelantó.

—No me ha matado por una maldita suerte —suspiró Ana, apesadumbrada.

—¿Cómo que por suerte? —preguntó Álex, y luego miró a Javier.

—Ahora te explico que ha pasado, Álex —dijo este con voz profunda y tono apaciguador—. Acababa de llegar tu compañero, el agente Manuel Gómez. Ana tenía antojo de helado y lo aproveché para bajar un momento para cenar y fumarme un pitillo. Compré el helado y subí a traérselo. Creo que tardé veinte minutos, como mucho. Cuando regresé, el agente no estaba y al entrar en la habitación escuché a tu hermana pedir auxilio. Entonces recibí un golpe. El intruso me dio con la bandeja y escapó. Intenté perseguirlo, pero estaba mareado por el golpe.

—¿Y ahora cómo estás? —pregunto Álex.

El inspector bufó.

—Como si hubiera pasando la noche tomando calimochos —contestó el policía.

—¿Y tú? —preguntó Álex a Ana.

—Le dije a Javier lo del helado para que pudiera irse a comer algo; llevaba conmigo toda la tarde. Cuando él se fue, me puse a cenar. Cuando acabé, me tomé la infusión y fui al lavabo. Cerré por dentro y, justo mientras estaba ahí, escuché ruidos que provenían de la habitación. Pregunté si era Javier, pero no me contestó nadie. Luego, oí unos gritos y un disparo con silenciador. Entendí que algo no iba bien. Alguien comenzó a llamar a la puerta, cada vez más fuerte. Me dijo que le abriera y comencé a gritar socorro. Oí unos ruidos y luego la voz de Javier —dijo mirando fijamente a su hermano—. Por eso te digo que me ha salvado Javier... y el destino. Cuando entró el asesino me encontraba en el lavabo, si no hubiese sido por esa casualidad, ahora estaría muerta...

—O desaparecida... Que no sé qué es peor —dijo Álex.

—Hemos mirado las cámaras de seguridad y solo se ve una sombra negra que se pierde en el bosque. No sabemos a dónde va.

—¿Ni una foto clara? ¿Un fotograma donde aparezca? —preguntó Karla.

—Nada, hemos revisado todo, con todas las cámaras de vigilancia, pero solo tenemos una silueta negra, nada más.

Karla se acercó a su excuñada y la abrazó.

—Podríamos buscar fuera, en el parque, si hay cámaras —dijo Karla a Álex—. Seguro que podríamos conseguir alguna pista.

—Puede ser, pero ya te digo quién era, no hay que ser Einstein... yo creo que era el discípulo de Néstor, intentando matar a mi hermana. He estado con Aarón y me ha explicado qué son los criptogramas, los mensajes de Néstor —dijo Álex y explicó a continuación la relación con las plagas de Egipto—. Puede que tú fueras una de estas plagas, pero no te podía matar en el hospital. Tenía que cerrar un plan; puede que tuvieras que morir en otro lugar, de una forma diferente —añadió Álex.

Luego le explicó la interpretación de las muertes de Alberto y del alcaide. Explicó la escenificación y la adaptación de las Sagradas Escrituras y, lo peor, que se avecinaban ocho muertes más.

—Por eso digo, a lo mejor una muerte la hemos evitado —concluyó Álex.

Javier lo escuchó todo y cuando Álex acabó negó con la cabeza.

—No lo creo, discrepo —dijo Javier.

—¿Perdona? —preguntó Álex.

—Discrepo, Néstor se ha enamorado de tu hermana, no creo que quiera matarla —dijo Javier

—. No conozco mucho a este psicópata, pero lo vi demasiado encandilado de ella como para quererla muerta.

Álex miró el reloj; ya era demasiado tarde como para discutir las teorías conspiratorias de Néstor.

—Mejor hablamos mañana de todo esto. Lo más importante es que estéis bien —dijo mirándolos, y luego preguntó a su hermana—: ¿Te sientes lo suficientemente bien como para salir de aquí?

—Tendría que haberme ido antes de este lugar —contestó Ana.

—Pues nos vamos, firmamos el alta voluntaria y salimos de aquí —confirmó Álex.

—¿Qué hacemos con el mosso muerto? —preguntó Javier.

—Se ocupará la científica de guardia, mañana pensaremos el resto.

—¿Y dónde vamos? —preguntó Ana.

—Al lugar más seguro de esta ciudad —dijo Álex mirando a Karla—. A nuestra comisaría.

Iván. El último hermano de cuatro. El más pequeño y el más inquieto. En las comidas familiares le preguntaban qué quería ser de mayor y él solía responder que bombero. El deporte no era lo suyo, pero sí el devorar bollería industrial. Hasta la pubertad no dio el estirón, y fue entonces cuando perdió los kilos que le sobraban.

Era un hombre discreto y trabajador, un gregario perfecto. Había acabado en la policía por un accidente: un día dijo un sí de más. Pero a pesar de eso, nunca se arrepintió.

Un político, amigo de la familia, lo veía perdido. En medio de una comida familiar, le preguntó algo inesperado, que fue como un relámpago en una noche de verano:

—Iván, ¿quieres seguir con la tienda de bisutería de la familia?

Él miró a su alrededor; tenía dos hermanos que ya se encargaban de la tienda y él sobraba.

El joven Iván se encogió de hombros.

—El Cuerpo de los Mossos está buscando gente, ¿te apetecería probar?

En ese momento, delante de su familia, el joven no supo qué contestar; pero él ya había tomado una decisión y se le acababa de abrir un nuevo rumbo.

Aceptó el reto de probarlo. Comenzó cambiando su alimentación y entrenando para las pruebas de acceso. Las aprobó y siguió hasta entrar en la policía investigativa, en el grupo de Karla.

Esa mañana, Iván comenzaba una investigación prioritaria: buscar el rastro del discípulo de Néstor.

Consultó el móvil; Karla le había dejado un mensaje de madrugada, diciendo que tenían una nueva pista, más fresca, del asesino. En el mensaje explicaba lo que había sucedido en el Hospital del Mar esa noche. A pesar de esa noticia, habría seguido con la pista original, el camionero que se había suicidado. Esa era la pista más importante que tenían, la más segura y la más misteriosa.

Llevaba muchas horas preguntándose «¿Por qué uno se suicida en vez de entregarse?».

Para él, era ahí donde estaba la clave, y la pregunta no lo había abandonado ni por un segundo.

Entró su compañero de investigación, Baldiri, que llegaba con unos cafés de la máquina expendedora.

—Buenos días —dijo el recién llegado—. Te traigo un café.

Iván se lo agradeció y le dijo que se sentara.

—Mira, esta noche he estado pensando en el arma... —dijo Iván.

—¿De noche piensas en los casos? —preguntó el otro agente mientras sujetaba el café con las dos manos—. Deberías descansar más, o te quemarás pronto.

—Puede ser, pero hasta ese momento seguiré trabajando. Tú no estuviste allí, fue espantoso. Pero no es eso lo que quiero decirte, creo que el arma era algo premeditado. Sabía que iríamos a buscarle, por eso llevaba consigo el arma.

—¿Has comprobado si estaba declarada?

—Lo he revisado justo entrar esta mañana —dijo Iván.

—¿Y bien?

—Las dos están declaradas.

—¿Cómo las dos? Solo tenía una en el camión.

—Una escopeta, con la que se ha suicidado, y una pistola que han encontrado los compañeros de científica esta noche en su domicilio.

Baldiri asintió con la cabeza mientras miraba la pantalla. Luego los dos agentes dieron un sorbo de café al unísono.

—¿Han encontrado algo más en su casa? —preguntó el segundo.

—Nada más. Tenía cuatro cosas en una habitación alquilada —dijo y después sacó un documento y un mapa—. Ayer Su Señoría nos dio autorización para triangular los movimientos del camionero.

El listado de llamadas era corto, pero la geolocalización que seguía el hombre era un galimatías.

Durante la última semana había salido de España, de modo que no podían seguirle el rastro a menos que pidieran una orden internacional. Pero eso no era necesario, lo que necesitaban rastrear eran los movimientos en la ciudad de Barcelona.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Baldiri.

—Pues pintando en este mapa de la provincia de Barcelona el recorrido de los días previos a su viaje.

Comenzaron a generar puntos de interés. Cada triangulación era un punto del rotulador en el mapa. Fueron pasando las horas y el mapa iba acumulando los trazos de rotulador. Al acabar, cogieron el mapa y lo colgaron en la sala de briefing.

Se separaron del mapa y comenzaron a analizarlo.

—¿Qué ves? —preguntó Iván.

Los puntos rojos en el mapa en blanco y negro presentaban acumulaciones en zonas habituales.

Eso podía ser una casualidad sin importancia para un ciudadano medio, pero en el caso de un exconvicto, era posible que significara algo más.

—El mapa presenta varias zonas claramente más concurridas. Tenemos esta —dijo indicando la primera y la más rojiza—. Que es su casa.

Al decirlo, cogió el rotulador y marcó un círculo y una flecha, indicando el domicilio del individuo.

—De acuerdo, aquí es donde vivía, cuando no estaba dando vueltas con el camión —dijo y miró otra vez de lejos el mapa—. ¿Esto qué es? —preguntó en el segundo punto del mapa con acumulación de movimientos.

—Vamos a ver, calle La Fuente, Terrassa.

—Desde luego, no creo que sea un gimnasio —dijo Baldiri en tono de broma.

—¿Por qué?

—Por la foto, el tipo no pisaba un gimnasio desde hacía años —contestó con la foto de la morgue en la mano.

Iván la cogió y la colgó en la pared, al lado del nombre de Pedro Glock.

—No lo sabes, a lo mejor iba a uno y era una tapadera —dijo Iván, dejando claro con su tono que no le había gustado el comentario.

—Bueno, a ver qué demonios es eso...

—El área es muy grande, hay que verlo. Tendremos que hacer una inspección ocular.

—¿Y estos puntos? —preguntó Baldiri.

—Una gasolinera y un centro comercial.

Baldiri resopló.

—Tenemos mucho trabajo hoy... —espetó el compañero.

—Venga, vamos —dijo Iván dándole con la carpeta en el abdomen—. Coge esto, nos servirá.

Los dos agentes bajaron al parking subterráneo y salieron con un coche camuflado. Había comenzado la búsqueda del pasado de Pedro Glock, el camionero. Pero Iván salió con un mal presentimiento en el estómago; en la ficha del ordenador había un apéndice que no le gustó para nada. Una frase simple, que despertó en el agente la alarma interna que lo acompañaba desde que se unió a los Mossos d'Esquadra.

La ficha de Pedro Glock decía que era un hombre peligroso, a pesar de llevar una vida tranquila en los últimos años. La mención no pudo investigarla porque no tenía tiempo. ¿Se refería a la gente de la que se rodeaba? ¿A su pasado? ¿A que llevaba armas encima? ¿O era algo peor? Iván tendría que meterse en la madriguera para descubrirlo. Lo que tenía claro era que no sería una investigación fácil, porque el discípulo de Néstor también estaba implicado en esa historia.

El despertador sonó a las ocho. Las pocas horas de sueño no fueron suficientes para regenerar la energía gastada durante los días anteriores.

Álex se quitó el antifaz y los tapones de las orejas. Se levantó de su escritorio, sobre el que se había apoyado para dormir, con los brazos cruzados haciendo las veces de almohada. Se echó hacia atrás, estirando paulatinamente sus músculos doloridos y agarrotados.

Por la ventana pudo ver que el cielo aún estaba nublado. El tráfico todavía se resentía por la lluvia, que persistía desde hacía varios días.

Miró su móvil; no tenía ningún mensaje de sus compañeros. Se levantó y fue a buscarlos. La puerta del comedor, en la misma planta del grupo de investigación, seguía cerrada. Abrió lentamente; estaba oscuro, a excepción de la sutil luz verde de la salida de emergencia, que iluminaba a Javier. El policía dormía en una silla; Ana y Karla en un sofá.

Volvió a cerrar la puerta procurando no hacer ruido. Salió de la comisaría y cruzó la calle. Entró en el Café Sirena a buscar el desayuno. Cafés con leche para llevar y un surtido de pastas.

Regresó y dejó el desayuno en la mesa del comedor. Al hacerlo, el ruido despertó al inspector. Luego Álex abrió la persiana.

Las dos mujeres se fueron despertando, con aroma a café y dolor de cervicales.

—Esto es mejor que el hotel que nos diste ayer —dijo Javier.

—La verdad es que no sé por qué os envié allí... —replicó Álex.

—Si no fuera por este viejo sofá... —musitó Karla, apretando los mullidos cojines.

—Tenemos las maletas en el hotel y aquí ni una sola muda —dijo Javier.

Ana se frotó los ojos, la luz que entraba por la ventana acabó de despertarla. Estiró los brazos hacia el techo, como si quisiera tocarlo. Su barriga era más grande por momentos. Se pasó la mano por ella, haciendo movimientos circulares, como tratando de despertar a su bebé con dulzura. Todos los movimientos de la criminóloga fueron seguidos por los atentos ojos del inspector de Cuenca.

Luego Ana se levantó y extendió la manta que la había protegido del frío esa noche.

—No, espera, dámela —dijo Karla y se la cogió.

Ella misma se encargó de doblarla y dejarla en un lado del sofá junto a las suyas.

La criminóloga se acercó a buscar el desayuno con la mano en la espalda. El sofá podía ser cómodo, pero no era una cama y a Ana le costaba dormir bien durante sus últimas semanas de embarazo.

—Creo que el desayuno nos sentará bien... Estoy hambrienta —dijo Ana sin dejar de frotarse el vientre—. Bueno, estamos... hambrientos.

Los otros se pusieron a reír.

Los cafés con leche seguían calientes, igual que las pastas. Se juntaron alrededor de la mesa

donde los Mossos comían y empezaron a desayunar con voracidad. Unos radiadores eléctricos y el aire acondicionado daban calor a la estancia en aquella fría mañana.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Álex a su hermana.

Ella, que acababa de dar un mordisco a una napolitana de chocolate, asintió.

—Bueno, he dormido en mejores situaciones —respondió con las comisuras de los labios sucias de chocolate.

—Esto no es el Ritz, pero es uno de los lugares más seguros de la ciudad —dijo Álex.

—Visto lo visto, creo que hoy la comodidad no es nuestra prioridad. Lo que más nos concierne ahora es cuidar de las personas importantes... —dijo Javier mirando Álex y luego miró disimuladamente a Ana mientras daba un sorbo a su café.

—Esta mujer necesita dormir en un lugar cómodo. No puede estar así, de campamento, con este frío. Necesita descansar y ser atendida como es debido —insistió Karla, con un tono que la hizo parecer una representante del sindicato de la policía.

—Estoy bien, no te preocupes —replicó Ana y le devolvió una sonrisa—. No solo estoy bien, sino que agradezco mucho todo lo que hacéis por mí.

Karla la miró como si acabara de escuchar el despropósito más grande de los últimos tiempos. Ana Cortés, después de todo lo que había tenido que soportar, estaba agradecida. No era suficiente que Néstor le hubiera amputado una mano; que hubieran perdido el trabajo tanto ella como su marido; que Alberto hubiera muerto cuando le faltaba tan poco para dar a luz. Además, el discípulo se había presentado en medio de la noche para matarla. Pero no: Ana estaba agradecida de haber dormido en un viejo sofá y de despertar con un café para llevar y unas pastas.

Karla se quedó mirándola, perpleja. El único que se dio cuenta de su expresión, que conocía muy bien, fue Álex. Este miró a la mujer con ternura. Supo interpretar su mirada y sus pensamientos. Luego regresó a la realidad y acabó de desayunar.

El mensaje del subinspector no tardó en llegar.

El resto de mesas del comedor de la comisaría se fueron llenando y vaciando de compañeros que a esa hora empezaban o acababan un turno de guardia. Todos los miraban extrañados, analizando a los forasteros. ¿Qué hacían allí? ¿Quiénes eran? Se podía leer la curiosidad en sus rostros mientras miraban a los dos intrusos.

Álex le enseñó el texto a Karla.

—Nos tendremos que ir —confirmó ella.

—Me temo que sí —respondió Álex.

—¿Qué sucede? —preguntó Javier.

Álex lo miró con la expresión cambiada. El desayuno con ellos se había convertido en un pequeño oasis, pero su superior había interrumpido ese momento de paz. Ese mensaje lo devolvió a la realidad.

Los viejos fantasmas de una decisión que al final no tomó se presentaron de nuevo. Álex, al terminar su relación con Mary, había tomado la decisión de volver a vivir a Tarragona. Luego, el caso Néstor le hizo cambiar de idea. Barcelona, aunque era la misma, era la ciudad que había cambiado delante de sus ojos. En ese momento se dio cuenta de que habían pasado muchos meses y la decisión de irse se había prorrogado. Pero esa sensación seguía dentro: la necesidad de marcharse, de dejar atrás esa ciudad que había idealizado y, sobre todo, a un subinspector déspota a quien cada día soportaba menos.

—El jefe nos quiere ver, tenemos reunión con el equipo —concluyó Álex.

Ana acabó el último pedazo de su bollo y se apresuró a preguntar.

—¿Cómo fue ayer con el juez?

Álex miró a su hermana y torció la boca como si quisiera guardarse algo que había descubierto.

—Bueno —dijo, carraspeó y se giró hacia atrás para valorar la distancia de la otra mesa y si podían escucharle—. No creo que Su Señoría camine por la senda de la cordura.

—¿Perdona? ¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Ana.

Álex se acercó el dedo a la boca, en señal de que bajara la voz.

—Se le ha ido la pinza. ¿Su plan? Un helicóptero, agentes y fuerza policial “suficiente” me dijo, pero veremos qué nos dice el subinspector —dijo acercándose a los demás—. Ayer, cuando lo vi en su despacho “blindado”, tenía más la expresión de alguien que no tiene nada que perder, que la de un hombre de ley.

—El poder y el dinero son dos potenciadores que evidencian la esencia humana de cada uno —dijo Javier.

Álex les explicó algún detalle más de su fugaz reunión. Pero la llamada del subinspector volvió a cortar la atmósfera del almuerzo.

A los pocos minutos entraban en la sala de reuniones del equipo de investigaciones. El subinspector estaba frente a la pizarra, con expresión era de haberse tragado mil demonios.

El coche camuflado aparcó a una distancia prudencial del domicilio de Pedro Glock en Terrassa, en un suburbio conflictivo de la ciudad. Con edificios populares y zonas de ocio, era una de las ciudades satélite de Barcelona, crecida para albergar la gran expansión de la ciudad condal y, junto a Sabadell, cuna de la revolución textil de la región.

El barrio marginal era inhóspito, y los transeúntes les lanzaban miradas inquisitorias. Los pequeños camellos y delincuentes ya tenían identificados los coches camuflados de la policía, y dos Mossos de incógnito, dos caras nuevas, se llevaban todas las miradas. A pesar de ir de paisano y en muchas ocasiones con ropa vieja, no conseguían pasar desapercibidos.

Iván era un chico de mediana estatura, con pelo corto y barba algo dejada. Ese día llevaba unas gafas de sol que le daban una imagen de hombre duro y menos aniñada de lo habitual.

A su lado, Baldiri caminaba por la acera en dirección al domicilio del camionero. Los bajos de los edificios del barrio estaban en su mayoría tapiados y, los que no, tenían pintadas en las persianas metálicas. Se iban resguardando de la lluvia bajo los balcones, caminando cerca de las paredes. Era otro día de lluvia y frío invernal.

Llegaron al edificio; el mismo en el que sus compañeros, hacía unas horas, habían concluido la inspección ocular. El informe era claro: la habitación que Glock tenía alquilada estaba limpia. Solo había objetos personales, preservativos, un viejo ordenador que se habían llevado, unas fotos antiguas, alguna baratija e indumentaria corriente. Aparte de eso encontraron una caja de lata y la pistola, que estaba envuelta en una camiseta vieja. Los compañeros de balística se la habían llevado para hacer las comprobaciones pertinentes.

Los dos agentes observaron por los alrededores, mirando hacia arriba para identificar la presencia de cámaras. Dieron una vuelta por la zona, pero no encontraron nada. Era previsible, en barrios humildes la presencia de cámaras solía ser casi nula.

Subieron al piso y llamaron a la puerta. Salió a abrir un hombre con expresión de haber sido interrumpido mientras dormía.

—Somos de investigativa. ¿Nos permite un par de preguntas? —dijo Iván.

El hombre les dejó entrar.

—¿Qué tal era como inquilino el señor Pedro Glock? —preguntó Iván.

El hombre bostezó. A pesar de la escasa climatización del lugar y el frío que hacía, se presentó en calzoncillos y con una camiseta de tirantes de un color grisáceo.

—Silencioso, pagaba, punto —dijo mientras el vaho de su aliento se veía blanco en el

ambiente—. Hace poco que me he metido en la cama, trabajo de noche. ¿Qué más quiere la poli de mí?

—¿Tiene más inquilinos? —preguntó Baldiri.

—Un par, viven en otra habitación, pero están fuera, trabajando —concluyó con la voz grave de quien fuma cigarrillos rubios y un aliento a carajillo.

—Una última pregunta, ¿sabe dónde aparcaba su coche el señor Glock? —preguntó Iván.

El hombre subió las cejas, era la primera señal que daba de estar realmente despierto.

—No tengo ni idea —respondió.

Iván sacó un papel del pantalón.

—Un Nissan Micra, del noventa y nueve. Blanco, tres puertas. ¿Nunca lo ha visto?

—Ni idea, pensaba que cogía el bus para ir al trabajo.

Iván se quedó mirándolo sin decir nada.

—¿Usted tiene coche?

—No —dijo secamente.

—De acuerdo, si lo tuviera, ¿dónde lo aparcaría en esta zona? —preguntó Iván—. Nos ayudaría mucho saberlo.

El hombre se lo pensó mientras se rascaba la entrepierna.

—Creo que en las calles de por aquí, no sé —dijo—. En el descampado, a lo mejor.

—¿Descampado?

—Sí, aquí detrás hay un terreno lleno de socavones. A lo mejor lo aparcaba allí. Muchos aparkan ahí. Pero no tengo ni idea. Por cierto, ¿saben cuándo podré volver a alquilar la habitación? —dijo indicando la puerta de la misma, sellada por una cinta policial que impedía el paso.

—Eso nosotros no se lo podemos decir, señor —dijo mirando al compañero—. Será el juez quien lo dictamine.

El hombre bufó de mala manera, sin decir lo que realmente pensaba.

—¿Puedo volver a la cama?

Iván asintió y se fueron hacia la salida.

Abandonaron el edificio, dejando atrás la habitación del difunto camionero.

—En fin, el descampado, según el hombre, está ahí detrás —le dijo a Baldiri.

Se separaron para buscar el Micra blanco. En las calles limítrofes no estaba. Entraron en el descampado, que era una secuencia de charcos, uno tras otro. Coches había pocos, pero entre ellos encontraron un Micra blanco. La matrícula coincidía. Iván se acercó al cristal y miró dentro. No había nada de sospechoso. Por suerte la lluvia había aflojado, lo que le permitió mirarlo bien. Enviaron un mensaje a la científica, avisando de que se lo tenían que llevar para inspeccionarlo.

Envío la ubicación y se fueron a resguardarse.

—Bien, ya tenemos el coche —dijo Baldiri. Por su tono, pensaba que habían terminado ya con el trabajo por ese día.

—Nada de cámaras por aquí. Tenemos que buscarlas en el siguiente punto que identificamos —dijo Iván.

Se fueron al coche y se dirigieron hacia la gasolinera, con la esperanza de tener más suerte.

A las afueras de Terrassa, justo antes de entrar en la autovía que llevaba a Barcelona, estaba la gasolinera *low cost* donde supuestamente había repostado Pedro la semana antes de morir.

Entraron en el establecimiento y pidieron las grabaciones. El encargado se las enseñó y les

proporcionó una copia. Pedro Glock, a la hora que habían identificado, paraba en la estación de servicio, repostaba y entraba en la tienda. La imagen del hombre era nítida, no daba lugar a confusión: era él, una semana antes de morir. Un hombre corpulento y de movimientos bruscos.

Pagó y se fue sin decir nada.

—¿Cuánta gasolina repostó? ¿Se puede saber? —preguntó Iván.

El encargado miró en el ordenador y confirmó la cantidad: veinte euros de gasolina.

—¿Podemos deducir adónde va? —preguntó el agente.

—Pues mira, se va hacia el centro comercial, porque esta es la salida a la derecha de la gasolinera; si no, cogería la de la izquierda.

Iván agradeció la ayuda y se fueron hacia el lugar donde indicaba el responsable del establecimiento. Coincidió con el tercer punto de la triangulación.

El centro comercial de Terrassa era enorme: constaba de un hipermercado, restaurantes, tiendas y servicios varios.

Buscaron la sala de seguridad y le explicaron al responsable lo que buscaban. Ahí era más fácil, porque tenían el coche, la hora y el día. El operador de las cámaras de seguridad del centro no tendría muchas dificultades para encontrarlo.

Iván estaba sentado al lado del agente de seguridad. Su pierna se movía frenéticamente de arriba abajo. Estaba ansioso por saber qué se iban a encontrar; si era algo importante o solo una visita a un establecimiento sin trascendencia.

De repente, en las imágenes se vio llegar un coche blanco, pequeño, desde la dirección de la gasolinera. Entró en el aparcamiento y se detuvo frente a la zona del hipermercado. Bajó y entró en el establecimiento. Pasaron los minutos en el monitor y no sucedía nada, el hombre no volvía al vehículo.

—¿Podríamos ver qué hizo el individuo en el establecimiento durante este tiempo?

El responsable de seguridad abrió una ventana paralela y buscó el momento. Retrocedió y entonces, en la imagen del monitor, apareció Pedro. Entró, cogió un carro y se metió por los pasillos del súper. Cuando tuvo el carro casi lleno, pagó en las cajas y se detuvo en una mesa del bar. Las cervezas se iban acumulando en la mesa. El indicador de la hora seguía avanzando. Pedro miraba el móvil, no se entendía si estaba esperando a alguien o, simplemente, hacía tiempo. Cuando se acabó la cuarta cerveza, se levantó.

Pedro no se tambaleaba a pesar de las cuatro cervezas. Daba la impresión que, por sus dimensiones, las aguantaba muy bien.

Con las bolsas repletas de comida, se dirigió hacia el parking. Cuando el hombre estaba metiendo las bolsas en el maletero, una furgoneta blanca aparcó al lado del Nissan Micra.

Pedro no le hizo caso, hasta que intentó entrar en el coche para marcharse. La furgoneta se había parado tan cerca de su vehículo, que no podía abrir la puerta.

La otra persona era, sin duda, el discípulo de Néstor Luna; habían encontrado el punto en que los dos hombres habían coincidido.

Y entonces sucedió lo que Iván más se temía.

Justo antes de entrar en la sala de briefing, Álex detuvo a Ana. Se apartaron de Karla y el inspector, dejándolos entrar primero en la reunión. Álex necesitaba preguntarle algo: después de todo, antes de ser policía era hermano.

—Creo que no deberías entrar... —le dijo a Ana.

Ella se extrañó, sin entender bien lo que quería decirle.

—¿A estas alturas? —preguntó ella.

—Sí, precisamente por eso —replicó él—. No creo que tengas que pasar por esto, lo he pensado y creo que esto ya es demasiado.

—No me voy a echar atrás ahora...

—Lo sé, te conozco bien, por eso te lo digo. Creo que deberíamos cortar tu implicación ahora —dijo tajante, con el tono de un hermano protector.

Álex estaba convencido de estar haciendo lo mejor para ella, igual que habría hecho su abuelo. Era importante evitar que sus parientes se implicasen en una investigación tan peligrosa.

Ella sacudió la cabeza.

—Ni hablar.

—Pero mírate, si tienes un bombo desproporcionado. ¡Si alguien te hiciera una foto parecería que te han añadido esta barriga con Photoshop! ¿Recuerdas la torre de Pisa?

Ella se extrañó, sin entender el símil.

—Sí, por torcida, mírate.

La mujer estaba apoyada con el hombro en el marco de la puerta, con el brazo plegado por detrás y sujetándose la espalda.

—Álex, tengo un contrato que respetar con mi editor. Tengo que pensar en mis hijos porque ya no tengo a nadie más que pueda ayudarme. Tengo pocos meses para entregar a mi editor el primer borrador. Además, me resulta difícil pensar en esta investigación y dejarte solo ante ella.

—No tienes por qué hacerlo, no tienes que demostrar nada a nadie —dijo Álex con un tono más tranquilo—. Te equivocas si estás aquí por la familia, por orgullo o por compromiso.

El murmullo que venía de la sala era cada vez mayor. El subinspector seguía sentado con una pierna en una mesa.

—¿Queréis entrar? Os estamos esperando solo a vosotros —gritó el jefe desde el interior de la sala. En ese momento, el murmullo se apaciguó por unos instantes.

—Tenemos que entrar —dijo ella.

—No, espera —insistió Álex cogiéndola de los hombros.

Ella lo miró sorprendida.

—Tienes un hijo al que cuidar.

—Está con nuestros padres, para él son días de vacaciones —concluyó Ana decidida.

Él la miró por un momento e insistió.

—El forense me ha dicho que devolverá el cuerpo a la familia. Por eso me ha llamado. Tienes un funeral que organizar, un velatorio. Es el padre de tus hijos y se lo debes a él y a tus suegros.

Su hermana lo miró y bajó la cabeza por un momento. Esa dosis de realidad por fin le hizo efecto. Álex la estaba obligando a mirar de frente a los hechos, sin darle opción a mirar a un lado. No era agradable, pero sí necesario.

—¿Por qué no te vas al hotel? Le pediré a Javier que te acompañe, pasas allí unas horas y descansas un poco. O incluso que te lleve a casa de los papás —dijo, intuyendo que estaba a punto de convencerla—. Es lo mejor, estás a tiempo de apartarte de esta miseria, de todo lo que hay ahí dentro. En el momento que entres ahí, ya será demasiado tarde.

—¡Sargento Cortés, o entra o empezamos sin usted! —gritó el jefe, furioso.

—Un segundo, por favor —respondió Álex.

El jefe no pudo disimular su enfado.

—¿Qué me dices?

Ella seguía cabizbaja. Al final, alzó la mirada y levantó su brazo amputado.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó ella—. Es la mano de la mano de la victoria. Aunque tú no la veas y creas que está amputada... pues no. Yo la veo, y la sigo sintiendo. No tengo intención de dejar esto así. Quiero sacar esto adelante. Tu sobrino está bien cuidado con sus abuelos, y el bebé que va a nacer necesita que me preocupe por su futuro, porque no va a tener padre. Si me quedo aquí sin hacer nada, no voy a poder alimentar a ninguno de los dos. ¿Qué pretendes que haga? ¿Qué vuelva con nuestros padres? ¡Jamás! Voy a entrar ahí y voy a seguir luchando... —espetó Ana.

Álex hizo un sonido gutural, de reprobación.

—¡Por el amor de dios Ana, tienes un funeral!

—¿Sabes lo que me dijo Néstor? —dijo ella. Su tono cambió y se volvió rencoroso—. ¿Sabes que me dijo de Alberto?

Él negó.

—Que se cepillaba a su amante cuando tendría que haber estado en casa con su familia, cuidando de nosotros —dijo y levantó otra vez el brazo amputado—. En lugar de impedir que se me llevara ese hijo de perra, estaba follando a esa jodida mujer. Por eso lo despidieron, todo salió a la luz y ya no lo querían en el despacho. Él me abandonó cuando más lo necesitaba, Álex.

Álex la cogió del brazo con delicadeza y la apartó de la puerta.

—Quieres bajar la voz, por favor...

—¿Crees que me importa? Yo era una mujer cornuda. Solo hay una cosa a la que le doy vueltas y vueltas, que no me deja dormir por las noches... a pesar de que teníamos un hijo, quería otro. Me dejó embarazada y a pesar de eso, se cepillaba a otra. Lo siento, no me cabe en la cabeza, no lo entiendo. ¡Me dejó embarazada a pesar de saber lo que sentía por esa fulana! ¿Y sabes lo más gracioso? —dijo y siguió volteando la mano en el aire—. Llámale Néstor o llámale Karma, pero ese loco devolvió el equilibrio.

—Ya veo que no te voy a convencer, algo me dice que no lo conseguiré.

—¡Caray, hermanito! No te hacía tan perspicaz.

—¿Pero qué piensas hacer con el funeral? —preguntó él.

Ella negó sin dejar de mirar los ojos verdes de su hermano.

—Lo que creo es que no puedo cambiar el pasado, solo el futuro. Alberto está muerto, ya no

se puede cambiar eso. Así que, acudir a un funeral y derramar lágrimas que ni siquiera siento del todo, me parece una pérdida de tiempo. Tenemos que seguir, el mundo es de los vivos —dijo y se quedó esperando una respuesta que su hermano no le supo dar—. ¿Ahora podemos entrar? —concluyó indicando con la cabeza la dirección de la sala.

Álex torció la boca. No era la respuesta que se esperaba, desde luego, pero era lo que ella había decidido.

Entraron en la sala de briefing y se fueron a sentarse.

El jefe los siguió mirando, en silencio, hasta que tomaron asiento.

Luego, por fin, arrancó la reunión.

Ahí estaban Pedro Glock y la furgoneta del discípulo.

Iván pidió que ampliaran la imagen de la furgoneta, para poder ver los números de la matrícula: 3207-GFT. Luego consultó sus apuntes. Era una matrícula totalmente diferente, nada que ver con las anteriores. El discípulo debía de tener una colección de matrículas falsas. Era diferente del día en que arrojaron al carnicero colgado por los talones; del día del secuestro de la mujer del juez, y del día en que Néstor le clavó la sierra en el hombro a Álex, en la Colonia Albertí. Ninguna coincidía, aunque eso no era nada nuevo.

En la imagen se podía ver la furgoneta y el momento del encuentro con el transportista. El hombre levantó los brazos, soltando alguna palabrota.

Iván, como si mirase una película de terror y de suspense, observaba la imagen sin perderse detalle.

El camionero, visiblemente enfadado, dio la vuelta alrededor de la furgoneta y desapareció detrás.

—Un momento, ¿no hay otra cámara? —dijo Iván al responsable de seguridad—. Necesitamos ver qué estaba sucediendo.

—Sí, hay otra —dijo este mientras buscaba con el ratón otra visual.

Pasaron varios minutos hasta que la encontró. Mientras, en la otra cinta, Pedro seguía oculto y el tiempo avanzaba. Llevaba más de cinco minutos desaparecido, sin saberse qué hacía.

—Esta es la mejor visual que tenemos —dijo el encargado mientras abría una nueva ventana.

La imagen se detuvo en un fotograma previo al momento en que Pedro daba la vuelta al vehículo. La imagen estaba muy pixelada; estaba tomada desde una distancia considerable, casi del otro lado del amplio aparcamiento. El hombre aparecía con los brazos alzados, enfurecido.

—Ok, dale al *play* —ordenó el policía—. Pero a velocidad natural.

La imagen arrancó. Pedro llegó hasta la ventanilla del conductor y dio un paso hacia atrás. Se podía intuir que, el que parecía el discípulo, le estaba apuntando con un arma.

Pedro retrocedió un paso.

Luego bajó los brazos, mirando a su alrededor. El discípulo hablaba y Pedro escuchaba, negando con la cabeza. El enviado de Néstor le estaba explicando algo, pero ¿qué podía ser?

La imagen fue avanzando. Pedro se había quedado parado, inmovilizado por el discurso del emisario. Por sus gestos se intuía que decía que no. Desde esa visual no se podía apreciar la boca de Pedro.

El discípulo en ningún momento bajó del coche. Solo apuntaba a Pedro desde el interior de habitáculo. Este, en penumbra, no permitía ver la cara del hombre.

La escena cambió cuando Pedro, aquel hombretón con unos antecedentes penales más largos que la Biblia, asintió y se fue, cabizbajo.

Iván se apoyó en el respaldo de la silla.

¿Qué le había dicho?

¿Qué pudo pasar para que Pedro Glock se fuera de allí como un perro apaleado?

¿De qué habían hablado?

—¿Qué trapos sucios podían tener entre ellos? —susurró finalmente—. Me imagino que el audio es imposible de conseguir, ¿verdad?

El hombre que gestionaba las grabaciones negó rotundamente.

Aunque no supieran de qué habían hablado, al menos habían visto el resultado. La reacción del conductor era visible. Y mejor todavía: habían podido interceptar al discípulo por primera vez. Eso podía ser un gran avance en la investigación e Iván tenía unas ganas locas de comunicárselo a Karla. Pero al mismo tiempo, no era suficiente. No tenían ni una foto del hombre, ni nada más hasta el momento.

Del escurridizo discípulo solo se conseguían siluetas y fotos pixeladas. Habían enviado la imagen tomada desde las torres de oficinas de la C-31 a todas las gasolineras, comisarías y fronteras, pero no habían obtenido resultado alguno.

Tenían que seguir, no había otra opción.

—Bien, sigamos a Pedro, a ver adónde va ahora —ordenó Iván.

El fotograma cobró vida de nuevo y la escena siguió delante de los policías.

Pedro esperó a que la furgoneta se marchase. Después entró en su diminuto coche y esperó un buen rato antes de marcharse. Luego arrancó y desapareció por la salida del centro comercial, tomando finalmente la autovía, en dirección a su casa.

—Ok. Ahora tenemos que ver adónde va la furgoneta —dijo Iván—. Retrocede la grabación y sigamos su pista.

La imagen fue rebobinándose en los monitores, hasta que la furgoneta apareció otra vez. El operador dejó de enfocar y, desde una visión más amplia, se centró en seguir al vehículo señalado. Este, una vez arrancó del aparcamiento, fue bordeando el centro comercial. El operador fue siguiendo su estela, hasta una salida a una calle secundaria.

—¿Adónde va esa carretera? —preguntó Iván.

—A una vieja carretera secundaria que va a Sabadell —contestó.

Iván se quedó pensando y miró a su compañero.

—¡Esto es de locos! —le dijo Baldiri.

—Necesito las copias de estas grabaciones —dijo Iván.

El hombre se las hizo y se las entregó en un USB. Una vez obtenido lo que necesitaban, se fueron.

Iván miró el reloj: eran las dos pasadas. No hacía falta mirar el reloj para saberlo, los rugidos de sus barrigas ya lo delataban desde hacía horas.

—Vamos a comer algo, ¿qué te parece? —propuso Iván a Baldiri.

Entraron en un bar del centro comercial. Los bocadillos tenían buena pinta y los precios eran ajustados. Se sentaron y pidieron algo ya preparado, porque tenían que seguir trabajando.

Iván llamó a la central de tráfico de Barcelona, dio la matrícula de la furgoneta, modelo y color, y el día del avistamiento en el hipermercado. Les pidió ayuda a ellos también, por si alguna cámara de tráfico había captado algún movimiento.

—Ese tío es muy listo, no vas a encontrar nada —dijo Baldiri mientras abría una lata de Coca-Cola.

—Lo sé, pero estamos aquí para esto, tenemos que escudriñar todas las posibilidades que nos deje ese bastardo —contestó Iván abriendo su refresco.

—Me pregunto qué le habrá dicho —añadió Baldiri.

—Es un misterio. Si hubiésemos tenido alguna visual, podríamos haber mostrado las grabaciones a un especialista en leer los labios.

—Buena idea...

—Sí, pero no sirve para nada si no podemos hacerlo.

El camarero apoyó los dos bocadillos en la mesa. Las bocas de los dos policías se hicieron agua al verlos. Mordisco a mordisco fueron apaciguando su hambre.

—Me pregunto qué pudo ocurrir en ese aparcamiento; qué pudo decirle para que terminase suicidándose de ese modo —comentó Baldiri.

—Es inexplicable desde nuestro punto de vista, sí —dijo Iván con la boca llena—. Además, ni siquiera habló con la policía antes. Fue una decisión fulminante.

—Vete a saber qué pasó en el pasado o qué mierda removió el discípulo para que hiciera eso.

—Bajo muchos puntos de vista, no tiene sentido —insistió Iván—. Nada de esto lo tiene.

—¿Qué tiene que ver la mujer del juez con este individuo, el alcaide y el cuñado de Álex? Todas estas víctimas podrían tener algo en común —dijo Baldiri.

Iván se quedó en silencio hasta acabar su comida. Pidieron un café doble y cuando estuvieron a punto de irse, recibieron una llamada.

—¿Diga? —contestó Iván.

—Soy de tráfico, me has llamado antes —contestó la persona al otro lado del aparato.

—Sí, dime.

—Hemos encontrado muchos movimientos en esa semana. Te los he enviado por email, hay mucha discordancia, es muy raro.

—¿A qué te refieres con raro?

—Pues que el vehículo entró en Andorra y salió ese mismo día. El día siguiente estuvo en varios sitios distintos, inconexos y simultáneos a la vez. Es muy extraño.

—¿Hay fotos?

—No, la mayoría solo son identificaciones de matrículas. Las fotos las tendrás en breve, te las mandaré por email. De momento te mando un Excel con los datos, es lo que he podido sacar.

—¿Se entiende bien?

—Sí, es muy fácil.

—Gracias, por lo menos seguimos con el rastro —dijo Iván—. ¿Y esta semana?

—Nada, no se ha movido el vehículo, o por lo menos no hemos captado movimientos.

Iván colgó, ansioso por ver por dónde se había movido la furgoneta. Abrió el mensaje del compañero de tráfico y el resultado lo dejó helado. Lo primero que pensó fue que eso no era posible.

Todos los ojos apuntaban al jefe.

No podía ser de otra manera. Era lo que a él le alimentaba; el protagonismo.

El subinspector adoraba que las personas aplaudiesen lo que decía y acariciasen su ego. Pocas veces tenía delante a la mayoría del equipo, todos escuchándolo solo a él, pendientes de sus caprichos y sus discursos. De vez en cuando, si no había reuniones, llamaba a alguien del grupo y le echaba una bronca por cualquier cosa para sentirse un poco mejor.

Álex miró cómo se frotaba las manos antes de empezar a hablar. Conocía esos gestos de memoria. Podía prever cómo sería la reunión y qué iba a decirles.

—Tenemos un mandato del juez Bartolomeo Del Pozo. Como sabéis, hace unas semanas su mujer fue secuestrada en circunstancias poco claras, al menos hasta hace poco.

Mientras hablaba, Álex advirtió algo curioso: cuando las reuniones las organizaba Karla, su equipo se sentaba en primera fila e iba rellenando las sillas hacia al fondo, según el orden de llegada. Esta vez la disposición del equipo era diferente. Primero se llenaron las butacas del fondo y luego, poco a poco, los agentes se fueron situando más cerca hacia la pizarra y del jefe.

Detrás de Álex estaba Javier y a su lado Karla; ambos escuchaban con atención al subinspector mientras hablaba.

—Gracias al trabajo de este equipo hemos averiguado que Néstor Luna está involucrado en el secuestro —dijo el subinspector.

«Y gracias al trabajo de mi hermana», se dijo Álex. Pero no le sorprendieron las palabras de Reixach. Ese hombre había llegado a ese puesto lo había hecho con méritos ajenos y a él le salpicó la gloria de terceros.

—Néstor Luna ha propuesto un intercambio al juez, que se realizará mañana de la siguiente manera: la madre de Néstor está a punto de ser trasladada de nuevo al geriátrico y dejará la penitenciaría. A cambio, el juez ha pedido que se le devuelva a su mujer sana y salva.

«Eso ya lo sabíamos», pensó Álex.

—Esto será mañana y solo podemos acompañar la operación y estar en contacto con la policía de Santander. Ellos trasladarán a la madre cuando se lo ordenemos. El canje se realizará en una masía de la zona de Gerona, Mas Albareda. Tendremos que transportar hasta allí a Néstor, que se encuentra en el penitenciario Quatre Camins, ya que exige estar presente durante el intercambio —al decir esto, el jefe se puso de puntillas, dándose importancia—. ¿Alguna pregunta? —añadió después.

—Sí —dijo un agente del fondo—. Si Néstor está en la cárcel, y solo hemos compartido la ubicación del intercambio con él, ¿cómo sabrá su discípulo a dónde tiene que llevar a la mujer del juez?

—El detenido tiene permiso para hacer una llamada —contestó el jefe.

—¿Y no podríamos rastrear la llamada y adelantarnos? —preguntó una agente.

—El equipo de científica intentará hacerlo. —concluyó tajante—. Más preguntas.

Álex levantó la mano y dijo, con tono casi burlesco:

—¿Realmente creéis que el discípulo se va a presentar en ese lugar y va a decir: “Hola, buenos días, os devuelvo a la mujer del juez, aquí la tenéis. Gracias y feliz día y, por favor, olvidad que he matado a varias personas y también he secuestrado a esta señora”? ¿Usted y el juez realmente piensan eso?

—Sargento Cortés, si no está de acuerdo con el plan, puede quedarse aquí esperándonos —dijo el subinspector con mal humor.

—¿Cuál es el plan *de verdad*? —preguntó el sargento.

En la sala se creó un silencio sepulcral.

Álex esperó a que el jefe contestara. La presión crecía cada vez más. No apartó la vista, a pesar de estar un rango por debajo de él, y sentado a una altura inferior.

La espera se rompió cuando el subinspector miró al suelo, forzó una risa y se pasó la lengua por los labios.

—¿Tiene algo que objetar... sargento? —dijo el subinspector.

—Creo que vuestro plan... —empezó a decir Álex, pero fue interrumpido.

—¿Tiene un plan mejor del que hemos delineado entre el juez y yo? —dijo el jefe, cortante.

«Embustero. Tú no has planeado nada; esto es todo cosa del juez», se dijo Álex.

El subinspector estaba tratando de colgarse una medalla de estrategia ante del grupo de investigación. Pero Álex sabía muy bien que Reixach no era más que un títere del juez.

—Nos vamos a meter un tortazo de campeonato —dijo Álex mientras se creaba un murmullo en la sala de reuniones.

—¿Perdona, qué quieres decir con eso? —ladró el jefe.

—Quiero decir, señor subinspector, que parece que no conocáis a este hombre. ¿Es que no lo veis? Os llevará a su terreno y haréis lo que él quiera. Parecéis títeres. ¡Por todos los demonios!

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —gritó el jefe, mirando la reacción del resto del equipo.

En ese momento Álex se levantó de la silla con gran estruendo. El ruido sobresaltó a todos, incluido el jefe.

—¿Cómo puede ser que no lo vea? —replicó Álex—. ¡Por el amor de Dios! ¿Sabe cuántas veces le he dicho a mi equipo que dejaran de pensar como policías y se pusieran en el lugar de un psicópata? Tenemos que adelantarnos y pensar fuera de nuestros límites.

—Sargento, ¡síntese! —dijo tajante.

—¿Sabe cómo conseguimos coger a ese jodido hijo de perra? ¿Lo sabe? —dijo Álex acercándose a menos de medio metro de distancia. Luego se giró hacia el grupo de agentes, como si estuviera en un banquillo de acusados en medio de un juicio.

Después permaneció callado, conectando con los ojos de su equipo.

Se fijó primero en los de Karla, que mostraban seriedad. Álex supo interpretar lo que decían. «Déjalo, no te vengas arriba, no digas nada más y siéntate. No te la juegues». Incluso, si se hubiera esforzado en mirar un poco más hubiera visto: «No quiero perderte».

Siguió recorriendo las caras hasta mirar a Javier. Este tenía una arruga muy marcada en el entrecejo: perplejo y preocupado.

Su mirada recayó al fin en la de su hermana.

—A todos vosotros os he dicho siempre que... —dijo, señalando a los presentes con el dedo

índice—. Que si no nos adelantábamos, no le pillaríamos. Eso lo descubrí durante una conversación con Ana. La clave siempre fue adelantarnos a él —dijo y se giró otra vez hacia su jefe, que se había quedado callado, con expresión de ofendido—. Porque, por desgracia, Néstor Luna es un asesino inteligente y cada vez que creíamos haber descubierto algo, era solo porque él lo había previsto así.

Todos se quedaron en silencio, esperando una respuesta del jefe.

—Si hacemos lo que usted dice, vamos a tirar a la basura todo el trabajo que ha hecho este equipo hasta ahora —concluyó Álex, dirigiéndose al grupo.

El subinspector tragó saliva.

Los agentes se quedaron en silencio, sin saber qué hacer, hasta que uno al fondo dio un aplauso tímido, ligero. Ese aplauso despertó otro y otro, hasta que el grupo entero aplaudió clamorosamente a su sargento.

El subinspector se puso en pie. Agitó los brazos, intentando disminuir el alboroto de aquella situación que se le había escapado de las manos.

—¡Silencio! —gritó.

—No puede, no conseguirá dominarlos —le susurró Álex al jefe.

—¡Cállense! —ordenó este, ignorándolo.

Finalmente consiguió restaurar el orden y recuperó la atención de su público.

—Me la repanpinfla lo que piense; vamos a llevar a cabo los planes del juez, os guste o no —dijo Reixach mirando los agentes y luego se giró hacia Álex—: La pregunta es la siguiente: ¿vendrá con nosotros, sargento Cortés?

La pelota volvía al tejado de Álex. En pocos minutos, la vida acababa de presentarle una elección curical en bandeja de plata, pero no tenía mucho tiempo para pensar.

El sargento se quedó observando al subinspector: lo miraba sin pestañear, como habría hecho un hipnotizador.

Álex tenía delante la oportunidad perfecta de disentir y dejarlo todo. Con ello desencadenaría una serie de consecuencias, como por ejemplo volver a Tarragona, sin el subinspector, sin Mary, y sin Barcelona. Hacer borrón y cuenta nueva. Volver a los orígenes y marcharse lejos, muy lejos de toda esa locura colectiva.

Por otro lado, al hacerlo abandonaría su hermana a su suerte, porque ella no pensaba volver y necesitaba cumplir con el contrato editorial. Dejaría a Karla, esa mujer que era una espina clavada en el corazón y mucho más que una simple compañera.

Y a Javier, que estaba allí con una excedencia para ayudarle: primero con el Vampiro y ahora con ese lío en el que se habían metido.

Y por último, estaría abandonando a su equipo; a todos los agentes del grupo de investigación que ahora lo observaban con preocupación mientras aguardaban su respuesta, y a quienes tenía un gran aprecio por todo lo que habían logrado juntos.

Sintió el peso de la responsabilidad y de las condecoraciones que siempre llevaba en el pecho, a pesar de ir vestido con una chaqueta de cuero.

—Es un suicidio —confirmó girándose hacia el jefe.

—Esa no es la respuesta a mi pregunta —dijo el subinspector.

—Lo que vais a hacer es un puto suicidio y quiero que quede constancia de ello, y de lo que pienso... —remarcó y luego se dirigió al resto de las personas de la sala de briefing—. Pero si hay que suicidarse, no voy a quedarme aquí a veros como la pifiáis para deciros: “ya os lo dije”.

La expresión del jefe delató que habría preferido que el sargento no fuera, por alguna razón que Álex no entendió.

—Prefiero ir, ayudar y cuando la hayamos cagado, os diré, de todos modos: “ya os lo había dicho”. Pero estaré con vosotros luchando y arreglando vuestro plan, aunque haga agua por todos lados —concluyó dándole al jefe un golpecito en el pecho con su dedo índice.

Después se sentó.

Todo el mundo suspiró, y algunos se aguantaron la risa.

—Muy bien —dijo el subinspector—. Ahora repasemos el plan en detalle y os explicaré lo que vamos a hacer.

En cuanto Ana tuvo a su hermano de nuevo a su lado, apoyó su mano sobre la de él, sin decir nada.

—Esta es la masía —dijo el jefe apuntando hacia la pizarra.

En ella se veía el plano de una construcción. Empezó a explicar a los agentes dónde se tenían

que colocar: algunos en las vías de entrada, otros en las de salida. Conjeturó qué acciones se esperaban y qué hacer en ciertas situaciones.

Álex escuchó con atención el “plan suicida”, como lo había definido él.

Al lado había un mapa más grande, de las provincias de Gerona y Barcelona. Una línea roja partía en dos el mapa. El punto A era la prisión de Quatre Camins. El punto B era la masía, cerca de Gerona.

A las nueve en punto, una comitiva se desplazaría del punto A al B para llevar a la masía al recluso, según explicó el jefe. Luego esperarían a que la mujer del juez apareciera y después se devolvería al preso a la penitenciaría.

El transporte del detenido estaría controlado por varias patrullas de los Mossos: dos furgonetas antidisturbios, el furgón del preso en el centro y varias motocicletas. Por aire, un helicóptero estaría controlándolo todo.

—¿Preguntas? —dijo orgulloso el jefe

Al fondo, una agente levantó la mano. El jefe le dio la palabra.

—¿Qué pasa si no se presenta nadie a hacer el intercambio? —preguntó la mujer y se sentó.

Álex se giró para verla mejor.

—Se va a presentar —contestó el jefe con seguridad. Para Reixach no existían variables diferentes de las que ya habían examinado el juez y él.

—Pero es posible que nadie se presente a hacer el intercambio, ¿de verdad no lo contemplan? —preguntó Álex.

El jefe se lo pensó.

—No. Se va a presentar. Ese es el trato —contestó tajante—. Tendremos en la masía una provisión de armas y alimentos. Podemos quedarnos allí hasta que el intercambio se realice.

Javier levantó la mano con timidez. El jefe se sorprendió y le indicó que podía hablar, mientras ponía los ojos en blanco.

—Podría ser una opción que el discípulo, que tenemos identificado en varias fotos, deje a la mujer del juez en otro sitio que no sea la masía —apuntó el inspector de la Policía Nacional.

El jefe arrugó el ceño y tosió un par de veces para ganar tiempo.

—No lo creo, pero si se presenta el caso, entonces lo valoraremos —dijo.

A Álex no le gustó la respuesta, pero sí la pregunta.

—Muy buena idea —dijo mientras se giraba sobre el respaldo—. Si yo fuera el discípulo y tuvieran una foto mía, conocieran mi vehículo y, lo más importante... me estuvieran esperando, yo no iría. ¡Bien pensado!

—Podríamos pasar un informe del vehículo y el retrato robot, junto a las fotos, a lugares concurridos, además de fronteras y estaciones de servicio y comisarías, informando de que podría aparecer allí una señora y tal, tal, tal... —dijo la agente.

—Buena idea, ¿quién se ocupa de enviar esta info? —preguntó Álex—. ¿Te ocupas tú? —dijo señalando a la chica.

Ella asintió.

—¡No podemos informar de lo que está pasando! —les espetó el jefe—. Hay que consultarlo antes con el juez.

—Bien, dígaselo usted, que tiene canal directo —respondió Álex—. Subinspector, escúcheme —insistió—. Creo que lo más importante de todo esto es lo siguiente: necesitamos, en el caso que devuelvan a la mujer del juez, saber dónde la dejan y enviar una patrulla a conseguir más datos para averiguar dónde se haya metido el discípulo.

—Incluso podríamos desplazar a un agente a la central de tráfico, a controlar las cámaras —dijo Karla.

—Buena idea —dijo Álex—. ¿Qué más?

—También deberíamos avisar a los hospitales, patrullas, Guardia Urbana y ambulancias que, durante el día de mañana, veintinueve de febrero, podría aparecer una mujer en esas condiciones, para que sepan quién es.

Álex señaló con un dedo, confirmando que lo aprobaba.

—¿Qué más, jefe? —dijo Álex.

—Nada más. Tenéis que repasar vuestros roles y horarios. Mañana a las seis de la mañana nos vemos aquí para salir a las siete hacia la penitenciaría de Quatre Camins. Hasta mañana, si tenéis más preguntas estaré en mi despacho —concluyó el jefe y se fue hacia la puerta.

—¿Ya está? —dijo sorprendido Álex—. Jefe, quiero ir antes a visitar esa masía, me gustaría ver cómo es.

—No hace falta, Cortés —le espetó Reixach sin girarse.

Álex se levantó.

—¡Insisto! —gritó.

El jefe se detuvo y lo miró con los brazos en jarras.

—Eres un tocahuevos, Cortés. Está todo organizado, pero si quieres ir a meter tus narices, tú mismo. Pasa por mi despacho y te daré la dirección —ladró y se fue de la estancia.

Álex se giró hacia Karla, que lo estaba mirando. Esa complicidad no era nueva. Su compañera le regaló una sonrisa mientras los demás se iban levantando para irse.

Álex hizo un movimiento con la cabeza, diciéndole: «¿Vamos?».

Ella le devolvió un gesto de confirmación: «¡A donde quieras!».

Los movimientos de la furgoneta, según el informe de Tráfico, eran muchos y confusos. La poca información que tenían era que había entrado en Andorra y salió ese mismo día del encuentro con Pedro Glock.

El listado daba múltiples vistas a Andorra esa semana y luego desaparecía.

—Esto no tiene sentido —dijo Iván con el móvil en la mano—. Saca tu móvil y a ver si entendemos estos datos entre los dos.

Baldiri, el compañero obedeció.

—Si pasa por la frontera de Andorra a las diez de la mañana, tiene que haber ido muy rápido para llegar a ver a Pedro.

—Quizá un radar fijo le hizo una foto.

—O incluso uno móvil —dijo Iván—. Podría ser. Sería mucha suerte, pero podría ser factible. ¿Y qué narices hacía el discípulo en Andorra?

Los dos policías se miraron perplejos.

—Mira cuántos puntos dispares hay —dijo indicando el Excel, y de pronto comprendió cómo filtrar la información del archivo—. Espera, creo que lo entiendo... Mira, un cuarto de hora después de salir de Andorra pasó por un poste de la variante de Sabadell y posteriormente, a los cinco minutos por otro. ¡Eso es imposible! Ni si quiera un helicóptero.

—Bueno, sabemos la dirección. Ya es algo —afirmó Baldiri.

—Esto es una locura... —dijo Iván con desánimo.

Apoyó el móvil y alargó las piernas. Se cubrió la cara con las manos, estirándose la piel con nerviosismo.

—No podemos hacer milagros... ¿Qué pensabas? —dijo Baldiri.

Iván no estaba de acuerdo con esa afirmación. No habían conseguido gran cosa pero, por lo menos, estaban haciendo todo lo posible. Tenían solo esa pista, aunque fuera débil, y cualquier hilo del que tirar era bueno. Bastaba con tener fe y paciencia.

—Es mucho más de lo que teníamos esta mañana cuando salimos —dijo Iván.

Estiró los brazos y volvió a coger el móvil. En ese momento le llegó un email. Lo abrió enseguida: eran las fotos que le había prometido el de Tráfico.

La primera era la foto de la matrícula de entrada en Andorra, realizada desde el poste de Aduanas. La instantánea era clara: la numeración coincidía, pero el coche no: era un todoterreno lujoso de color negro. Iván sacudió la cabeza.

—No entiendo qué es esto —le dijo a su compañero.

—Se habrán equivocado.

—No, es la misma matrícula —dijo Iván y entonces entendió—. Claro. El discípulo ha

clonado la matrícula de un coche al azar, no de otra furgoneta blanca.

—Entonces la pista de Andorra no es válida —afirmó Baldiri.

—Claro, miremos la siguiente —dijo Iván.

Cerró la foto y abrió la siguiente. Era la vista, a unos veinte metros, de una furgoneta blanca que circulaba en el carril derecho. La foto era nítida. Se podía ver la matrícula perfectamente.

—Bien, este es él. Es la misma matrícula y el vehículo coincide —dijo Iván—. Siguiente.

Iván cerró la foto y abrió la siguiente. En esta salía la misma perspectiva, pero con una diferencia.

—No me lo puedo creer, a lo mejor estamos de suerte —dijo Iván ampliando la foto—. Nuestro bastardo salió por la salida dos.

Baldiri amplió la zona del mapa.

—Pues esto es como tirar un dado, si fue a la derecha, fue hacia el centro de Sabadell... y si fue a la izquierda, hay una urbanización.

Los dos se quedaron en silencio.

—¿Hay más fotos? —preguntó Baldiri.

Iván confirmó que había más. Las fue abriendo, pero eran del coche con la matrícula original, el todoterreno negro.

—No nos queda otra: si se fue hacia la derecha, el abanico se abre hasta el infinito, pero si se fue a la izquierda... —rio Iván—. Entonces el cerco se va cerrando y en el centro tenemos a ese maldito cerdo. ¿Qué hay en esa urbanización? —dijo mientras ampliaba la imagen—. Vaya, vaya...

—Un geriátrico —afirmó Baldiri.

—Interesante. ¿Y si el discípulo fuera a buscar a otro anciano?

—¿Su próxima víctima? —dijo Baldiri.

—Alguien que no esperaba que le llegase un mensaje de Néstor desde el pasado.

—Como Pedro Glock, posiblemente —afirmó Baldiri—. Tenemos que avisar los GEO y a Karla.

—Espera. Primero iremos a echar un vistazo. Se nos puede ir de madre y pifiarla a lo grande.

Los dos policías subieron al coche y abandonaron el centro comercial de Terrassa. Tomaron la misma dirección que la furgoneta del discípulo. Entraron por la vieja carretera que unía Terrassa con Sabadell y siguieron hasta llegar a la ciudad. Allí se desviraron hasta la entrada de la autovía e hicieron el mismo recorrido que había hecho la furgoneta la semana anterior.

Pasaron por el poste de tráfico y se dieron cuenta de que era el mismo. Siguieron unos kilómetros más hasta la salida dos. Luego salieron y giraron a la izquierda.

La lluvia seguía cayendo y mojando el parabrisas. Conducían despacio, tratando de descubrir posibles opciones o direcciones que no habían contemplado. Entraron en una urbanización residencial. Las aceras estaban aseadas y las casitas valladas. Daba la impresión de ser una zona elegante y acomodada.

Siguieron los carteles que indicaban cómo llegar hasta el geriátrico. Se encontraron al final de una calle y delante de ellos apareció un portón y un interfono.

Iván se colocó delante y bajó la ventanilla. Se mojó la mano al llamar al timbre. Después de pocos segundos recibió contestación.

—Centro Las Hojas Verdes, ¿dígame? —dijo la voz de una joven.

—Mossos d'Esquadra, nos gustaría entrar y hablar con el responsable del centro.

La respuesta se hizo esperar.

El motor del coche y de los limpias seguían a la espera. Iván miró hacia arriba y vio dos cámaras que los estaban grabando.

Se escuchó un pitido y se abrió el portón, que daba a un parque precioso, a pesar de la lluvia y la época del año. Pasaron por la caseta del guarda, que les indicó que podían seguir avanzando.

El edificio podía ser perfectamente un palacete de estilo colonial: un auténtico paraíso para sus huéspedes. Circularon por una carretera con gravilla hasta llegar a la entrada, que estaba provista de un pequeño porche para proteger a los visitantes en días de lluvia. Bajaron del coche y se acercaron a la entrada.

Allí los esperaba un señor trajeado: alto, delgado y con el pelo peinado hacia un lado.

Al bajar, los dos agentes le enseñaron la placa.

—¿A qué debemos vuestra visita? —preguntó el director sin preámbulos.

—¿Podemos entrar un segundo? ¿Le importa?

—Vengan por aquí.

El hombre no parecía contento con la visita, pero abrió la puerta y les indicó que entraran en su despacho. Pasaron y, sin sentarse, Iván le explicó el motivo de la visita.

—Estamos en medio de una investigación de la cual no puedo revelar detalles. Sabemos que es posible que un criminal viniera hace poco por esta zona.

El director dio un paso atrás; su rostro demostraba horror.

—¿Es posible que tuvieran alguna visita el miércoles de la semana pasada? Alguien que no estaba programado o no era habitual.

—¿Un criminal? ¿Aquí? —dijo el hombre poniéndose un pañuelo delante de la boca—. Imposible.

—¿Por qué es imposible? —preguntó Iván contrariado por la rapidez de su respuesta: no había dudado ni un instante—. ¿No es posible que viniera alguien con esas características?

—Imposible. Todos nuestros huéspedes pagan por su tranquilidad, anonimato y seguridad. Nadie puede entrar sin cita previa. Además, el equipo de seguridad se encarga de verificar a cada persona. Es imposible que haya entrado aquí un delincuente.

Iván se quedó pensando: la probabilidad que hubiese pasado por allí el discípulo de Néstor chocaba con la seguridad del director del centro geriátrico.

—¿Y no se podría haber colado por la zanja?

—Tenemos cámaras en el perímetro y vigilancia veinticuatro horas...

—Entiendo —dijo Iván—. ¿Nos podría facilitar, de todos modos, un listado de las visitas del miércoles?

—No encontrarán nada...

—Deje que juzgue yo mismo.

El director los miró, contrariado.

—¿Tiene usted una orden judicial? —preguntó con un tono de superioridad.

—A mi jefe no le va a gustar que vuelva sin ese listado —dijo Iván.

—¿Ah, sí? No pasa nada, la privacidad de mis huéspedes es mucho más importante que lo que piense su jefe.

Iván se rascó la cabeza; necesitaba ese listado, pero no tenían tiempo de pasar por los canales habituales y legales.

—Mi jefe no va a venir de visita como hemos hecho mi compañero y yo: va a pedir un permiso y se plantarán aquí las patrullas, con sirenas y toda la parafernalia —afirmó levantando

los hombros—. Elija usted.

«Mejor ser un toca huevos que ser alguien que improvisa».

En eso pensaba Álex mientras el subinspector le acercaba un folleto con la dirección de la masía. Lo cogió en silencio y salió del despacho sin despedirse.

Los otros componentes de su equipo de élite lo esperaban fuera: Karla, Ana Cortés y Javier Bustamante.

Álex se preocupó al salir y ver la cara de su hermana, y con razón: su expresión de agotamiento era notable. Mostraba unas ojeras marcadas y unos ojos más apagados de lo normal. Álex, en cuanto la vio, tomó una decisión.

—¿Nos vamos? —preguntó Ana.

—¿Adónde? —contestó Álex.

—A la masía, ¿dónde sino? —contestó ella con un tono de obviedad aplastante.

Álex no contestó. Se rascó la barba y se arregló los rizos.

—Mañana es un día importante y necesitamos estar descansados —dijo Álex y luego apoyó un brazo encima del hombro de Javier—. ¿Puedes hacerme un favor?

El inspector de Cuenca asintió.

—Id al hotel y descansad el resto del día. Tenéis que dormir en condiciones esta noche —le dijo a Javier.

—Sí, pero... ¿cómo podemos hacer para que no se repita lo que pasó ayer? —preguntó Javier.

—Esperadme aquí —dijo Álex.

—No pienso ir a descansar, quiero ir a ver la Masía —repitió Ana Cortés con el brazo apoyado en la espalda arqueada, haciendo sobresalir aún más su barriga.

Karla se acercó y la abrazó.

—Necesitas descansar —dijo Karla mientras Álex se alejaba.

Álex desapareció sin decir adónde iba. Karla intentó hacer entrar en razón a la criminóloga, que no quería aceptar la realidad. Se sentaron en los escritorios de la cabo y del sargento mientras esperaban. Desde la puerta del subinspector, que estaba entornada, salía su voz. Parecía una llamada telefónica, aunque no se entendía con quién ni de qué hablaban. Karla supuso que estaba organizando el intercambio. Mientras, los chicos del equipo se estaban dividiendo para organizarse el trabajo previo y repasar el plan. Todos los casos de menos trascendencia fueron dejados de lado por el intercambio.

La cabo estaba erguida, contemplando la escena a pesar del trabajo que tenían. Se dijo que aquello era la calma antes de la tormenta.

Karla apoyó sus manos en los hombros de Ana y de forma casi involuntaria empezó a hacerle un masaje. Ana cerró los ojos y se dejó mimar. Cuando, a los pocos minutos, apareció Álex de

nuevo, le costó abrirlos y se dio cuenta de que el fantasma del cansancio estaba más presente de lo que creía.

—Ya lo tengo organizado —dijo Álex tajante—. El hotel os cambia de habitación; os dará dos habitaciones comunicadas. Así, si ocurre cualquier cosa, Javier podrá ver o escuchar cualquier ruido que no proceda. Además, os llevarán a unos agentes de paisano en un coche camuflado. Se quedarán en la puerta los dos. Tendrán comunicación con la base cada media hora y relevo cada seis horas —explicó y se agachó para estar a la altura de su hermana—. Ahora vete a descansar. Hablamos más tarde. ¿Ok?

Ella asintió sin pestañear.

Poco después, Karla y Álex iban de camino hacia la masía. La lluvia no daba tregua: otro día sufriendo las inclemencias del cielo caprichoso.

—¿Qué piensas que pasará mañana? —preguntó Karla.

Álex miraba por la ventanilla. La autopista estaba despejada. Los limpiaparabrisas intensificaban su trabajo cuando el coche adelantaba algún un camión y arrojaba más agua al coche. A pesar de la velocidad reducida, con la acumulación de agua en la calzada costaba ver las líneas blancas.

Karla no obtuvo respuesta, bajó la música y repitió la pregunta.

Álex se dio cuenta de que le estaba hablando y bufó.

—Si lo supiera no estaríamos aquí, iríamos a ver al mayor Aragonés a explicarle el despropósito que tendrá lugar mañana —dijo resignado—. Pero aún no tengo dotes de adivinación. ¿Y tú?

Ella esperó unos segundos antes de responder.

—Confío en el juez, creo que es solo un hombre con poder que está desesperado por encontrar a su mujer. ¿No te parece? —replicó sin mover la vista de la carretera.

Él volvió a resoplar. Luego se frotó la barbilla.

—Que tenga poder no le da derecho a hacer lo que quiera.

Ella se puso a reír.

—Habla el que siempre cumple las normas. ¿Tengo que recordarte por dónde sueles pasarte el manual de la academia? —le espetó su compañera.

—Eres una exagerada —dijo él.

—No pienso seguir con este tema porque acabaremos discutiendo —replicó casi molesta—. ¿Qué pasa, Álex, ya no crees en la sincera desesperación de un hombre? O peor, déjame que te lo pregunte, ¿ya no crees en el amor? —Álex se quedó unos segundos mirándola, perplejo, alargando la respuesta—. No, Álex, no vale tardar tanto tiempo en responder. Tienes que contestar lo primero que se te ocurra. Lo siento, no me creo tus respuestas meditadas... —añadió Karla.

Álex se rio y volvió a mirar por el cristal.

—¿No piensas contestarme? —insistió la compañera.

—¿Sabes qué? —dijo Álex—. ¿Te puedo ser sincero?

—No deseo otra cosa... —contestó ella, casi suplicando.

—El amor no es como nos pintan en las películas. Es más bien como una caja de bombones: la decoración de la caja casi nunca refleja su interior. Es más, ni siquiera el aspecto de un bombón refleja lo que realmente tiene dentro.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó ella—. ¿Te refieres a Mary? ¿A Emily?... ¿O a mí?

Álex sacudió la cabeza.

—Me refiero a todo, Karla —le espetó él—. Me refiero a este trabajo. Me refiero a las personas que he conocido en Barcelona. Me refiero a la vida...

—¿Te refieres a mí! ¿Verdad?

Álex no se giró.

—Me refiero también a ti, que eres parte de mi vida actual, claro que sí.

—¿Actual? ¡Querrás decir *pasada*! —añadió ella.

—Sigues aquí, no te has ido —dijo él.

—No me refiero a eso... ya sabes a qué me refiero... —añadió ella.

Él se tomó unos segundos para responder.

—Esto es muy gracioso, ¿sabes? —continuó él medio sonriendo—. ¿Qué pasa, que ya no estás bien con tu chico?

Karla suspiró.

—¡Nunca he estado bien con él! Pero era el único que me calentaba las noches frías. ¿Tengo que explicártelo todo? ¡Maldita sea! —le espetó ella.

Álex sintió una punzada en el esternón. No se debía al café agrio, ni a la pasta con pasas que le había sentado mal por culpa de la reunión con el subinspector. No. Era algo más, algo recóndito y oculto, que se había vuelto a encender poco a poco y que cada vez le costaba más ocultar. Frente a los demás quizá sí, pero no frente a sí mismo.

Álex se movió en el asiento.

—No sé qué decirte...

—¿Tanto te cuesta decir lo que sientes? ¡Por el amor de Dios! —gritó Karla dando una manotada encima del volante—. El beso en el pasillo de la sala de interrogatorios. ¿Lo has olvidado? ¿Y el beso en el helicóptero antes de irme a Puigcerdà? ¿Todo eso no es nada?

—¡Claro que es algo, Karla! —gritó sin pensar, interrumpiéndola—. ¡Lo es todo! ¿Crees que no siento lo mismo que tú? ¡Pero no podemos, joder! No podemos... No podemos... —concluyó Álex tapándose la cara con las manos.

Karla lo miró. Intentó tocarle el pelo, pero en ese momento apareció un cartel que indicaba un área de descanso. A pesar de la lluvia, dio un volantazo y consiguió desviarse. Los coches que circulaban por detrás pitaron por el movimiento repentino de aquella conductora sin ley.

Se detuvo en el primer lugar que pudo y miró a Álex.

Karla quería una respuesta y algo más.

Iván y el agente Baldiri dejaron el despacho del director pensando que aquel hombre era un esnob encerrado en un geriátrico de oro y rodeado de pinos marítimos e hipocresía. Vivía lejos de la realidad, y los problemas externos le venían grandes.

Pero le venía más grande la intervención de la policía que mirar hacia otro lado por un simple listado de visitas. Ser el director de un centro así suponía elegir el mal menor.

Los agentes salieron dejando atrás al responsable del centro. Subieron al coche camuflado y dieron la vuelta al macizo de flores. Retrocedieron por el caminito de gravilla hasta la zanja de salida. Aparcaron al lado y bajo la lluvia insistente se acercaron al garito de seguridad.

El hombre que estaba dentro les abrió antes de tocar el timbre.

—Entrad, que está cayendo una buena —les dijo.

—Gracias, llevamos varios días con el pescuezo mojado —contestó Baldiri.

Iván se sacudió el agua del abrigo y miró al hombre que les había abierto. Era un vigilante en camisa gris, con una placa de una empresa de seguridad famosa. Un tipo de nariz pequeña y ojos adormilados. A Iván le llamó la atención que masticaba algo que no era un chicle.

—¿Quieren un café caliente? —preguntó el hombre.

Al cruzar la puerta del garito les pareció estar en el trópico. La temperatura era más alta de lo normal; al principio a los policías les gustó, pero luego se volvió sofocante.

—No, gracias —dijo Iván mientras se quitaba el abrigo—. ¿Le ha informado el director de por qué estamos aquí?

—Menudo pesado, ese —dijo mientras se sentaba en su sillón y se acercaba unas pipas a la boca—. Sí, me lo ha dicho.

Luego abrió un Excel en el ordenador e imprimió una hoja. Se acercó a la impresora y la cogió.

—Aquí tenéis —afirmó el hombre con restos de pipas en la boca.

Iván lo observó atónito y cogió el documento. Solo había tres líneas.

—¿Qué es?

—Las visitas del miércoles, ¿no? —contestó el de seguridad.

—¿Solo tres personas vinieron?

El de seguridad se acercó para comprobarlo.

—Sí, ¿hay algún problema?

—No sé, pensaba que serían más.

Este se rio.

—Esta gente los deja aquí y se olvidan casi de que están —susurró el hombre—. ¡Shhh! —dijo después, apoyando el dedo índice en su boca.

—¿A qué te refieres?

—Pues que nunca vienen a verlos, hay muy pocas visitas —dijo y se estiró en el sillón—. Este es un trabajo tranquilo —concluyó comiéndose una pipa.

—¿Tú conoces a esta gente? —preguntó Iván.

—Pues claro, amigo, piensa que llevo aquí más años que ese imbécil —dijo refiriéndose al director.

—¿Y nos podrías decir quiénes son estas personas? —contestó acercándole la hoja.

El vigilante de seguridad se colocó las gafas y se acercó la hoja.

—Verás. La primera es la nieta de la señora Torres. Una chiquilla joven, con un BMW descapotable, solo viene para que la incluyan en el testamento, nada más —dijo y levanto la mirada—. Está muy buena y a veces se queda un rato hablando —dijo con libido en los ojos.

—Sigue.

—La segunda persona es el abogado del señor Dander. Viene todos los miércoles, no falla nunca. Solo si Navidad cae en miércoles.

—¿Y la última?

—La tercera visita del miércoles pasado fue la hija del señor Pi. Otro empresario, pero este del textil.

Iván se giró hacia Baldiri y este se encogió de hombros.

—Es decir, que a esta gente la conoces.

—Como mis bolsillos.

—¿Y no podría haber entrado nadie más a visitar a algún huésped?

—Imposible.

Al agente le resultó curioso que hiciera la misma afirmación que el director.

—¿Por qué es imposible?

—Porque lo tenemos todo vallado y con cámaras en cada centímetro del perímetro...

Iván pensó un segundo.

—¿Y de noche?

—Tenemos infrarrojos.

—Ok, si no es una visita, ¿podría haber sido una persona que se haya hecho pasar por un profesional?

—¿Un profesional?

—Sí, no sé... un fontanero, un jardinero, ya sabes...

Él se lo pensó.

—Imposible —replicó.

—¿Otra vez imposible? —preguntó el agente.

—A todos los profesionales los conocemos y son los de toda la vida —dijo el hombre y se encogió de hombros—. Lo siento.

Iván asintió e hizo un gesto con la cabeza como para irse.

—Gracias de todas formas —concluyó Iván.

—Pero... ¿qué buscáis exactamente?

Iván dudó, pero después le explicó sin entrar demasiado detalles qué estaban buscando.

El hombre negó con la cabeza.

—Bueno, más o menos es lo que me ha dicho el director. Pues os equivocáis de lugar, chicos —confirmó el hombre de seguridad—. Puede que vuestra furgoneta se haya ido a la derecha hacia el pueblo.

—En fin, gracias igualmente —dijo Iván indicando el papel.

—Pero... —dijo el hombre de seguridad cuando ya estaban de espaldas para irse.

Los agentes se giraron y se quedaron pensativos.

—¿Pero?

—Pero si vuestra furgoneta finalmente ha girado a la izquierda y no ha venido aquí ni a ninguna casa de esta urbanización, puede que haya ido a otro sitio.

—¿Qué sitio?

—Un centro de trasteros —dijo el hombre y se metió otra pipa en la boca.

Las gotas picoteaban la chapa del coche. Los vehículos pasaban por la autopista en dirección Gerona. Karla había detenido el coche en el área de descanso para hablar con Álex. El motor seguía en marcha, con la calefacción puesta.

Karla bajó la música, que en ese momento estaba solo molestando.

Álex se había quitado las manos de la cara.

—¿Me miras? —lo exhortó Karla—. ¿Me miras, por favor?

Él se giró. Sus ojos estaban teñidos de un ligero color rojo y brillaban. En ellos aparecía toda la fragilidad de un hombre llevado al límite por la situación, a causa de sus emociones.

—No te entiendo —dijo ella.

Él se puso a reír. Una risa forzada por la ironía de la situación, fruto del estrés.

—A veces no me entiendo ni yo mismo —susurró—. No podemos estar juntos, Karla...

Ella suspiró de rabia.

—¿Pero, por qué? ¿Por qué demonios no podemos? —dijo ella—. Si no sintieras algo no estarías aquí. Mírate, ¿por qué lloras? Dime, por favor, hazme participe de lo que piensas, de lo que sientes... ¡Por favor!

Álex se giró hacia ella y le cogió una mano. En el momento en el que se tocaron, Álex regresó al tiempo de la academia de los Mossos. A las noches en vela estudiando. Y a otras pasadas mirándose, rozándose, disfrutándose.

Esa juventud que ya no volvería y que tanto les regaló. La presión en el esternón se intensificó.

—¿Te acuerdas de que era al revés?

Ella arqueó las cejas.

—Cuando nos conocimos, yo tenía coche y te venía a buscar... —dijo Álex.

Ella se rio. Álex le pasó una mano por su pelo moreno. Cogió un mechón y lo recorrió dulcemente hasta las puntas, haciéndolo pasar entre sus dedos.

—¿A esa tartana la llamas coche? —dijo ella, mirándole con la misma expresión de esa época pasada.

—Esa “tartana” —dijo Álex e hizo en el aire unas comillas—, nos llevaba, al cine, a clases y a más... cosas.

Ella, al recordar los detalles que se despertaron en su interior, se mordió el labio inferior.

—Esa noche de San Juan, ¿te acuerdas? Nuestra primera vez —respondió Karla. Sus ojos desprendieron los mismos destellos de los fuegos artificiales de esa noche—. Recostados en el capó. Cuánto te costó cogerme la mano, eras tan comedido. En cuanto me tocaste se me detuvo el corazón. Pensé que era imposible que eso estuviera pasando. Que a lo mejor te gustaba. Que no era solo una ilusión mía, sino que era verdad. Desde que me cogiste la mano, ya no me

acuerdo de nada más de los fuegos. Me giré, te estuve mirando durante el resto del tiempo. Ni te diste cuenta. Hasta que, una vez acabados los fuegos, te giraste. No me acuerdo por cuánto tiempo nos quedamos con la vista fija el uno en el otro. Entonces algún ángel te dio el impulso final... y me besaste —concluyó ella pasándose la lengua sobre los labios.

Álex, que escuchaba con suma atención, veía pasar esos momentos en sus pupilas. Volvía a revivir los instantes que estaba recreando Karla. En el rostro de la bella mujer que tenía delante, habían pasado años, desilusiones y alegrías. Pero a pesar de alguna preciosa arruga que había aparecido, la compañera de la academia seguía teniendo el mismo encanto, pensó él.

—¿Y luego? ¿Te acuerdas luego? —preguntó él.

—¿Cómo podría olvidarme? —replicó ella—. Luego me invitaste a seguirte y a entrar en el coche. Me acuerdo que lo tenías todo preparado —dijo ella mientras se reía.

También Álex rio, sin perderse ni una palabra.

—Tumbaste los asientos traseros y entramos por el portón del maletero. Pusiste música, ¿te acuerdas?

—*Seal* —añadió él.

—Exacto. *Kiss from a Rose*. Tenías preparado el CD —dijo y dio un profundo suspiro antes de seguir— Me pediste permiso para continuar, tus palabras fueron: “¿Te importa?”

—¿Te importa? —repitió Álex—. No me puedo creer que dijera eso.

—Te lo juro, lo dijiste...

—¡Dios! Qué patoso, cómo se puede decir eso...

—Pues a mí me encantó. Eras tan tierno, tan mimoso.

—Bah, no digas eso, eso es de pardillo —afirmó él.

—No es verdad, fue precioso. Ahora no te hagas el duro, porque puedes tener más graduación que yo, o más canas, pero tu esencia sigue siendo la misma —confirmó ella.

Se quedaron en silencio durante unos instantes. La lluvia seguía fuera, dando un aura romántica al momento.

Ella avanzó unos centímetros hacia él.

—¿Qué más pasó? —preguntó él.

Ella tragó saliva y se humedeció los labios.

—Me quitaste los pantalones...

—Menuda desfachatez.

Ella puso los ojos en blanco.

—Y me subiste la camiseta, pero sin que llegara a verse el sujetador.

—¿Luego?

—Luego me pasaste la lengua por el ombligo y fuiste bajando, apartando mis braguitas.

—De eso me acuerdo, y me acuerdo de que tu cuerpo demostraba que tenías muchas ganas...

Ella hizo una mueca con la boca, y mientras se dio cuenta de que los pantalones de Álex se estaban hinchando.

—Luego me acabaste de desnudar y yo a ti —dijo Karla—. Y me hiciste el amor. Dulce. Romántico. Con cuidado de que nada se estropeará. Acunados por las notas del cantante americano.

—Fue precioso. La mejor noche de San Juan que recuerdo —añadió Álex.

Álex se fue acercando hacia Karla, quedándose solo a un palmo de su boca. Ella le miraba los labios.

—Esto es insufrible —susurró ella.

Se acercaron más.

Karla controlaba la distancia con la boca de él y la expresión en sus ojos.

Hasta que sus labios se volvieron a tocar y ella apoyó la mano en su pierna.

Álex sintió en su estómago los fuegos de artificiales de esa noche de San Juan. La emoción de las mariposas que con su aleteo le obstruían la garganta, impidiendo respirar. Se quedaron así, besándose, por tantos minutos que perdieron la noción del tiempo.

Mientras el coche de la policía los llevaba al hotel, Ana Cortés no se perdía ningún movimiento de Javier.

Se giró, mirándolo disimuladamente por el rabillo del ojo. Allí estaba, alto y con buenos modales. Bajo las mangas de la camisa le sobresalía un tatuaje en forma de dragón a color. A Ana, esos dibujos en la piel nunca le habían gustado, y menos en un hombre. Pero en él era diferente. Los encontraba atractivos, aunque ella no lo quisiera admitir.

Javier, a su lado en los asientos posteriores, generaba una aura de tranquilidad que los agentes de policía no conseguían. Ana no era vidente ni médium, pero esa presencia la sentía igualmente.

Por la ventanilla no reconocía ningún edificio, ninguna calle; ni siquiera si seguían en Barcelona. Estaba segura de que no habían salido de la ciudad e iban hacia el hotel, pero aún así se sentía perdida.

Entre calle y calle perpendicular a alguna avenida pensó que esa sensación se estaba convirtiendo en familiar. No saber a dónde iba, tener personas que la llevaban a un sitio y a otro. Cuántas veces Alberto la había llevado donde ella necesitaba. A veces, también Álex. En otras ocasiones los de la secreta, en el programa de testigos. La sensación de estar a la merced del viento comenzaba a hacerse un lugar en su vida, como un bolso nuevo, como un hábito recién adquirido.

El coche se detuvo delante del hotel. Ese lugar lo reconoció; era el mismo en el que habían dejado las maletas. Un policía le abrió la puerta y la acompañó hasta la puerta. Por un segundo se sintió importante, como un político, o una cantante de pop.

Javier entró el último, mirando a su alrededor como un guardaespaldas.

El chico de la recepción confirmó que habían hecho los cambios que les había pedido Álex. Abrió paso y mientras estaban en el ascensor, antes de que se abrieran las puertas, les confirmó que también habían trasladado las maletas de habitación. Cuando lo dijo, a Javier ese detalle no le gustó, y Ana se dio cuenta.

Siguieron por el pasillo y entró primero un policía, seguido por Javier. Inspeccionaron las habitaciones y revisaron las maletas, prenda por prenda.

Luego los agentes los dejaron y se fueron a sus puestos. Uno sentado en el pasillo y el otro dando vueltas por el hotel, asegurando el perímetro.

—Lo importante es que no cierres la puerta desde el interior —dijo Javier mirando a Ana y cerrando las dos puertas que comunicaban las dos suites—. Te dejo un poco de intimidad, estarás cansada.

Ana se había sentado en el sofá de la habitación.

—¿Ya te vas? —dijo ella.

Él se detuvo.

—¿No estás cansada? —preguntó.

—Mucho...

—Pensaba que apreciarías un rato de tranquilidad... —contestó él.

—Apreciaría mucho más tu compañía —contestó Ana mientras sentía cómo sus pómulos se sonrojaban.

Él se quedó quieto.

—¿Te apetece sentarte aquí? —preguntó ella indicándole la butaca de delante—. ¿Y me haces un poco de compañía?

Él aceptó. Dejó las puertas abiertas y entró. Lo primero que hizo fue acercarse a la ventana, apartar las cortinas y observar el entorno con detenimiento: el tráfico, las ventanas de los edificios de enfrente, los transeúntes y todo movimiento extraño que pudiera aparecer.

Una vez hecho esto se quedó más tranquilo y aceptó a sentarse en la butaca de la criminóloga. Se arregló la camisa, estirándola hacia abajo mientras subía la barbilla.

—¿Siempre tienes tanto calor? —preguntó Ana.

—¿Calor? Esta habitación está a una temperatura insoportable —respondió Javier.

—¿Eres una estufa humana? —preguntó Ana mientras aparecía en su rostro lo que podía parecer una sonrisa.

El inspector se encogió de hombros.

—Creo que no, pero siempre he tenido problemas con eso —confirmó.

—¿Problemas? —preguntó Ana—. ¿A qué te refieres?

Javier se rascó por detrás de la cabeza. Mientras lo hacía, hizo de forma involuntaria una mueca con su cara mientras bufaba.

—Si te molesta dejo de preguntar —replicó Ana.

—No, no pasa nada. Solo es que me cuesta hablarlo...

—Si te hace sentir más cómodo, te lo remarco, no te estoy psicoanalizando —aseguró Ana.

Él hizo una mueca de risa.

—Solo algunos problemas de adaptación a esta extraña sociedad, nada más —aseguró él.

Ella no perdía un gesto del hombre.

—Vaya, no te hacía con tales problemas —afirmó ella—. De hecho, todo lo contrario.

Mientras Ana decía estas palabras, su estómago comenzó a hacer ruidos, como un portón con las bisagras oxidadas. Se acarició la barriga.

—¿Tienes hambre? —dijo Javier mientras miró el reloj—. No soy médico, pero creo que deberías comer. Es tarde y hemos desayunado hace mucho rato —añadió mirando el reloj.

Ella asintió mientras notaba que el bebé le daba unas pataditas.

Javier le acercó el menú del servicio de habitaciones. Lo miraron, con la misma cara que miras una cartelera del cine y te decepciona ante la oferta.

—Vaya. Casi es mejor un McDonald's —dijo Javier—. ¿Qué te apetece?

Ana decidió lo que quería, Javier llamó a recepción y le pasaron con el restaurante del hotel. De fondo se oía una música que no le transfirió mucha confianza. Hizo el pedido y colgó.

—Dicen que en diez minutos estarán aquí —confirmó él.

Ana sonrió.

—¿Quién es Javier Bustamante? —preguntó Ana como si él no estuviera en la sala.

Él se quedó mirando el techo hasta que encontró las palabras adecuadas.

—Un... —dijo y se interrumpió.

Se rio.

—¿Te da vergüenza decirlo? —preguntó ella.

—No. Sí. Bueno, a ver —replicó y volvió a reír—. Quería decirte que creo que Javier es un inadaptado, un insociable entre tanta mediocridad. Luego creo que es un tío leal. Desde hace demasiado tiempo veo cómo es de hipócrita la sociedad y cada día me gusta menos. Desde la educación que dan a nuestros hijos, la política, las instituciones gubernamentales, es todo una miseria completa y absoluta —dijo mientras alzaba las manos—. Lo siento, es lo que pienso.

—No, no. Es lo que quería saber, no la máscara social que uno se crea, sino la esencia. Y seguro que hay mucho más. Pero como primer apunte me sirve, creo.

Javier la observó con curiosidad por saber cómo reaccionaría la mujer.

—¿Por qué me has hecho esa pregunta? —dijo él.

Ella se lo pensó por un segundo y después de varios intentos por contestar, se decidió.

—Porque creo que eres un alma pura. Alguien que no se deja corromper por el sistema, por los superiores y ni siquiera por el tiempo. Eres fiel a tus creencias, no a las situaciones o conveniencias —dijo ella y luego acabó mirando hacia la ventana—. Eso es difícil de encontrar hoy en día. Eres una materia rara.

Él se encogió de hombros.

—¿Rara? Puede que sí, no sé —respondió algo torpe.

Se creó un silencio que duró por un par de minutos.

—¿Te he ofendido al preguntar eso? —preguntó ella temerosa.

—No, en absoluto. Entiendo que está en vuestro ADN.

Ella lo miró extrañada.

—¿A qué te refieres?

—Digo los psicólogos, que en vuestro ADN está el gen de la pregunta —contestó.

Ella se rio.

Él miró el reloj; había pasado más tiempo del que habían indicado desde la cocina.

—¿Y tú? ¿No preguntas nada? —replicó Ana.

—No me hace falta, te conozco muy bien —dijo y en ese instante tocaron a la puerta—. He leído todos tus libros.

—No me refería a esa parte... —susurró la mujer.

Acto seguido, Javier se levantó. Cogió la pistola de la funda de los pantalones y se acercó a la puerta.

Los agentes se acercaron al vigilante de seguridad del centro geriátrico, que acababa de abrirles una puerta que desconocían.

—¿Un centro de trasteros? —preguntaron al unísono.

—Sí, al final de la carretera.

—Pero no está indicado, ni señalizado. No aparece en ningún sitio.

—Es relativamente nuevo, no han hecho mucha publicidad, la verdad es que no sé cómo les va.

—¿Tienes el contacto de alguien de allí?

—No, ¿Me habéis tomado por las páginas amarillas? —dijo y escupió las cáscaras de las pipas.

Les indicó la dirección exacta para llegar y los agentes se fueron con el coche hasta el centro.

Las indicaciones eran exactas. Al final de la calle estaba el lugar. Un portón dejaba ver lo que había al otro lado: un espacio que recordaba a una pequeña placeta asfaltada. Desde esta se podía acceder con vehículos a una serie de garajes, todos con una puerta corredera de color gris oscuro y un número pintado con espray.

Los policías llegaron y pulsaron el timbre, que estaba al lado del portón. Nadie contestó. Iván insistió bajo la lluvia, pero sin éxito. Nadie contestó a sus llamadas.

En un cartelito se leía el nombre de la empresa que lo gestionaba; era de Sabadell. El horario de atención al público era en horas de oficina, hasta las diecisiete horas. Iván miró el reloj y comprobó que eran casi las ocho de la noche, el día había volado. Hizo una foto al cartelito y entró en el coche.

Apagó los faros y los limpiaparabrisas. Las gotas golpeteaban el techo del coche, creando un sonido meditativo.

Llamó al número de la oficina y el contestador le confirmó el horario que aparecía en la placa, debajo del timbre.

—Puede que estemos perdiendo el tiempo —dijo Baldiri.

—Puede, pero... ¿y si el sicario pasó por aquí?

—No tenemos pruebas, solo deducciones.

—Ya, pero y si...

—Conoces a los jueces, no quieren suposiciones, quieren hechos, pruebas...

—Ya lo sé, pero tengo una corazonada, Baldiri.

—Tampoco sirven las corazonadas con ellos.

—No hablo de ellos, hablo de mí. Esto puede que nos lleve a algún sitio.

—Estamos perdiendo el tiempo —confirmó Baldiri—. Vámonos, Iván, ya es tarde.

—Espera, antes tenemos que llamar a la jefa y explicarle todo esto.

—¿No se lo podemos explicar mañana?

—Mañana puede que sea demasiado tarde —dijo Iván.

Luego cogió el teléfono y llamó a Karla.

Ella contestó enseguida.

—Jefa, tengo que explicarte algo —dijo Iván.

El agente le explicó toda la trayectoria que había hecho, desde que encontraron el coche de Pedro Glock, hasta el centro comercial y el encuentro con el discípulo. Luego la visita al geriátrico y finalmente el lugar que tenían delante.

—Pueda que el discípulo tenga un trastero o un garaje aquí.

—Ya... —contestó Karla sin estar muy convencida—. Vaya, entonces no tenéis nada.

—Claro que tenemos algo, jefa, hemos llegado hasta aquí. Vete a saber qué tiene este tío metido en uno de estos trasteros.

Hubo silencio al otro lado. Baldiri le hizo señal de cortar y no insistir.

—Jefa, ¿y si viene esta noche y le pillamos?

—Ya nos gustaría. El intercambio es mañana, está todo organizado. Déjame pensar —dijo Karla—. Haced vigilancia allí. Hablo con unos compañeros para que os hagan el relevo en unas horas. Quedaos escondidos, y a ver qué descubris mañana. Si viene esta noche, cosa poco probable, estaremos preparados.

—Gracias, jefa. Aquí estaremos —confirmó Iván.

—Si no hay novedades, no me llames, ¿de acuerdo? —concluyó Karla.

—¿Qué? ¿Estás contento? —dijo Baldiri.

—¿A qué te refieres?

—En lugar de poder irnos, ahora tenemos que quedarnos aquí un buen rato más —le espetó y se acurrucó en su lado.

Iván no contestó al comentario. Arrancó el coche y lo aparcó en una zona al principio de la calle. A la vista tenía la entrada del centro de trasteros, suficientemente lejos y sin estar debajo de una farola. En el caso de que un coche pasara, vería un coche aparcado en la calle, nada más.

Iván se quedó despierto durante las tres horas siguientes. Su compañero se colocó una manta sobre las piernas y se quedó dormido. La lluvia fue la única compañía de Iván, que no se perdía ni un detalle del centro. Hasta que, a las once de la noche, recibió la llamada de los compañeros de guardia. Le informaban de que iban de camino. Los sustituyeron sin bajar del coche, siguiendo el protocolo habitual.

Después, Iván y Baldiri se fueron, dejando el testigo a sus compañeros.

El tiempo se había esfumado para Karla y Álex, como el recuerdo de esa noche de San Juan. El beso, que al principio fue tímido, se convirtió en apasionado.

Álex cogió a Karla por la nuca y empezó a besarla cada vez con más pasión. Era un río de amor atrasado que bajaba por una ladera seca y cogía velocidad por segundos.

Él le apartó la chaqueta de piel de un hombro.

Karla se separó de su boca y miró a su alrededor: un parking de camiones no era un lugar adecuado para lo que estaba brotando de nuevo.

—Aquí no, Álex —murmuró.

Él siguió besándole el cuello y tocándole el sujetador.

—¡Uff, para, no puedo con esta tortura! —dijo ella con placer—. Si no podemos acabar mejor que lo dejes.

Él hizo caso omiso y siguió acariciándola. Volvieron a besarse.

Justo en ese momento la bocina de un tráiler rompió el hechizo que se había creado, separando a los dos amantes de un sobresalto.

Los dos se giraron hacia atrás. Un tráiler extranjero estaba intentando pasar. Karla, por las prisas, había aparcado en medio del acceso de la zona de descanso.

—Mierda. ¡Justo ahora! —masculló y miró a Álex.

—Nada —dijo él desilusionado y miró el reloj suspirando—. Vámonos, se está haciendo muy tarde.

Karla dio un manotazo en el volante y arrancó.

—Eso es más mío que tuyo... —afirmó Álex.

—Lo malo es lo primero que se pega.

El coche camuflado salió del área y se metió otra vez en la autopista.

El tráfico era nulo, solo algún tráiler que surcaba una autopista que era una capa de agua y de alquitrán.

Se quedaron en silencio hasta llegar a la salida que los llevaría a la masía del intercambio. Ninguno de los dos supo interpretar la situación. Cada uno se preguntaba qué sentía el otro, pero sin atreverse a exteriorizarlo.

—¿Qué piensas? —preguntó finalmente Álex.

Ella apartó la vista del frente un segundo para mirarle.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes qué quiero decir, Karla —dijo él—. ¿Qué te está pasando por la cabeza?

—¿Quieres saberlo? —gritó ella.

Él se quedó sorprendido.

—Que soy un puto juego para ti. Eso es lo que soy. Que estás tonteando conmigo y con la periodista inglesa esa de las narices —dijo casi llorando—. Me siento mal, vale. Te deseo a ti, pero tú estás con otra y yo... bueno, ya sabes. ¡Y me pregunto por qué no estamos juntos! ¡Maldita sea! —acabó gritando y explotando en un llanto.

No pudo seguir conduciendo. Paró en el aparcamiento de un edificio, fuera del tráfico.

El GPS del móvil de Karla marcaba dos kilómetros a destino. No obstante, tuvo que aparcar.

Se sacó un pañuelo y secó sus lágrimas.

Álex se quedó mirándola, inerte, con las cejas arqueadas.

—¿Estás bien? —preguntó con ternura.

Acercó su mano a la suya y ella la rechazó.

El silencio se coló en el habitáculo, igual que la desesperación. La mujer sacó toda la impotencia acumulada de varios meses que llevaba dentro.

Al ver a Karla así, Álex sentía en su interior esas mismas mariposas del principio, que ahora se habían convertido en dolor. No lo soportaba. Pero le estaba costando reaccionar mucho más de lo que se imaginaba. Al final se decidió.

Cogió el móvil. Entró en los contactos y llamó a uno.

—Sí, muy bien, llama, llama —dijo Karla desafiante entre sollozos—. Evade esto, como siempre.

Karla, cabizbaja, cogió otro pañuelo y se resignó a que Álex no dejara el móvil.

Eso siempre se lo había dicho, que le prestara algo más de atención. El móvil era uno de los peores compañeros de viaje de una pareja y robaba mucho tiempo.

Álex insistía con su llamada. Su expresión era firme, iba apretando las mandíbulas, creando un pequeño surco en las mejillas que, a pesar la barba descuidada, se podían apreciar.

—Nada —dijo finalmente Álex.

—¿Nada qué? —replicó Karla.

Él no respondió. Entró en una aplicación de mensajes instantáneos y apretando un botón se acercó el móvil a su cara.

—Emily, soy yo, Álex. Te he intentado llamar varias veces en estos días. Esta es la última. Llevamos demasiado tiempo separados y sin hablar. Tú con tu vida a miles de kilómetros de distancia y con un horario y una vida diferentes. Desde que en Nueva York te dije que no me iría a vivir a Londres, todo cambió. Tampoco hicimos nada para remontar la situación. Eso solo quiere decir una cosa; que nuestra relación no era lo que pensábamos. Lo siento —dijo y se tomó un segundo de silencio con la voz entrecortada—. No te puedes creer lo que me duele tu silencio, pero esa ya es una respuesta. Lo siento, lo lamento, pero no voy a ser yo el que te detenga, eres una gran periodista y vas a triunfar, no tengo dudas. Pero será sin mí. Creo que lo nuestro se ha acabado, definitivamente. Se acabó hace tiempo, pero pensé que era justo confirmarlo y dejarlo claro... Y no, no me gusta romper con una pareja con un mensaje, pero la distancia y tu ausencia no me dan alternativa. Hasta siempre Emily. —concluyó Álex y soltó el dedo, enviando el audio.

Luego suspiró. Dio un suspiro profundo, largo, que le supo a victoria. Tuvo la sensación de haber soltado una mochila cargada de hierro. Se sintió bien.

Se volvió hacia Karla, que se había girado doblando una pierna para ver mejor el espectáculo, desde su butaca en primera fila.

Sus ojos estaban aún más enrojecidos.

—Ya está. Para que veas —dijo y levantó el móvil—. Para que conste en acta.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

Él se quedó pensando haciendo una mueca con la boca.
—Ahora te toca a ti... —respondió él.

Javier se acercó a la puerta. En el momento más interesante de la conversación, desde el otro lado de la puerta, alguien había llamado a la puerta.

Javier se había acercado con la pistola en la mano. Con la experiencia en el hospital le bastaba; no quería repetir el mismo error otra vez.

Se colocó al lado de la puerta y se acercó el dedo índice a la boca, haciendo una señal a Ana para que estuviera callada.

Se quedó en silencio, escuchando los sonidos; desde fuera no se oía nada. *Debería hablar con el agente camuflado*, pensó Javier.

—¿Quién es? —preguntó con su voz profunda.

—Servicio de habitaciones.

—Déjelo en el suelo —aseguró Javier.

Desde el otro lado de la puerta no se oía ninguna voz, y al policía le extrañó. Pensó en la consistencia de las puertas y de su insonorización. Sin embargo, al entrar no le había parecido particularmente pesada. Algo lo estaba mosqueando; era la mosca de la incongruencia y del miedo, que se había colocado detrás de su oreja.

—Es mejor que me deje entrar, son varios platos y me debería firmar el ticket —se oyó desde el otro lado de la puerta.

La voz parecía de un chico joven.

¿Y si el discípulo de Néstor estaba al otro lado? ¿Era posible que el hombre más buscado de Barcelona se hubiera escabullido de todos los controles y pudiera presentarse tan fácilmente delante de esa puerta?

Si fuera así, ¿estarían bien los agentes que los protegían?

Una gota de sudor comenzó a bajar por la espalda de Javier, junto con una creciente sensación de pavor. Al mismo tiempo, deseaba que se tratara del mismo hombre que le había asestado un golpe en la cabeza con la bandeja metálica, en la habitación del hospital.

Mejóro la posición de la pistola.

—¡Agente! ¿Está usted bien? —gritó Javier.

Del otro lado hubo un momento de silencio. Ese silencio no le gustó a Javier.

—Sí, sí, todo bien.

Al policía le pareció forzado y algo le dijo que eso no iba bien.

—¿Puede firmar usted por nosotros? —preguntó Javier.

—Se lo he dicho, pero parece que tiene que firmarlo usted... —contestó desde el otro lado de la puerta.

Estuvo a punto de permitir que pasara, pero otra idea le vino a la cabeza.

¿Y si el agente de guardia estaba coaccionado con una pistola? Esta vez no fallaría. El discípulo, o quienquiera que fuese, no fallaría con su objetivo. Podía estar apuntando con la pistola al agente, haber matado al otro que supervisaba el perímetro y entrar con ganas de sangre.

Pero si el discípulo tenía sed de muerte, Javier tenía afán de venganza.

Apretó el martillo de la pistola.

Se giró hacia Ana. Se podía ver perfectamente que ella también estaba en estado de alerta, agarrada a los brazos del sofá, a punto de levantarse y huir.

Él le indicó con la cabeza que se metiera en el lavabo.

Esperó a que la mujer desapareciera y entonces retomó el control de la situación.

—Pase. Por favor, abra la puerta lentamente y pase —ordenó Javier.

La puerta no tardó en abrirse, respetando las indicaciones del policía. En cuanto hubo el espacio suficiente, el cañón de la pistola salió y se apoyó encima de la frente del visitante.

Este no se lo esperaba y se detuvo, mirando el cañón apoyado en su piel y bizqueando un poco.

Después se oyó un ruido de dos vasos que tintineaban. Javier no entendió enseguida qué era hasta que abrió la puerta con la otra mano.

El joven, vestido de traje, sujetaba una enorme bandeja con tres platos, vasos y botellas. Estas estaban entrechocando por el temblor de la muñeca que lo sostenía. La botella de Coca-Cola golpeaba con la de agua de Vichy que había pedido Ana.

—¿Quién eres? —espetó Javier, como un actor de película del viejo oeste.

—Ju... Juan, el camarero de la cocina —dijo el chico temblando.

Javier lo repasó por completo.

—Está limpio, inspector, lo hemos controlado —dijo, con un tono de obviedad, el agente sentado, mientras con los dedos pasaba fotos en alguna red social.

Javier gruñó.

—Pasa. Déjalo en la mesa de allí —dijo sin quitarle de encima la pistola.

El chaval se fue acercando a la mesa sin perderle ojo.

—Mira por dónde vas, o tendrás que volver de nuevo a traerlo —espetó Javier.

El chico apoyó la comida en la mesa de la suite de la criminóloga. Luego se acercó al hombre que le apuntaba, sujetando un bolígrafo y una hoja de papel.

Javier bajó el arma y se lo firmó.

—¿Quieres propina? —preguntó con el mismo tono que cuando había entrado.

—No, no, me voy volando —contestó y salió sin coger el bolígrafo.

Javier cerró la puerta con aspecto de querer fulminar al agente con la mirada. Dio dos giros de candado. Luego le indicó a Ana que podía salir del lavabo.

Guardó la pistola y se acercó a la mesa.

Se sentaron a comer y en pocos minutos los platos quedaron relucientes. En cuanto se sintieron saciados, Javier cerró la puerta que comunicaba las dos habitaciones y dejó descansar a la criminóloga.

Se dio una larga ducha caliente. Luego se recostó en la cama y fue repasando la operación del día siguiente. Entre sus pensamientos, recordó algunas situaciones ocurridas y le hicieron reír. Eso le extrañaba: hacía mucho tiempo, casi demasiado, que no se reía. Sin embargo, al mismo tiempo que le extrañaba, le estaba gustando.

Se durmió con la imagen de su hermana, que sonreía. Ya no era una foto en una pared de víctimas de un asesino, sino la de un ángel. Sabía que ya podía estar más tranquilo, porque al

menos la justicia había hecho su trabajo.

Gina Bustamante era libre para siempre, pero ahora Javier se enfrentaba a un reto igual de retorcido: proteger a la hermana de Álex Cortés y atrapar al Discípulo del Asesino del Criptograma.

Veintiocho de febrero, *El día de las segundas oportunidades*.

Así acababa de bautizar Álex ese día.

Tardaron más tiempo del esperado en llegar hasta el final de su trayecto. Solo unos pocos kilómetros distanciaban Mas Albareda, la Masía, del lugar donde habían aparcado. Habían salido de Barcelona hacía casi tres horas. La lluvia había sido un impedimento, pero no fue el único motivo por el que se retrasó la llegada. Karla y Álex eran ahora dos personas diferentes, tras un cambio inesperado que ninguno de los dos había previsto.

Ambos se preguntaban cómo evolucionaría todo, y a qué velocidad.

¿Cómo serían sus vidas después de aquella conversación?

¿Tenían a su alcance aquello que siempre habían anhelado?

Eran preguntas trascendentales, pero tendrían que esperar para saber la respuesta. Había temas más urgentes que resolver en ese momento.

La masía se encontraba en una pequeña colina. Estaba compuesta por dos edificios: la casa y una torre.

La casa, con tejado a dos aguas, tenía los techos bajos y la fachada era de color blanco desteñido. Las ventanas eran pequeñas y de formas dispares: algunas cuadradas, rectangulares o en forma de arco, aunque todas rodeadas de piedra vista.

La torre, poco más alta que la casa, era de piedra, con base redonda y pequeños ventanucos. En el techo se veía una barandilla de hierro, que indicaba que era accesible.

Se llegaba hasta la masía por un camino de tierra. Una fila de madroños al borde delimitaba con los prados.

Karla aparcó el coche delante. Había agentes de los Mossos por la zona y varios coches patrulla controlaban el acceso a la construcción.

—Menudo desaprovechamiento —dijo Álex, aún sentado en el coche.

—¿A qué te refieres? —preguntó Karla.

—Una casa tan bonita y solo la usan para cosas así.

Ella no contestó.

—No tengo ganas de salir del coche, me quedaría aquí, mirándote —añadió Karla.

Él sonrió.

—Pero tenemos que salir... —contestó Álex con tono apenado.

Ella bufó como una adolescente y abrió la puerta.

Corrieron hacia la entrada principal y accedieron al edificio.

En cuanto estuvieron a cubierto, se zarandearon para quitarse la lluvia de las chaquetas. La

casa olía a cerrado y a humedad. El suelo era de baldosas, formando un mosaico que recorría todo el largo pasillo. En las paredes había cuadros con marcos dorados. La calefacción estaba encendida, pero a duras penas conseguía calentar ese espacio tan frío y húmedo.

Álex estornudó.

—Vamos bien. No te constipes ahora —dijo ella.

—¿El sargento Cortés? —preguntó un hombre uniformado dirigiéndose hacia ellos—. El subinspector Reixach me informó de su llegada. Lo estaba esperando.

—Sí —contestó Álex—. Y la cabo Ramírez.

—Claro que sí, por supuesto, bienvenidos —dijo el hombre y se detuvo a mirar a Karla.

Después de apretar la mano del sargento se giró para darle dos besos a ella, que alargó la mano mientras echaba su cuerpo hacia atrás.

—Mucho gusto —dijo Karla, evitándolo.

—Oh, sí, claro —respondió él, estrechando su mano con un tono decepcionado—. Su reputación la precede, cabo.

Ella se sorprendió.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Ups, perdón, me he dejado llevar —contestó.

—¿Usted es? —preguntó ella.

—Cabo Fernández Cayo, me han enviado para arreglar un poco las cosas aquí y no sé si lo conseguiremos, pero lo estamos intentando —contestó el hombre.

—Cabo Fernández, ¿me podría explicar a qué se refería con eso de que mi reputación me precede? —dijo ella molesta.

Él dio un golpe de tos.

Álex se vio cómo el hombre se estaba escabullendo de la pregunta.

—Bueno, quiero decir que es usted muy guapa y muy famosa en el Cuerpo —dijo y tosió otra vez—. Eso es todo.

Ella asintió y se cruzó de brazos. Su grado de sulfuración comenzaba a subir hasta niveles peligrosos. Álex lo pudo apreciar y supo que tenía que hacer algo antes de que la situación se le fuera de las manos.

—Bien, cabo. Por favor, decía que nos esperaba —dijo Álex. Luego cogió al hombre de un brazo y lo arrastró hacia el interior de la masía, en dirección contraria a Karla—. Dígame, ¿por qué nos esperaba?

Karla se quedó quieta.

—Dígame, ¿cómo lo tienen organizado para mañana? —añadió Álex.

El cabo Fernández Cayo les enseñó las instalaciones. La planta baja de la masía tenía muchas estancias; era casi un laberinto. En cada uno de los ambientes había un mapa colgado en la pared, indicando la ubicación y las salidas de emergencia. La cocina estaba siendo limpiada por el personal. Las despensas y congeladores estaban llenos de provisiones, suficientes para el tiempo indeterminado que podrían pasar allí dentro.

La armería, una vieja sala de estar con chimenea, se había cerrado con una reja metálica y aprovisionado de rifles de asalto y otras armas.

Todas las estancias tenían una cámara en el techo. Había también un cuartucho convertido en central de seguridad, con monitores y radios.

—Excelente, cabo Fernández, todo está perfecto, pero tengo una pregunta. ¿Dónde instalaremos al detenido? —preguntó mirando a su alrededor.

—Pues verás, en el lugar más importante —dijo orgulloso—. Por favor, síganme.

El hombre retrocedió hacia el pasillo central. Luego les invitó a subir en el ascensor y apretó el primer botón.

Las puertas se cerraron. El ascensor se movió, y Álex y Karla se lanzaron una mirada de complicidad que pasó desapercibida por el otro hombre.

La subida duró apenas diez segundos.

Karla fue la primera en salir. La primera planta del edificio eran dos espacios diáfanos, uno que daba a la parte anterior, donde se veía la entrada, y una segunda que daba a la parte posterior de la masía.

Álex se quedó observando por la ventana.

—¿Qué es esa construcción que se ve ahí? —preguntó.

—Son las cuadras y otras pequeñas edificaciones para almacenaje y no sé qué más. Lo siento, soy un pésimo guía turístico. Pero allí —dijo indicando el edificio más grande— era donde guardaban el ganado en el siglo pasado. Hace un siglo, esta masía era de un terrateniente, un visionario, un tal Jordi Vidal i Serra. Dicen que todo lo que se veía desde su torre era suyo. Un burgués republicano. Ahora esta masía está catalogada como patrimonio histórico y no se puede modificar nada. Fue donada por la familia Vidal a la Generalitat de Catalunya.

Las demás construcciones que se veían eran parte de ampliaciones posteriores, o eso le pareció a Álex.

—¿Dónde pensáis meter al detenido? —volvió a preguntar Karla.

—Uy, sí. Venid —dijo el otro cabo abriendo paso.

Fueron al otro espacio que daba a la parte anterior de la torre, donde habían instalado una jaula de cristal. Había una cama, una mesa y una pequeña mesita de noche. El espacio estaba perimetrado por una estructura de aluminio, un cristal doble y una puerta que permitía el acceso.

En el suelo y en la mesa había mosquetones para anclar al detenido por las esposas.

—¿Tienen pensado meterlo aquí dentro? —preguntó Álex.

—Sí —contestó el mosso con tono orgulloso—. ¿Qué les parece?

Álex se quedó observando la estructura unos instantes más.

—Un suicidio, pero no es cosa suya, tranquilo —dijo decepcionado.

Entonces le sonó el teléfono a Álex; era Iván.

Se apartó para contestar.

Karla se quedó delante de la jaula de cristal, esperando. Mientras, los ojos del otro cabo la estudiaban. No le había quitado el ojo de encima desde su llegada.

Después de varios minutos hablando, Álex regresó y guardó el móvil.

—¿Quién era? —preguntó Karla.

—Disculpe, es importante —dijo Álex mientras se alejaban de los oídos del otro policía.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Era Iván. Tiene novedades, cree haber descubierto un nuevo trastero de Néstor y del discípulo —dijo Álex cuando ya estaban alejados.

—Tenemos que ir —respondió ella.

—No, ya están ellos allí y nos informarán. Si encuentran algo, nos informarán. Nosotros tenemos que estudiar este lugar —dijo Álex y regresaron con el cabo.

—¿Todo bien? —preguntó el otro hombre.

—Sí gracias. Dígame, quería saber algo más...

—Pensaba que esa llamada que ha recibido era para darle malas noticias... —le interrumpió.

—No se preocupe, todo bien, gracias.

—Si es algo relacionado con esta operación, me incumbe también a mí y necesitaría saberlo —insistió el mosso.

Karla comenzó a enfadarse. Estaba a punto de saltar, pero Álex se adelantó. Dio un paso hacia el cabo y le clavó el dedo índice en el pecho.

—No me gusta, cabo, y menos aún si esta operación está en sus manos. Si fuera por mí, no habríamos accedido a participar en este maldito disparate. Aunque eso es cosa del juez y lo entiendo. Pero su amabilidad me apesta —concluyó y le arrancó el velcro con el número de su chaleco.

Acto seguido le hizo una foto y se lo devolvió.

—Toma, pégueselo usted mismo, cabo Fernández Cayo. Averiguaré hasta la última coma de dónde viene y a qué se dedica. ¿Está claro?

El hombre que tenía enfrente cambió de expresión. Cogió su velcro y se lo colocó nuevamente en el sitio. Luego chasqueó la lengua.

—Vaya, vaya, el otro también se ha pronunciado. Los rumores sobre usted también son ciertos, sargento —dijo y levantó las manos—. Todo vuestro. Mirad lo que queráis, pero sin tocar.

—Ya se puede marchar, cabo —añadió Karla indicando la salida con la mano.

—Apagad la luz al salir, por favor —ladró el cabo Fernández desde lejos. Su voz resonó como un eco en el hueco de las escaleras, junto al ascensor.

—Eso ha sobrado —dijo Álex a Karla.

—Maldita serpiente. No me puedo creer que tengamos personajes así en el cuerpo.

—Déjalo. ¡Centrémonos! —dijo Álex y se acercó a la ventana—. No sabemos qué demonios hay en los sótanos, si es que este lugar los tiene. Tampoco sabemos qué hay en los alrededores, ni tampoco si hay salidas o entradas que no controlamos.

—Mañana tendremos que repasarlo todo con los GEI —dijo Karla, y al momento comprendió lo que aquello implicaba.

Al escuchar esas palabras, Álex se entristeció.

—Sí, buena idea —dijo con un tono algo desconsolado—. ¿Hablarás con él?

Ella apretó los labios y miró por la ventana.

—No sé si lo veré... —afirmó poco convencida.

—Ahora la pelota está en tu tejado... —replicó Álex.

Entonces él la abrazó por detrás. Olió el perfume de su pelo, que hacía tanto que no olía tan de cerca. Pensó que a lo mejor la vida les estaba regalando una segunda oportunidad.

Entonces un ruido se fue acercando, cada vez más. Era un sonido conocido, pero Álex no lo reconoció en seguida. Pensó que podía ser un tractor, estando en medio del campo. Pero no; el ruido era demasiado potente. Podría haber sido un terremoto, pero la casa no se movía.

Dejó de abrazar a Karla y se percató de que el cabo los estaba observando desde fuera, bajo la lluvia.

El ruido se convirtió en un estruendo que retumbó por toda la masía.

Álex miró hacia arriba y vio pasar una aeronave comercial, justo sobre de ellos.

—¿Un avión? —preguntó.

—Claro, el aeropuerto... —dijo ella sin haberlo pensado antes—. El aeropuerto de Gerona, está a pocos kilómetros.

—Pensaba que estaba cerrado en invierno —aseguró él.

—No lo está, aunque tiene muy pocos vuelos —dijo ella.

—Vaya, esto podría complicar las cosas —dijo Álex y se quedó pensativo.

La noche pasó silenciosa, sin sucesos. Por la mañana, cuando Iván llamó a la patrulla que los había substituido, le confirmaron que nada había ocurrido: había amanecido, era el día del intercambio, y por el momento no habían notado nada digno de mención.

Pero el trabajo de investigación seguía. Iván recogió a Baldiri y fueron a la oficina de la empresa que gestionaba los trasteros. Los compañeros acababan el turno de vigilancia nocturna en pocas horas.

Encontraron el despacho en pleno centro, en un edificio que daba a una calle peatonal. Subieron hasta la tercera planta. Era un bufete de abogados. Los agentes comprobaron la dirección; aquello les extrañó.

—¿Cómo puede ser que sea aquí? —preguntó Baldiri.

—Es lo que marca la dirección... —confirmó Iván y apretó el timbre.

Una voz de mujer contestó.

Entraron y enseñaron la placa.

La chica de la recepción les dejó pasar a un despacho. Los ventanales eran estrechos y altos, como los techos del viejo edificio.

—Buenos días —dijo una mujer elegante que entró en la habitación—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Mossos d'Esquadra, división de investigación —dijo Iván enseñando la placa.

La mujer la miró y se sentó.

—¿Y bien? —replicó ella.

—Necesitamos una lista de las personas a las que habéis alquilado vuestros garajes.

—Lo siento, eso no es posible.

Iván bufó.

—Le pido por favor que no me haga perder el tiempo. ¿Necesita que una orden judicial? ¿Tengo que incomodar a un juez para esto también?

—Es que, aunque venga con un juez, no se la podría dar...

Iván no lo acababa de entender.

—¿Cómo que no me la puede dar?

—Es que no la tenemos.

—¿Cómo puede ser que no tengan un listado de los arrendatarios? —dijo Iván con tono contrariado—. ¿Me está usted tomando el pelo?

—No. Nosotros solo gestionamos esos trasteros para un cliente nuestro. Verá, los clientes son anónimos. Hacen un ingreso en una cuenta, con una referencia y nosotros no sabemos quiénes son. Fácil, secreto e indoloro. ¿Entiende?

Los dos agentes se miraron, perplejos.

Baldiri estaba algo contrariado y molesto, pero Iván no; a él le pareció que estaban más cerca de lo que pensaban. Eso era una buena señal; el caso daba otra vuelta de tuerca, pero lo consideró un paso hacia adelante.

—¿Eso es legal? —preguntó.

Ella levantó una ceja.

—No es ilegal —confirmó, insolente—. Es el modelo más común en Estados Unidos de América.

—Ok, no nos pueden pasar el listado de los clientes, pero sí necesitamos las grabaciones de las cámaras de vigilancia... ¡Ahora!

La mujer torció la boca. Cogió el móvil y estuvo un par de minutos escribiendo a alguien que seguramente era su superior o incluso el dueño de los garajes.

—Necesito un email y se las enviamos —dijo ella—. Después, esperamos no necesiten nada más —dijo como una arpía.

Iván le dio su dirección y ella se la envió a alguien por mensaje. Luego se guardó el móvil y se levantó.

—Ya no me necesitan, ¿verdad? —dijo la abogada.

—Nosotros esperaremos aquí hasta tener las grabaciones, si no le molesta.

Ella soltó un sonido gutural y se acercó hacia la puerta.

—No tengo todo el día. Cierren la puerta al irse —dijo mientras salía, sin volver a mirarlos.

En cuanto cerró la puerta, Baldiri se acercó a Iván.

—¿Está muy buena, no? —musitó.

—No la hubiera soportado ni cinco minutos más —contestó Iván y en ese momento llegó un mensaje a su celular.

Lo abrió; eran las grabaciones.

El fichero era un solo video: el último mes, continuo. La imagen estaba partida en dos: la parte superior mostraba la imagen de la carretera y la entrada; la segunda la plaza.

Retrocedieron hasta el día anterior y sobre las ocho de la noche, vieron llegar el coche patrulla que conducían ellos.

—Confirmado, son las correctas —dijo Iván después de la comprobación.

Luego retrocedió hasta el miércoles de la semana anterior, a la hora en que Pedro Glock se encontró en el aparcamiento del centro comercial con del discípulo.

A partir de allí fueron avanzando rápidamente.

—Es la hora de la verdad... —dijo Baldiri.

La imagen corría y no aparecía nada. Pasaron varias horas de grabación y no había actividad en el centro de garajes. La investigación de dos días se estaba esfumando, cuando un punto blanco apareció en la pantalla.

—Mira, mira esto —dijo Iván.

El punto blanco apareció, parado, al inicio de la carretera.

—¿Qué es? —preguntó Baldiri.

—Apostaría que el conductor se detuvo para ver si alguien le seguía... —confirmó Iván.

La imagen continuaba hasta que el punto blanco pixelado se convirtió en una furgoneta blanca que se colocaba delante del portón. Esperó y se abrió el portón, sin que el conductor bajara del vehículo.

El vehículo avanzó unos metros y se detuvo. Esperó a que se cerrara el portón y avanzó hasta la mitad de la plaza. Luego retrocedió hasta colocar la furgoneta delante de un garaje. De la

furgoneta bajó un individuo, que se tapó la cara y subió persiana del garaje. Metió el vehículo en el trastero y bajó la persiana otra vez. Una vez bajada, se vio el número de garaje: el cinco.

Los dos agentes levantaron la mirada.

—¡Bingo! —dijo Iván—. ¡Tenemos al hijo de perra!

—Hay que avisar a Karla de esto... —replicó Baldiri.

Aunque nacía un nuevo día, el sol no apareció.

Las nubes habían dejado de arrojar lluvia sobre la ciudad y la inclemencia de la intemperie daba una tregua. Barcelona llevaba varios días bajo el agua, y Álex también.

El despertador fue un martillo para sus tímpanos. Lo había puesto a todo volumen al otro lado de la habitación, por miedo a quedarse dormido. En un día tan importante, no había excusas.

Era el veintinueve de febrero, un año bisiesto, un año extraño y una misión desesperada.

La idea del juez para salvar a su mujer era la más desesperada y bizarra que Álex había oído jamás.

Recién levantado, se puso su bata y miró al cielo: no se veía ni una estrella, pero las previsiones habían cambiado, anunciando misericordia: no llovería. Encendió la máquina de cápsulas y se hizo un café largo en taza grande. Puso las noticias, con recelo. El canal regional de informativos veinticuatro horas no comentaba nada del Asesino del Criptograma ni de la operación que los esperaba.

Acabó de un sorbo el café mientras sonaba la segunda alarma; entonces se metió en la ducha. Una vez vestido con su uniforme personal, jersey negro y chaqueta de cuero, bajó hasta el garaje. Dejó aparcada la moto esa mañana y cogió el viejo descapotable, casi abandonado al lado de la comisaría por tantos días con el caso del Vampiro.

Salió del parking. Se metió en la Ronda Litoral, donde comenzaban las primeras retenciones.

La noche anterior se había dormido con dos ideas martillando en su cabeza: la primera y la más importante: ¿había hecho bien dejando a Emily? A pesar de seguir prendado de Karla, a su mente los cambios no le sentaban bien. Aun así, el pánico al error y caer otra vez en el mismo, era tan fuerte como sus latidos en un día de deporte.

La otra idea recurrente era el intercambio, al que había bautizado con el “El Suicidio”. Estaba convencido de que aquello no podía salir bien, pero viendo las medidas de seguridad que se habían tomado, a lo mejor se equivocaba. A pesar de eso, no podían permitirse bajar la guardia.

Dio varias vueltas antes de encontrar un aparcamiento.

«Maldito tráfico», se dijo en sus adentros.

Ya no soportaba el frío ni la escasez de aparcamiento: Álex anhelaba el regreso del calor para poder volver a usar la moto.

Entró en el Café Sirena y se tomó un café en una mesa apartada, con un ojo puesto en las noticias. Faltaban pocos minutos para el briefing de ese día. Se dio cuenta de que no tenía ni un mensaje de Karla. Después de la visita a la masía y lo que sucedió antes, esperaba alguna señal

de vida. Algo. Pero no había nada. La vería en breve, pero ella no era así.

¿Qué habría pasado? ¿Se lo habría vuelto a pensar? ¿Era el pánico a la realidad? ¿Estaba enamorada aún de Marcos? Álex se dio cuenta de que quizá podían haber discutido en casa y ella se había arrepentido. En ese caso, no volvería con él. Y la peor pregunta de todas era: ¿estaría el capitán Marcos Mendoza de los GEI en la operación?

No hubiera soportado ver a ese hombre. No podía competir con un pretendiente de esa talla, que pasaba cinco horas al día en el gimnasio como rutina diaria.

Pero Álex se dijo que todo eso no debía distraer su atención esa mañana. Dio el último trago al café y se fue caminando a la reunión.

La planta del grupo de investigación estaba vacía. El silencio solo era alterado de vez en cuando por la voz lejana del subinspector, que provenía de la sala del briefing.

La puerta estaba abierta.

—Entra, Álex. Aún no hemos empezado —dijo el jefe indicándole el lugar donde sentarse.

Álex miró hacia la sala, donde estaba todo el equipo. En segunda fila estaban Javier y su hermana; esta le dedicó una sonrisa. Sus ojeras habían desaparecido.

En primera fila estaba Karla, que le hizo una mueca maliciosa. Álex se sentó a su lado. No podía aguantar no decirle nada. La necesidad de saber cómo estaba y cómo había ido su conversación con Marcos era tremendas.

El subinspector comenzó a repasar los tiempos y las etapas que tenían que hacer ese día.

—¿Cómo estás? —le preguntó Álex a Karla, susurrando.

Una pregunta precipitada, insulsa, y abierta a respuestas de igual naturaleza: obvias, sencillas y vacías de significado.

—Bien, ¿y tú? —respondió Karla y volvió en seguida a escuchar lo que decía el subinspector.

La reunión duró unos escasos quince minutos, tenían que salir de allí lo antes posible. El jefe se apresuró e iba controlando el tiempo.

Repartieron una hoja con los tiempos y la ruta cambiada para acceder a la masía. Los agentes la leían con atención, pero Álex la cogió, la plegó y se la metió en un bolsillo.

—¿No te interesa, Álex? —preguntó el jefe.

Álex se rascó la nuca.

—No es que no me interese, es que es lo mismo de ayer, ya me lo sé de memoria... jefe.

—Deberías prestar más atención a lo estoy diciendo, esto va de salvar a una persona importante.

Álex bufó.

—Claro jefe, una persona tan importante como cualquiera... —contestó con retintín.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mosqueado el subinspector.

—Pues que, si llega a ser otra persona diferente de la mujer del juez, no habrían montado nada de esto... No es justo.

El subinspector se pasó la lengua entre los dientes y el labio superior. Tenía expresión de querer discutir esa mañana.

Karla, de forma disimulada, le dio un golpecito con el brazo a Álex. Por desgracia, no quedó nada disimulado.

—¿Volvemos a entrar en el tema, Cortés? —dijo el jefe—. Será mejor que te quedes.

—No, no, en absoluto. Con lo calentito que estaba en la cama, me he levantado muy pronto para venir. Ahora no me quedo aquí. Me encantará ver el teatrillo que has preparado... jefe.

El subinspector se puso completamente rojo, delatando las ideas y respuestas furiosas que debían de estar pasándole por la cabeza en ese momento. Sin embargo, no dijo nada.

Se quedó en silencio unos instantes y al final desistió. Seguramente, se había dado cuenta de que seguir con aquella conversación era como darse cabezazos contra un muro.

—Sigamos —ladró visiblemente enfurecido.

El plan era claro, pensó Álex: de allí irían a la prisión a buscar a Néstor y lo llevarían a la masía. Allí estarían esperando a que apareciera, como invocada por un hechizo, la mujer del juez, la señora Del Pozo.

Mientras tanto, en Santander, un dispositivo estaba ya listo para trasladar a la madre de Néstor Luna del penitenciario psiquiátrico al geriátrico Las Margaritas.

Todo muy fácil sobre el papel. Pero la realidad era bien diferente.

Álex pensaba en el discípulo y en las profecías de las plagas de Egipto que le había explicado Aarón, el erudito. ¿Cuál era la relación del intercambio con todo eso? ¿Cómo encajaba en ese rompecabezas? ¿Y cuál sería el desenlace?

Y lo peor de todo: si el último mensaje en clave de Néstor era cierto, aún aparecerían siete víctimas más.

Una palmada del subinspector, dando por concluida la reunión, devolvió a Álex a la realidad.

Todos se levantaron, con la típica pereza mañanera que precede al tercer café.

Mientras todos salían, Álex se quedó inmóvil, mirando Karla.

—¿Qué tal? —le preguntó otra vez.

—Bien, ya te lo he dicho —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Aquí no —susurró después.

Álex entendió que tenían que hablar, pero no era ni el lugar ni el momento.

De repente, una mano pasó por su pelo y se lo acarició. Su hermana, escoltada por Javier, apareció por detrás.

—Hoy tienes mejor cara —dijo Álex al verla de cerca.

—Sí, hemos descansado.

—No deberías venir —dijo él, tajante.

—¡Claro que iré! Ya lo sabes y no tengo ganas de discutir otra vez, hoy tienes otros asuntos más importantes —replicó ella, señalando al subinspector.

En ese momento entró un agente y fue a buscar al jefe. Álex se giró de repente. Aunque leer labios no se le daba del todo bien, no fue difícil entender las dos palabras: “tenemos problemas”. Y, por la cara que puso el jefe, se trataba de problemas muy graves.

Mientras Baldiri conducía, Iván hizo una llamada. Al otro lado no contestaban. Iván insistió sin parar hasta que alguien le contestó. En ese momento ya estaban a medio camino entre el despacho de los abogados y los garajes.

—Cortés.

—¡Por fin me contestáis! He intentado varias veces llamar a Karla y no consigo hablar con ella.

—¿Qué quieres, Iván? No estamos en una buena situación, como sabes.

—Hemos localizado la guarida del discípulo de Néstor.

—¿Qué me estás contando?

Iván le explicó lo que acababan de descubrir.

—¿Crees que el sospechoso sigue allí? —preguntó Álex.

—No, se fue a las pocas horas y no ha vuelto aún —confirmó Iván.

Del otro lado del teléfono hubo silencio por parte del sargento. El resto de sonidos eran ruidos de ambiente de los compañeros; un entrar y salir de puertas y ruidos metálicos.

—Por lo tanto, ¿me confirmas que no hay nadie, al menos a tu juicio? —remarcó Álex—. ¿Puede que haya una puerta trasera?

—Negativo. No hay puertas traseras, solo persianas frontales.

—¿Crees que podrían tener ahí dentro a la mujer del juez, retenida?

—No podemos saberlo hasta abrir la puerta. ¿Qué hacemos?

—¿Cómo es de grande ese garaje?

—Poco más que el espacio suficiente para una furgoneta.

—Ok, Iván. Entiendo que no hace falta que llamemos a los GEI, ¿verdad?

—No lo creo necesario, pero necesitaremos una orden judicial.

Al otro lado hubo silencio.

—No creo que el juez esté por la labor de dar permisos justo ahora —contestó Álex—. Nos la tenemos que jugar. Iván, si estás seguro, hay que seguir. Llama a los bomberos para que abran esa maldita puerta, tenemos que saber cuanto antes qué narices hay allí dentro. No solo eso: si dentro está la mujer, seguramente vuelva a recogerla para el intercambio. ¡Esto es un lio de narices! Tienes que mantener los ojos bien abiertos.

—Ok, yo me encargo —contestó muy serio.

—Tenemos que enviarte patrullas: una deberá estar de paisano en el acceso más cercano. Si el discípulo de Néstor se presenta, no puede notar nada hasta que se encuentre de bruces con el control policial.

—Espera, espera, entonces ¿qué quieres que hagamos?

—Un control policial, una emboscada —explicó Álex. A Iván le pareció que el ruido ambiental se reducía—. Si nuestro hombre se presenta allí y va a buscar a la mujer del juez, hay que tener una patrulla camuflada en el acceso y unas cuantas más cerca del garaje. Una trampa. ¿Me entiendes?

—Ya, pero ¿y si no viene?

—¿Y si va? ¿Y si has encontrado su madriguera?

Al formular esas preguntas se creó un silencio entre los dos policías.

—Venga, no tenemos nada que perder. Yo te mandaré las patrullas, hablo con el subinspector y tú encárgate de los bomberos. Y, sobre todo, Iván...

—Dime... —contestó, sacando pecho sin darse cuenta.

—Mantenme siempre informado. Esta investigación se ha convertido en una operación estratégica —concluyó y colgó.

Poco después, los bomberos llegaron al complejo de trasteros. Todo estaba dispuesto como había organizado Álex. A la salida de la autovía que llevaba a Sabadell Nord, una patrulla camuflada entre coches de residentes haría de chivato. Un puesto controlaba el acceso entrar en la urbanización donde se encontraban los garajes y el geriátrico. Dos furgonetas con agentes antidisturbios, con rifles en mano y cadenas de púas, estaban preparados para lo que pudiera pasar.

El camión de los bomberos entró en la explanada frente a los trasteros. Iván y Baldiri estaban acompañados por otros compañeros, dispuestos a entrar.

Un bombero sujetaba una radial. La lama comenzó a rodar, cada vez más rápido, generando un estruendo ensordecedor. El agente que serraba la puerta miró a Iván y le hizo un gesto con la cabeza, dándole un último aviso antes de entrar.

Antes de que llegaran, Iván controló en varias ocasiones el número del garaje para no equivocarse. Estaba seguro: era el número cinco. Acercó la oreja; en su interior no salía ruido alguno. Todo estaba en silencio.

Iván devolvió el mismo gesto al bombero, en medio del ruido.

Este comenzó a perforar la chapa como si fuera un cuchillo caliente en un bloque de mantequilla.

El agujero se creó más rápido de lo que esperaban. La plancha recortada por los tres lados estaba enganchada al camión de los bomberos y cayó hacia adelante.

Cuando tocó el suelo, el ruido fue tan fuerte que rebotó en las puertas de los otros garajes.

Iván y los otros agentes se encontraron frente a una brecha humeante, que les impedía ver el interior del espacio.

El mal tiempo había amainado, ofreciéndoles una corta tregua, y solo caía una fina llovizna.

Encendieron las linternas y el camión de los bomberos arrancó, arrastrando la chapa un par de metros.

La luz de las linternas iluminó el interior, dejando ver objetos habituales en un garaje doméstico.

—Señora Del Pozo, ¿está usted aquí? —gritó Iván mientras avanzaban hacia el interior del local.

Iván fue el primero en cruzar el umbral. Todos llevaban chaleco antibalas, pistola en una mano y en la otra una pequeña linterna.

Nadie respondió.

En el lugar donde había estado estacionada la furgoneta ya no había nada, aparte de una mancha de aceite de motor y marcas de neumáticos.

Los agentes se fueron adaptando a la escasa luz y fueron apareciendo con claridad los muebles que había en el interior: estanterías con ruedas, botes de aceite, cajas de cartón y herramientas para arreglar partes mecánicas.

Tras dar varios pasos por el garaje, Iván recibió una llamada por la radio.

—Aquí Gacela. Cambio —dijo un agente en la patrulla que estaba de centinela.

—Aquí agente Carnejo —contestó Iván.

—Está entrando en la urbanización una furgoneta que responde a las características indicadas.

Iván se detuvo.

—¿Puedes repetirlo?

Por la radio volvió a escucharse lo mismo.

—Ok. Puesto de control, ya sabéis qué hacer.

Dejó la radio y siguieron inspeccionando el trastero.

Antes de llegar al fondo había una mesa de trabajo, con herramientas colgadas en un tablero de corcho: destornilladores, martillos, llaves inglesas y una serie de sierras de mano, para metal y para madera.

—Esto no me gusta nada —susurró Iván.

—Mira esto —dijo Baldiri al compañero, mientras señalaba una manta que ocultaba un bulto contra la pared del garaje.

Iván le indicó que lo retirase. Él y unos agentes más apuntaron con sus armas hacia el bulto.

Baldiri lo retiró de golpe, dejándolo al descubierto.

Era un arcón de congelación que emitía un sonido sordo y continuo. El cable que salía de su parte trasera estaba enchufado a la corriente.

En el momento en que Iván lo vio, se sintió estremecer, aunque no fue por el objeto en sí, sino por un detalle concreto que le llamó la atención.

—Agente Carnejo, le tenemos—llegó un mensaje por la radio—. Tenemos al conductor de la furgoneta.

—Recibido, que no se os escape —dijo Iván.

De la junta de la puerta del arcón habían bajado unas manchas de sangre, que ya se habían secado.

Iván le indicó a Baldiri que la abriera. Este tragó saliva y con un pañuelo agarró el mango y lo levantó.

Una niebla blanca salió del arcón, ocultando por un momento su interior. Iván sintió un escalofrío. Este, sin embargo, no fue provocado por el frío intenso que sobresalió, sino por lo que vio ahí dentro.

Campamento diocesano de verano.

Junio 1997.

Pamplona.

El cura de Astilleros llamaba “campamento” a un aglomerado de tiendas de campaña. Un asentamiento más propio de las tropas romanas que de los chicos de una parroquia. Pero fuera lo que fuese, para Néstor eso era el paraíso. Nada de peleas, nada de borracheras ni gritos. Limpieza y orden, algo inaudito para él.

Pero el paraíso duró poco.

Durante su estancia allí, los días era siempre iguales: rezar, juegos, excursiones y actividades. Los grupos de niños habían venido de varias ciudades, todos del norte de España. Cada grupo iba acompañado por monitores y un cura. A cada niño le tocaba una colaboración diferente cada día de la semana.

Ese mediodía, a Néstor le había tocado lavar platos: había ollas, platos y vasos. Una montaña enorme, que debían limpiar entre él y unos cuantos más. El monitor enseñó a los más torpes cómo enjuagar, fregar y secar la vajilla.

Era una tarde tórrida. Néstor trabajaba, miraba y callaba. Pocas veces intercambiaba palabra alguna con niños; su timidez se lo impedía.

Una vez terminada la brigada de limpieza, se dirigieron a los juegos de la tarde, que estaban empezando. Se percató de unos chicos que lo miraban y hablaban entre ellos. Primero pensó que no se referían a él, pero se equivocaba. Néstor era el centro de atención.

Sintió una sensación extraña; se notó observado. Se sintió bien, algo nuevo en él. Se sonrojó y se marchó de la zona común de limpieza a un lugar detrás del campamento, donde dos árboles sujetaban unas cuerdas. Néstor tendió los trapos con los que acababa de secar las grandes ollas.

De repente se le acercó una chica. Néstor se quedó inmóvil, con las manos alzadas colgando el último paño.

Ella le dio la vuelta, en silencio.

Él la reconoció: era la chica más guapa del campamento. Una chiquilla de su edad, igual de alta. Pelo largo y rubio. Ojos claros. Largas pestañas y movimientos dulces y maliciosos.

—Hola —dijo ella con tono mimoso.

Néstor tragó saliva.

—Ho... hola —balbuceó, mientras bajaba los brazos, sintiéndose torpe.

Él se sonrojó.

—¿Qué haces? —preguntó ella, luego se puso un dedo en la boca y comenzó a morderse mientras él la miraba.

Néstor no contestó, solo encogió los hombros. Bajó la cabeza y la miró con timidez.

La niña llevaba una faldita corta, demasiado corta para un campamento diocesano. Encima, una camisita con un botón de más abierto, que insinuaba sus pechos prematuros.

—¿Cómo te llamas? —insistió ella.

Él contestó, balbuceando.

Ella se mordisqueó el labio y miró a su alrededor. Luego, se acercó al oído de Néstor y le dijo lo que pensaba en un susurro.

Él abrió los ojos de par en par, y sintió que se volvía a sonrojar.

La chiquilla se apartó.

—¿Te apetece? —preguntó ella con libido en sus ojos.

Néstor asintió mientras miraba al suelo.

—Bien, pues me voy, adiós —dijo y se fue.

Él, encogido y avergonzado, levantó la vista mientras la chica se iba, dando saltitos. Su pelo dorado se le balanceaba por la espalda. Con su caminar alegre, la falda se iba moviendo, como el telón de un espectáculo reservado solo para unos pocos.

Néstor se quedó en esa misma posición por un buen rato, valorando si lo que le estaba pasando era cierto o fruto de alguna alucinación provocada por los golpes de su padre.

Primero el campamento, y ahora eso que acababa de suceder: esas palabras mágicas que salieron de los labios de la chica.

El campamento podía verlo y tocarlo; sabía que era de verdad. Dedujo que, en ese caso, también podía ser real lo que acababa de pasarle.

A Néstor solo le quedaba esperar y rezar que la propuesta de la chiquilla fuera verdadera.

Iván seguía en pie, delante del congelador. Por aquel trastero de los horrores se difundió un silencio tétrico, de cementerio. Los bomberos, que habían hecho el agujero para entrar, se quedaron fuera a la espera de ver lo que ocultaba aquella cueva misteriosa.

El resto de agentes se asomaron, con miedo de lo que se pudieran encontrar.

El agente Iván Carnejo había estado en segunda línea durante todo el caso Néstor Luna. Había hablado con Álex e investigado muchas pistas, pero casi nunca se halló al frente durante las investigaciones de ese caso. Ese día, todo eso cambió. Esa mañana, el agente Carnejo estaba a punto de descubrir dónde ocultaban los cadáveres Néstor y su misterioso discípulo.

Iván había encontrado el video donde se podía ver al discípulo secuestrando a la mujer del juez. Al comparar los fotogramas con el video del hombre que bajaba un congelador en el trastero de Álex, en el que se encontró el cadáver congelado de su exnovia Mary, se habían dado cuenta de que la persona podía ser la misma.

Las muertes, los congeladores y los criptogramas eran una constante en aquel caso. Sin embargo, en ese garaje no parecía haber ningún criptograma: solo un congelador manchado de sangre.

Asomó la cabeza dentro del arcón cuando el vaho se disipó. La luz de la linterna iluminó el interior.

Iván examinó el congelador para asegurarse de que era así: no parecía albergar nada dentro. Pero las sorpresas no habían acabado todavía.

—Psss —dijo Baldiri, pasándose una mano por la frente—. Nos hemos librado de una buena.

Iván ni si quiera lo escuchó. Su foco investigativo no se centraba en las cosas que no había allí, sino en las que sí.

Se agachó y revisó el fondo del arcón. Las malas noticias eran que algo había estado allí, porque el fondo estaba teñido de rojo. Ese mismo líquido rojo y congelado manchaba también otras zonas del congelador, como un granizado de frambuesa.

Se levantó del mueble.

—¿Es sangre? —preguntó Baldiri.

Iván lo miró perplejo.

—No soy de la científica, pero me temo que sí —dijo y miró a los demás—. Acabemos de ver qué más hay aquí dentro.

Los otros agentes se fueron centrando en el resto de objetos y estanterías que había en la zona.

Iván se acercó a la mesa de trabajo y miró la pared, llena de herramientas colgadas. Iluminó

la sierra: tenía dientes gruesos, especial para la madera.

Acercó más la linterna hasta ver todas las irregularidades de la lama. Entre ellas, aparecían puntos más oscuros. Pensó que podía ser lo que estaba buscando, aunque solo la científica podría corroborarlo.

La mujer del juez no estaba allí, pero se les planteaban muchas preguntas.

¿Habría estado allí en algún momento?

¿Sería suya la sangre del congelador?

...Y la peor, si el cadáver no era ella, ¿quién entonces?

Tenía que informar a Álex lo antes posible. Además, sus compañeros habían interceptado una furgoneta.

—Aquí agente Carnejo, ¿tenemos furgoneta?

—Afirmativo. Está detenida —contestaron por la radio.

Miró el reloj y luego al compañero.

—Quédate, vengo enseguida —dijo a Baldiri.

Iván arrancó a correr. Salió del recinto de los garajes y bajó por la carretera. Llevaba aún la pistola en la mano. El tráfico había sido interrumpido por sus compañeros, y la carretera estaba limpia. El lugar estaba rodeado de árboles hasta llegar a las primeras casas.

Al girar la última curva, vio los coches del cuerpo, con las sirenas en marcha. Detrás había una furgoneta blanca detenida. Los Mossos le estaban apuntando. El individuo del interior estaba bajando del vehículo en ese momento.

—Date la vuelta lentamente —gritaba un agente con el rostro cubierto.

Iván se acercó hasta quedar a pocos metros de la escena.

Cuando el hombre se giró, se percató de la llegada del agente. Los dos intercambiaron una mirada. Luego bajó las manos, forzado por un compañero.

En el lateral de la furgoneta se leía: “Fontanería Sabadell”.

Iván comenzó a desesperarse; movía la cabeza de un lado al otro. No concordaba con el perfil del discípulo, y menos con esa rotulación en la furgoneta. En su opinión, aquel era solo un trabajador de una empresa de mantenimiento al que seguramente habían llamado para acabar algún trabajo.

Los ojos del hombre lo delataban: asustados, como los de un niño pillado en una pelea de patio en la que se había visto involucrado.

—Soltadlo, no es nuestro hombre... —musitó Iván.

Luego cogió el móvil y llamó a Álex para informar de lo que había encontrado. Cuando colgó, no supo descifrar si estaba aliviado o más preocupado que antes. Tenía que llamar a la científica para saber, de la manera más rápida y segura posible, de quién era la sangre del arcón congelador.

Caminando por la carretera que volvía al centro de trasteros, entre los árboles, pensó en lo que estaba sucediendo esa mañana frenética y en que no los había llevado a ningún lugar. El bloqueo del tráfico seguía, por orden de Álex. Él, sin embargo, no confiaba en que apareciera nadie.

Se sentó, mirando cómo los bomberos desenganchaban la plancha del camión y la dejaban en un lugar seguro.

Tenía que haber algo más importante en ese lugar.

Las palabras que Álex le acababa de decir por teléfono le resonaban en la cabeza: “Buen trabajo, pero estás en un callejón sin salida. Retrocede sobre tus pasos, algo se te ha escapado. Piensa para seguir avanzando.”

Iván se repitió durante varios minutos esas palabras hasta que algo en su cabeza se iluminó. Una idea, un resplandor, una visión probablemente absurda.

Sacó su móvil y buscó un contacto en la agenda. Llamó y le cogieron el teléfono enseguida.

—¿No me digas que tú también quieres algo urgente esta mañana? —dijo el compañero al otro lado del teléfono—. ¿Qué os pasa? ¿Os habéis vuelto todos locos?

—Hola, Alan, yo también me alegro de oírte —contestó con tono casi divertido, aunque luego se puso más serio—. Tengo una corazonada y eres el único que me puede ayudar.

El convoy salió de la comisaría de la Travessera de les Corts: tres patrullas de los Mossos, dos de ellas de paisano, y además dos furgonetas antidisturbios.

Eran algo más de las siete de la mañana; la peor hora para cruzar Barcelona, pensó Álex. Pero el plan no era suyo, sino de un subinspector que estaba acostumbrado a dar órdenes y que vivía alejado de la realidad de la ciudad, mientras su trasero se volvía cada vez más cuadrado en una butaca de oficina.

Tardaron más de una hora en cruzar la Ronda de Dalt. Pareció que todos se habían puesto de acuerdo para cortarles el paso. Lo peor de la espera no era para Álex llegar más tarde al *suicidio*, sino no tener un momento de tranquilidad para hablar con Karla.

Además, Álex se repetía constantemente esas dos palabras que había leído en los labios de un agente: “tenemos problemas”. ¿Qué ocurría? ¿De qué problemas se trataba? El jefe era muy bueno en el juego del silencio y tenía la costumbre de no contar con su equipo para las decisiones importantes.

Los portones de la prisión se abrieron para que entrara el convoy completo. Una vez dentro se dieron cuenta que habían ocupado todo el parking del penitenciario más severo de Cataluña, Quatre Camins.

Al bajar del coche, Álex olió el aire. Era diferente. Le pareció que la ausencia del alcaide hacía de ese lugar un sitio mejor, más soportable.

—¿Vamos? —le preguntó Karla y se encaminaron juntos hacia el edificio.

Los seguían los encargados de vigilar al preso, un pequeño grupo de los GEI. Entre ellos no pudo distinguir a Marcos, pero todos llevaban pasamontañas.

Su hermana y Javier se quedaron en el coche.

Las puertas del edificio se abrieron y justo en ese momento vio, detrás de una furgoneta de la penitenciaría, la lujosa berlina del juez Bartolomeo Del Pozo. Ya había llegado.

Pasaron por el detector de metales y prosiguieron por un largo pasillo que llevaba a algún lugar donde Álex no había estado antes.

Cuanto más se acercaban, más se oían unas voces que discutían.

Álex y Karla se intercambiaron una mirada.

El jefe se identificó a la guardia penitenciaria que estaba en la puerta y le dejaron entrar. Luego se identificaron Álex y Karla.

De una puerta abierta salían gritos, atenuados por la estructura. Álex vio al juez: no parecía muy contento.

—Quiero entrar —dijo Álex.

El guardia dijo que no era posible.

Álex le enseñó la placa y el hombre insistió en que no podía dejarle entrar. Al final, el subinspector informó al guardia de que iban con él y les permitió el paso.

Álex pasó sin más, pero Karla le guiñó el ojo al guardia.

Una vez dentro, Álex comprendió el problema.

La habitación era pequeña. En un lado estaba el juez, como siempre en traje y corbata. En el otro lado había otro hombre, también trajeado, aunque este se veía menos elegante. Álex no lo había visto nunca. Debía de tener diez años y sesenta kilos menos que el juez.

—¡Maldita sea! Tenemos que hacerlo igualmente —gritó el juez.

—Pero, juez Del Pozo, le digo que el detenido no quiere venir. No quiere hacer el intercambio —contestó el hombre.

—Señor juez, ¿podemos obligar al preso a hacer algo que no quiere? —preguntó Matilde, la secretaria, que estaba detrás de la puerta, sentada en una silla al otro lado y apartada de la conversación.

—Vamos a ver —dijo el juez, desesperado—. ¿Nos estamos volviendo locos o qué? ¿Pensáis que los presos quieren entrar en una sala de juicios y ser juzgados? ¿Pero dónde vivís? Parecéis ineptos. ¡Hay que llevar al preso! ¡Aunque sea a la fuerza! Como si hay que llamar al ejército —gritaba el juez.

Al escuchar esas frases, Álex pensó que el problema del juez podía ser exactamente ese: que se había vuelto loco.

Álex se giró y vio que Karla prestaba atención a la conversación. En ese instante, mirándola, imaginó cómo habría reaccionado él en una situación así. Si su mujer y compañera hubiera estado secuestrada por Néstor y durante tanto tiempo; por Néstor, o por su discípulo que actuaba como brazo ejecutor. Lo había sufrido con su hermana, pero que le pasara a su mujer tenía que ser incluso peor.

No justificaba al juez, pero sí lo entendía: llevaba años detrás de un escritorio y ahora se encontraba allí, luchando por la vida de su esposa.

—Pero no sé si se puede —espetó el hombre, a quien Álex no conocía.

El juez cambió de color, dejando el blanco pálido por un rojo tomate maduro.

—¡Escúchame bien! Aunque tú estés aquí como sustituto interino del alcaide, ¡vas a hacer lo que yo te diga! ¿Está claro? —gritó el juez tan fuerte que se le hincharon las venas del cuello; tanto, que con esa corbata tan apretada podría haberse ahogado.

El silencio se apoderó de la sala.

El hombre que realizaba las funciones del alcaide, se vio contra la pared. Tragó saliva ruidosamente.

Hubo un silencio largo, que incomodó a todos los ocupantes de esa sala, que parecía más pequeña por los gritos del juez.

Allí, en ese momento, se estaba decantando la operación, así como el futuro del juez y de varias personas más.

Álex había entendido el problema: por alguna razón que posiblemente solo Néstor Luna sabía y comprendía, el preso ya no quería hacer el intercambio. Álex se dijo que todo terminaría cuadrando, pero no tuvo mucho tiempo de pensar en ello, porque entonces abrió la boca el jefe.

—¿Cuál es el problema? —preguntó ingenuamente el subinspector.

—¡Cállese! —gritó el juez girándose hacia él.

El alcaide interino dio una respiración profunda y se pasó la lengua por los labios para humedecérselos.

—Escúcheme, ayúdeme a hacer entrar en razón a Su Señoría —dijo con tono desesperado hacia el subinspector—. Tenemos que hacerle entender que Néstor Luna ya no acepta el trato del juez. Ya no sé cómo decirlo.

—Pues no sé, es que ahora pararlo todo... estamos listos —dijo el jefe tirando balones fuera. Álex carraspeó.

—No entendemos cuál es el problema, ¿por qué debería haber cambiado de opinión el recluso? —dijo Álex, tratando de calmar a todo el mundo.

El juez, que estaba más al fondo de la sala, introdujo una mano en su pantalón y sacó un pañuelo. Lo abrió; era uno de los que usaba también el abuelo de Álex. De tela, con sus iniciales y bordado. Se lo pasó por la frente; estaba sudando a pesar de la baja temperatura de aquel lugar sin calefacción.

—Néstor Luna quiere hacer el intercambio en un lugar neutro, que no esté preparado por la policía. No lo considera justo y no lo va a hacer si no se hace así —dijo el alcaide interino.

Estaba claro qué quería Néstor y que el juez estaba en contra: el señor Del Pozo no era un hombre acostumbrado a recibir órdenes, ni menos aún, chantajes.

—Entiendo —dijo Álex sin dar a entender lo que pensaba realmente—. Pues en este caso, jefe, ¿qué hacemos? —concluyó mirando a su jefe y devolviéndole la patata caliente.

—Eh, no sé, yo... —titubeó y miró al juez, que le devolvió una mirada inquisitoria.

—Su Señoría... —dijo Álex—. ¿No cree que es un desperdicio movilizar tal cantidad de personal para que luego Néstor ni siquiera suelte a su mujer, o tarde días en hacerlo? —preguntó dando un paso al frente, desmarcándose del subinspector.

—Sargento Cortés, Néstor Luna quiere que hagamos el intercambio en medio del desierto de los Monegros en Zaragoza, ¿qué cabeza sana de mente haría tal cosa? ¿Se puede saber?

Álex zarandeó la cabeza riendo.

—¿De qué narices se ríe, Cortés? —espetó el juez.

—Hagamos lo que hagamos, Néstor Luna hará lo que le salga de la punta de usted sabe dónde. Y perdón por la expresión —replicó Álex y luego respiró hondo—. Usted manda, ¿no? Si quiere seguir con el plan, nosotros le ayudaremos, ¿verdad, jefe? —dijo y mientras retrocedía de nuevo al lado de Karla, concluyó—: Pero después aténgase a las consecuencias —dijo mirando a los ojos al resto de ocupantes de esa habitación, uno por uno.

Álex sabía que, si la última palabra era del juez, las consecuencias, cualesquiera que fuesen, serían responsabilidad suya. Así pues, intentó dejarlo claro. Lo que también tenía claro era que esa operación se estaba complicando y que los planes del juez Bartolomeo Del Pozo eran tan complejos como turbios.

Lo había dejado claro: sin su mujer, su vida no tenía sentido, y eso se podía interpretar de muchas formas. Lo que estaba claro era que Álex no iba a responsabilizarse de las consecuencias; si la cosa se complicaba, sería el sargento quien tendría que pagar los platos rotos.

Sacaron a Néstor Luna por la puerta principal, entre los gritos de los otros presos. De un brazo lo sujetaba Víctor y por el otro brazo otro guardia. El edificio se había convertido en un estadio de mil seiscientas almas que gritaban y aporreaban con objetos metálicos los barrotes, con el único objetivo de animar al Asesino del Criptograma. A él, a Néstor Luna, al mismo que había puesto en jaque mate al sistema.

El preso salió al patio con la barbilla levantada, en medio del bullicio colectivo. El aire olía a libertad, aunque fuera solo por unas horas.

Un helicóptero volaba encima de sus cabezas. Los hombres de los GEI lo empujaron dentro de la furgoneta de la penitenciaría. En vano o no, todo estaba preparado. El oscuro plan del juez arrancaba.

Álex miró a través de la ventanilla del coche patrulla. En ese mismo instante, le pasaron por la mente los momentos investigativos más álgidos del caso Néstor Luna, y sintió una presión en la boca del estómago. Le pareció que todo su trabajo se estaba esfumando.

La lluvia había vuelto tras una breve tregua. El bosque alrededor del complejo de garajes desprendía olor a tierra mojada. Iván levantó la mirada y con la cara salpicada de gotas, regresó al trastero del discípulo de Néstor.

—Vete al cuerno, Iván —dijo Alan sin miramientos, al otro lado del teléfono.

—No me fastidies, tío, eres el único que me puede ayudar —replicó.

—Todos decís lo mismo. Yo siempre ayudo, pero nadie me ayuda a mí —insistió Alan con tono de víctima.

—Claro, lo sé, pero eso les pasa a los que son un pilar en nuestra comisaría —contestó resguardándose de la lluvia, que volvía a caer con fuerza—. A mí nadie me pregunta nada. Nadie necesita nada de mí; ojalá tuviera tu problema, amigo.

—Mi jefe no me paga por ayudar a los demás. Viene, comprueba que haya hecho el trabajo de mi grupo de científica y si no lo he hecho me riñe... y es peor que mi madre cuando insiste en que deje de jugar a la consola.

Iván se puso a reír.

—Te entiendo. Oye, hagamos un trato. ¿Qué te parece si cuando acabe todo esto te invito a comer? El lugar lo eliges tú.

Alan se lo pensó.

—¿Solo comer? —preguntó Alan.

Iván se lo pensó y se pasó la mano por el pelo.

—Ok, mira. Hace unos meses mi primo me consiguió una figurita de Funko Pop de la Loca Academia de Policía, ¿te acuerdas de esa película de hace unos años?

—¿Años? Dirás unas décadas... —dijo Alan.

—Bueno, lo que sea... pues si la quieres, es tuya.

—¿En serio?

—Sí, pero me tienes que ayudar ahora mismo —insistió Iván mirando el reloj.

—Vale —contestó con indiferencia—. Es mejor que nada.

Detuvo el tecleo.

El policía de la investigativa había encontrado un aliciente para que le ayudase: una zanahoria colocada justo delante de los ojos. Iván era consciente de que aquella era una figurita muy rara y Alan también lo sabía, aunque no hubiera expresado su euforia abiertamente.

—Vayamos al grano. Necesito que mires en las coordenadas que te acabo de mandar por mensaje la actividad de celulares por esta zona —dijo Iván.

Al otro lado se reanudó la actividad vertiginosa de los dedos sobre el teclado.

—Bien, tengo las coordenadas, las celdas son las... —dijo Alan seguido de nombres y

códigos alfanuméricos incomprensibles.

—Lo que tú digas. Mírame si en el transcurso de la semana pasada hubo actividad.

—Una semana es un espacio de tiempo demasiado amplio, sé más específico —contestó Alan con el sistema de telefonía hackeado delante.

—El miércoles por la tarde —contestó con seguridad.

—De acuerdo, vamos a ver... —decía Alan mientras las manos volvían a volar sobre el teclado—. Bien, vamos, venid con papá. Esto cada día es más rápido, me encanta —dijo con placer.

Al otro lado, Iván arrugó el ceño.

—Las tres celdas, en ese espacio de tiempo, han grabado la actividad de varios celulares; la zona es grande. Pero también decirte que pilla mucha zona boscosa, así que en parte es más fácil.

—¿Y bien? No tenemos todo el día, Alan —insistió Iván.

—Voy lo más rápido que puedo, ¿vale? —contestó, un poco borde —. Pues hay cinco teléfonos y un registro de tres llamadas.

Iván se lo pensó.

—Ok. ¿Podemos ver adónde han sido realizadas las llamadas? —preguntó Iván.

—Vamos a ver. La primera se realizó hacia un número fijo —dijo Alan mientras cogía el número y lo metía en un motor de búsqueda normal. Las búsquedas comenzaron a aparecer en su monitor y se concentró en la primera.

—Lo tengo, es una lavandería.

—¡Vaya! —dijo Iván—. No tiene mucho que ver pero bueno, seguimos, ¿la segunda?

—La segunda es un móvil —dijo Alan.

—¿Podemos saber quién es el dueño? —preguntó Iván.

Alan bufó.

—Nos llevará mucho tiempo, pero sí, creo que sí.

—Bueno pues seguimos, a ver si tenemos más suerte —confirmó Iván.

—La tercera llamada, realizada el miércoles por la tarde, es un puesto de comida preparada. ¿Te sirve?

—No. Siguiendo.

—Vamos a ver... la cuarta es un domicilio particular, en Granada. ¿Lo rastreamos? —preguntó Alan.

—No. ¿Y el último?

—Pues vamos a ver este también. Pues el último es el 93-4567-8909. Lo pongo en el motor de búsqueda y a ver a qué corresponde... —dijo el forense informático—. Aquí lo tenemos. Es una llamada a la prisión de Quatre Camins.

La respuesta dejó helado a Iván.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

Alan, al otro lado, no contestó. Volvió a hacer la misma búsqueda y volvió a confirmarlo.

—Sí. Entiendo que este te interesa...

—Es nuestro jodido hombre —dijo Iván mientras se acercaba la mano a la frente.

Baldiri se acercó y le preguntó qué pasaba. Iván le hizo una señal, indicando que se lo explicaría después.

—¿Qué número de móvil ha realizado esta llamada? —preguntó Iván.

Alan contestó y se lo dio.

Al escuchar eso Iván sintió pavor: no se podía creer que había conseguido el número de

móvil del discípulo, de una de las persona más buscadas del país.

—Ok, pero ¿a quién corresponde? ¿A qué nombre está? —dijo, casi con miedo.

Iván se encontraba ante una pista que podía cambiar toda la investigación de forma transversal.

La respuesta no tardó en llegar: fría, contundente, vacía.

—Es un número de prepago, no aparece ningún propietario detrás. Es anónimo —contestó el forense.

—No me lo puedo creer. Pero no puede ser, alguien tiene que recargarla, no podemos dejarlo así, tenemos que averiguar quién es...

—Imposible —contestó Alan, tajante—. Seguramente recarga la tarjeta en algún estanco o gasolinera, con dinero en efectivo... Iván, te has metido en un bucle, esto es una espiral sin fin,. ¡Déjalo! —acabó Alan.

—Bueno, pero en alguna maldita gasolinera habrá quedado una foto, una huella, una traza...

—Sí, pues búscala y sigue con ello. ¿Vas a buscar un fotograma de alguien que no deja pistas? Es decir: puedes perseguir a un fantasma, convertirte en su propia sombra, pero nunca podrás atrapar algo que no ves.

—Espera, ¿puedes buscar dónde se encuentra ese móvil en este momento? —preguntó Iván.

El policía sintió un escalofrío al formular la pregunta. Se giró de golpe, preguntándose si el discípulo podía estar en la misma habitación que él, en ese trastero; mirándolo desde atrás, en las sombras, como un fantasma camuflado entre estanterías y cajas.

La idea lo hizo temblar como una hoja del bosque que le rodeaba. ¿Cuánto hacía que se había ido de allí el sospechoso? Pensándolo bien, ¿se había ido realmente? Podía estar por el bosque mirándolos, riendo, esperando a que se fueran para volver a buscar algo más que estaba allí dentro y que ellos no conseguían ver...

—Eso es complicado, Iván, pero dame un minuto más... —dijo Alan.

—Venga, amigo, dime dónde se encuentra ese maldito hijo de perra...

El tecleo se detuvo cuando Alan presionó fuertemente la tecla de *intro*.

—Lo tengo —dijo Alan—. Está en la celda número 34, en Cataluña.

Iván esperó a preguntar lo que tenía en la cabeza.

—¿Es esta? ¿Aquí? ¿Puede que esté por aquí?

—No. En este momento está cerca de Girona, en una celda cerca del aeropuerto. Campiña abierta, espera... —dijo Alan mientras abría el programa del mapa satelital—. Solo es campiña y casas de campesinos... ¿Te dice algo?

—Por todos los demonios, allí es donde está Mas Albareda.

—¿Y qué es eso?

—La masía donde está programado hacer el intercambio... —explicó Iván, turbado.

Álex se acercó al parabrisas. La imagen se veía entrecortada a causa de los limpias. La lluvia volvía a ser una protagonista durante el segundo viaje a la masía. En el cielo, en medio de un desolado gris, volaba el helicóptero de los Mossos, siguiéndolos de cerca.

Por la radio habían recibido un aviso del piloto: en el caso de que cayesen rayos o incrementase el viento, tendría que aterrizar. De ser así, perderían el soporte desde el aire.

La meteorología amenazaba con dismantelar, ella también, el plan del juez.

A los pocos segundos apareció un cartel que indicaba la salida cerca de Gerona, hacia la masía.

En la radio se escuchó al agente del primer coche patrulla que abría el cortejo:

«Salimos en esta. Corto».

Álex y Karla habían pasado hacía poco por allí. Álex se giró hacia ella, que conducía en silencio, concentrada. Demasiado concentrada, pensó Álex. No le había dicho nada en toda la mañana, ningún mensaje antes de dormir, y aunque le costara aceptarlo, esa situación olía a chamuscado.

Pasaron delante del lugar donde estacionaron la otra vez, donde Álex envió el mensaje a Emily para terminar con su relación. A ese mensaje tampoco le había respondido. La periodista londinense escuchó el audio, pero no contestó. Sin más, sin un adiós. Como una foto Polaroid desteñida, pegada en el álbum de los recuerdos, así se sentía Álex.

Accedieron al camino que llevaba a la masía.

«Entrando en el recinto. Todo en orden», dijeron por radio.

Los agentes de la entrada les dejaron pasar.

—Todo esto por un solo hombre... —dijo Álex.

—Menudo circo que hemos montado. Es increíble —contestó Karla.

—¡Patético! —espetó Javier que iba detrás de Ana.

—¡Tú lo has dicho! —confirmo Álex.

—Enn cualquier momento puede salir el discípulo y hacer lo que le dé la gana, ¿os dais cuenta? —añadió Karla—. Ese hombre es imprevisible.

Álex suspiró y se quedó mirando fijamente a Karla.

—Esperemos que no... —añadió.

Karla se giró y esbozó la primera sonrisa del día.

—Ya —respondió pestañeando.

«Bueno me ha sonreído, ya es algo», pensó Álex.

Aquella sonrisa le devolvió la energía. Pensó que su único problema era que se encontraban bajo demasiada presión. Aparcó lo personal y se centró en lo que habían ido a hacer.

El convoy fue aparcando en batería, delante de la masía. La furgoneta del recluso dio la vuelta y se detuvo frente a la entrada, con las puertas de delante abiertas. Esas se abrieron, antes incluso de que el vehículo se detuviera por completo.

Los GEI aparecieron y se llevaron a Néstor Luna rápidamente.

En cuanto Karla detuvo el coche les hizo una señal a sus acompañantes.

Estos se quedaron quietos.

Álex observó la situación desde el coche. El juez esperó a que su chofer le abriera la puerta con un enorme paraguas abierto. Luego se lo quitó, dejándolo a la intemperie, y entró en la masía. El subinspector fue detrás, saliendo por la otra puerta de la berlina de lujo y saltando entre charcos para no mojarse los pies.

La escena, a pesar de la seriedad de la operación, le resultó cómica.

Cuando estaba a punto de bajar, se dio cuenta de que encima de la torre había un francotirador escondido, a la intemperie; solo una lona militar le protegía. Tenía que ser una medida de seguridad de última hora.

—¿Entramos? —preguntó Álex.

El resto de miembros del equipo asintieron y procedieron a salir del vehículo. Javier dio la vuelta con el paraguas abierto e hizo salir a Ana bajo él. Juntos se acercaron a la Masía. Álex pretendía hacer lo mismo, pero Karla salió sola del coche.

Cuando se acercaban a la masía, bajo ese diluvio y en medio de las furgonetas de los GEI, Karla se detuvo. A Álex lo pilló desprevenido. La siguió con el paraguas, y se quedaron juntos debajo de este. Compartieron una mirada fugaz, pero que les caló hasta el alma.

Álex frunció el ceño sin entender lo que estaba ocurriendo. Entonces Karla se acercó y, protegidos por el paraguas que impedía que los demás los vieran, ella le dio un beso en la boca.

El corazón de Álex se detuvo. El mundo desapareció durante los instantes que duró el beso. Nada tenía sentido, pero con ella todo lo cobraba.

El beso duró un suspiro, pero a Álex le pareció eterno. Tuvo miedo de ser visto; de que los descubrieran porque tardaban en entrar. Eran como adolescentes en el recreo; como en los tiempos de la academia.

—Quiero que sepas que te quiero y que nunca he dejado de hacerlo —dijo ella, alzada de puntillas y acercándose a su boca.

Álex se quedó con la boca abierta, sin palabras, sin aliento. Solo pestañeó.

Entonces Karla le agarró el paraguas y lo empujó hacia la entrada. Él la siguió, sin acabar de entender lo que estaba sucediendo entre ellos. Sentía paz, alegría, energía: eso era lo más importante. Todo volvía a cobrar sentido en ese agujero miserable que había sido su vida entre que ese momento y el día en que se separaron.

Cuando entraron en la masía, Javier, Ana y todos los otros estaban en la entrada esperándoles.

Allí, plantado delante de todos, estaba el cabo Fernández Cayo, un paso por detrás del capitán Marcos Mendoza. Todos estaban firmes delante de ellos. Todo el mundo los vio entrar, pero las miradas pesadas, inquisitorias, que los hubieran matado si hubiera podido, no vinieron de Néstor Luna, que tenía una expresión casi divertida, sino del capitán Mendoza, el exnovio de Karla, que les regaló las primeras palabras:

—Siempre están los indisciplinados y los impuntuales —ladró el capitán de los GEI.

Álex arrugó el ceño; si no hubiese estado allí toda esa gente le hubiera contestado a su manera. Pero no pudo. Sin embargo, vio por el rabillo del ojo que Karla bajaba la cabeza, como

un perro apaleado. Eso le extrañó aún más; no era habitual en ella, para nada. Karla era fuerte y dura, muy distinta de esa versión apocada que tenía al lado.

¿Le habría pegado?

¿La había amenazado? O peor, ¿coaccionado?

No daba abasto a valorar las ideas y posibilidades de lo que podía haber pasado entre ellos. Si eso fuera cierto y se hubiera enterado, se habría encargado de darle una paliza él mismo a ese saco de esteroides, aunque pesaba bastante menos y le faltaba un palmo para llegar a su altura.

—El cabo Fernández Cayo ha organizado la operación hasta aquí. Desde ahora tomaremos nosotros el mando —proclamó Marcos, el capitán—. Su señoría Del Pozo nos ha encargado esta operación y la vamos a seguir a rajatabla... y a mi manera.

A Álex le pareció estar viendo una escena de la Edad Media: el rey podría haber sido Bartolomeo Del Pozo, que le encargaba a su mejor caballero, el capitán Marcos Mendoza, una misión importante: que el enemigo no invadiese el castillo.

Dio encargo a unos de sus hombres de subir al piso de la jaula

Álex se frotó los ojos: no por cansancio, sino por incredulidad.

Estaba presenciando una escena esperpéntica que añadía teatralidad al asunto.

—Vamos a subir al recluso y a meterlo en la celda —dijo el capitán—. ¡Vamos! —ordenó a los guardias penitenciarios, que lo tenían cogido por brazos.

Néstor seguía con la misma sonrisa cínica de cuando lo sacaron de Quatre Camins. Vestía un mono naranja y le habían rapado la cabeza para que no se pudiera esconder nada en el pelo. Las esposas de las manos estaban conectadas por unas cadenas con las de los pies, y le impedían caminar con facilidad.

Antes de que se lo llevaran, Néstor miró a Álex por un segundo. La mirada le alcanzó como una flecha. Luego le guiñó un ojo. Álex arrugó la frente. ¿Qué significaba ese gesto? ¿Un desafío? ¿Un saludo a su estilo? ¿O una provocación?

Luego se lo llevaron por el ascensor.

—Bueno, por lo menos si se quiere fugar, lo tendrá difícil —dijo Álex a Karla.

Mientras tanto el capitán, el juez y el subinspector subieron al primer piso por las escaleras, y Álex retrocedió hacia su hermana.

—¿Ese de las gafas no es el guardia del primer día? —preguntó Álex a su hermana.

—Sí, es él. Víctor, el guardia penitenciario.

—Me acuerdo de la conversación con el alcaide, te lo asignó el primer día —añadió Álex.

—Sí, y mira, aún está allí.

—No me gusta el otro —dijo Karla.

—¿Cuál? —preguntó Álex mientras las puertas del ascensor se cerraban, ocultando su cara.

—El otro guardia penitenciario. Tiene más cara de recluso que Néstor —afirmó Karla—. Y eso es decir mucho.

Álex la miró de reojo e hizo una mueca condescendiente, pero su expresión le llamó la atención.

Se giró para verla mejor.

—Karla —dijo Álex apoyando su mano en su brazo izquierdo—. Te veo mala cara. ¿Qué te pasa?

—Estoy bien, Álex, he dormido mal, eso es todo —respondió Karla separándose de él.

Ese gesto sorprendió a Álex. Considerando lo que había pasado el día anterior, y el beso que acababa de darle, no se lo explicaba. Se quedó boquiabierto, desplazado del momento. ¿Cómo podía ser? Las preguntas lo distrajeran que la voz de Javier le devolvió a la masía.

—¿Alguien nos ha dicho qué hacer? —preguntó Javier.

—No. Y eso no me gusta un pelo —recalcó Álex.

Todos los agentes GEI se habían colocado según un esquema diferente al que tenían los

Mossos en el plano del briefing del día anterior. Era una diferencia considerable. Las escaleras a la planta superior estaban custodiadas por dos agentes que parecían, más bien, armarios roperos.

—¿Dónde vas? —preguntó Karla.

—Cumplir con nuestro deber... —contestó el sargento—. Vamos arriba.

Álex comenzó a caminar hacia los dos agentes de los GEI y los otros tres le siguieron.

El sargento se extrañó de que no dijeran nada. Fue caminando paso tras paso, hasta que uno lo detuvo, alargando la mano.

—Quietos. ¿Dónde pensáis ir? —escupió el hombre.

—¡Suéltame! —ladró de vuelta Álex.

—No puede pasar, agente —insistió el GEI.

Álex no contestó en seguida; tenía demasiada adrenalina en el cuerpo como para pensar. Esa escena la había vivido demasiadas veces y él era como una cerilla, con rozarle se prendía.

—Quítame esas manos de encima, voy a subir aunque tenga que quitarte de en medio —le espetó Álex.

Mientras tanto comenzaron a escuchar voces subidas de tono que procedían del piso superior. Luego se oyó un grito y un portazo. El agente del GEI miró un momento hacia arriba.

—Déjame pasar, es mejor para ti —insistió Álex.

Entonces el GEI se enfadó de verdad y le dio un empujón sin miramientos, lanzándolo un metro hacia atrás.

Eso fue para Álex la chispa que le faltaba para prender fuego. Metió la mano en la chaqueta y sacó la pistola, antes de que el otro pudiera reaccionar.

—¡Apártate, pitbull! —gritó Álex.

—Álex, está en nuestro bando, ¿qué haces? —preguntó tímidamente su hermana.

El otro se quedó quieto, sin hacer nada. Su rostro estaba tapado por un pasamontañas, pero sus ojos no mentían: no se los podía cubrir, y estaban completamente desubicados.

—¿Qué narices pasa aquí? —preguntó desde el primer rellano el subinspector—. ¡Cómo no, Álex Cortés liándola, no podía ser otro!

—Jefe, estos gorilas no me dejan subir —dijo Álex sin dejar de apuntar con la pistola al tío que le cerraba el paso.

—Guarde el arma, sargento, no estamos en el parvulario, ni en la academia. Sus pistolas están cargadas —dijo el subinspector—. Déjenlo pasar.

Álex guardó la pistola. Cuando pasó junto al GEI, se miraron de soslayo.

Álex y los otros tres subieron las escaleras y entraron en el pequeño vestíbulo del ascensor. Álex se acercó a la ventana de atrás. Estaban en la mitad del piso, y la abertura daba a la parte posterior de la masía.

En el jardín inferior se veía a algún agente resguardado bajo un techo o un paraguas. Levantó la mirada a la montaña que había detrás: había desaparecido como en un truco de magia. Una nube baja se la había tragado, junto a sus bosques y encinas centenarias.

Siguieron y llegaron a la otra mitad del piso superior. La celda estaba abierta y el juez había sentado al preso en una silla. El juez Del Pozo estaba visiblemente enfurecido y el preso, en cambio, se reía.

—¿Dónde está mi mujer? —gritó de nuevo—. ¿Quiere decírmelo, maldito loco de mierda?

Néstor seguía riendo, a carcajada limpia. Álex no podía haberse imaginado esa escena ni en sus imaginaciones más audaces.

—Llama a tu cómplice, maldito hijo de perra. ¡Llámale y dile que venga a traerla! —gritó de nuevo el juez—. Para de reír, ¡para!

Bartolomeo empezaba a mostrar signos de agotamiento.

—Quiero que lo llames —dijo de nuevo, señalando un teléfono móvil que estaba delante de Néstor en una mesita—. Maldito loco...

—No obtendrá nada, su señoría, es un caso perdido. Déjemelo a mí... —insistió Marcos.

El juez no pudo contenerse más y lanzó un bofetón con toda su fuerza al detenido. Este dejó de reír finalmente.

Álex y los dos guardias penitenciarios dieron un paso hacia Néstor. En respuesta, el capitán desenfundó la pistola y los apuntó.

—Ni se os ocurra dar un paso más —ladró Marcos Mendoza.

—Estos no eran los planes... su señoría —dijo Víctor, que en ese momento representaba al cuerpo de seguridad del complejo penitenciario fuera de este.

—Los planes me los paso por los cojones. Este tío y su cómplice tienen a mi mujer y nos vamos a quedar aquí hasta que sepamos algo de ella. Por las buenas o por las malas... —concluyó enseñando de nuevo la misma mano con la que le acababa de dar un guantazo.

Álex comenzó a entender qué era lo que a priori había sentido que no encajaba. El interés del juez Del Pozo no residía en si había o no acuerdo, sino en torturar al recluso para que cantara. Sonsacarle dónde estaba su mujer, a cualquier coste. Le daba igual si acababa él mismo en la cárcel cuando todo eso se acabara. El lazo final que necesitaba para llevar a cabo su plan era el capitán Marcos. El poder político siempre necesitaba del ejecutivo, del militar. Si ambos no se unían, no eran posibles los golpes de estado; y lo que Álex estaba presenciando era precisamente eso: un jaque mate a la ley y a los derechos civiles.

—¡Dónde narices está mi mujer, joder! —dijo de nuevo el juez, dándole otro manotazo a Néstor.

Mientras en el centro de la sala presenciaban esa escena esperpéntica, Karla se alejó y se dispuso a salir de la habitación. Cuando justo estuvo a un paso de la puerta, las piernas le cedieron y se agarró al marco.

Javier se dio cuenta y la siguió. Karla comenzó a vomitar antes de que Javier pudiera sostenerla. Ana y Álex acudieron enseguida. Javier le puso una mano en la frente para que no se ensuciara el pelo. Tras tres arcadas se detuvo. Ana sacó de su bolso un pañuelo y se lo dio.

—Gracias —dijo Karla y se limpió el rostro—. Ya estoy mejor.

—¿Cómo estás? —dijo Álex acercándose y agachándose a su lado—. Ya decía que tenías mala cara hoy —añadió colocándole el pelo detrás de una oreja.

—Anoche cené un poco de sushi y creo que el pescado estaba mal —dijo ella.

—Sería mejor que te fueras —dijo Álex—. Le digo a un agente que...

—¡No! No quiero irme. Solo es un momento, quiero ir a un lavabo —dijo ella.

Se levantó y Javier y Álex la ayudaron.

—¿La puedes acompañar, Ana? —preguntó Álex.

—No hace falta —dijo Karla.

—Claro que sí, te acompaño ahora mismo —replicó Ana.

Las dos bajaron por las escaleras y Javier las siguió. Cuando Álex se giró le dio tiempo de ver la expresión del capitán Marcos Mendoza, que miraba a Karla con expresión de desprecio. Cuando Karla se fue, cogió la radio.

—Enviad a alguien a limpiar esta mierda, apesta que me están dando arcadas. No podemos trabajar así —le espetó a un agente.

Luego abrió la ventana para disipar el hedor a vómito y siguieron con sus técnicas de interrogatorio estilo Guantánamo.

Las dos mujeres y Javier bajaron hasta los lavabos. El hombre se aseguró de que Karla pudiera entrar sin ayuda, y Ana la siguió.

Karla se acercó al cristal para limpiarse la boca. Se enjuagó varias veces.

—Tenía razón Álex, no tengo muy buena cara, no —dijo mientras se miraba reflejada.

—¿Cómo estás? —preguntó Ana, mientras bajaba la tapa de un váter y se sentaba encima.

Karla no contestó. Solo consiguió esbozar una sonrisa falsa, de circunstancia.

Ana fue a decir algo, pero se lo calló. Luego se lo pensó mejor.

Carraspeó y se apoyó la mano en la espalda.

—¿De cuántas semanas estás? —preguntó Ana.

Las palabras de la excuñada le deflagraron en la misma cara.

Se quedó en blanco, con la boca abierta y sin decir nada.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó ella.

—Karla, soy médico antes que psiquiatra —contestó con un tono que rozaba la obviedad.

—Desde ayer por la noche —dijo Karla y bajó la mirada—. Obviamente no es de Álex, sino de Marcos, mi pareja... el capitán Mendoza —concluyó mientras se tapaba la cara con una mano.

La noticia dejó helado a Iván.

Se quedó en blanco, atemorizado por las consecuencias y por la noticia que acababa de recibir.

En su mente no cabía esa posibilidad.

¿Cómo podía estar en ese momento el discípulo en el lugar del intercambio?

¿Estaba en la casa preparando una emboscada o simplemente sabía donde era el intercambio y estaba afuera esperando el momento más propicio para entrar en acción?

Se despidió de Alan apresuradamente. En cuanto colgó el teléfono llamó a Álex, que no contestaba. Luego llamó a Karla y esta tampoco lo hizo.

—Maldita sea, por una vez que es extremadamente urgente, no me contestan. ¡Maldita sea! —gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó Baldiri enfrentado a la histeria de su compañero.

Iván le explicó lo que acababa de descubrir. El discípulo había encontrado a Pedro Glock y después de una conversación fugaz, pero efectiva, había ido allí, hasta esos garajes. Luego entró y salió del número cinco, identificado por las cámaras de seguridad. Y gracias a una llamada al penitenciario de Quatre Camins, donde estaba Néstor Luna, había conseguido entender que la ubicación actual del móvil recargable era la misma donde se estaba efectuando el intercambio.

Necesitaba hablar con Álex, explicárselo, advertirlo, pero nadie le contestaba. Estaban en medio de una operación, y hasta cierto punto era normal. Sin embargo, cuando Néstor Luna estaba en la ecuación, ninguna precaución era excesiva.

En ese momento entró un coche por el complejo de garajes e Iván lo reconoció.

Se abrió una puerta y sobresalió del techo un paraguas, que se abrió. Luego apareció Mario. Dio la vuelta al vehículo y sacó del coche una maleta para realizar la inspección ocular.

Se detuvo bajo la lluvia, mirando el destrozo que habían realizado los bomberos.

En ese momento, las unidades de apoyo de los Mossos se estaban marchando; solo quedó una patrulla en la entrada, impidiendo que accediera nadie ajeno al cuerpo.

Mario rebasó el umbral del trastero donde estaban Baldiri e Iván.

—Cómo os lucís, chavales... ¿no podíais entrar como todo el mundo? —dijo mientras miraba el corte desde dentro, una vez cerrado el paraguas—. ¿Os creéis especiales?

—No consigo hablar con Álex —replicó Iván.

—¿Y te sorprende? —contestó Mario con parsimonia.

—Tienes que saber algo... —dijo Iván y le explicó el motivo de su prisa.

—Pues es un marrón, pide un helicóptero y vete allí, no sé —dijo el agente con tono distante

—. A ver, ¿qué ha pasado aquí?

Iván seguía mirando el móvil sin recibir respuesta.

—¿Puedes decirme por qué me has llamado? —preguntó el compañero de la científica mientras miraba a su alrededor.

Iván le dio el móvil a Baldiri y le pidió que siguiera intentando comunicarse con su jefe.

Después, Iván llevó a Mario hasta el arcón y le mostró las manchas rojas, tanto en la parte externa como la interna.

—Parece sangre...

—Eres muy perspicaz... madre mía, podrían hacerte director del FBI, ¿sabes? —contestó Mario.

—Maldita sea, Mario, hablo en serio —replicó Iván.

—Yo también... —contestó sin mirarle, agachado y mirando el fondo del congelador.

—¿Qué opinas? —preguntó Iván.

—Que tenéis que salir de aquí y quitar de este sitio vuestras pezuñas cuanto antes. Espero que no hayáis contaminado la escena.

—Mira esto... —dijo Iván. Se acercó a la pared donde estaban las herramientas colgadas y señaló una.

—Ya lo veo. Espera —dijo Mario.

Luego cogió unas gafas transparentes y unos guantes. Después sacó también un bote espray en la maleta y arrojó el líquido por las herramientas. En el bote ponía Luminol. Luego lo echó por la bancada de trabajo y el suelo. Apagó la luz del trastero y conectó una linterna plana de la que salía una luz ultravioleta. La sobrepuso a las herramientas y solo dos reflectaron la luz: el martillo y la sierra más grande que había.

—¡Bingo! —exclamó Mario con un tono casi de felicidad por haber encontrado lo que buscaban—. Esperemos que hayan usado primero el martillo...

—¿A qué te refieres?

—Que si han usado primero la sierra, la persona estaba viva. Si han usado el martillo, primero le dieron un golpe y luego la cortaron. ¿Me entiendes?

—¿Y si no fuera así?

Entonces Mario hizo un gesto poco convencido.

—¿Crees que esa sangre podría ser de la mujer del juez?

Mario encogió los hombros y se agachó delante del congelador.

—Solo hay una manera de saberlo...

Néstor Luna, la presa.

De feroz depredador de Barcelona, a presa azotada por las adversidades.

Le sangraba un labio. Las gotas de sangre le entraban en la boca, pero no le impedían reír. El preso, más narcisista de lo que hubiera imaginado Álex, estaba disfrutando con esos azotes que le estaba proporcionado el juez. ¿Era posible? ¿O era una mera estrategia para que desistiera su propio verdugo?

Fuera como fuese, el juez estaba cada vez más nervioso.

Álex pensó en la ironía de confiar en los superiores, cuando a veces ellos ni siquiera sabían bien lo que hacían.

El subinspector, un títere del juez, lo miraba con el rabo entre las piernas. A Álex le hubiera gustado grabar eso y enseñárselo a la prensa. Esos maltratos a un preso no podían ser tolerados. Daba igual si era Néstor o cualquier otro detenido.

Álex sacó el móvil disimuladamente; no tenía cobertura. En cuanto lo vio, el subinspector le ordenó que lo volviera a guardar, precisamente por el peligro de que pudiera hacer una grabación.

—Su Señoría, esto no es lo que acordamos, el sustituto del alcaide no habría estado de acuerdo en maltratar al preso —se quejó Víctor.

—Me estás tocando las narices, joven —dijo el juez, acercándose al guardia—. O te callas o te mando a tu maloliente furgoneta hasta que esta basura humana me haya devuelto a mi mujer. ¿Está claro?

Víctor, con disconformidad en los ojos, asintió. Bajó la cabeza y el juez regresó delante de Néstor.

Álex se dio cuenta de que en los ojos del juez había de todo menos deseo de justicia.

Luego Víctor dio un paso hacia atrás y miró el reloj. Álex también lo miró: había pasado una hora desde que habían llegado a la masía. El tiempo pasaba y la situación podía enquistarse así para siempre si Néstor no se decidía a cantar.

—Vamos a ver, maldito cerdo. ¿Cómo te tengo que decir que me digas dónde has metido a mi mujer? —gritó de nuevo el juez.

Cogió otra silla y la colocó delante de él.

—¿La has matado? —dijo el juez con tono resignado—. Dime la verdad Néstor, ¿la tienes secuestrada con ese pirado de tu amigo? ¡Dímelo, por favor!

Néstor volvió a reír.

—Sabes juez, el tema de cambiar a mi madre no fue una jugada acertada. Esto lo deberías

aceptar y admitir —dijo Néstor con venganza en el aliento.

—Néstor, te aseguro que tu madre está a punto de ser trasladada al centro de las Margaritas —dijo Álex dando un paso hacia adelante—. Te lo aseguro personalmente. Acabemos con esto de una vez, dínos dónde está la señora Del Pozo, ¿qué te parece?

Los ocupantes de la sala se habían girado a ver la intervención de Álex.

—¡Álex! ¡Mi querido Álex! —dijo Néstor y luego se giró de nuevo hacia el juez—. ¿Sabe que es uno de los mejores hombres que tiene el cuerpo, juez? Que no se le escape a Tarragona, esta ciudad necesita agentes como él. Este tío ha conseguido meterme entre rejas. Es decir, no estoy aquí dentro por tu inteligencia... su señoría, no, no. Estoy aquí porque este tío me pilló en medio de mi plan maestro.

—Néstor, dale lo que quiere —dijo Álex, dando un paso más.

—¡Quieto! —ladró el capitán apuntándole de nuevo con la pistola.

—Tranquilo Álex, esto no va a durar mucho, seguro —dijo Néstor mirando al juez—. Y es una lástima porque me estaba gustando esta conversación tan interesante con el juez.

—¿Que no va a durar? —dijo el juez—. Eso habrá que verlo, loco del carajo.

Le proporcionó otro puñetazo, provocándole un corte, esta vez en la mejilla.

Álex apretó los puños por impotencia. Pensó que era irónico: justamente el anillo de casado del juez, la alianza con la mujer de su vida, había dejado esa marca en el rostro de Néstor. Una marca que estaba goteando sangre. Como una venganza de la mujer, presente en cierto modo en esa habitación a través del anillo de su esposo.

—¡Habla! —gritó nuevamente el juez, perdiendo definitivamente los estribos.

—Su Señoría, escúcheme. Tengo una noticia para usted, ¿sabe? —confesó Néstor.

En ese preciso momento se creó un silencio en la habitación. Álex se quedó con el corazón en un puño. Tenía fe en que Néstor entrara en razón.

El silencio que se había creado les permitió escuchar el helicóptero, volando por encima de sus cabezas. El tiempo se estiró mientras esperaban a escuchar ese secreto que decía conocer el preso.

—Me siento generoso, Bartolomeo, ¿sabes? Te aseguro, juez, que podrás volver ver a tu mujer, ¡sí! —dijo con tono serio y convincente—. Te lo garantizo.

Todos en la sala se quedaron callados, como si eso fuera un gran paso, dada la situación.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¡Maldito cerdo! No me mientas, no juegues conmigo —gritó nuevamente el juez a la vez que lo cogía del mono naranja.

—Es bastante irónico, juez, que tú que vienes de una estirpe de granjeros, que crían cerdos para jamones, y que tienes un cuerpo más similar a un jabalí que un Homo Sapiens, que tú me llames a mí *cerdo*.

Eso provocó aún más rabia en los ojos del juez, porque sabía que el comentario acerca de su sobrepeso era verdad.

—En fin, tiempo al tiempo, juez, no tengas prisa —dijo riendo—. Tenemos tiempo ¿Álex? —añadió mientras le miraba.

Álex arrugó el ceño. Eso era tan complejo que ya no sabía si Néstor decía la verdad o era una estrategia.

—¿Tenemos tiempo, Víctor? —dijo girando la cabeza lo que pudo y acabó nuevamente girado hacia el juez—. ¡Sí! Te lo confirmo Bartuchini, ¡tenemos tiempo!

Las últimas palabras de Néstor calaron profundo, mientras con expresión de psicópata observaba la reacción del juez.

* * *

Ana Cortés y Karla estaban en los lavabos.

Ana seguía sentada en la taza del wáter, mirando a Karla. Sentía las piernas hinchadas más de lo normal, la espalda dolorida y el cansancio más agudo de lo habitual, siendo aún de mañana.

—Es una maravillosa noticia, Karla, estoy muy contenta por ti —dijo Ana.

Karla se giró después de haberse limpiado la boca.

Levantó una mano y la movió hacia abajo en el aire, varias veces.

—Baja la voz, no lo sabe nadie —dijo Karla.

—Pero el padre sí, ¿no? —preguntó Ana.

Karla bajó los ojos y se mordió un labio.

—No lo sabe —adivinó Ana.

Karla negó con la cabeza.

Ana se levantó y fue hacia ella. Las dos mujeres se abrazaron. La acarició con dulzura, como en los viejos tiempos.

—¿Te apetece decirme qué ha pasado? —dijo Ana.

La otra asintió.

—Anoche tenía la intención de dejar a Marcos... —dijo Karla—. Pero él no estaba de muy buen humor. A veces es muy manipulador. No lo supe ver hasta después de mucho tiempo.

—Es normal, a veces estamos cegadas por el amor.

—No es eso. No es amor, era soledad.

—¿Cómo? —preguntó Ana.

—Sí. Seguía enamorada de tu hermano, pero él estaba con otra y yo quería hacerme la fuerte. Yo también quería tener una aventura, una historia. Buscaba a Álex en otro hombre —dijo con tono desconsolado—. Ya sabes, idealizando, viendo lo que creía que podía haber de Álex en cada uno.

—¿Pero no fue así? —preguntó Ana.

—No —respondió a punto de llorar—. Todo lo contrario. Los primeros meses, Marcos era dulce, detallista, fuerte y muy activo sexualmente, ya sabes.

—Claro, normal —dijo Ana mientras le arreglaba el pelo y se daba cuenta de que, por momentos, los ojos de Karla se ponían más y más rojos.

—Luego comenzó a salir el Marcos de verdad: celoso, opresor, controlador, déspota... —dijo cabizbaja y dejó un momento de silencio para pensar—. O sea, la versión que hay allí arriba —concluyó con rabia—. ¡Maldita sea! Si me hubiera fijado mejor...

—No te preocupes, Karla, estoy aquí para ayudarte... ¿vale? —confirmó Ana—. Te ayudaré a arreglarlo.

—No hay nada que arreglar, ya está todo perdido.

—¿Perdido? —replicó Ana—. ¿Te apetece decirme qué ha pasado?

Karla la miró y se alejó. Dio un salto y se sentó en el mármol de las pilas.

—Anoche fui a decirle a Marcos que no quería seguir. Pero él había traído algo de comida preparada y cenamos. Él estaba muy nervioso por la operación de hoy. No me escuchaba, hasta que le interrumpí y le dije que lo nuestro se había acabado, que no quería seguir con él. Que había tomado una decisión y él no estaba en ella.... —dijo Karla cabizbaja.

—¿Y él? —preguntó Ana.

—Pues él me dio un bofetón —contestó con rabia—. Pero conseguí coger mis cosas y me fui, sin que él me lo pudiera impedir.

—¿Era la primera vez?

Karla negó con la cabeza.

—Lo siento, no tenía ni idea...

Karla encogió los hombros sin mirarla.

—¿Luego que pasó? —preguntó Ana—. ¿Te siguió?

—No. Al volver a coger mi coche para regresar a casa me quedé en una esquina y vomité. Fue poco, casi nada. En un primer momento pensé que eran los nervios, pero de camino a casa pasé por delante una farmacia abierta las veinticuatro horas. Se me encendió una posibilidad, una idea que me estremeció. Estaba parada en un semáforo y me pitaron para arrancar. Apagué el motor y puse los cuatro intermitentes y bajé del coche. Enseñé la placa al conductor enfadado y se fue despotricando. Crucé la carretera y me metí en la farmacia. Compré un test de embarazo y me fui a casa. Estaba tan nerviosa que no me salía una gota de pipí —dijo a la otra mujer sonriendo—. Luego la confirmación y la ducha fría. Estaba embarazada. Bueno, mejor dicho, lo estoy. Llevo dentro el hijo que no quiero de un hombre al que acababa de dejar para volver con tu hermano. Lo teníamos todo organizado, vivir juntos, darnos otra oportunidad, todo como era antes, pero esto... —dijo mirando y tocando su vientre—. Lo cambia todo.

—Sé lo que quieres decir, ¿sabes? —contestó Ana tocándose su barriga—. El padre de este bebé ha muerto hace tan solo unos días... —dijo mirando al infinito y luego concluyó regresando al momento—. Pero hay soluciones. Lo puedes dar en adopción. Incluso si, realmente no lo quieres y no quieres afrontar el embarazo, puedes abortar, Karla. Siempre hay soluciones.

Esa palabra encendió recuerdos en Karla. Sus ojos la delataron y Ana vio algo en ellos.

Karla comenzó a sacudir la cabeza, como si hubiera visto un fantasma.

—¡No! Abortar no, otra vez no, no podría soportarlo —dijo desesperada.

Justo en ese momento se escucharon unos ruidos, luego unos gritos y unas personas que corrían. Las dos mujeres se miraron, perplejas. Se acercaron a la puerta y la abrieron con temor. Javier estaba delante, presidiendo la entrada. En el pasillo de la masía que llevaba a la salida principal había una embestida de los GEI, detrás Álex corría y, por último, el juez los seguía.

Ana se preguntó qué había provocado la estampida, y de qué estarían escapando.

Bartuchini.

Así acababa de llamar Néstor a su señoría.

Había llamado al juez Bartolomeo Del Pozo con un mote: algo que jamás se habría esperado un hombre de sus dimensiones y con un cargo así.

La tensión se había disparado. Álex se preguntó cómo podía atreverse Néstor a llamarle algo así.

¿Era otra estrategia? ¿Una provocación? ¿Quería que estallara? Álex vio cómo la expresión del juez iba cambiando. Primero de rabia, por aquel mote tan ridículo. Después, mientras lo soltaba del mono, su rostro se fue oscureciendo hasta parecer asustado.

Bartuchini.

El mote le cambió la cara, como un recuerdo olvidado.

¿Quizá le llamaban así de pequeño? No tenía sentido que Néstor Luna supiera el apodo del juez. ¿A no ser que hubiera algo inimaginable entre ellos?

Pero cuando Néstor pronunció ese nombre, el juez dejó de pegarle y se dejó caer en el asiento de la silla.

—¿Qué has dicho? —le espetó al preso con incredulidad.

Néstor se arregló el mono naranja, tirándoselo hacia abajo al mismo tiempo que alzaba la barbilla.

—No te acuerdas... —dijo Néstor y justo cuando iba a seguir, la radio del capitán sonó.

Entre descargas de interferencias, se escuchó a un agente que hablaba.

—Aquí capitán. Repita, por favor —insistió Marcos Mendoza.

Del otro lado de la radio replicaron.

Los demás de la sala no entendieron qué pasaba. Las interferencias no permitieron escuchar con nitidez lo que se habían comunicado entre los GEI. Álex vio que el capitán se acercaba a la ventana, sacaba unos pequeños prismáticos y se ponía a observar qué pasaba.

—Agente, espere un momento —indicó el capitán por radio—. Su Señoría, es mejor que mire esto.

Bartolomeo del Pozo se levantó y se acercó a la ventana. Miró a través de los prismáticos.

—¿Qué demonios...? —gritó el juez.

Luego se giró hacia Néstor, que estaba riendo.

—Teníamos un trato... ¿verdad? —dijo Néstor con una sonrisa.

Esa sonrisa no era una sonrisa sin más. Álex la conocía muy bien, y no era normal. Era mezquina, y ocultaba algo detrás. ¿Sería un misterio? ¿Un criptograma? Solo hacía falta descubrirlo.

Álex miró su reloj, el tiempo no parecía pasar en esa sala. Se dio cuenta de que Víctor, el

guardia también acababa de hacer lo mismo. Todos estaban nerviosos.

Álex se acercó a la ventana. Al fondo estaban dos coches de la policía con las sirenas encendidas, dos puntos lumínicos rojos y azules, que impedían ver lo que había en medio: un punto lejano, blanco, confuso, borroso.

—¿A qué esperas? —le gritó el juez a Marcos—. Déjalo pasar, ¡idiota!

El capitán lanzó un mensaje por radio, dando las ordenes de escoltarlo hasta la entrada.

—A qué esperáis, vamos abajo —les espetó el juez.

—¡Vosotros! —gritó a Víctor y a su compañero—. Meted al preso en la jaula y permaneced aquí controlando. Y vosotros —dijo indicando al subinspector y a Álex—. Quedaos aquí a vigilar, ¡haced algo útil!

El juez y el capitán bajaron corriendo por las escaleras.

Álex se acercó más a la ventana: el coche con las luces recorría el camino hacia la masía y el punto blanco borroso iba detrás.

Víctor y el otro guardia levantaron al preso y lo metieron en la jaula de cristal.

El subinspector estaba refunfuñando, diciendo que no quería perderse nada, y se acercó a la ventana.

—Víctor, ¿te ocupas tú de esto? —dijo Álex al guardia penitenciario.

Este se giró asintiendo, con cara de responsabilidad.

Álex corrió hacia la puerta y se fue escaleras abajo. Al llegar a la planta principal, siguió a los demás, pasó por delante de Javier y entrevió en la puerta de los lavabos a Ana.

Salió al exterior, donde la lluvia se había convertido en llovizna fina.

El coche patrulla se detuvo delante de la masía. Detrás, el punto blanco y borroso ya se podía apreciar con nitidez, y se había convertido en un volumen más grande de los que se esperaba: una furgoneta, blanca.

Ráfagas de posibilidades inundaron la mente de Álex.

Tenían que abrirla y ver lo que había dentro.

Los agentes del GEI rodeaban el vehículo, apuntando con sus armas. Sobre el conductor se veían muchos puntos rojos que atravesaban el parabrisas y se movían descompasados sobre su torso. Levantó las manos.

El capitán ordenó al conductor que bajara de la furgoneta. El hombre no reaccionaba, se quedó boquiabierto y con las manos levantadas, sin entender qué pasaba.

—¡Baja del coche! —gritó el capitán después de abrirle la puerta.

El hombre bajó y se quedó de pie, delante del hombre que le apuntaba.

—¿Quién eres? —gritó el capitán mientras otros agentes, con el rostro tapado, le seguían apuntando.

Álex veía la escena desde el otro lado de la furgoneta, de pie detrás del juez.

—Me llamo Robert, no sé qué pasa... ¿Qué queréis de mí? —balbuceó con acento catalán.

—¿Qué narices haces aquí, chico? —replicó el capitán—. ¿Qué demonios llevas ahí detrás?

—No lo sé, me han dicho que viniera aquí. No tengo ni idea —dijo entre sollozos.

El capitán se acercó y, después de cargar la pistola delante de él, se la apoyó en la frente.

—¿Qué haces aquí con esta furgoneta? —ladró el capitán con un tono que sonaba a ultimátum.

Al otro lado de la furgoneta, Álex, que no se perdía detalle, se dio cuenta de que le estaban llamando por teléfono.

Lo sacó del pantalón; era Iván.

—Cortés.

—Llevo toda la mañana intentando ponerte en contacto contigo —dijo Iván.

—No es un buen momento —respondió Álex.

El capitán apretó más el cañón de la pistola sobre la frente del chaval.

—Te lo repito por última vez. ¿Qué demonios haces aquí?

El chaval tragó saliva, no sabía en qué dirección mirar entre tantos hombres que le estaban apuntando.

El capitán chasqueó los dedos delante de él.

—¡Vamos!

—No lo sé. ¡Joder! No tengo ni idea. Un tío me ha pagado una pasta para venir aquí —lloriqueó.

—¡Y una mierda! Eres el puto discípulo. ¡Seguro!

—Tienes que escuchar esto, Álex: el discípulo tiene en el garaje de alquiler un congelador con manchas de sangre. ¿Entiendes?

—¿Y qué hay dentro? —preguntó Álex.

—Nada, solo está sucio de sangre.

—Vete a saber de quién son esas manchas, que la científica te las analice —dijo con prisa—. Tengo que dejarte.

—No, espera, Álex —dijo—. Hay más.

—Rápido, Iván.

—Hay una cosa más. He rastreado los móviles de mi zona creyendo que estaría aquí y he encontrado un número que estaba en este punto en el momento en que llegó con la furgoneta, después de que el discípulo se viera con Pedro Glock.

—¿Qué más? Rápido.

—Cuando estuvo aquí en el garaje hizo una llamada, ¿adivinas dónde? —preguntó Iván.

—¿Dónde?

—Al penitenciario Quatre Camins —dijo con tono de haber descubierto algo muy importante.

—El penitenciario no nos dirá quién era, esas llamadas son confidenciales.

—Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es? ¡Venga, Iván!

—El mismo móvil está allí, con vosotros, en este momento.

Álex se quedó callado. Arrugó la frente y dio unos pasos adelante.

—Déjeme ver —dijo a un agente GEI que estaba apuntando al chofer.

Apartó al hombre y miró dentro del habitáculo. Luego se apartó de la furgoneta y contestó.

—Iván, le tenemos, acaba de llegar con una furgoneta. El móvil le indicaba la ruta, lo tiene en el salpicadero con el GPS puesto.

—¿Discípulo? —preguntó el chofer—. ¿Cómo? ¿De quién?

—¡Abre la furgoneta! —le espetó el capitán Marcos Mendoza

El juez se acercó e intentó coger del pescuezo al conductor, pero el capitán se lo impidió.

—¿Mi mujer está allí dentro? —gritó.

—Juez Del Pozo, nos ocupamos nosotros, para esto estamos aquí —le espetó el GEI y lo empujó de nuevo hacia la masía.

Bartolomeo, en medio de un ataque de nervios, se escabulló y se fue a la puerta lateral del vehículo. Pegó con los puños en la chapa.

—¿Tere? ¿Estás ahí? Por favor, si me escuchas, no te preocupes, ahora te sacamos —gritaba el juez a su mujer pensando que estaba dentro, mientras seguía dando manotazos—. ¿Me oyes, amor? ¿Teresa?

Álex se giró, dejó de escuchar por un segundo la conversación y se fijó en que era la primera vez que se escuchaba el nombre de la mujer del juez, la señora Teresa Del Pozo. Luego regresó a prestar atención a Iván.

—¡Abre la furgoneta, maldita sea! —espetó el capitán.

—No, no puedo.

—¿Qué dices, miserable?

El chico se puso a llorar desconsolado. Al capitán le resbaló esa situación y solo le provocó más enfado.

—Abre esa puta puerta, pedazo de mierda —gritó presionándole la pistola sobre la frente.

—Me han dado quinientos euros. Cobro el paro y no tengo trabajo. Estoy con la hipoteca y préstamos, solo quería ganar un sueldo extra, no he hecho nada de malo... —lloriqueó el hombre.

—¿Quién?

—Un hombre con gafas. Un trabajo fácil y limpio, me dijo.

—Me la trae floja lo que te dijo. ¡Abre la furgoneta!

—No puedo, no tengo la llave.

—Capitán, las puertas llevan una cerradura de seguridad —gritó un agente GEI desde detrás del vehículo—. Es un coche alquilado, la matrícula corresponde.

El capitán gruñó y miró al juez.

—Le podemos dar con un ariete hasta reventar la puerta.

—No —dijo el capitán—. Habrá que llamar a los bomberos.

—Tengo un mensaje para un tal Álex Cortés —dijo el chofer dejando desplazado al capitán.

Álex no lo escuchó porque estaba hablando por teléfono.

—Iván, puede que le tengamos. Tengo que dejarte.

—No espera, hay un detalle que no cuadra —insistió Iván—. El móvil que te digo es recargable, uno de esos que son de usar y tirar. No creo que tenga GPS.

—¿Estás seguro? —preguntó Álex.

—Parece ser que sí. Pero lo inquietante no es eso, jefe. Llevo una hora intentando ponerme en contacto contigo y desde entonces está allí, donde estáis vosotros.

Eso estalló en su cabeza como un grito en una gruta subterránea.

¿Cómo podía ser? ¡La furgoneta acababa de llegar!, se dijo Álex.

—¡Álex Cortés! —gritó el capitán Marcos Mendoza.

Álex colgó la llamada con Iván sin decir nada más.

—¿Sí? —respondió levantando un brazo.

—Ven aquí —insistió el capitán.

Álex dio la vuelta a la furgoneta, despacio, mirando fijamente a los ojos de cada GEI que se cruzaba, hasta llegar junto al capitán.

—¿Qué pasa? —preguntó Álex.

—Este hombre ha preguntado por ti —dijo Marcos al sargento, señalando al conductor de la furgoneta.

—El tío que me contrató me dijo que a usted, y solo a usted, le dijera que en la guantera hay un sobre.

En la guantera había un sobre, y era para Álex.

Pero, ¿qué podía contener? ¿Una pista, un criptograma?

Fuera lo que fuese, Álex deseó que fuera el último.

Álex, en pie junto al capitán de los GEI, levantó la mirada. Desde la ventana del primer piso de la masía vio al subinspector mirando, aunque no era a él a quien quería ver. No; miró hacia la jaula, donde estaba Néstor Luna. Aquel hombre había estudiado cada paso del plan al mínimo detalle. El discípulo no podía estar allí porque hubiera sido un suicidio y un sacrificio inútil. ¿De qué le habría servido?

Pensando en ello, Álex dio la vuelta al coche y abrió la puerta delantera de la furgoneta.

Quiso abrir la guantera, pero tuvo un momento de indecisión. Valoró si dentro podría haber una bomba, una trampa, o algo que pudiera acabar con su vida.

Respiró hondo.

Apoyó la mano en la palanca hasta sentir la rugosidad del plástico. La maneta negra sobresalía del salpicadero.

Comenzó a tirar de ella hasta que el mecanismo de cierre se desbloqueó. Luego permaneció inmóvil, esperando a ver qué pasaba, pero no sucedió nada.

Fue bajando la tapa de la guantera. Con temor, mirándola de lado, con un solo ojo abierto.

La bajó hasta que pudo ver por completo lo que había dentro.

El espacio era negro y diáfano.

Se acercó para ver mejor y comprobó que no estaba tan vacío como parecía en un principio. Levantó la cabeza: todos los GEI y el juez estaban observando cada uno de sus movimientos. Pudo ver en sus rostros atención, preocupación e incluso desesperación.

Levantó la vista hacia la ventana: el subinspector ya no estaba mirando. Seguramente estaría acudiendo allí también él.

Introdujo la mano en la guantera. Levantó con precaución el único objeto que había dentro: un sobre, en efecto. Lo sacó con suma delicadeza.

La respiración se le intensificó, al mismo tiempo que su temperatura se incrementaba a pesar de la fría mañana.

Miró el sobre.

Estaba cerrado.

Se aseguró de que no contuviera ningún objeto sospechoso en su interior.

Le dio la vuelta y tiró de la solapa.

Dentro había un papel.

Un folio plegado. Los pliegues estaban muy apretados, con sumo cuidado. Papel blanco,

impoluto y escrito a ordenador.

Lo desplegó y solo encontró un texto:

Si insistes en no dejarlo ir, mañana mismo traeré langostas sobre tu territorio, y estas cubrirán la superficie de la tierra, de tal modo que no podrá verse el suelo. Se comerán todo lo que el granizo no haya dañado, lo mismo que todos los árboles frutales del campo. (Éxodo 10:4-5)

El juez se le acercó y le arrancó el papel de cuajo, casi rompiéndolo. Este leyó las pocas líneas y gritó:

—¿Qué demonios es esto?

Álex ya lo había entendido todo. Observó la reacción del juez con compasión; él no había entendido aún lo que estaba por suceder.

—¿Qué mierda es esto? —gritó aún más fuerte el juez, mirando a Marcos Mendoza, como si él le pudiera resolver la situación—. ¿Dónde está mi mujer?

Álex recordó lo que le había dicho el erudito. Lo que se describía en el texto era también una de las plagas de Egipto.

Fue contando con los dedos. Recordó la plaga de las langostas.

El juez le tiró el papel y Álex lo cogió en el aire.

—No me puedo creer que esto esté pasando —gritó desesperado—. Estáis todos locos, ¿alguien puede reventar esa maldita puerta de una vez?

—Podemos poner una pequeña carga de explosivo —dijo un agente de los GEI al capitán.

Álex cogió el papel y lo volvió a inspeccionar.

«Maldito loco, ¿qué es el mensaje esta vez?», se dijo Álex en su fuero interno. «¿Dónde está el truco?».

—Reventad esa puerta como sea, pero que sea rápido —gritó el juez.

Álex fue a mirar la puerta de la furgoneta. Algo no le encajaba. Una carta, un chofer cogido vete a saber dónde, una furgoneta alquilada, y una cerradura de seguridad... ¿para qué esa última?, se preguntaba.

Mientras los GEI y el juez iban pensando en cómo abrir a puerta de la furgoneta, o si directamente era mejor reventarla a pesar de las posibles consecuencias, Álex analizó con frialdad la situación.

Siguió hasta el portón trasero, que estaba cerrado con llave.

—¿Dónde tienes las llaves? —preguntó Álex al conductor.

—¿Cómo? —replicó el chico, en pánico.

—Las llaves de la furgo. ¿Dónde están? —le explicó Álex con paciencia.

El hombre pensó.

—En el contacto —dijo, señalando hacia el volante.

Álex entró en el vehículo y con un pañuelo cogió las llaves. Extrajo la llave del contacto; estaba enganchada a un llavero de una famosa empresa de alquiler. Probó, pero esa llave no abría la cerradura de seguridad del portón trasero.

—¿No te ha dado ninguna llave más? —preguntó Álex.

El hombre negó, aún entre sollozos.

—¿Seguro?

—Lo juro por Dios, por mi madre, no sé nada, no tengo nada... —lloriqueó.

—¿Y no has mirado en el vehículo?

—No hay nada...

Álex le creyó. Dio la vuelta a la furgoneta mientras los GEI seguían discutiendo qué hacer.

Regresó a la guantera. No había nada más.

Se sentó en el habitáculo.

Pensó en subir a hablar con Néstor, pero ya se imaginaba que se encogería de hombros y disfrutaría viendo que no era capaz de solucionar su enigma, su criptograma.

Analizó el texto: allí tenía que estar la respuesta. Fue frase por frase. Palabra por palabra. Letra por letra.

Nada.

Nada le indicaba qué hacer, ni un atisbo de idea.

El juez seguía golpeando los puños contra la furgoneta y el capitán le indicó a Álex que saliera porque no iban a esperar a los bomberos. Reventarían la puerta con un poco de carga explosiva.

Álex le pidió que esperara.

Miró de nuevo el papel. Lo analizó por las dos partes. El sobre... Estaba seguro, no había nada, pero se negaba a aceptarlo. Justo en el momento en que un agente lo sacaba, tirándole del brazo, vio algo de reojo.

Se soltó del agente y estiró la mano.

Le gritaban que saliera, pero allí había algo que una persona en estado de shock no habría visto jamás. Unos garabatos, unas palabras. Solo se veían a contraluz. Habían sido escritos sobre otra hoja, de modo que solo quedaran los surcos.

No tuvo dudas: esa era la pista de Néstor.

Saltó fuera de la furgoneta.

—¿Alguien tiene un lápiz? —preguntó Álex.

Nadie le hizo caso.

Miró a su alrededor. La lluvia, que se había ido atenuando durante la mañana, ya había parado. Necesitaba algo que hiciera de contraste, la mina de un lápiz sería perfecta, pero no tenía ninguno.

Bajó la mirada, mordiéndose un labio.

Cogió el papel y se agachó delante de una rueda. Metió un dedo por las aspas de las llantas y lo pasó por el disco de frenos. El polvo de las pastillas se le quedó en la yema y lo pasó por el papel.

Las palabras se resaltaron sobre la suciedad.

—Maldito loco... —susurró Álex.

Entre los GEI se había creado un silencio irreal, como si hubiesen entendido el hallazgo. Álex se levantó y le dio el papel al juez, aplastándoselo contra el pecho.

El juez lo leyó arqueando las cejas.

«La llave, abajo».

Sacó el móvil, desbloqueó la pantalla y activó la cámara reversa, de la pantalla. Colocó el móvil por el fondo de la furgoneta, escaneándolo y usando la cámara del teléfono como un espejo. Fue dando vueltas por la furgoneta, hasta que en la parte trasera vio algo que le llamó la atención. La rueda de recambio, en la parte trasera y al lado del tubo de escape, tenía algo enganchado.

Se agachó para mirar mejor. Una brida pasaba por los agujeros del metal y sujetaba con un

aro metálico una llave.

Acercó la mano y arrancó la llave de la brida.

En cuanto el juez la vio gritó:

—Capitán, abra de una vez esa puerta.

El capitán se abalanzó sobre Álex y se la arrancó de la mano.

—Chicos, cubridme. —dijo mientras se acercaba a la puerta de la furgoneta.

El capitán introdujo la llave en la cerradura y desbloqueó la puerta. Los agentes de los GEI apuntaban hacia dentro, preparados con chalecos antibalas y pasamontañas.

La cerradura se desbloqueó.

En cuanto se abrió la puerta, la luz exterior iluminó la carga del vehículo. El juez se acercó, apartando a los agentes. Al ver el contenido se quedó quieto, sin comprender lo que tenía delante.

El juez dio un paso atrás.

Aquello no era lo que se esperaba encontrar.

Álex, solo con ver la cara del juez, comprendió que tanto la carta como el fragmento de *El Libro del Éxodo* eran acertados.

Se fue acercando. El capitán se pasó una mano por la cabeza; tampoco él se lo había imaginado.

—¿Dónde está? —susurró el juez, y luego repitió, gritando—: ¿Dónde está mi mujer?

Un agente entró, y Álex asomó la cabeza.

El espacio de carga estaba casi vacío; en él solo había un objeto: una caja. Justo en el centro. Era una simple y anónima caja de cartón, colocada en medio y sujeta por dos cuerdas ancladas en anillas en los lados opuestos. Las dos se cruzaban formando una enorme “X” y la fijaban para que no se moviera del sitio.

El agente desató el paquete. Primero una cuerda y luego la otra.

Empujó la caja hasta la puerta lateral, donde estaba el juez. Este, sin miramientos, cogió el precinto que la sellaba y lo arrancó.

Álex estaba a un metro del juez: un espectador privilegiado que se no perdía ni un detalle. Mientras el juez abría la caja, se le ocurrió mirar hacia arriba, pero en la ventana no había nadie.

Una vez retirado el celo, el juez abrió las solapas y se encontró una caja de porexpán.

A Álex le recorrió un escalofrío por el cuerpo, levantando su vello como escarpas. Esas dimensiones, esa caja, esa escena... eso ya lo había vivido. No era un *déjà vu* ni un recuerdo, y se temía saber qué, o mejor dicho *quién* había dentro.

—¿Qué demonios es esto? ¡Joder, maldito pirado! —gritó el juez—. ¿Es otro de sus jueguitos?

Bartolomeo destripó la caja de cartón, con rabia, con desesperación. Dejó la caja de porexpán a la vista. Observó la fisura y cuando entendió cómo se abría, arrancó de cuajo la tapa, dejando a la vista el contenido.

Álex dio un paso hacia adelante: necesitaba ver mejor para confirmar su intuición.

El juez se quedó mudo, con la boca abierta de par en par. Sus ojos solo mostraron desesperación. Gritó, como si acabaran de arrancarle un brazo de cuajo y se estuviera dando cuenta del dolor poco a poco.

Dio dos pasos hacia atrás y resbaló. Cayendo se manchó de barro su traje de alta costura. Se alejó a gatas de la furgoneta.

—Teresa... mi Teresa.... ¿Qué te han hecho? —gritaba el juez.

Álex asomó la cabeza. No necesitó mucho. Un fotograma bastó. Se hizo hueco mientras los demás se apelotonaban para mirar.

Entonces entendió la frase de Néstor:

“No te preocupes juez, volverás ver a tu esposa riendo”.

En la caja estaba la cabeza de la mujer. Colocada boca arriba, para que se viera justo al abrirla. Su rostro parecía feliz, sonriente, pero no era una expresión natural: la habían creado realizando unos agujeros en las comisuras de la boca. Habían pasado unas anillas por los agujeros, y cada una estiraba los labios hacia los lados, mediante unas gomas elásticas que le pasaban por detrás de la cabeza. Pero eso no era todo. En la boca tenía un insecto: una langosta, la octava plaga de Egipto. La mujer del juez era la cuarta víctima de las plagas. ¿Quién sería la próxima? ¿Cuáles serían las otras seis?

Mientras Álex se preguntaba todo eso y los demás Mossos miraban la caja, recordó las palabras de Iván:

«Hacía más de una hora que el móvil estaba allí».

¿Cómo podía ser posible?

Levantó la mirada; en la ventana no había nadie. Desde la lejanía, un ruido llamó la atención del policía, aunque no de los demás: un avión estaba acercándose a la pista de aterrizaje del aeropuerto de Gerona.

Álex arrancó en una carrera desenfrenada hacia el piso superior, saltando los escalones de tres en tres.

—¡Ana! —gritó desde el rellano de las escaleras, entre la entrada y el primer piso—. ¿Karla?

De un salto llegó arriba. Cruzó el pequeño pasillo y entró en la habitación de la celda, con la pistola en mano.

Suspiró al ver lo que había allí, y su sangre se heló.

Creyó haber sido arrollado por un toro: un miura de nombre Bartolomeo Del Pozo.

La furgoneta había resultado ser solo una distracción. El juego de magia se había producido en la primera planta y sus efectos secundarios ya los estaba viendo el sargento Cortés.

La jaula de cristal estaba vacía, con la puerta abierta. De Néstor Luna no había ni rastro. El subinspector tenía una bala en la frente, entre ojo y ojo.

Una guardia de la prisión estaba también en el suelo en un charco de sangre.

Javier Bustamante también yacía en el suelo, ensangrentado. Tenía dos heridas: una en la pierna y otra en el abdomen.

Karla estaba sentada en el suelo, con una capucha en la cabeza, meneándose y con las manos atadas detrás de la espalda.

A su lado, justo al entrar, otro agente de los GEI estaba en el suelo, con una bala en la frente. Aquello era una carnicería; un acto de violencia inaudita. Néstor no estaba: se había llevado a un guardia y a Ana Cortés.

Álex se detuvo, mirando los cadáveres a su alrededor. Se sintió abrumado por lo que había encontrado. La mujer del juez, la caja, la furgoneta... todo había sido otro truco de Néstor. Ahora se había escapado otra vez y, lo que era aún peor, se había vuelto a llevar a su hermana.

Pocos minutos antes.

La furgoneta blanca aparcaba delante de la masía.

Álex, el juez y el capitán de los GEI bajaron corriendo.

Víctor, que se había quedado al mando, metió a Néstor en la celda y la cerró. Su compañero se quedó de pie, presidiendo la puerta.

Mientras, el subinspector Reixach se acercó a la ventana para ver lo que sucedía. Por las escaleras aparecieron Javier, Ana Cortés y Karla.

El agente de los GEI que presidía la entrada los obligó a detenerse, y Javier le lanzó una mirada de pocos amigos.

—¿Nos dejas pasar? —dijo con su tono más profundo. El otro llevaba el rostro tapado y solo podía verle los ojos.

El agente, tras pensárselo, los dejó entrar.

—Ramírez. ¿Cómo te encuentras? —preguntó el subinspector.

Karla avanzó hasta la ventana.

—Ha habido días en los que he estado mejor, jefe —respondió ella.

—Ya veo... —dijo él, fijándose en el color de su rostro.

—¿Qué pasa ahí fuera, jefe? —preguntó Karla.

—Creo que han traído a la señora Del Pozo —contestó Reixach.

—Yo no estaría tan convencido, subinspector Reixach —dijo Néstor sentado en la cama.

El jefe se giró.

—¿Qué quieres decir, maldito pirado de mierda? —insistió el jefe.

—Ahora el juez será tu compañero de viajes... —dijo Néstor a Reixach.

El subinspector vio a Álex, mirándolo desde abajo. Luego pensó en lo que había dicho el recluso y se acercó al cristal.

—¿Cómo dices? —le preguntó.

Néstor estaba sentado en la cama, con las piernas cruzadas.

—Quiero decir que a partir de hoy, el juez y tú seréis los mejores amigos de los viajes para viudos —replicó Néstor con desfachatez.

—¿Qué vas a saber tú de mi mujer?

Néstor soltó una risa forzada.

—Sé mucho más de lo que crees, jefe —insistió Néstor con tono arrogante—. Sufrió mucho, eso está claro, pero tu luto tampoco fue muy largo, ¿verdad? Tus amigas vinieron muy pronto a calentarte las sábanas invernales. ¿Verdad?

El subinspector estaba delante de la jaula con los puños cerrados, con ganas de entrar y darle una sonada paliza.

Retrocedió hacia la ventana, para comprobar que todos seguían alrededor de la furgoneta.

—¿Dónde está la mujer del juez? —le preguntó a Néstor.

—Ni idea, jefe... —contestó el preso.

—¡Guardia! Abra esta puerta —insistió el subinspector a Víctor.

Víctor se quedó quieto. Karla estaba observando a Víctor desde hacía rato, algo perpleja. El hombre se mantenía erguido, alto e impasible. Le llamaron la atención sus movimientos repetitivos, aunque disimulados, cuando se miraba el reloj.

—Tengo órdenes de no abrir —dijo Víctor con los ojos clavados en la ventana—. Lo siento.

—¡Quiero hablar con él un momentito, nada más! —replicó el subinspector.

Karla observaba Víctor y él a ella. El agente comenzó a sudar de forma descarada.

—Me has escuchado, agente, ¡ábreme la celda! Quiero hablar con el detenido —insistió el subinspector.

—Jefe, no creo que sea una buena idea —dijo Karla.

—Claro, ven, Reixach, entra aquí conmigo, es una buenísima idea —dijo Néstor—. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que te follaste a tu mujer? ¿Alguna vez la habías complacido? ¿O ya no se te levantaba esa pilila del tamaño de un cacahuete?

Ana Cortés, al lado de Javier, observaba la escena a distancia. Ella ya conocía ese juego. Néstor siempre hurgaba en las intimidades más profundas. En ocasiones porque le interesaba saber, y en otras, para provocar.

—Déjame pasar, muchacho —gritó Reixach al guardia.

—No puedo, señor —musitó Víctor, pero el subinspector lo cogió por el pescuezo.

—Déjelo ya, jefe —dijo Karla, dándose cuenta de que la situación se les escapaba de las manos.

—De acuerdo, suélteme, le dejo entrar cinco minutos —susurró casi sin aliento Víctor.

En cuanto Víctor recuperó el aire, miró el reloj otra vez, esta vez descaradamente. Karla arrugó el ceño y comprendió que estaba esperando algo.

Se acercó a la ventana: Álex estaba en el vehículo, leyendo un papel.

Cuando Karla se giró, Víctor le dio un rodillazo en plena entrepierna al subinspector. Este gritó y se agachó.

Víctor sacó una pistola con silenciador.

Apuntó a la frente del subinspector, que le quedaba a la altura del ombligo, y le disparó un tiro limpio entre las cejas. Reixach se quedó con la misma expresión que se le había quedado tras la patada, con la bala entre las cejas. Cayó al suelo como una estatua de mármol.

Acto seguido, Víctor mató a la otra guardia penitenciaria. Luego le disparó a Javier en una pierna y después en el torso.

Karla no tuvo tiempo de sacar la pistola. Un disparo la alcanzó en el pecho. Cayó dolorida y contorsionándose.

Acto seguido, Víctor se giró hacia el GEI de la puerta y le lanzó cinco disparos hasta alcanzarlo en la cabeza, mojando el pasamontañas azul de sangre.

Miró a su alrededor: solo quedaba Ana, estremecida mirando aquella acción fulminante.

Víctor se acercó a Ana Cortés. Esta se quedó quieta, sin saber qué hacer.

—Ana Cortés, ¿cómo está? —preguntó Víctor, con una voz más fuerte y cargada de tiranía—. Me alegro de volver a verla.

—Venga, ábreme de una vez, Víctor, me siento como un animal enjaulado —dijo Néstor desde el otro lado del cristal—. Nos tenemos que marchar.

Víctor se acercó al pelo de Ana y lo olió.

—La verdad es que no sé qué encuentra en ti... —dijo Víctor y se sacó de un bolsillo una capucha, se la puso en la cabeza y ató sus manos con una brida—. Nos vamos de excursión, querida.

Javier estaba a su lado, gimiendo por el dolor. Se acercó la mano para extraer una pistola.

—¡Quieto, inspector! No queremos héroes en nuestra historia, para eso ya estamos nosotros y nos bastamos —dijo Víctor mientras le apuntaba y le volvía a disparar.

Ana se asustó y se dejó caer de rodillas. Los gemidos de Javier habían cesado: ya no podía escucharlo.

Víctor dejó atrás a esos tres y fue directo a Karla. Le apuntó a la cabeza. Ella se quedó mirándolo fijamente.

—Así que el discípulo eres tú. Por fin sabemos quién eres. No vas a salirte con la tuya, te lo juro —dijo Karla.

—Y tú tampoco, policía del carajo —dijo Víctor con el dedo en el gatillo y apuntándole en plena frente.

Los dos se quedaron mirándose fijamente. El discípulo, tentado de matar a la famosa Karla Ramírez, y ella disimulando el miedo de estar enfrentándose a su hora final.

Karla vio pasar toda su vida por delante de sus ojos. Pensó en el criatura que llevaba dentro. Pensó en sus padres, en Cadaqués; en su infancia, en sus primeros besos, en la primera vez que hizo el amor con Álex; en sus esperanzas de volver con él, que dependían de si aquel dedo presionaba un poco más el gatillo.

Tragó saliva.

Jamás pensó que acabaría así, muerta en una operación. A veces imaginaba que moriría salvando a una escuela entera llena de niños, o evitando un balazo dirigido a Álex. Pero nunca así, a sangre fría, y a manos del discípulo de Néstor.

Karla miró a los ojos a Víctor. Luego los cerró.

—Víctor, ¡no! —le espetó Néstor—. Esto no está en nuestros planes.

Entonces Karla abrió los ojos y vio cómo el rostro de psicópata de Néstor se reflejaba también en la cara de Víctor.

Bajó el arma.

—Te has salvado, poli, hoy es tu día de suerte —musitó Víctor a regañadientes.

Dicho esto, sacó una capucha, se la puso sobre la cabeza y le dio un puñetazo que la dejó inconsciente.

Álex quitó la capucha que cubría la cabeza de Karla. Le refrescó el rostro y ella fue abriendo los ojos. En cuanto despertó creyó que Álex era Víctor.

—Karla, soy yo, soy Álex. Soy yo. Mírame —dijo sacudiéndola por los hombros.

Le costó unos instantes entender la realidad. Lo abrazó y no lo soltó por varios minutos. Después arrancó a llorar de los nervios. No podía parar, a pesar de lo que Álex le decía para tranquilizarla. Él se dio cuenta que el chaleco antibalas le había salvado la vida. A su alrededor, los agentes de los GEI comprobaban los cadáveres.

Karla comenzó a contarle a Álex lo que había sucedido antes de perder el conocimiento.

—¿No sabes dónde están? —preguntó Álex.

Ella se echó a llorar aún más intensamente, mientras negaba con la cabeza.

—No sé a dónde se han llevado a Ana —dijo entre sollozos.

Álex no podía creer cómo se había pulverizado la misión entera. La operación de rescate de la mujer del juez se había convertido en una excusa perfecta para la fuga del asesino más buscado de Barcelona, llevándose a su hermana como rehén.

—¿Dónde están? —gritó el capitán Mendoza sin dar crédito a lo que estaba viendo—. ¿Dónde diablos se han metido? ¡Por Dios!

Mientras el capitán alborotaba aún más la situación, un agente se acercó a los cuerpos para comprobar si alguno estaba aún vivo. Todos estaban muertos, excepto uno: Javier Bustamante respiraba, a pesar de estar en medio de un charco de sangre, con varios balazos.

—¡Llamad a una ambulancia, que suban los sanitarios! —gritó el capitán.

—Ya la hemos llamado, está llegando, tardará unos minutos —dijo un GEI con una cruz roja en el uniforme que lo identificaba como agente de primeros auxilios—. Nos lo llevamos abajo.

Acto seguido, dos agentes aparecieron y justo cuando lo tenían en una camilla para bajarlo, Álex se le acercó.

—No me dejes, hermano. Ni se te ocurra, ¿me has entendido? —le susurró al inspector de Cuenca. Luego dio una señal para que se lo llevaran.

—¿Dónde demonios están? —gritó Álex al capitán—. ¿Dónde? ¿Se puede saber, supercapitán de las narices? —Le dio un empujón—. ¿Dónde está mi hermana? ¿Dónde estaban tus hombres cuando se llevaron a mi hermana? —gritó nuevamente.

En ese momento se volvió a escuchar el helicóptero, sobrevolando la masía en medio de toda esa confusión.

—Masía, aquí Águila.

Los dos se miraron con rabia.

—Masía, aquí Águila —insistió la radio.

—Adelante, Águila —contestó el capitán.

Karla se levantó del suelo.

—Vemos un todoterreno verde que se marcha rápidamente por un sendero forestal, en sentido contrario a la masía. Cambio.

Álex se lanzó sobre el capitán y le cogió la radio de la mano.

—¿Dónde coño estabas antes? Aquí hay una matanza y se nos escapan los asesinos, el Asesino del Criptograma y su discípulo. ¿Y tú te vas a tomar un café? ¡Maldita sea! —gritó Álex tan alto que no le hubiese hecho falta la radio para que el helicóptero le escuchara.

—Lo lamento, pero hace unos minutos pasó un avión que tenía aterrizar en el aeropuerto de Gerona, no podíamos sobrevolar la zona, el capitán estaba al tanto de esto. Cambio.

Álex gritó y tiró la radio contra el suelo, partiéndola en miles de pedazos.

—¡Más vale que los cojas, maldito inútil capitán de mierda! ¡Joder! ¡Mi hermana está otra vez en manos de Néstor por tu culpa y por tu incapacidad! —vociferó y se quedó mirándolo.

Todos se quedaron en silencio.

El capitán apretó las mandíbulas mientras miraba al suelo. Luego se giró y dio una patada a los restos de la radio. Cogió la radio del agente que tenía más cerca y apretó el botón para hablar por ella.

—Aquí masía. Necesitamos información de adónde va el todoterreno. Cambio —dijo y soltó el botón.

Luego señaló Álex.

—Yo me encargo —dijo y aquello sonó más a amenaza que a promesa.

Álex negó con la cabeza sin que lo viera, mientras el capitán salía con sus hombres.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Álex a Karla.

—Estaba mejor ayer contigo en el coche —le susurró a Álex y le abrazó otra vez—. Lo siento, no he podido hacer nada.

Se separaron un poco y la miró a los ojos.

—Yo también te quiero —susurró Álex y se acercó para darle un beso en los labios, pero ella se apartó, dejándolo sin palabras.

—Ve, ve a salvar a Ana, yo estoy bien —le dijo al oído.

Álex se levantó y se fue siguiendo a los GEI. En ese momento entró el juez Bartolomeo Del Pozo. Sus movimientos lentos y su mirada perdida lo hacían parecer un zombi.

Al pasar por su lado, Álex se detuvo. Por su cabeza pasó un recuerdo. Había demasiados detalles sueltos que no había acabado de atar; demasiadas preguntas que sonaban a coincidencia y demasiados fragmentos de un puzle que no encajaban. Pero el error lo había cometido Álex. Se sintió un inepto por no haber conseguido unir los puntos numerados de una figura mucho más grande. El pegamento, el hilo, la clave, tenía que ser el juez. Él era la respuesta, y la clave debía de estar en su pasado.

El juez Bartolomeo Del Pozo no era una persona, sino una llave. Siempre pensó que era la víctima, pero era más culpable de lo que creía ser.

Álex dejó de ver al elegante hombre de la ley para ver lo que había sido siempre.

—Nada es al azar, ¿verdad su señoría? —preguntó Álex, regresando a la jaula de cristal donde estaba el juez—. Ahora lo entiendo todo...

Un vehículo verde se escapaba entre la maleza. Se iba volviendo más nítido según las copas de los pinos marítimos se iban abriendo al cielo.

No sabían de dónde había salido ese todoterreno, ni a hacia dónde iba. No era más que un punto verde que huía.

El capitán, al salir de la masía, se encontró solo con vehículos poco adecuados para conducir por caminos rurales. A pesar de eso, se subió a una furgoneta con su segundo al mando y arrancaron.

—Águila, aquí Tierra. ¿Lo estas siguiendo? —preguntó por radio el capitán.

—Afirmativo —se escuchó en la radio con un fuerte ruido de motor.

—Águila, necesito que me indiques dónde ir.

El helicóptero seguía a distancia al vehículo. El copiloto envió una coordenada al capitán para que pudiera llegar hasta el camino de tierra por el que escapaba el todoterreno. La furgoneta levantaba polvo y basculaba de un lado a otro cada vez que una rueda entraba en los socavones dejados por la lluvia. El barro empeoraba el agarre de los neumáticos que, cuando el terreno se empinó, comenzaron a resbalar.

—No vamos a poder seguir mucho, capitán —dijo el segundo.

—No me digas, no me había dado cuenta —dijo el capitán, manteniendo a duras penas la estabilidad de la furgoneta.

Llegaron a una cima. El copiloto, al girarse, se dio cuenta de lo mucho que se habían adentrado en el bosque. La masía era una mancha lejana, con puntos luminosos de varios colores y coches de emergencia que sobresalían del verde del bosque.

El horizonte era una línea verde irregular que dividía las nubes grises del bosque. El helicóptero, cada vez más lejos, daba una idea de cuánto se estaba quedando atrás el capitán.

Avanzaron hacia una colina, una rueda delantera entró en un charco y se hundió. El capitán infravaloró su profundidad y se quedó atascado, a punto de volcar y lejos de todo tipo de civilización.

—¡Mierda! —gritó dando un puñetazo en el salpicadero.

—¡Maldita sea! Nos hemos quedado clavados. Bajemos a ver qué podemos hacer —dijo el segundo.

Bajaron y se dieron cuenta de que la rueda contraria, la posterior izquierda, estaba en el aire, colgando de la furgoneta.

El segundo abrió la puerta de detrás y se colgó de la parte trasera del vehículo, tratando de hacer bascular la estructura de la furgoneta para salir del socavón.

—Venga, prueba ahora —le gritó Marcos.

La rueda patinó en el charco sin agarre alguno.

Lo intentaron varias veces, sin conseguir nada. El neumático comenzó a salpicar el agua.

—Lo único que estamos consiguiendo es quemar la rueda y nos quedaremos tirados.

—¿En serio? ¿Más aún, jefe? —preguntó el otro.

Mientras su compañero se adentraba en la maleza en búsqueda de un palo, Marcos cogió la radio.

—Aquí Tierra, ¿Adónde narices lleva este camino? —preguntó.

—Aquí Águila, lo hemos comprobado y este camino, si coge las bifurcaciones que creemos, va directo a Andorra.

—¿Andorra? Pero si está a varias horas de aquí.

—Sí, es el camino que usaban antes los traficantes. Va de la Costa Brava a los Pirineos. Tabaco, alcohol, etc.

—Pues si llega a Andorra ya no le pillaremos —dijo mientras apretaba el puño.

El segundo apareció con una rama de pino y comenzó a hacer palanca para conseguir un poco de tracción. A pesar de ser dos hombres bien entrenados, no tenían suficiente fuerza para levantar la furgoneta.

En ese momento se escuchó un ruido acercándose.

—Jefe, escucha.

—¿Qué demonios? —dijo Marcos.

Los dos se quedaron en silencio. Un sonido sordo se estaba aproximando: era un pequeño todoterreno blanco, que apareció por el otro lado de la colina, en dirección a los policías.

Álex pesaba la mitad que el juez y era algunos centímetros más bajo.

Iba desaliñado y despeinado, con ojeras y vestido más como un motero que un policía. Pero a pesar de todo, Álex se había convertido en un león ante el magistrado.

—Ahora lo entiendo todo —le espetó al juez—. Nada es una coincidencia. Tú no enviaste a una prisión psiquiátrica a la madre de Néstor por mi informe. No tuvo nada que ver. Mi informe fue solo el pretexto. Ahora lo entiendo. No fue porque el archivo acabara encima de tu mesa. Tú ya lo sabías, y yo fui la excusa perfecta. El subinspector aceptó que fuera a Astillero no porque él quisiera, sino porque tú lo autorizaste. Néstor Luna y mi informe eran el pretexto perfecto para que pudieras hacerlo. Ahora está claro.

—Te equivocas, sargento, modera tus palabras o te hago arrestar por desacato —dijo el juez sin fuerzas.

—Claro que sí. Tú ya conocías de antes a Néstor Luna. Porque nadie podía saber ni tampoco atreverse a llamarte Bartuchini. Nadie podía saber tu mote, a no ser que te hubiera conocido de niño— exclamó Álex—. Dime, ¿qué le hiciste a Néstor Luna?

Karla siguió el razonamiento y se levantó para unirse a la discusión.

—¿Qué demonios le hiciste a Néstor para que montara toda esta venganza y atravesara el abismo del tiempo para darte tu merecido?

—Nada. No he hecho nada. Estás delirando, yo no he hecho nada en absoluto —dijo y se fue hacia una silla y se sentó.

—Quizá Pedro Glock también estaba metido en algo de esto —dijo Karla sujetándose el estómago, aún dolorida por el balazo—. Creíamos que era una coincidencia, pero él tenía que ser alguien de la misma época. ¿De tu pandilla?

—Pedro Glock era un delincuente de poca monta, ¿qué tiene que ver con vosotros? —preguntó Álex insistiendo.

—¡Nada! No tengo nada que ver con ese hombre —contestó el juez.

—Claro, ¿qué reputación tendrías después de relacionarte con un hombre así? Pero hay un detalle, Bartolomeo: Néstor ha matado a tu mujer. ¿Por qué? ¿Por qué Teresa? ¿Por qué tú? ¿Qué ocurrió en el pasado? —insistió Álex a dos centímetros de su rostro.

—¡No lo sé! ¿Cómo tengo que decírtelo?

—Mientes, juez, si estuvieras en un estrado estarías infringiendo la maldita ley que en teoría protegemos. Eres un embustero y te has pasado por el culo tantas leyes en estos días que acabarías en una celda al lado de Néstor por el resto de tu vida —gritó Álex—. ¿Sabes qué les hacen a los culitos vírgenes como el tuyo en las duchas? ¿Sabes qué te pasará si vas a parar a las

mismas cárceles donde has metido a tantos delincuentes? ¿Lo sabes?

El juez estaba sentado con los brazos apoyados en las piernas y sujetándose la cabeza. Su traje carísimo seguía sucio de barro tras caerse al ver la cabeza de su mujer.

—¿Qué pasó? ¿Qué ocurrió en el pasado, juez? —gritó Álex.

Karla le puso una mano en el pecho a Álex y negó.

—No dirá nada, este hombre está desbordado por los acontecimientos —dijo Karla—. Pienso igual que tú, pero creo que no le vas a sacar nada ahora.

El juez comenzó a llorar, como un niño desconsolado que se había perdido y buscaba a su madre.

—No vas a sacar nada. Acaba de perder a su mujer, está en shock, necesita atención médica.

Álex acompañó Karla hacia la salida de esa estancia.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Álex mientras se dejaba acompañar hacia la salida.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Karla.

Las sirenas de las ambulancias se escucharon. Una cargó a Javier y se lo llevó al hospital.

Las sirenas de las furgonetas y los medios de policía de los GEI estaban ya lejos. El rotar del helicóptero se escuchaba en la lejanía, repercutiendo entre las montañas.

Bajaron las escaleras y cruzaron el pasillo que llevaba a la salida de la masía.

En cuanto salió de la casa, Álex llamó un agente de los GEI que estaba en el patio.

—¿Hay noticias del todoterreno? —le preguntó.

—No, lo están siguiendo, lo tienen localizado. El helicóptero no lo pierde de vista ni un momento —contestó.

Álex asintió. Luego acompañó a Karla a sentarse en una ambulancia. Los sanitarios se acercaron y mientras la asistían, Álex se dio la vuelta y miró la preciosa masía. La casa, de finales del siglo diecinueve, lucía en todo su esplendor, menos en un detalle.

Se acordó de su abuelo, que siempre le repetía:

«El diablo y Dios están en los detalles».

La masía.

El tiempo se detuvo.

La masía no era una sola casa. El cabo Fernández Cayo había dicho algo de suma importancia, que solo en ese momento cobraba vida propia y se desvinculaba del resto de la conversación.

Ese era el edificio que los Mossos usaban para las actuaciones especiales, simulacros y otros eventos.

Esa casa estaba en la lista de las opciones. No solo eso, se dijo Álex: era la única opción.

Fernández Cayo había dicho que la tenían cerrada y solo la usaban para temas puntuales o especiales.

Si estaba cerrada y sabían dónde irían, puede que Néstor lo tuviera todo planificado.

Entonces, si sabía que iban a ir allí, ¿por qué Néstor dijo que no iba a hacer el intercambio?

¿Para despistarlos?

¿Para jugar?

¿Por retar al juez?

«¡Claro!», se dijo Álex. Claro, porque el juez hubiera seguido con su plan sin importarle lo que dijera Néstor. Porque el juez era como un toro bravo que embestía a quien tuviera delante.

Se acordaba de que algo le había llamado la atención. Pensó en el otro detalle que dijo

Fernández Cayo, de la Guerra Civil.

Se fue a la camilla de Karla, que estaba siendo atendida por una enfermera. Le estaba curando el labio partido en ese momento.

—Karla, tengo una idea.

Ella se incorporó y le dijo a la enfermera que esperase un momento.

—¿Cuál? —contestó.

—Acuérdate de Fernández Cayo. Dijo que esta masía fue donada por la familia Vidal a la Generalitat de Catalunya. ¿Verdad?

—Sí, creo que sí. ¿Por qué? —preguntó ella.

—¿De qué época era?

—Creo que dijo que era de finales del novecientos y se fue ampliando en varias fases, ¿no?

—La familia Vidal era una familia industrial del textil y era republicana. Tenían miedo de que en la Guerra Civil se la derrumbasen con los bombardeos. ¿Recuerdas?

—No —contestó Karla.

—¿No? —preguntó Álex.

—Álex, nunca he sido buena en historia.

—Pues sí, y el fundador, Jordi Vidal i Serra, era un visionario, un hombre avanzado a su tiempo.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Karla.

A Álex se le iluminó la cara.

—Conozco esa mirada —dijo seria y preocupada—. Y no me gusta.

Él rio.

—¡No! No vayas sin mí —insistió ella intentando levantarse de la camilla—, necesitas que te cuide.

—No, necesitas descansar —dijo él empujándola para que se reclinara otra vez—. No digas nada a nadie. Solo tú lo sabes, si no vuelvo entonces...

—¿No puedes llevarte el móvil?

Álex negó.

—Me imagino que donde voy no funcionan los móviles —dijo, se acercó y fue a darle un beso, pero se detuvo a unos centímetros; ella ya había cerrado los ojos. Álex se lo pensó mejor y se lo dio en la frente.

Sacó la pistola y se puso en marcha.

Cuando los planes saltan por los aires, a los buenos policías solo les queda una cosa: la intuición. Más que un plan, Álex acababa de tener una corazonada.

Sacaron a Ana Cortés de la habitación, encapuchada y a punta de pistola.

Solo faltaba eso, se repetía ella. Volver a las manos de Néstor Luna, el Asesino del Criptograma, y ahora también con su discípulo. Total, no tenía muchas más manos que ofrecerle: solo le quedaba una.

«¿Y si no era eso lo que quería?», se preguntaba ella.

La dejaron en una silla y abrió los ojos bajo la capucha. Sintió una sensación rara, seguramente causada por el estrés. Aunque no alcanzaba a tocar con la mano, no había duda de qué era.

Perdía líquido.

Le quitaron la capucha. El espacio se le iluminó de golpe. Los ojos de Ana se fueron adaptando en un ambiente de ladrillos y polvo. Una cama, unos monitores, un ordenador, municiones, estanterías con fármacos y provisiones. Un lugar preparado para quedarse allí una temporada. Néstor y Víctor estaban discutiendo. La miraban.

—¡Tenemos que matarla ya! —gritó Víctor, moviéndose desacompadadamente—. No podemos esperar.

Ana nunca había visto esa versión del guardia penitenciario. Siempre había sido formal y comedido.

Néstor estaba erguido y no se inmutaba a pesar del nerviosismo del otro hombre. Miraba a Ana, casi perplejo, con las manos por detrás de la espalda, decidiendo qué hacer.

Mientras los observaba, Ana sintió los efectos de algún fármaco o anestésico que le habían administrado. A la vez, fueron apareciendo dolores abdominales. Se miró su cuerpo; no tenía ningún hueso roto, ni sangre.

—Ten paciencia, Víctor, todo a su debido tiempo —contestó Néstor pausado.

El discípulo se enfurecía y caminaba cada vez más rápido de un lado al otro.

El dolor de Ana se incrementó rápidamente, más rápido de lo que ella podía soportar.

Vio sus pies, que estaban mojados. Primero pensó que era orina. «Vete a saber qué mierda me han dado que me ha adormecido los esfínteres». Pero el dolor no era normal. Ya había sentido eso antes, pero su cabeza no quería aceptarlo. No era orina, sino líquido amniótico. Había roto aguas.

El estrés de los últimos días, añadido al escenario de esa mañana, había sido el detonante.

Se sintió sola delante de esos dos monstruos que la veían sufrir mientras comenzaban las contracciones del parto.

Su bebé se presentaba en el peor momento. En medio de un secuestro de Néstor Luna.

La desesperación se esfumó para dejar paso a algo más importante; tenía que dar a luz a su segundo hijo.

—¿Qué piensas hacer? —gritó Víctor, por encima de los gritos que Ana comenzaba a exteriorizar—. Si la matamos ahora tenemos nuestras víctimas cinco y seis, las plagas de las moscas y de los primogénitos cumplidas, y así podremos seguir, joder —gritó sin comprender qué hacía el maestro.

—Espera, llevamos mucha ventaja sobre la policía y tenemos que jugar bien las cartas. Matar es crear un equilibrio entre la vida y la muerte —dijo y miró al discípulo con intensidad—. Para. ¿Me escuchas? Esta mujer tiene que dar a la luz a su hijo primero. Aunque no sea primogénito nos servirá. Has hecho un gran trabajo... ¿lo sabes?

Víctor se acercó al maestro. Lo miró a los ojos, complacido. Apretó los labios y respiró profundamente. Ana seguía gritando delante de ellos, sin entender qué pasaba ni qué hacían.

Víctor dio un paso más hacia él. Su respiración se aceleró.

—Repítemelo... —le dijo a Néstor.

Néstor dudó.

—Lo has hecho muy bien, eres un excelente discípulo, casi mejor que el maestro —dijo él.

Víctor jadeaba y se acercó un poco más. Cogió la mano del maestro y la puso sobre sus genitales. Néstor le miró a los ojos.

—¿Sabes por qué he hecho todo esto? —preguntó Víctor.

—Lo sé...

—Porque te quiero. Quiero estar a tu altura. Quiero que me quieras y que te sientas orgulloso de mí después de matar a esa zorra y a su hermano que te metió en la cárcel. ¡Y yo te he sacado de allí! —dijo jadeando aún más, sin perder ni un movimiento de su rostro.

Al decir esas palabras, fue a darle un beso en la boca y Néstor se apartó, aunque con sutileza.

—Ahora no, tenemos trabajo —contestó mientras apartaba su mano de la erección del otro.

Cogieron a Ana y la pusieron en la cama.

—Calienta agua y trae toallas —dijo Néstor

—Solo nos faltaba esto. ¡Joder! ¡Maldita sea! —gritó a pleno pulmón.

—Rápido —contestó Néstor, tranquilo.

Ana seguía con contracciones y Néstor le quitó la ropa. En cuanto vio su sexo se quedó un instante observándolo.

—Precioso. No lo recordaba así —dijo Néstor.

Acto seguido le dio un trozo de plástico duro para que se pusiera entre los dientes.

—Aprieta fuerte, lo necesitarás —le dijo a Ana mirándola con compasión.

Víctor apareció con una sábana blanca.

—¿No tenemos nada más? —preguntó Néstor.

—No, solo esto —contestó irritado—. ¿Dónde has aprendido a hacer esto? —preguntó, indicando con la cabeza.

Néstor se enrolló las mangas.

—En YouTube. Anda, acércame el agua y abrochaos los cinturones. Esto está por despegar —dijo mirando a su discípulo. Luego acarició las piernas de Ana y le dijo:

—Ana, esto va a ser doloroso y complicado, ya lo sabes. Pero me tendrás que echar una mano, yo solo no podré... —dijo, actuando como un ginecólogo frente a las piernas dobladas de su paciente.

—¡Maldito hijo de puta! Hace ya tiempo que te di una mano. ¡Que te jodan! —gritó Ana con rabia mientras le enseñaba el dedo corazón.

Álex se hizo el signo de la cruz y entró en la masía.

El cielo prometía volver a descargar lluvia pronto. El viento alrededor de las montañas era gélido. Movía las hojas y las esperanzas, volteándolas, como haciéndole una reverencia al destino. Al pasado. Al futuro.

Álex entró en la masía con la pistola en la mano. Recorrió la mitad del pasillo principal. Se detuvo a mirar el mapa de la casa, colgado en la pared. Tocó con el dedo en el punto donde ponía: “estás aquí”. Regresó por las escaleras a la planta superior. La sala de la jaula de cristal seguía abierta. Los cadáveres estaban cubiertos y había agentes alrededor, hablando. En cuanto vieron al sargento entrar, empuñando una pistola, se detuvieron.

«Ok, salieron de aquí. ¿Dónde te has metido Néstor?», pensó en su fuero interno.

Salió otra vez. Pasó al otro lado del corredor. Allí había solo dos salidas: una por las escaleras, pero si hubiesen bajado por allí, los GEI los hubiesen visto; la otra por el ascensor, y los habrían visto también.

Podían haber bajado con una cuerda, evitando a los agentes del pasillo, pero los de la parte trasera de la casa los habrían interceptado. En algún momento recordó haber mirado por la ventana y haber visto agentes controlando la zona; incluso el francotirador en la torre lo hubiera visto.

La opción de bajar por una cuerda no era posible. Dos hombres adultos podrían haberlo conseguido, pero una mujer embarazada no.

—¿Dónde estás, Néstor? —susurró Álex mirando por la ventana.

Retrocedió sobre sus propios pasos hasta el pasillo que unía los dos ambientes, hasta el lado posterior de la masía.

La idea era sencilla pero estafalaria a la vez.

La masía se fue construyendo por partes, según dijo Fernández Cayo.

Miró al suelo: un gres de terracota, viejo, gastado por el paso de la gente y del tiempo. Testigo silencioso de casi dos siglos de historia.

Comenzó a buscar por el suelo: el suelo y los zapatos nunca mentían, como decía su abuelo. «Si quieres conocer a una persona, mírale el calzado», decía.

Álex fue inspeccionando el suelo como un perro sabueso, preguntándose qué eran todas esas cicatrices en cada baldosa. Cada una contaba algo, pero la mayoría de las historias no le interesaban. Hasta que una sí le llamó la atención: cuatro baldosas con la misma rozadura. Juntas formaban un puzzle, una posibilidad. Podía ser un error. Podía ser que hubieran movido un mueble pesado tiempo atrás y se hubiesen creado esos surcos, que formaban un cuarto de círculo.

Un mueble o... una puerta oculta.

Pasó la mano por el zócalo y, donde precisamente nacían esas rayas, notó que una fisura

expulsaba un aire aún más frío del que había en la estancia.

Podía ser una pista o un error de cálculo, pero Álex siempre actuaba según le decía su intuición.

Comenzó a buscar por la pared, tanteando piedra por piedra. Un indicio podía ser casualidad, pero dos eran una confirmación. Tenía que encontrar el punto por donde se abría esa supuesta puerta.

Guardó la pistola para tener las manos libres. Continuó por muchos minutos hasta que desistió; no encontraba nada. Lo tenía delante, pero no lo veía.

Entonces hizo lo que solía hacer cuando no conseguía dar con la solución: tomar distancia.

Se apoyó con la espalda contra el muro opuesto y se puso a mirar. El corazón le latía como en un esprint. La mente le decía que estaba perdiendo el tiempo, que tenía que buscar a su hermana fuera de allí. Pero la intuición le decía lo contrario; le decía que allí había algo. Hasta que los ojos dieron la razón a la intuición. Había una piedra con un perfil de un color diferente.

Se acercó; un poco de polvo en la junta marcaba que se había movido recientemente.

Apretó la piedra y se deslizó un centímetro, lo justo para poder empujar. Álex empujó y empujó, hasta quedar agotado. Miró de nuevo el suelo, jadeando por el esfuerzo. Las marcas estaban ahí.

Se dio cuenta de que había sido un estúpido: tenía que tirar, no empujar.

Introdujo la mano por la ranura que dejaba libre el ladrillo y comenzó a tirar. Tuvo que aplicar todas sus fuerzas hasta que el muro se desplazó.

Tiró hasta que consiguió un espacio por el que poder pasar. Encendió una linterna y sacó la pistola.

Al pasar se le abrió un pequeño rellano, con unas estrechas escaleras que bajaban. Olía a polvo y a telarañas. En los escalones había marcas frescas de pasos sobre un polvo casi fosilizado.

Fue bajando la escalera algo más de un piso y luego siguió por un túnel. Se oía un gorgoteo de agua e se cruzó con una rata grande como gato.

Álex se apartaba lo más que podía casi cerrando los ojos; no soportaba a esos bichos inmundos.

Al final había una puerta de madera. Al acercarse escuchó voces.

Su teoría había funcionado.

La información del cabo Fernández Cayo, junto a su deducción, fueron acertadas: los terratenientes republicanos tenían un búnker anti bombardeos.

Llegó a la puerta, gruesa como una pared. Acercó la oreja y escuchó gritos y personas que hablaban. No supo reconocer quién había al otro lado de la pared. Solo le quedaba una opción: entrar. Y eso es lo que se proponía a hacer.

El pequeño todoterreno blanco se había acercado al ver a los GEI en dificultades.

La furgoneta que conducía el capitán Marcos Mendoza, hundida en un profundo charco, estaba torcida y fuera de combate. El capitán esperó a que llegara el vehículo para ayudarles, y en cuanto estuvo a pocos metros de ellos, levantó la mano.

El coche se detuvo. Un anciano lo miró, perplejo, agachando la cabeza para mirar a través del reducido parabrisas. Arrugó la nariz y bajó la ventanilla.

El capitán se acercó, haciendo el saludo militar.

Se presentó mientras miraba en los asientos posteriores.

Necesitaban que les echaran una mano, eso era obvio, pero el hombre no sabía cómo.

Le pidieron que esperase con su perro de caza en la furgoneta y les prestara su todoterreno para continuar con la persecución.

—¿Dónde está? —preguntó el capitán desde el coche.

El helicóptero que, como un perro de presa, no lo había dejado ni un segundo, seguía avanzando sin detenerse y tampoco daba la impresión de querer hacerlo.

—Sigue por el camino de los contrabandistas. Te mando nuevas coordenadas.

—¡Rápido! ¿Novedades?

—No —llegó del helicóptero.

El todoterreno, un viejo Lada blanco, olía a perro de caza mojado. Era tan pequeño que los dos mossos tenían que agachar la cabeza y a cada bache se daban un golpe en el techo.

—Aquí Águila, ¿me oyes, capitán? —pregunto el helicóptero.

—Aquí estamos, ¿qué pasa?

—El vehículo ha disminuido la velocidad. No sabemos por qué, pero ahora avanza muy despacio.

—¿Gasolina?

—No. Pensamos que debe de ser otra cosa.

Los dos policías aceleraron en medio del camino de tierra, cuya pendiente no paraba de aumentar.

—Maldito camino de cabras... —gritó el capitán.

—Aquí Águila, estáis llegando. En breve lo veréis, el coche se ha parado. Seguimos sin saber por qué.

—Águila, ¿ves a alguien fuera del vehículo? ¿Alguien que esté escapando? —preguntó el capitán sujetando con una mano el volante y con la otra la radio.

—Negativo. Los ocupantes siguen en el vehículo. Permanece parado. Id con cuidado —se escuchó desde la radio.

El ruido del rotor se hacía cada vez más intenso. A pesar del frío viajaban con las ventanas bajadas, debido al hedor de los perros.

En cuanto apareció la silueta del todoterreno verde se bajaron el pasamontañas y aparcaron el coche.

Salieron apuntando.

—¡Salid con las manos en alto! ¡Estáis rodeados! —gritó el capitán.

No hubo respuesta.

Los fugitivos no tenían intención de salir.

Los GEI se fueron acercando. Cada vez más. Uno por la derecha y otro por la izquierda. En todo momento, el helicóptero observaba lo que pasaba a corta distancia.

El capitán pasó al lado del conductor. Los cristales tintados podían ser una trampa. Fue paso a paso, apuntando. En cualquier momento podía salir una ráfaga de balas del cristal y dejarles tiesos.

La rueda del todoterreno estaba en el suelo. Seguramente, el neumático había reventado por el camino, haciéndose añicos.

Por el retrovisor del conductor se veía una silueta.

El capitán no reconoció quién conducía, pero no tardó en entender que estaba amordazado y atado, aunque seguía con las manos en el volante. Lo miraba de reojo, llorando. Una pelota de tenis le sobresalía de la boca.

El capitán retrocedió y abrió la puerta del pasajero. Detrás no había nada, ni asientos, ni pasajeros, ni rehenes. Solo un bulto en el maletero, un depósito auxiliar de gasolina.

Volvió al conductor y abrió la puerta.

—¿Quién eres? —dijo el capitán mientras le quitaba la mordaza.

—Me llamo Alfredo Rueda. Soy inocente. Me han secuestrado. Tengo un collar con una bomba, me han dicho.

—Te han dicho, ¿quién? —preguntó el capitán.

—Un tipo con gafas.

—¿Y no está aquí?

—No, me abrió el portón de un garaje y me dijo que si no seguía las indicaciones del GPS me estallaría la cabeza.

El capitán se acercó y le quitó un collar de perro con luces navideñas. Se lo enseñó y el conductor se echó a llorar aún más.

En el salpicadero, un viejo GPS Garmin indicaba la posición y la ruta entre los bosques que tenía que seguir.

—¿No hay nadie contigo?

El negó con la cabeza. Mientras, el segundo había inspeccionado el vehículo y también negó.

—¿Por qué no sueltas el volante, hijo? —preguntó el capitán.

—No puedo... —dijo llorando—. Me las ha pegado con *Superglue*.

Álex se apoyó la mano en el pecho. Nunca había tenido tanto miedo como en ese momento mientras escuchaba sus pulsaciones. El corazón se le había vuelto loco. Latía tan fuerte que daba la impresión de querer salirse de las costillas.

El grosor de la puerta insonorizaba la habitación que estaba al otro lado.

¿Qué pasaría cuando abriera la puerta? ¿Qué lo esperaba al otro lado?

Echó de menos a Karla junto a él, pero no era momento de sentimentalismos ni de razonamientos, sino de actuar.

Se agachó e intentó mirar por el ojo de la cerradura, pero estaba tapada desde el interior. Podía haber una llave dentro y, si así fuera, necesitaría la intervención de los GEI y de un ariete. Considerando el tipo de puerta, tenía que ser uno lo suficientemente grande para tumbar ese muro de madera.

Si los que estaban dentro eran Néstor y su discípulo, no se dejarían coger tan fácilmente. Tenía que ser una operación rápida, precisa, y, a ser posible, inesperada.

Miró el reloj. No había tiempo de buscar refuerzos. Tenía que hacerlo a su manera.

La maneta que accionaba la puerta era muy vieja, y en los últimos años, poco usada. La agarró y con suma delicadeza fue bajándola. Milímetro a milímetro, como a cámara lenta. Si el engranaje estaba oxidado, era importante moverla lo más despacio posible para disimular el ruido.

Fue bajando, sudando más y más. Cada mínimo ruido le parecía un estruendo que podía hacerle gastar su única baza: la sorpresa.

Cuando llegó hasta el fondo, hizo lo mismo para empujarla. Si la apretaba demasiado fuerte se abriría de golpe. Si lo hacía demasiado despacio, emitiría un chirrido.

Era una operación de precisión.

Fue apretando. Aplicando fuerza. Luego un poco más. Comprobó que la maneta estuviera presionada hasta el fondo. Las voces seguían llegando del otro lado. Parecía que su efecto sorpresa se mantenía. Las pulsaciones iban cada vez más aceleradas. El viejo portón no se movía. Se movió un milímetro y se detuvo. Apretó más, pero se volvió a parar.

La puerta no estaba cerrada, si no, no se habría movido en absoluto.

Aplicó más fuerza, otro milímetro más, y entonces se dejó llevar y apretó demasiado. La puerta se abrió de golpe. De par en par. Las bisagras oxidadas rechinaron por toda la estancia.

Las voces callaron.

Álex tropezó cuando la puerta cedió. Su pistola cayó un metro más adelante.

Sin fijarse en quién había en la habitación, dio un salto felino para recuperarla. En cuanto la tuvo en la mano apuntó al frente.

Sus ojos necesitaron unos segundos más para acostumbrarse a la luz de la estancia. Delante, a

unos diez metros, tenía al discípulo: Víctor, aún vestido de guardia carcelario.

Al fondo, medio incorporada en la cama y semiconsciente, estaba Ana, que al oír el estruendo, subió la cabeza y la bajó sonriendo a pesar de los dolores: llegaba la caballería.

Y por último, al fondo y a la izquierda, a unos metros, estaba Néstor, sentado.

—¡Mierda! —gritó Víctor mientras sacaba la pistola y apuntaba contra al sargento—. Nos han pillado.

—Vaya, vaya... mira quién está aquí... —dijo Néstor con tono divertido—. Tenemos visita antes, ¡no! ¿qué digo antes? ¡Mucho antes de lo que nos esperábamos! ¿Verdad, Víctor?

El discípulo soltó un gruñido de rabia.

—Se ha acabado, chicos. Tenéis que salir conmigo, el juego se acabó.

—¡De eso nada! —gritó Víctor, y comenzó a caminar de un lado al otro, apoyándose la empuñadura de la pistola en la frente. De vez en cuando, se detenía y apuntaba a Álex, gritando histérico.

—¡La hemos cagado! ¡Ahora vendrán todos los demás! —bramaba Víctor.

—¡Cálmate, Víctor! —dijo Néstor, mientras con un brazo sujetaba un bulto y con la mano libre apuntaba al sargento con una pistola—. No va a venir nadie.

—Chicos, aquí Cortés. Vía libre, podéis entrar —dijo Álex como si tuviera una radio en la solapa de su chaqueta de cuero.

Néstor estalló en una carcajada sonora.

—No me lo puedo creer, ¿aún juegas con estos trucos de primer año de academia, Álex? ¡Parece mentira que algún idiota te haya ascendido a sargento! —dijo Néstor y siguió riendo divertido.

—Están bajando mis compañeros, os queda muy poco tiempo —dijo Álex.

—Bien, los esperaremos —dijo Néstor y se levantó de la silla—. ¿Verdad, monada?

En ese momento, Álex supo lo que sostenía Néstor envuelto en una sábana blanca: era un bebé. No un bebé cualquiera, sino el hijo de su hermana. Su sobrino. Ana había dado a luz.

Álex se quedó boquiabierto e involuntariamente bajó un momento la pistola, apuntando al suelo.

—¿Ana? ¿Estás bien? —le gritó a su hermana, tumbada al fondo del búnker.

Ella sonrió, visiblemente cansada.

—Néstor, deja que me lleve a Ana y al bebé, necesitan ir a un hospital —dijo el policía—. ¡Por favor, te lo suplico!

—Menuda suerte la mía, oír al sargento Álex Cortés suplicar, esto no me lo hubiese esperado nunca —dijo Néstor mientras con el cuerpo daba pequeños saltitos, acunando al bebé.

—Tenemos que matarlos enseguida. O el plan se nos irá a la mierda —dijo Víctor mientras regresaba a la cama de Ana, dando la espalda al policía.

—Sabes, Álex, este niño tiene algo —dijo Néstor mirándolo y sin dejar de apuntar al policía—. No lo sé, algo especial. ¿Sabes? Desde luego que hay días para nacer. Y lo ha decidido hoy, y ahora. Fue entrar en este lugar y romper aguas, ¿verdad, Ana?

Ana levantó su mano y le enseñó otra vez el dedo corazón.

—Ya somos amigos —dijo Néstor con una sonrisa divertida pero forzada.

—¡Tenemos que matarlos! ¡Ya! —dijo Víctor y apuntó la pistola a la cabeza de Ana.

—Tranquilo, Víctor, no tengas prisa. ¿Cuántas veces te lo he explicado? El orgasmo es más placentero jugando, demorándolo —dijo Néstor.

—No hables así con mi hijo delante —dijo Ana—. Dámelo, por favor. Las primeras horas de

un niño son vitales. Necesito darle la leche, que esté en contacto con su madre.

—¡Yo le volaría los sesos ahora mismo! —gritó Víctor apuntando a la cabeza de Ana.

—¡No! —gritó Álex acercándose.

Néstor le apuntó y cargó la pistola.

—Quieto. Lo digo en serio. O te mataré, sin más —dijo Néstor dejando de lado su risa cínica.

Álex se detuvo, apretando los dientes con fuerza. En la estancia hacía calor, tenían que haber puesto algún radiador. Álex sudaba y su corazón no daba señales de aflojar las pulsaciones.

Néstor retrocedió hasta la cama de la mujer. Su mono naranja, como la cama, estaba sucio de sangre del parto.

—Dame a mi hijo, por favor —imploró la criminóloga.

Néstor se quedó mirándola.

—*Quid pro quo* —dijo con tono insolente—. Dime, Ana, ¿tú tomaste pecho de tu madre? ¿Te acuerdas?

—¿Qué preguntas de mierda son esas? —le espetó Víctor, que seguía apuntando con su pistola la cabeza de Ana—. Matémosla de una vez.

—Por favor, Víctor, hazme un favor y baja esa pistola, nos estás poniendo nerviosos —dijo Néstor y se quedó callado hasta que el discípulo la bajó.

—Gracias —dijo y se giró hacia Ana—. ¿Entonces?

Ella lo miró con desprecio.

—Sí, hasta los tres años, luego nació Álex —contestó.

—¿Y qué pasó? —replicó Néstor.

Ana bufó.

—Se llevó todo el protagonismo y la leche —contestó—. ¿Y tú?

Néstor se sorprendió de la pregunta.

—¿Si salieras de aquí, lo añadirías a tu libro? —preguntó Néstor dándose importancia.

—Puede —respondió ella—. ¿Entonces?

—No. Yo no. El ginecólogo me apartó, me metió en una cuna y me alimentaron con biberón. Mi madre no tenía suficiente leche para los dos.

Ana esperó a que acabara y alargó los brazos hacia su bebé. Néstor, después de pensárselo, se lo acercó.

—¿Y él? —dijo Néstor, señalando a Álex.

—Él, hasta los tres años —respondió ella.

Néstor se giró hacia Álex, lanzándole una mirada de envidia. Luego le devolvió el bebé. Ella lo cogió y se puso a darle el pecho.

Néstor se quedó a ver cómo la mujer se sacaba un pecho para alimentar a su bebé.

—Me encantan tus pechos —susurró Néstor y se levantó de la cama acercándose unos pasos hacia Álex—. Nos has cambiado bastante los planes, ¿sabes, agente?

—Creo que mi sobrino os los ha cambiado bastante más —contestó Álex—. ¿Qué pensabais hacer aquí dentro?

—Esperar y cuando el todoterreno pasara los Pirineos y nadie estuviera en esta maldita masía, salir.

—Ahora me he cansado —dijo Víctor levantándose y yendo directo hacia el policía—. Aún podemos arreglar esto.

Sacó un silenciador y lo puso en la pistola, la misma que había usado para la matanza en la sala de la jaula. Una vez enroscado, se apuntó a la cabeza.

Álex tragó saliva y arrugó las cejas. Tal y como se estaba desarrollando la situación, esa podía ser la última vez que cometía el error de hacer las cosas por su cuenta.

—Cambiaremos el plan, será él la víctima del granizo, la séptima plaga de Egipto. Luego a la madre y al primogénito —dijo Víctor con maldad en los ojos.

Álex alternaba la vista entre Víctor y Néstor. Este último había dejado de hablar. Pensó que, si iba a morir, era mejor morir con las botas puestas. Por su cabeza pasaron todas las posibles combinaciones... y quién podía matar a quién primero. También pensó cómo podía hacer para matar a los dos, hasta que los cálculos mentales se detuvieron, interrumpidos por un disparo. El ruido, amplificado por la pequeña estancia, hizo temblar las paredes y su diafragma.

Ana soltó un grito ahogado. El bebé dejó la teta y comenzó a llorar.

Álex había recibido varios disparos, pero la mayoría en el chaleco antibalas. Sabía que el dolor tardaría en llegar.

Dicen que se tardan algunos segundos en darse cuenta de que uno está muerto. Ese pensamiento quedó grabado en su mente mientras caía al suelo.

Campamento de diocesano de verano.

Junio 1977.

Pamplona.

El bosque callaba.

La noche había caído sobre los altos árboles y las tiendas de campaña.

La hoguera, testigo de las canciones, las guitarras y las risas, se estaba apagando paulatinamente. El crepitar de las brasas se iba extinguendo para dejar paso a una columna de humo.

La medianoche había sonado en el viejo Casio de Néstor. Heredado de sus hermanos, ya estaba rayado y con la correa medio rota, pero aún funcionaba. Se levantó, y salió de la tienda dejando atrás compañeros que dormían.

Se acordaba del camino; lo había memorizado. Una propuesta así no se recibía cada día.

El joven Néstor se adentró en la maleza. A cada rama que rompía se giraba asustando, para comprobar si alguien lo seguía.

Llegó al árbol que era el punto de encuentro; lo supo porque en el tronco tenía un corazón grabado.

—Te estaba esperando —dijo la chiquilla con voz dulce, desde el otro lado del árbol.

Néstor calló, bajó la cabeza y esperó a que saliera.

Ella dio la vuelta. Era ella. La más guapa del campamento. La chica de detrás del lavadero. De la falda. Del escote. Las niñas del colegio de Néstor no se acercaban a su hermosura ni por asomo.

A pesar de ser de noche y oscuro, se sonrojó y ella lo vio.

—Tenía ganas de que llegara este momento ¿sabes? —dijo coqueta y se acercó—. ¿Tú no?

—S-sí... —contestó balbuceando y cabizbajo—. Claro.

Ella se acercó y le dio un besito lento en la mejilla.

—¿Estás seguro? —susurró ella, sensual.

Él se encogió aún más en sí mismo, reduciendo su cuello.

—Sí —contestó haciéndose el duro.

—Pues comienza tú... —le susurró por la otra oreja después de darle la vuelta por detrás.

Néstor tragó saliva. Acto seguido, se quitó la camiseta y la dejó a un lado. Luego se abrió la cremallera y fue bajándose los pantalones cortos.

—¿Y tú no? —preguntó con tono tímido.

—Claro, después de ti... —dijo y se acercó—. ¿Nunca lo has hecho, Néstor?

Él se encogió aún más, al mismo tiempo que se sonrojaba aún más.

Fue a quitarse los calzoncillos y se detuvo.

—¿Y tú? ¿No te quitas nada? —dijo parado.

Ella lo miraba con libido, con ganas de que se quitara su última prenda. Apretaba los labios y lo miraba con perfidia.

Ella se quitó la camiseta, quedándose en sujetador arriba y abajo con una pequeña falda. Luego se puso las manos en la cintura y le dijo.

—¿Los dos a la vez? —preguntó ella.

Él asintió. Por debajo de los calzoncillos se veía lo excitado que estaba.

—Tres, dos... —dijo ella a punto de bajarse su ropa—. Uno, ¡ya! —dijo e hizo el gesto de bajarse la ropa, pero finalmente no lo hizo.

Néstor se había bajado los calzoncillos, dejando su miembro al aire. Antes de que pudiera pensar por qué ella no se había bajado la falda, la luz de una linterna le iluminó la ingle.

Desde atrás de la maleza y los árboles salieron unos diez niños, todos riéndose de Néstor.

Él se quedó en blanco, en shock. No entendía que sucedía, todos estaban allí por él, ¿para verle? ¿Por qué?

Ella se reía a carcajadas.

—¡Pringado! —decía la chica—. Mira qué pequeña la tienes. ¿Dónde quieres ir con esa cosita?

Luego salió un chico por detrás de ella.

—¿En serio creías que estarías con mi chica, Néstor? ¿Con ese mini dátil que te han enganchado tus padres?

Las risas se difundieron entre todos los niños. Todos apuntaban a su pene tímidamente erecto, que no tardó en cubrir.

Néstor comenzó a correr, pero los calzoncillos se lo impidieron y cayó en la tierra.

—¡Pringao! —gritó un niño mientras le daba una colleja.

—Menuda miniatura —dijo otra chica mientras pasaba al lado.

Todos se fueron de vuelta hacia el campamento.

Néstor comenzó a llorar y a convulsionar del estrés.

El chico que había aparecido por detrás de la chica le chocó la mano al que lo había iluminado con la linterna.

—Buen trabajo con la linterna, Pedrito —dijo el niño que había pasado su brazo sobre el cuello de la chica.

—Gran idea, Bartuchini, hacía tiempo que no me divertía así —contestó Pedro Glock.

—Vámonos, Teresa —dijo Bartolomeo a la chica—. Vamos a hacer ahora lo que este pringado creía que iba a hacer contigo...

El espacio-tiempo se diluyó.

Álex Cortés se quedó a mitad, decidiendo a quién matar primero, cuando se oyó el disparo.

Al principio no comprendió quién había disparado a quién, o si había recibido un disparo pero el shock le impedía sentir el dolor.

Después comprobó que su cuerpo parecía estar bien. Bajó la mirada para ver por dónde le había entrado el balazo, pero no tenía ninguna lesión.

Volvió a levantar la mirada y vio la expresión de Víctor: el tiro lo había recibido él. Su expresión de dolor lo dejó sin palabras. Entonces comenzó a escuchar los llantos del niño y la madre.

¿Quién había sido?

Álex se giró y en la puerta no había nadie. Ana no tenía pistola, así que solo quedaba una persona: Néstor.

Néstor Luna había disparado a su discípulo.

Su rostro se había entristecido. Bajó el arma y se fue a sentar en una silla.

Álex le siguió apuntando.

—¿Qué has hecho? —preguntó el policía.

Néstor se sentó, le colocó el seguro a la pistola, la apoyó en el suelo y le dio una patada en dirección hacia el policía.

—Bueno, mi plan se ha acabado —dijo dejando caer los brazos a un lado—. Ya estoy satisfecho.

Los dos hermanos Cortés se miraron, comprendiendo.

Álex tuvo una sensación que hacía tiempo que no sentía: paz.

Un instante de sosiego.

A pesar de que seguía apuntándole, Álex sentía que la amenaza se había desactivado de una forma automática.

Néstor no quería matarlos a ellos, solo rendirse.

Le costó entenderlo: Néstor Luna, el Asesino del Criptograma, se había entregado voluntariamente.

—Puedes dejar de apuntarme, Álex, se acabó —dijo Néstor.

—Date la vuelta, te voy a esposar —ordenó Álex.

—Oye, Álex, he levantado la bandera blanca. ¿No crees que es hora de hacer las paces?

—Ni de coña, maldito chiflado —contestó—. Levántate y date la vuelta.

Néstor despotricó un poco, pero lo hizo.

Álex se acercó y lo esposó por detrás.

—¿Ahora puedo sentarme? —le preguntó a Álex.

Álex no acababa aún de creérselo. Primero lo cacheó, buscó en los bolsillos, entre las manos, las muñecas, los brazos, luego en las zapatillas y por la silla.

Se quedó extrañado. Lo miraba de soslayo. Casi decepcionado.

—Siéntate —dijo Álex.

Néstor se dio la vuelta, hizo un gesto con la cabeza y se sentó.

—Mucho mejor, gracias.

Álex bajó el arma y se quedó observándolo.

—Néstor, ¿por qué? —preguntó agotado.

No pudo evitar mirar el cuerpo sin vida del guardia penitenciario.

—Uf... Es una pregunta muy genérica. ¿Por qué... a qué parte te refieres? —preguntó Néstor con el mismo tono de voz que usaba cuando iba Ana a sus entrevistas.

Levantó la barbilla, se tomó su tiempo para contestar, buscando las palabras más adecuadas.

—¿Por qué has hecho todo esto?

—Me he enamorado de tu hermana. No me había dado cuenta hasta su última visita, pero... —dijo Néstor lanzándole una mirada furtiva—. Es imposible, a pesar de haber salido de allí. Era una locura.

—¿Cómo? ¿Has matado a la mujer de juez Del Pozo por amor a mi hermana? ¿En serio? —preguntó Álex sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—No, no, eso no —contestó Néstor sacudiendo la cabeza—. Oye, no tendrás un cigarrillo, ¿verdad?

—Sigue, por favor.

—De acuerdo. Bartolomeo Del Pozo se merecía morir. Lo tenían que haber ahogado de pequeño. Le conocí en un campamento de verano de la iglesia. No era un niño travieso, era malo, pero de familia rica, y a los niños ricos en mi época se les perdonaba todo. Ayudaban a la comunidad, patrocinaban las excursiones, tapaban con enlaces políticos las atrocidades de los curas y más cosas que me enteré después. Su mujer me dejó en ridículo delante de todos mis compañeros de catequesis. ¡Dios! ¿Sabes cuántas personas éramos en Astillero? ¡Cuatro gatos! Todos los niños vieron mi miembro, joder. Eso no se le hace a un niño.

—Pero espera, en tu libro confesabas que tu abuelo abusaba de ti —dijo Álex.

Néstor movió la cabeza de forma extraña, dando a entender que de eso no quería hablar.

—He matado a tantas personas porque quería que me metierais en la cárcel. Pero no podía ser un asesino común. Todos tenían que saber de mí, hasta el juez Del Pozo. Tenía que hacerse pasar por un paladín de la justicia, un villano vestido de héroe. Pues no. Bartolomeo, para los que lo conocimos de pequeño, era un mierda. Bartuchini —dijo y se puso a reír—. Ha sido todo tan previsible...

—¿Por qué Bartuchini? —preguntó Álex—. ¿De dónde viene?

—Es una larga historia...

—Eso da igual, ha llegado el momento de explicarlo, Néstor.

El prisionero suspiró. Luego le explicó lo sucedido en el campamento de verano del lejano 1977, en Pamplona.

Explicó los hechos teñidos de rabia, con una cólera acumulada durante años. Finalmente se había vengado de esas malas personas.

Cuando acabó, Ana aprovechó el momento para volver a un detalle que le había llamado la

atención.

—Néstor, ¿qué quieres decir con ha sido todo tan previsible? —preguntó Ana.

Una sonrisa cínica se dibujó en el rostro de Néstor: una mueca de satisfacción, de venganza.

—¿Por qué poner una furgoneta de cadáveres delante de una comisaría de policía cualquiera, si puedes elegirla? ¿No? El azar no sirve para nada. El plan comenzó cuando descubrí a un agente de policía que había resuelto un caso tremendo, el de un sastre que mató a varios empresarios con gran ingenio y habilidad. Desde eso, Álex Cortés fue ascendido a cabo y después a sargento. Eras el candidato perfecto —dijo Néstor mirándolo—. Pero no solo por tu mente, sino porque tenías dos aliados: un abuelo exguardia civil y una hermana criminóloga. Eras el objetivo ideal. Antes o después me ibais a coger y meter entre rejas. La prensa hizo el resto, nombrándome *el Asesino del Criptograma*.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que nos elegiste? —preguntó Álex sin creérselo.

—No te creas del todo el elegido, no. Es por tu hermana. Tú eres bueno, pero con tu hermana formabais el pack completo.

—¿En serio el plan viene de tan lejos? —preguntó Ana, aún trastornada por el parto.

—Ha sido más fácil de lo que creía. Me metisteis en la cárcel, me pillaste cuando menos me lo esperaba, pero fue perfecto, porque quedó hipercreíble. Luego tú te fuiste a ver a mi madre y la prensa le habló de mí al juez, que sabía que pediría tu informe y haría trasladar a mi madre. Luego conocí a Víctor. Pobre —dijo nada conmovido mientras le dedicaba unos segundos de silencio—. Fue una víctima ahorrada de la furgoneta, tenían que ser seis, pero él era especial. Con él tramamos este plan. Sabía qué hacer cuando tenía que hacerlo. Ya lo teníamos todo orquestado.

—¿Cómo hiciste que Víctor se fuera contigo a Quatre Camins? —preguntó Álex con tono de haberse perdido algo.

—Muy fácil, Álex, todos tenemos secretos. Tú, el subinspector, Karla, Ana... todos. Al alcaide le iban los chicos jóvenes, pero su mujer no lo sabía. Así que fue muy fácil que Víctor se acostara con él, grabar el encuentro y luego chantajearlo hasta llevarlo donde queríamos y matarlo. Que le metieran en el Quatre Camins y a mi disposición, fue un juego de niños.

—¿Y lo de los criptogramas? —preguntó Álex.

—Tu inteligencia no habría llegado, pero tenías una baza dentro de tu comisaría y la encontraste...

—Alan.

—Exacto.

—¿Y ahora con lo de las plagas de Egipto?

—Nada, marketing, alimento para la prensa —dijo y cambió al tono de locutor televisivo—. El Asesino del criptograma ha vuelto —concluyó y se puso a reír.

—Estas muy mal —dijo Álex—. ¿Y no podías matar a su mujer y ya está?

Néstor volvió a reírse.

—No. No lo pillas, Cortés. Su peor castigo es esto... organizar un intercambio y que se le escape de las manos, que todo salga mal. Que quede en evidencia como lo que es; un idiota. Y que lo flagelen.

—¿No es bastante con matar a su mujer?

—El peor castigo es la venganza y esta se sirve fría.

—¿Y Pedro?

—¿Pedro Glock? —preguntó Néstor.

Álex afirmó.

—El otro de su pandilla de adolescentes. Mucha iglesia y luego trataba a los demás como alfombras.

—¿Qué le dijiste para que se suicidara?

Néstor se rio.

—Nunca lo sabrás, sargento, es parte del trato.

—Contigo no tengo ningún trato, maldito chiflado conspirador.

—No, contigo no, con Pedro.

—¿Con Pedro? No entiendo.

—Nunca lo sabrás, poli. Es parte del acuerdo con Pedrito. Tenía un pasado demasiado pesado para sobrellevar. Digamos que le di un pretexto válido para desaparecer —concluyó Néstor y se puso a reír de lo acababa de decir.

—¿Dónde está el resto del cadáver de la mujer del juez? —preguntó Álex.

—Criando malvas.

—¿Dónde? —insistió Álex.

—Pregúntaselo a él, yo no estaba —dijo señalando a Víctor.

Álex se quedó callado observándolo, moviendo la cabeza en una ligera negación continua.

—No me creo ni una palabra de lo que me dices.

Néstor, que lo miraba fijamente, se encogió de hombros.

—¿Por qué la quisiste matar? —gritó Álex indicando a su hermana.

—¿Matar? —preguntó Néstor mientras se giraba hacia ella—. Yo nunca he querido matarla, yo amo a tu hermana —concluyó con dulzura.

—¿Que no? Hace dos días la quisiste matar, en el hospital —espetó Álex.

—No. Jamás le volvería a hacer daño a tu hermana, jamás.

—No me lo creo, no me creo nada de lo que dices —insistió Álex.

—Te lo juro por lo más sagrado, Álex. No le hemos querido hacer daño a tu hermana, ¿cómo te lo tengo que decir?

—Alguien entró en el hospital y quiso matar a mi hermana, ¡joder! —gritó otra vez.

El bebé volvió a llorar.

—Baja la voz Álex, por favor —dijo Ana desbordada.

—¿Cómo podía ir al hospital si estaba en la trena...? —replicó Néstor cabreado y mientras lo decía, se dio cuenta de que solo podía haber sido la persona que estaba tendida en el suelo—. Ahora entiendo: fue Víctor.

Se levantó y comenzó a darle patadas al cadáver del discípulo.

—Maldito cabronazo, quisiste matarla sin decirme nada —gritó furioso Néstor.

Álex lo apartó del cadáver de su discípulo y lo empujó otra vez sobre la silla.

—¡Siéntate y estate quieto! —le espetó Álex—. No me creo ni una palabra de todo lo que has dicho.

—Pues ese es un problema tuyo, no mío. ¿Por qué no te lo crees? ¿Crees que no pude matarte en la Colonia Albertí? Tenías que acabar mi plan —dijo, enfadado por no ser tomado en serio—. Yo desperté a Karla esa noche para que fuera a la Colonia. Cuando vuestro coche dio una vuelta en la carretera, no os maté. Podía haberos matado en cien ocasiones, pero no lo hice, ¡nunca! Porque os necesitaba para mi plan —acabó Néstor gritando, con la misma fuerza y rabia de alguien a quien le están quitando una merecida recompensa.

Álex vio que del bolsillo de Víctor sobresalían unas bridas. Cogió unas cuantas y se fue detrás de Néstor. Lo ató a la silla, y esta a un tubo de agua que venía del piso superior.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendido Néstor.

Álex no contestó. Se levantó y fue hacia su hermana.

—¿Puedes caminar? ¿Crees que puedes llegar hasta arriba?

Néstor iba mirando.

Ella asintió.

—Vámonos de aquí —preguntó él—. ¿Puedo?

—Claro, es tu sobrino.

Álex cogió al bebe y ayudó a su hermana a levantarse. Fueron caminando hacia la salida.

—¿No pensaréis dejarme aquí? —preguntó Néstor—. ¡Eh, hermanos Cortés! Hablo con vosotros. Me tenéis que dar las gracias, sois famosos gracias a mí. Oye, Cortés.

Los dos se detuvieron en la puerta del búnker.

—Espera un momento, Ana —dijo Álex a su hermana y se giró—. Has dejado detrás de ti demasiada muerte. Demasiada desesperación. Demasiados criptogramas y, te lo juro por lo que más quiero, que este ha sido el último. Te mereces estar solo y aislado, creo que el peor castigo que te puede devolver la sociedad no es la venganza, sino la indiferencia —contestó Álex mirándolo a los ojos—. Y es hora que recibas mucha.

Y los dos hermanos salieron del búnker.

Néstor se quedó con la risa tonta en su rostro. Primero se rio, luego se puso triste.

—No me puedes dejar así... me tienes que dar las gracias, Cortés. Eres lo que eres gracias a mí. Me tienes que dar las gracias. ¡Joder! Reconocimiento. Ana, tú también, ¡os he salvado! No os maté. Ana, ese libro será gracias a mí, solo gracias a mí —gritó y siguió gritando a pleno pulmón hasta que quedo afónico, en el silencio del húmedo búnker de la masía Mas Albareda.

EPÍLOGO

Las expectativas se cumplieron.

La cola daba la vuelta a la manzana, entraba en la librería y subía por las escaleras hasta el primer piso. La chica que gestionaba las redes sociales de la librería hizo un video con velocidad acelerada para poder abarcar a la gran muchedumbre que esperaba para comprar un libro con su firma.

El público era variado: desde adolescentes hasta ancianos de noventa años, pasando por profesores, bomberos, padres con hijos o simplemente curiosos.

Era la presentación nacional, en la librería más bonita de Barcelona. Un local en pleno centro, en Avenida Diagonal, frente a la casa Batlló, en plena *Manzana de la Discordia*.

Era el evento editorial del año. Los medios de comunicación y las redes sociales hicieron el resto.

Un guapo asistente recogía el libro del cliente en la cola y lo sujetaba con la página abierta mientras Ana lo dedicaba.

Pedía el nombre con una sonrisa, luego escribía con la izquierda y con un rotulador, mientras le decían lo que pensaba, cómo sufrieron junto a ella durante todo el caso del Asesino del Criptograma. Le contaban cuánto la admiraban y cómo se había convertido en una heroína para la ciudadanía.

Cuanto más firmaba, más gente aparecía con libros en la mano. Los palés fueron bajando, a pesar del personal que iba rellenando la columna de la entrada. En la portada aparecía Néstor Luna con una máscara que le cubría medio rostro y un texto: *En la Mente del Asesino del Criptograma*, por Ana Cortés. En un lado había una etiqueta roja con una “N” en el centro, indicando que de ese libro se había hecho una serie documental en una plataforma de *streaming*.

En la planta donde Ana estaba firmando se abrían numerosas estanterías y secciones. Entre ellas también había una cafetería, con butacas, cafés y té a granel. Todo lo necesario para disfrutar de un buen libro.

En una mesa estaban Javier y Álex, tomando un café y mirando a la mujer firmando las copias. La observaban a distancia, como dos ángeles de la guarda: controlando, pero sin ser vistos.

—Estoy contento por ella —dijo Álex mirando a su hermana—. Se lo merece.

—Se merecía este éxito —contestó Javier—. El editor ya lo había dicho.

—Los editores apuestan solo cuando saben que detrás hay billetes para quemar. Pero nadie se

imaginaba todo esto —contestó Álex—. Además, se lo debemos a Néstor, en eso tenía razón.

—Le ha costado una mano a tu hermana. Esto es lo mínimo —aclaró Javier—. Entre otras cosas.

—Si no hubiese sido por él, Alberto aún sería mi cuñado —aclaró Álex—. Y seguiría cepillándose a su amante.

—Muerte tuya, vida mía —replicó Javier refiriéndose a Alberto—. Y gracias también por el Vampiro. No te olvides de él.

Álex rio.

—Jamás me olvidaré de ese caso: el Vampiro de Barcelona. Por cierto, ¿cómo va el hombro? —dijo Álex indicando el cabestrillo que lo tenía inmovilizado por el disparo de Víctor en la masía.

—La rehabilitación me mata. Pero tenemos unos meses de tiempo para pensar qué será de nuestra vida juntos —dijo mientras miraba a Ana, que seguía firmando y, de vez en cuando, le lanzaba una ojeada—. ¿Y tú con Karla?

Álex sonrió y bajó la cabeza. Cogió la taza de café y dio un sorbo.

—Parecemos la historia de los amantes malditos. Cuando yo no quería, ella quería. Cuando yo finalmente me decido y ella da el paso de dejar al “novio” —dijo haciendo las comillas en el aire—. Esa misma noche, descubrió que estaba embarazada de él.

—Lo siento, me lo explicó tu hermana —respondió— ¿y no hay posibilidad de...?

Álex negó.

—Ella quiere tener al niño y lo va a tener con él. Punto. Fin de la cuestión. La entiendo. No quiere volver a pasar por un segundo aborto.

—En fin. No tenía que ser —añadió Javier.

Se quedaron en silencio unos minutos.

—¿Qué sabes del juez Del Pozo? —preguntó Javier.

Álex bufó.

—Por lo que sé, han tenido clemencia con él. El juez instructor le ha metido solo cinco años por desacato e infringir no sé cuántas leyes. Lo han enviado a un penitenciario del sur de España a donde él nunca envió a nadie, o así se dice.

—La verdad es que no me gustaría estar en sus zapatos.

—Para nada —añadió Álex.

—Me han dicho que ahora Néstor es un colaborador de la policía.

—Así parece. Está en una celda aislado —dijo Álex. Tomó el último trago de café y luego miró el reloj—. Lo están estudiando, y nos ayuda con casos. Nada especial, a ver dónde acaba todo esto. ¿Cuándo empezáis?

—¿A qué te refieres? —preguntó Javier.

—¿A grabar la serie?

Javier enarcó las cejas.

—Parece ser que será la semana que viene. Y que, para que sea más verídica, quieren que aparezca... —dijo casi con tono incrédulo—. ¿Tú te crees que quieren que salga ese maldito cabrón?

—¿Y tú crees que lo conseguirán? —preguntó Álex.

—Mira el dinero que está moviendo todo esto... a lo mejor lo conseguirán. Después de lo del juez Del Pozo, ya no me sorprendería nada —dijo, se quedó callado un momento y siguió—. Y los productores quieren que salga yo también.

Álex le dio una palmada en la pierna.

—Será porque te lo mereces —concluyó Álex.

—¿Y tú? ¿Por qué no grabas tú también?

Álex se levantó, se cerró la cazadora y cogió el casco que tenía en la silla de al lado.

—Me voy, he quedado —dijo y levantó la mirada hacia la hermana—. Cuídamela.

Javier chasqueó la lengua.

—Cuídate tú, con esa moto.

Álex le quiñó un ojo y se fue.

Al salir, Álex se conmovió al ver cuánta gente había acudido a comprar el libro con la historia de Ana, de Néstor y la suya. Comenzó a sentir que los ojos le escocían. Se estaba emocionando. En cuanto salió de la librería se puso el casco para esconderse. Miró hasta donde llegaba la cola y subió en la moto. La puso en marcha y aceleró por la avenida Diagonal, perdiéndose por la oscuridad de la tarde. Desde que Néstor Luna no andaba suelto por esas calles, Barcelona era un lugar un poco mejor para vivir.

¡ADELANTO GRATIS!

La serie del sargento Álex Cortés continúa con:

UN CADÁVER EN LLAMAS

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la séptima investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO GRATIS

Era una bonita noche de primavera, y una dulce brisa acompañaba las calles de Barcelona.

Álex no había tenido mucha suerte con las mujeres después de Karla y de Mary.

Las citas no superaban una cena y su frustración iba incrementando.

Desesperado, se descargó una aplicación de citas. Al inicio tenía muchos *match*, pero no quedaba con nadie.

Luego apareció ella: una chica que podía haber salido de una pócima mágica.

Esa noche se fueron a cenar a Sitges: un pueblo encantador al sur de Barcelona. La velada fue preciosa y, después de un paseo, se fueron casa de él para poner la guinda.

Cuando circulaban en moto por la ronda de Dalt, Álex se acordó de que se había olvidado el móvil en el restaurante.

Ella contestó, desde el interfono del casco, que tampoco era tan importante. Él se enfadó. Cogió la salida del puerto; a esas horas no era muy recomendable. Salió, dio la vuelta por una rotonda y después de unos metros por un carril de servicio, tomó una segunda rotonda que llevaba a un paso subterráneo del que salía humo. Cuando se acercó, las llamas estaban devorando un colchón. Al principio no le dio mucha importancia, pero luego vio algo que no le gustó. Se detuvo y se volvió a acercar. Corrió hacia unos tráileres aparcados en batería. Sus respectivos conductores dormían para descargar al día siguiente. Los despertó con la placa en la mano.

Pidió un extintor y corrió hacia el incendio.

La amiga no se movió de la moto, asustada.

Vació todo el contenido del extintor sobre las llamas.

Cuando el humo y el polvo blanco se disiparon, se confirmó lo que él había sospechado: ahí había un cadáver. El hombre, calcinado, estaba en una posición extraña: con la mandíbula abierta, separada de la cabeza y el cráneo roto en la coronilla. Las manos estaban hatadas con un alambre metálico.

Un escalofrío le recorrió la espalda, esa era claramente una firma de un asesino.

Cogió el móvil de la chica y llamó a la científica para que fueran lo antes posible. Se abrió un caso nuevo para el sargento Álex Cortés.

Por las calles de Barcelona andaba suelto un asesino que calcinaba a sus víctimas.

¿Te ha gustado?

[Descubre “Un Cadáver en Llamas”, la siguiente entrega del inspector Alex Cortés.](#)

[IR AL LIBRO](#)

Un nuevo caso sacude la ciudad de Barcelona.

Todo empieza con un cadáver quemado en un túnel, en una noche de primavera.

Álex Cortés no tardará en darse cuenta de que ese es solo el primero de una larga cadena de asesinatos.

Todos los cadáveres presentan las mismas marcas en las muñecas, lesiones similares y el mismo *modus operandi*. Es la firma del nuevo asesino de Barcelona.

[IR AL LIBRO](#)

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



¡ADELANTO GRATIS! - Nueva Saga

Comienza a leer gratis la saga del inspector chef Gildo Falcone con:

La serie del sargento Álex Cortés continúa con:

RICCARDO BRACCAIOLI

MUERTE EN ROMA



UN THRILLER CULINARIO AMBIENTADO EN ITALIA

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA los primeros capítulos de la primera investigación de Gildo Falcone, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMEROS CAPÍTULOS GRATIS

CAPÍTULO 1

Gildo corría por la calle paralela al Circo Máximo para cumplir con su deber. Cruzó a la derecha. Las calles estaban invadidas por curiosos sin entrada, que se acercaban para escuchar el concierto. Vendedores ambulantes, sentados en cajas de fruta, ofrecían bocadillos envueltos en papel de aluminio y también cerveza y bebidas carbónicas que flotaban en cubos de hielo.

Se metió en la calle trasera. En ese momento comenzó a cantar Luciano, resucitando viejas canciones que ya formaban parte del imaginario colectivo.

Siempre pasaba por esa calle trasera del barrio de Ripa, normalmente silenciosa. Esa noche, en cambio, estaba llena de notas y de prisas.

Gildo aún olía a fritura y pan caliente. Se quitó la bandana japonesa y se soltó el largo pelo, que le llegaba hasta los hombros. Sacó la llave del bolsillo y abrió la vieja Vespa roja. Desbloqueó el portaobjetos lateral y cogió una camiseta limpia. Se la cambió y se colocó el casco. Puso en marcha la Vespa y arrancó a toda velocidad.

Gildo Falcone era un excelente inspector de la policía, además de ser uno de los más reconocidos chefs de la capital. Divorciado de Ornella, decidieron que seguirían con su puesto de bocadillos: juntos, pero no revueltos, a diferencia de la tortilla de Gildo. El negocio iba muy bien y continuar con él evitó que se separasen definitivamente.

Gildo tomó la Via Aventino, entre taxis y coches que se alejaban del Foro Romano.

Se detuvo en el semáforo y aprovechó para llamar a Ornella.

—¿Amore mio?

—Maldita sea, Gildo, dime que ya vuelves —dijo ella, mientras se oían ruidos de cuchillos y botes de cristal sobre la encimera de aluminio—. Esta me la pagas. ¿Sabes cuánta gente hay aquí afuera?

—Lo sé, por eso intentaré acabar lo antes posible. Sabes mejor que yo que si no fuera muy importante no me habría ido, ¿verdad?

—Me da igual, Gildo, como si te hubiera llamado el Papa en persona. Yo miro por nuestro negocio.

—Te prometo que volveré lo antes posible. El jefe me ha llamado, hay un... no sé qué, no sé si es un asesinato, pero es algo raro. No sé.

Se oyó al fondo el temporizador que sonaba.

—Por favor, Ornella, no te olvides de las patatas —dijo a distancia—. ¡Que el cerdo canta!

De fondo se escuchaba la música del concierto y el bullicio de los clientes que esperaban.

Ornella sacó las patatas y las tiró en la bandeja de aluminio.

—¿Qué? ¿Las has quemado? —dijo Gildo adelantando un coche y ya tomando la Via

Ostiense.

—No, justo a tiempo —respondió ella con un suspiro—. ¿Pero se puede saber a dónde vas?

—Es un restaurante de la zona Eur.

—¿Hasta allí? —dijo sin creer lo que escuchaba por los auriculares—. Volverás a las mil.

—Orni, amore, paso por el túnel, te llamo más tarde porque seguro que se corta.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —espetó ella enojada y lanzó un grito al aire por la rabia.

Gildo había sido requerido por el comisario para dirigirse al restaurante Bellagio, un local abierto desde hacía poco por un futbolista del equipo de la Roma y que hacía furor en la capital. En el mensaje audio que había recibido, en ningún momento se había usado la palabra muerte, ni nada parecido. La ambigüedad no era habitual en él. Pero la urgencia era suficiente como para llamarle un día festivo.

Entró en las grandes y desiertas carreteras del Eur. La Via Cristoforo Colombo estaba casi vacía. Giró a la derecha en la plaza de las Naciones Unidas y aparcó la moto.

La zona estaba vallada. Las luces de las patrullas de la policía insinuaban el problema en el local; las cintas para aislarlo, lo confirmaban.

Gildo se acercó y en medio de los coches de la policía vio el viejo Fiat del comisario y el Ferrari del futbolista.

No daba la impresión de que el panorama fuera a resolverse rápidamente. Pensó en el concierto en el Circo Máximo, que pronto acabaría. El Porco Miseria recibiría una ola de gente comparable a un tsunami de pedidos. En ese momento se dio cuenta de que Ornella tenía razón: esa noche sería larga y seguramente no volvería a tiempo para ayudarla.

CAPÍTULO 2

Pocas horas antes, Gildo estaba cocinando entre fogones: su otra pasión.

La Via San Gregorio, que llevaba al Arco de Triunfo y al Coliseo, brillaba esa noche. La dulce temperatura de la primavera romana incitaba también a los romanos, y no solo a los turistas, a caminar por las calles del foro.

Desde lejos, las farolas iluminaban una noche bañada por un concierto que revivía viejas canciones italianas de los años setenta.

Las carrozas tiradas por caballos blancos y negros daban un aire de otros tiempos a la ciudad eterna. En el ambiente se respiraban el olor a hierba cortada y la alegría, mezclados con flashes y frescos conos de helados.

El Circo Máximo era el escenario del concierto esperado: un remake de la música de la época de oro italiana. El que fue testigo de las carreras de cuadrigas romanas, en forma de óvalo alargado, ahora era un escenario de hierba que alimentaba miles de corazones pulsantes.

Entre el Coliseo y el Circo había una pequeña plaza, fruto del cruce de Via San Gregorio y Via delle Terme di Caracalla. Un espacio gastronómico formado por tres chiringuitos, tres puestos de gastronomía que saciaban el hambre de los viandantes. Un puesto de helados regido por una pareja de lesbianas; artesanales y hechos con el mismo amor que se profesaban. Un kebab, que ofrecía una de las mejores interpretaciones del street food turco, regentado por un padre y un hijo. Y, por último, el tercero, el «Porco Miseria», un food truck de bocadillos. De estilo irreverente y con cocina de fusión. Su logo era un sello de paquetería gastado: una cabeza de un cerdo con dos cervezas que se cruzaban.

La gente hacía cola por uno de sus bocadillos o sus patatas chips aliñadas. Su caballo ganador era el porchettaro: pan de focaccia crujiente con romero, humeantes lonchas de porchetta, una generosa cantidad de queso stracciatella y untado con mayonesa de wasabi. Lo envolvían en un papel que simulaba un viejo periódico, e impedía que las exquisiteces se escaparan. Iba acompañado con finas y crujientes patatas aromatizadas al curry.

Los romanos acudían por esos combinados, que triunfaban en la capital y que todo el mundo intentaba copiar. Las páginas de internet hablaban maravillas de todas sus creaciones y los turistas acudían para probarlas.

Esa noche, por culpa del concierto, la cola de clientes daba la vuelta a la manzana. Los hambrientos asistentes al concierto asaltaban los quioscos de comida rápida. Muchos tuvieron que marcharse con las manos vacías, ante la incapacidad de aplacar la demanda, disparada esa

noche. Todos los que no habían conseguido comer antes del concierto, tendrían que hacerlo después.

El ansia de bocadillos se había atenuado, y ya solo había pocas decenas de clientes esperando a ser servidos. Detrás de los fogones y controlando las freidoras había una pareja de chefs. Ornella LoCarno, espíritu rebelde, meticulosa, irónica. Una mujer tierna fuera del furgón de bocadillos. Exdirectora de banco que prefirió cumplir sus sueños en vez de los de sus padres.

Y luego estaba él, el alma mater, el risueño y divertido chef Falcone, Gildo para los amigos. Se movía entre las baldosas del chiringuito como en una pista de baile. Pelo largo y ondulado, recogido con una goma encima de la cabeza al más puro estilo samuray. Una bandana blanca que recogía el sudor, provocado por las porchettas calientes que giraban y el aceite de las freidoras. La camiseta negra marcaba sus músculos, trabajados en el gimnasio.

Ornella cogió la freidora y la vació en una bandeja de inox. Después volvió a tirar un puñado de patatas chips crudas en la cesta. Apretó el botón del cronómetro con forma de cerdo, y puso dos minutos con veintitrés segundos exactos de cocción. Arrojó dos sazonadas de sal con curry y las puso en dos papeles antigrasa de color marrón en forma de cucurucho.

—Orne, ¿cómo van esas patatas? —gritó Gildo sin mirar—. Venga, que he visto gente más rápida. Menos yoga y más flow.

Después cogió un pan de focaccia, justo antes de que el romero de encima se quemara, y lo abrió de un solo corte, usando el cuchillo como un sable. Pasó el pincel de la mayonesa y una abundante porción de queso stracciatella. Luego con las pinzas cogió las lonchas de porchetta pimentada, las puso encima del queso y lo cerró. Lo vistió con un papel de periódico y lo sirvió junto a las patatas y una cerveza Nastro Azzurro a la clienta, que no dejaba de mirarlo y salivar.

—Aquí tiene, señora, un súper de la casa completo —le dijo mientras le guiñaba el ojo. Luego le pasó la bandeja sujetándola con el brazo y apretando los bíceps para que se vieran en todo su esplendor.

La mujer pestañeó, coqueta.

En cuanto Gildo se giró regresó con otro súper Porchettaro, mientras se ponía una rama de jengibre en boca. Le dio un par de mordiscos, sintió el sabor fuertísimo y lo volvió a dejar en la estantería.

—¿Cómo va el “Porco Hamburger”? —gritó Gildo a su compañera.

Ornella se lanzó un cuchillo con la derecha por detrás de la espalda, lo hizo voltear por encima de su cabeza y lo volvió a coger con la misma mano por delante. Luego cogió un pan de mollete crujiente y lo abrió. Pasó el pincel de la mostaza, luego añadió una rodaja de tomate, un rulo de cabra pasado por la plancha y un disco de Porchetta triturada y marinada en el licor. Luego añadió rúcula y lo cerró. Acompañó con patatas chips con sal de trufa y se lo pasó al cliente que esperaba.

—Gracias por venir al Porco Miseria —dijo al hombre—. ¿Quién es el siguiente? —preguntó después, mirando al resto de cola que nunca acababa.

—¿No me faltan dos Nastro Azzurro? —dijo el hombre que acababa de ser atendido.

—Muy mal, Orne. Ya sabes que la cerveza es el ingrediente secreto de la porchetta —dijo con reproche.

—Aquí tienes, disculpa y disfruta del concierto.

En medio de la fila se abrió paso a codazos un hombre trajeado.

—Un Súper Porchettaro, pero que sea bueno —dijo mientras la cola protestaba y silbaba por el adelantamiento injusto—. Es para Luciano —explicó levantando las manos, como si los pedidos para los VIP's fueran prioritarios.

—Orni, ¿puedes decir a este energúmeno que se ponga a la cola? Aunque venga por un cantante no hacemos excepciones... —Hizo una pausa y siguió con el cuchillo al aire—. ¡Y dile también que todos los bocadillos salen requetebuenísimos!

La cocina de la furgoneta sacaba bocadillos continuamente, como si el hambre de los clientes no se acabara nunca.

Sonó una canción y Orni se detuvo a mirar a Gildo.

—Esta me encanta, Gildo, sube el volumen. ¿La bailas conmigo? —dijo parada en medio de la furgoneta y delante de los clientes asombrados.

Gildo frunció el ceño y se giró.

—¿Quieres seguir con esos bocadillos, per l'amor di Dio? —le espetó señalando su lugar de trabajo con un cuchillo.

—Ti aaamo. Un soldo, ti amo... —cantó ella, sujetando una espátula como si fuera un micro.

La canción clásica del artista italiano estremeció los ánimos del Circo Máximo, uniendo en un solo corazón a todos los que escuchaban sus notas.

Después de la actuación, de casi un minuto, Ornella regresó a sus labores culinarias ante la insistencia Gildo. En ese momento la pantalla del móvil del chef sonó. Se acercó a ver quién era. A pesar de ser su día de descanso en la policía, las urgencias no entendían de fiestas.

Sujetó el iPhone entre el hombro y la oreja para escuchar el mensaje de audio. Ornella lo miró; conocía ese cambio de mirada. No quería ni imaginar lo que estaba a punto de suceder.

Gildo dejó el móvil, acabó de preparar el súper bocadillo y lo entregó junto a la guarnición. Luego se rascó una ceja mientras lentamente se desabrochaba el delantal.

—No. ¡No! ¿En serio? —dijo Ornella apuntándole con un pequeño cuchillo—. No me vas a dejar con todo este lío, ¿verdad?

Gildo tragó saliva.

Su compañera lo conocía muy bien. Llevaban muchos años juntos en eso.

—¡Escúchame! Son solo unos minutos, volveré para cuando el concierto se haya acabado —dijo tranquilizándola, ya con el delantal colgado en el clavo al lado de la puerta.

—¿Por qué me haces esto? ¿No ves la cola que hay? —dijo ella ante las decenas de personas que esperaban—. No voy a poder sola.

—Claro que puedes. Tú puedes —dijo Gildo apretando el puño—. Tú siempre puedes, siempre lo has logrado. En nada vuelvo —dijo y se fue de la furgoneta.

Al salir se arrepintió de no haberle dado un beso, pero con esa tensión y apuntándole con un cuchillo, consideró que no era el caso.

Ornella, víctima de un arrebató de rabia, cogió el cuchillo y lo tiró a la pared, dándole a una tabla de cortar que había colgada en la pared. Luego regresó a mirar la cola, que parecía crecer como si supiera que se había quedado sola para despachar los bocadillos.

—¡Porca miseria, Gildo! —gritó desesperada.

Luego se abrió una cerveza y siguió haciendo bocadillos con más intensidad. El concierto acabaría pronto y las promesas de Gildo eran como sus patatas chips con trufa: volaban.

¿Te ha gustado?

[Descubre “MUERTE EN ROMA” la primera entrega del inspector chef Gildo Falcone.](#)

[IR AL LIBRO](#)

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, conferenciante y emprendedor digital.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA, El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de thriller policíaco.

En **junio de 2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

Este proyecto se llama **Escritor Tokenizado**.

Esta editorial ha sido creada gracias la tecnología Blockchain, que funciona como un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor**.

Tienes más información en [la web ESCRITOR TOKENIZADO. Puedes convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.](#)

Además, si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\)](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

[Última Salida](#)

Serie Álex Cortés

[El Sastre del Diablo](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

Además, si seleccionas el botón “+ SEGUIR”, Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:



RICCARDO BRACCAIOLI

Comprar por 2,99 €

¿Accidente O asesinato?
Una perpetua enemistad entre dos pilotos la inesperada traición convertirán una can

Un acontecimiento dramático lo cambia Malatesta, el famoso director deportivo de
[Leer más](#)

Sigue al autor

 **Riccardo Braccaioli** [+ Seguir](#)

Longitud de impresión

554 páginas

Idioma

Español

Los clientes que vieron este producto también vieron